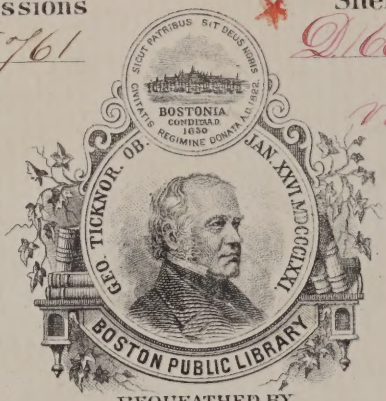
Accessions
115761

Shelf No.
Q160a.85
vol. 2



BEQUEATHED BY
George Ticknor.
Rec.d Apr. 26.th 1871

19. 2

DUQUE DE RIVAS.

EL MORO EXPÓSITO,

ó

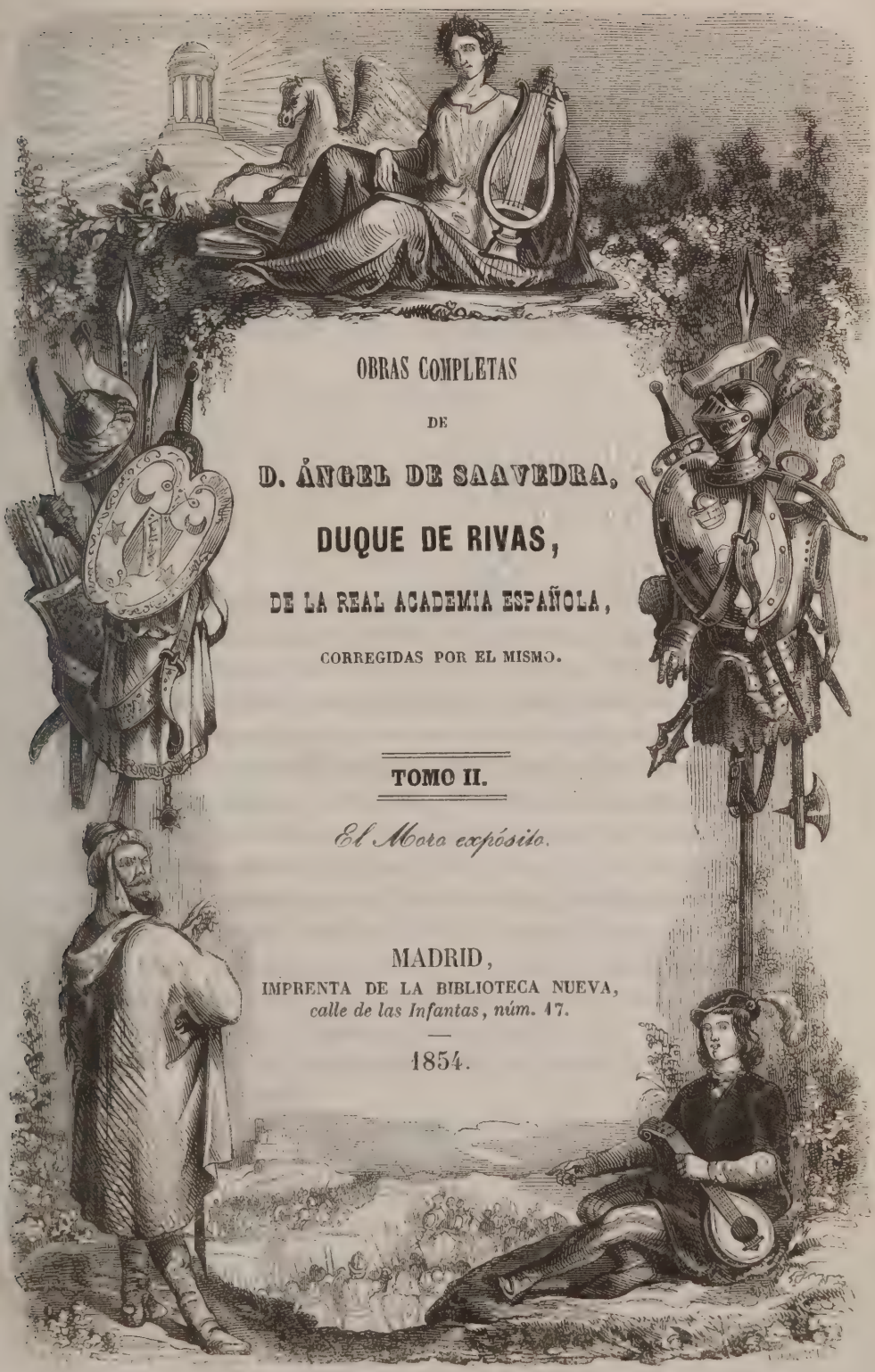
CORDOBA Y BURGOS EN EL SIGLO DECIMO.

LEYENDA

EN DOCE ROMANCES.

SEGUNDA EDICION.

Se publicó esta obra por primera vez en París año 1834, por Salvá.



OBRAS COMPLETAS

DE

D. ÁNGEL DE SAAVEDRA,

DUQUE DE RIVAS,

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

CORREGIDAS POR EL MISMO.

TOMO II.

El Moro expósito.

MADRID,
IMPRENTA DE LA BIBLIOTECA NUEVA,
calle de las Infantas, núm. 17.

1854.

115761

TO THE RIGHT HON.

JOHN H. FRERE,

ETC., ETC., ETC.

My dear Sir,

I hope I am not guilty of presumption when I beg dedicate the following pages to you. That they are hardly entitled to appear under the sanction of a name so deservedly high in the annals of literary criticism, I fully know; yet I cannot help thinking that—poor as the tribute is which I here pay to you—it will be kindly accepted; not only because of your constant partiality to the author, but likewise because you have pointed out, and led me into, the path in which I have entered, I am afraid, with more boldness than success.

Your friendship has cheered me in the glomiest days of my exile. Your extensive knowledge and excellent literary taste has made that friendship no less useful than it was pleasing to me. Your love of my own dear country has been combined, in my case, with the feelings of concern in my misfortunes and interest for my improvement, which I am proud of having excited in you, and the effects of which I have felt and do still feel. In you the counterpart of the observation of Tacitus may be exemplified: *If it is natural in men to hate those whom they have injured, it is no less natural for them to love those whom they have benefited.*

I fear, I repeat, that I have not profited by your benefits as I ought—certainly not to the full extent of my wishes. Yet, whatever improvement there is in my poetical taste, it is owing to you, and will, I am sure, meet with your approbation and encouragement. At the same time, however, that I claim, and rely upon your benignity, I invoke your justice. By passing sentence upon my faults, you will contribute to my future amendment. To judge of my labours, no one is better qualified than you are: with your well

known classical erudition and acquaintance with the principles and beauties of general poetry, you combine a very remarkable and intimate knowledge of the language and literature of Spain—such, indeed, as few Spaniards can boast. And, as it usually happens, you are not only deeply skilled in, but likewise partially fond of our Castilian legendary lore. From all those circumstances, you are no less the natural judge than patron of my *Castilian foundling*. I commit him therefore to your care, and bet to avail myself of this opportunity to put you in mind of the feelings of gratitude and esteem and warm affection, with which I remain,

My dear Sir,

Your obliged and obedient servant,

ANGEL DE SAAVEDRA.

Paris, 1 December 1833.

PROLOGO

DE LA EDICION DE PARÍS ESCRITO Á NOMBRE DEL AUTOR POR EL EXCMO. SEÑOR

D. ANTONIO ALCALÁ GALIANO.

Abre tu libro eterno, alta maestra,
Naturaleza, sírveme de guia,
Dejándome tus páginas hermosas
Libre leer de intérpretes y glosas.

MAURY.

Al presentar al público este ensayo, que lo es tambien de un género nuevo en la poesía castellana, juzga el Autor conveniente, y aun indispensable, dar una explicacion de las doctrinas literarias que para su composicion ha seguido.

Sabido es que en nuestros dias han nacido en el mundo poético y crítico dos bandos opuestos, que apellidándose el uno el de los *clásicos*, y el otro el de los *románticos*, se están disputando el señorío literario y artístico con encarnizamiento y teson extremados. Las cabezas y dogmatizadores de ambas parcialidades blasonan de orígen mas antiguo; pero aunque las composiciones de épocas menos recientes puedan ser clasificadas con arreglo á las nuevas doctrinas, todavía es cierto que los autores y críticos de los siglos pasados no conocieron estas divisiones, y que si entre ellos hubo escritores *románticos*, lo eran al modo del famoso *Monsieur Jourdain* de Moliere, que estuvo cuarenta años haciendo prosa sin saberlo.

Cuál sea el verdadero carácter distintivo de cada una de estas dos sectas, no es cosa fácil de averiguar, pues si bien los *románticos* y *clá-*

sicos asientan ciertas basas, en que estriba el edificio de sus respectivas doctrinas, y señalan ciertos lindes entre los cuales deben estar encerradas; no puede dudarse que cada escuela reclama como suyas composiciones, que ni caen bien sobre los fundamentos de su propia teórica, ni caben en los límites á que ella misma se ha circunscrito. Sirva de ejemplo de este aserto la poesía dramática española, mirada en el dia generalmente como *romántica*, tanto por sus admiradores, cuanto por sus adversarios. Por qué no observa las unidades, con poca razon creidas reglas fundamentales de los dramas griegos; por qué no rehusa mezclar trozos de estilo cómico y festivo con otros en tono trágico ú elevado; por qué á veces trata asuntos de las edades medias, y siempre da á los argumentos griegos y romanos, y hasta á los mitológicos, cierto color moderno y caballeresco; bien hay razon para darle el nombre de *romántica*, y para considerarla como sujeta á las condiciones del actual *romanticismo*. Pero si atendemos á que, lejos de estar escrita en prosa ó verso suelto, usa por lo comun de una versificacion mas artificiosa que los pareados franceses; á que, lejos de descartar las alusiones mitológicas, las emplea con notable profusion y disonancia, hasta en argumentos de los siglos medios, y aun en boca de personajes moros; y á que el estilo, en vez de llano y familiar, es elevado siempre (menos cuando hablan los *graciosos*, figuras hasta en sus nombres diferentes de las demás), descubrirémos en la poesía dramática española no poca semejanza con la poesía francesa, tenida por el modelo mas perfecto de la escuela *clásica*.

Para buscar el orígen de la escuela *romántica* de nuestros dias, fuerza es que vayamos á Alemania. Allí nació, y de allí han sacado su pauta los modernos *románticos* italianos y franceses. Con harta razon sustentan algunos críticos, que las naciones germánicas, cuya civilizacion y tradiciones tienen orígen muy desemejante al de los hábitos, recuerdos é ideas de las naciones un tiempo dominadas por los romanos, son las que descubrieron y las que benefician la mina del *romanticismo*. Y si la buena y legítima poesía es espejo y lenguaje de la imaginacion y afectos de los hombres, claro está que en Alemania y en otras naciones septentrionales es la poesía *romántica* indígena. La mitología de aquellos pueblos nunca fué la griega y latina: sus hábitos nunca los de las naciones *clásicas*: el cielo que las cubria, el suelo que pisaban, eran y son diferentes en un todo de los de Grecia y del Lacio: sus sensaciones

hubieron de ser por lo mismo diversas, y sus asociaciones de ideas muy distintas de las que hacian impresion en los sentidos, y reinaban en las cabezas de los antiguos griegos y romanos. Hoy es, y todavía los habitantes de los climas septentrionales, frios y nebulosos, si bien aproximados á los del mediodía por semejanza ó identidad en su religion, leyes y estado social, todavía no pueden vivir, ni expresarse como viven, sienten y se expresan los moradores de regiones cálidas, donde el sol es ardiente, y despejada la atmósfera; porque los productos del suelo, los usos y costumbres, y las sensaciones é ideas, tienen entre sí una correspondencia estrechísima y necesaria.

¿Quién no ve en las tragedias francesas *clásicas* (y no ya en las de Corneille, sino en las del mismo Racine, tan imitador de Eurípides) señales claras de la sociedad moderna, dentro de la cual y para la cual fueron escritas? La poesía no puede menos de retratar fielmente la época á que corresponde, pues la imaginacion del poeta, como su juicio, están formados y modificados por la lectura, por el trato diario y por mil circunstancias en fin de cuanto le rodea y hace efecto en sus sentidos.

Aquella poesía será mejor que sea mas natural, así como los frutos propios de un clima en mucho aventajan á los que se dan solo á fuerza de trabajo; ó así como las manufacturas, á que convidan la disposicion y naturaleza de un país, y los hábitos y costumbres de sus habitantes, rinden productos muy superiores á los de aquellas, que prosperan á fuerza de privilegios y monopolios.

Por eso hay naciones, hay tiempos en que debe la poesía acercarse á la de los griegos y romanos, y otros al contrario, en que debe desviarse de los hermosos y acabados modelos de la antigüedad *clásica*; pero teniendo presente, que tanto en la aproximacion cuanto en el desvío, se ha de observar siempre la regla de que solo es poético y bueno lo que declara los vuelos de la fantasía y las emociones del ánimo. Todo cuanto hay vago, indefinible, inexplicable en la mente del hombre; todo lo que nos conmueve, ya admirándonos, ya enterneciéndonos; lo que pinta caractéres en que vemos hermanado lo ideal con lo natural, creaciones en fin que no son copias, pero cuya identidad con los objetos reales y verdaderos sentimos, conocemos y confesamos; en suma, cuanto excita en nosotros recuerdos de emociones fuertes; todo ello, y no otra cosa, es la buena y castiza poesía.

En los siglos medios apareció en Italia un poeta, el mejor acaso en su línea de los modernos, y que hoy dia es considerado como fundador, y una de las principales lumbreras de la poesía *romántica*: ya se deja entender que hablo del Dante. Sin embargo, quien atentamente leyere su poema, y con espíritu crítico examináre sus méritos, convendrá en que no cuadran en un todo el tenor de su composicion y formas de su estilo con la definicion que del género *romántico* dan los preceptistas modernos. La tierra *clásica* en que vivió aquel ingénio portentoso abundaba en recuerdos muy distintos de los que bullen en las cabezas alemanas; la edad media de Italia conservaba enlace con las edades *clásicas;* y de aquí es que Dante, como verdadero y gran poeta, no es lo que ahora llamaríamos *romántico*, ni tampoco lo que miraríamos como *clásico*, sino un hombre de su siglo, al cual á un tiempo dominaba y obedecia; un signo, un tipo, un epítome de cuanto sabian y del modo con que pensaban y sentian sus contemporáneos; que esto, en suma, son los talentos de primera marca.

Lo que con cierta apariencia de fundamento se llama la restauracion de las letras en el siglo XVI, ó á fines del XV en Italia, trajo consigo una revolucion literaria, en parte provechosa, y en parte funesta. Al paso que ahogó en algunos el ingénio nativo, y en no pocos infundió atrevimientos desproporcionados á sus fuerzas, produciendo por ello una turba de copistas é imitadores, dió en muchos ocasion á ideas nuevas, ó despertó las adormecidas, y dilatando los conocimientos humanos, removió barreras que estorbaban los progresos del entendimiento, viniendo á ser la noticia y estudio de lo pasado, medio eficacísimo de incitar y guiar á descubrimientos ulteriores.

De aquí nació una poesía, y mas tarde una crítica, correcta aquella, y estotra sana; pero tímida la primera, é incompleta la segunda. Tomó España una y otra de Italia: adoptólas Francia en época posterior, y tambien Inglaterra; bien que circunstancias particulares fueran causa de que entre los ingleses, cuya lengua y costumbres tienen orígen mas germano que latino, nunca se arraigasen profundamente; apareciendo como planta extraña, en que se notan las señales del terreno, adonde se la ha trasplantado.

No así en Italia, tierra siempre *clásica*, donde hasta en los siglos medios pareció la poesía latina fruto natural, cuyo cultivo, desatendido por algun tiempo, se renueva con éxito muy feliz, porque el clima,

suelo y costumbres brindan con él, y se da por lo mismo en la sazon mas perfecta. En las obras maestras que produjo aquel país, fecundo en ingénios y doctrina, va enlazado y hermanado el gusto *clásico* mas legítimo con ideas y formas, á las cuales dariamos hoy dia el dictado de *románticas*. En el poema *caballeresco* de Ariosto vemos frecuentes imitaciones, y aun casi traducciones de Ovidio y Virgilio, con sumo acierto acomodadas al propósito del cantor de la Caballería; y en el poema *clásico* de Tasso no son las mejores partes aquellas en que imita á los príncipes de la poesía épica griega y romana; sino por el contrario otras, donde manifiesta el espíritu caballeresco, y en que hallaba su númen el cantor y admirador de las Cruzadas. Trissino no fué mas que *clásico*, y por lo mismo no fué nada; y otro tanto puede afirmarse de los dramáticos italianos de aquella época, meros copiantes de los antiguos.

Hija de la poesía italiana, y por ella oriunda de la latina, fué la castellana en el siglo XVI, y por tanto fué *clásica* rigorosa, ó sea imitadora. Pues si bien la ternura de Garcilaso, y la fogosidad de Herrera, y la fantasía, á un tiempo viva y pensadora, de Rioja, y sobre todo, aquellos vehementes afectos de devocion, que dan á Fr. Luis de Leon (1) un carácter tan original, aun cuando mas de cerca imita, son manantiales de grandes perfecciones y timbres gloriosísimos del Parnaso español; todavía es forzoso confesar, que en los poetas castellanos, íricos y bucólicos, vemos sobrada uniformidad, que su caudal de ideas é imágenes es reducido y comun á todos ellos; y que, si varios y acertados en la expresion, son uniformes en sus argumentos y planes, cifrándose su mérito, mas en la gala y pompa del lenguaje, en lo florido y sonoro del verso, y en la destreza ingeniosa de hacer variaciones sobre un tema, que en la valentía y originalidad de los pensamientos, ó en lo fuerte y profundo de las emociones que sintieron ellos, ó que excitan sus obras en el ánimo de los lectores.

(1) Véanse por ejemplo las odas *Cuán descansada vida*, casi traducida de Horacio, y la *A Felipe Ruiz*, que es paráfrasis de unos cuantos versos de las *Geórgicas*. ¿Cabe mas originalidad, esto es, mas fuego, y de clase mas intensa que el que anima ambas composiciones? No así la *Profecia del Tajo*, la cual, á pesar de grandes primores de ejecucion, y de la hermosa y sencillísima imágen de *el pecho sacó fuera el rio*, es en lo demás inferior al *Pastor cum traheret*, de que es copia. *La noche serena* no es imitacion; es un vuelo de la fantasía, una expresion verdadera de una interna y fuerte conmocion del poeta, y muy superior á cuanto de su género hay en castellano.

Por fortuna hubo en España una poesía nacional, y natural de consiguiente, pues son inseparables ambas cosas. Aludimos á los *romances*, con tanto acierto juzgados y calificados por Quintana en su prólogo al tomo XVI de la coleccion de D. Ramon Fernandez, repetido despues con ligeras variaciones en la introduccion á su *Coleccion de poesías selectas castellanas*. Tambien es nacional y natural, aunque no en tan alto grado, nuestra poesía dramática; y así es, que una y otra andan validas entre los críticos extranjeros, que, ó no tienen noticia de nuestras poesías *clásicas*, ó no ven en ellas mas que imitaciones de modelos, que conocen en su original, y de los cuales tienen asimismo copias en sus respectivas lenguas.

A fines del siglo XVII y principios del XVIII desapareció en España todo rastro de buen gusto en literatura. Explicar cuál fué el orígen y cuál la clase de la corrupcion que reinó, es empresa nada fácil. Con decir que dimanó el mal gusto, entonces dominante, de haber abandonado el estudio de los buenos modelos; en parte no se dice nada, y en parte se dice algo, que dista mucho de ser cierto. No se dice nada, no dándose razon de por qué hubo semejante abandono; y para probar que se dice una cosa inexacta, basta considerar que cuando mas se desviaban nuestros ingénios de la sencillez *clásica*, era cuando reconocian por modelos, y citaban con mas profusion á los mejores latinos (1). Y muy bien podian haberse apartado de estos, y echar por sendas, que si bien no seguidas por otros hasta entonces, era sin embargo dable que guiasen al descubrimiento de nuevos primores y riquezas poéticas. La corrupcion á que aludimos, tuvo su orígen en varias causas. No fué enteramente semejante á la que prevaleció en otras naciones, aunque sí algo parecida á la que por la misma época cundió en Italia, porque dimanó en parte de iguales principios; ní tampoco fué tan nueva que no se encuentre de ella rastro, hasta en autores de nuestro llamado siglo de oro, no tan exentos de faltas, ni de gusto tan acrisolado, como suponen varios modernos, sus admiradores. Es

(1) La *Circe* de Lope de Vega es una paráfrasis poco feliz de parte de la *Odisea*: hasta el *Factonte* de Villamediana abunda en traducciones de Ovidio. El comentario al *Polifemo* de Góngora, por García Ceronel, demuestra que la imitacion de los latinos era cosa recomendada por los críticos de aquel tiempo; y los sermones ridículos, y las extravagantes aprobaciones de los libros de aquella época, están empedrados de imitaciones y de citas de los *clásicos* antiguos.

gravísimo error creer, que el gusto literario no tiene que ver con el estado de la sociedad en que reina; y quien leyere con atencion crítica y filosófica la historia de España durante el siglo XVII, y viere qué estudios se permitian entre nosotros, qué estimulos excitaban los ingénios, y qué ideas andaban dominantes; encontrará allí la explicacion de la barbarie, en que vino á caer la nacion española bajo los príncipes austriacos. Con lo cual, y con estudiar el carácter nacional, habrá entendido la esencia y causa del *culteranismo*; porque este consiste en la hinchazon y sutileza de conceptos, y por lo mismo es defecto natural de una gente, de suyo ingeniosa y dotada de viva fantasía, á la que estaba vedado adquirir ideas nuevas, y hasta dedicarse á sólidas meditaciones; á quien el poder crecido de sus reyes daba vanidad, mas no felicidad y verdadera grandeza; y para la cual no eran el gobierno, las leyes y la religion materia de exámen libre y de atrevida controversia, sino objetos de resignacion violenta, de obediencia precisa y de veneracion medrosa. En tal estado, forzoso era que se entretuviese en refinar pensamientos triviales, y en abultar ideas comunes, malgastando (como dijo un crítico de nuestros dias, al hablar de uno de nuestros mejores poetas de aquella época) sus grandes fuerzas naturales en juegos y saltos de volatines.

Mientras decaia España en letras y grandeza política, crecia en ambas la vecina Francia, donde reinando Luis XIV, floreció y dió muy sazonados y regalados frutos la literatura. Mas en Francia, como en todas partes, eran los ingénios intérpretes de los pensamientos y afectos reinantes en la sociedad entre que vivian. *Clásica* apellidan á la literatura francesa de aquella época, y *clásica* era en cierto modo; pero no *clásica* como la griega y romana, ni como lo fueron poco antes la italiana y española; sino *clásica* al gusto del país y de la época, parecida á la de los antiguos en lo que de ellos remedaba ó copiaba; aunque dando al remedo ó copia un acento ó tinte de la tierra y tiempos en que habia renacido. Racine imita, y hasta traduce á Eurípides; y con todo no son sus trajedias tan griegas como francesas. Cuando este gran poeta trataba argumentos de la historia y fábula griegas, escribia, parte lo que tomaba de la propia lectura, parte lo que le inspiraba su ingénio y fantasía, dominados ambos por reglas caprichosas; y parte lo que le dictaba el sistema de sociedad en que se habia criado y estaba viviendo; y así hay en sus composiciones retazos de otros auto-

res, atisbos admirables, trozos en que está expresado el lenguaje de las pasiones con naturalidad, ternura y energía; y todo en boca de cortesanos de Versalles, pues no son otra cosa los personajes de sus trajedias, como que no eran otros los hombres que él conocia y trataba. Cuando escribió la trajedia de *Atalía*, salió de su tono acostumbrado; y como era devoto, al imitar el lenguaje de la sagrada Escritura, se expresó con fervor, con facilidad, en fin, como inspirado; de lo cual resultó, si no un excelente drama, una obra poética, correcta y abundante en pasion intensa y legítima.

Lo que decimos de Racine, puede aplicarse á otros escritores de su tiempo, así dramáticos como líricos, y así poetas como prosadores.—Es harto singular que pretenda Francia arrogarse la palma de la literatura *clásica*, no siendo por cierto uno de los países en que mas se estudian los modelos de la antigüedad. En letras latinas la aventaja Italia; en griegas, Alemania é Inglaterra. Lo que tomaron los franceses de los autores *clásicos*, fué la forma exterior de las composiciones, modificada y alterada empero por las circunstancias; mas en cuanto al espíritu interno que las animaba, no se cuidaron de penetrarse de él, ni de imitarlo, ni siquiera de averiguar su orígen y naturaleza. Copiaban, mas que á los griegos, á los romanos, cuya literatura no fué indígena, aunque abundó en obras de mérito sobresaliente; que tenía mas de elegante y correcta, que de natural y apasionada; y que adolecia en su línea de los mismos defectos que los críticos menos severos descubren en las composiciones francesas. De aquí cierta frialdad y estiramiento en casi todos los escritores de esta nacion, los cuales rara vez se remontan ni se abajan demasiado, sino que siguen un rumbo medio, como todos los que en sus composiciones obedecen á las reglas dictadas por los preceptistas, mas que á los propios ímpetus naturales.

De nuestros vecinos tomamos las mismas faltas los españoles en el siglo próximo pasado. Cuando vino á reinar en España un príncipe de la familia real de Francia, trajo consigo las modas de la córte de Versalles, la mas floreciente entonces de Europa. El rayo de claridad que penetró las densísimas tinieblas que cubrian nuestro suelo, y que empezó á desterrarlas y á alumbrarnos, era segunda luz, reflejo de la que brillaba para los franceses. Los llamados restauradores del buen gusto en la literatura castellana á mediados del siglo XVIII, son cierta-

mente merecedores de tan honrosa denominacion, si se considera cuál fué el gusto que combatieron y ahuyentaron; pero no lo son tanto, si se examina cuál fué el que le sustituyeron. Si los autores franceses adolecian del defecto de ser imitadores en demasía, los españoles cometieron otro mas grave dedicándose á sacar copias de copias. Agregábase á esto que en los últimos era la imitacion al doble violenta; porque en España habia un gusto y un estilo nacionales ya formados, defectuoso en parte, pero no enteramente falto de méritos y primores. Así al introducir el *clasicismo* francés, los preceptistas españoles del siglo XVIII lo forzaron todo; lengua, hábitos, ideas; viniendo á ser sus composiciones, sartas de palabras escogidas con esmero; en que nada era inspirado, nada original, nada natural; en que el temor de extraviarse obligaba á marchar á compás; y en que, si bien sobresalia la correccion, reinaba el mayor de todos los vicios, á saber; el empeño de encontrar modelos en parte muy diferentes de aquella en que conviene buscarlos.

Verdad es, que á fines del reinado de Cárlos III empezaron á mejorar las doctrinas literarias, y mas todavía las composiciones en nuestra España. Mucho distan Montiano y Luzan de Melendez y Jovellanos, señaladamente del último, de quien con razon puede blasonar el país que le produjo, como de un escritor de primera clase; pero todavía en ellos, y en los mas de nuestros críticos y escritores del dia, predomina una teórica radicalmente viciada. Dicen que Melendez fué el restaurador de nuestra poesía, como mucho antes lo habia sido Luzan de nuestra crítica doctrinal; y tienen razon los que lo dicen, porque Melendez, sin ser ingénio ni poeta de marca mayor, dió un paso mas que sus antecesores, y nos puso en una senda mucho mas cercana del acierto, aunque todavía no guiase á la perfeccion verdadera. No le faltaban ni sensibilidad ni buen oido, y vió que la poesía de su patria, sin dejar de aprovechar lo bueno que suministraban la francesa y las de otras naciones, debia sacar sus principales riquezas del tesoro de los antiguos autores castellanos. Por lo mismo hizo versos en vez de prosa rimada; creó un estilo y diccion algo afectados, aunque buenos; remontó de cuando en cuando su vuelo, remedando siempre movimientos de otros, pero remedando á los que se elevaban; y así fué fundador de una escuela poética, que si todavía es tímida y copista, no es ya puramente francesa, sino al contrario, castellana, de una

época nueva, y del todo nacional en sus formas. Que no observó mucho la naturaleza, que no era su ingénio muy fecundo ni su fantasía atrevida, lo conocerá quien quiera que desapasionadamente leyere y juzgase sus obras. Cuando convertia á Jovellanos en el *mayoral Jovino*, y él se trasformaba en *Batilo* el *zagal*, ¿cómo podia escribir á impulsos de una inspiracion legítima? ¿Cabe cosa mas ridícula que su oda *A Dalmiro*, y aquel furor sagrado que se le entra en el pecho, y causa que su voz no se ajuste al verso, cuando celebra en versos harto compaseados el mérito de un poeta, que no rayaba un punto mas alto de la medianía? En esto vemos un escritor obediente á doctrinas por él respetadas como infalibles, que con arreglo á ellas se inflama cuándo, y cómo, y hasta el punto que cree deber inflamarse, revistiendo los objetos de aquellos colores de que le está mandado echar mano exclusivamente.

La escuela de Melendez, ó la de Luzan mas españolizada, es hoy dia la dominante en nuestra literatura; sin ser otra que la francesa, vestida de la diccion y estilo de los antiguos y buenos escritores castellanos, pues su teórica es la de nuestros vecinos durante los siglos XVII y XVIII. Causa admiracion que en los prólogos puestos por Moratin á sus comedias en las últimas ediciones, en las copiosas notas del *Arte poética* de Martinez de la Rosa, en los juicios sobre nuestros poetas, escritos por literatos de gran nota, y en todas las demás obras de españoles preceptistas del dia presente, no se haya dado cabida á los adelantos que el arte crítica ha tenido y está haciendo en otras naciones.

Ya queda apuntado arriba que los alemanes son los padres del *romanticismo*, el cual es en su tierra tan castizo, como lo era, y todavía lo es, el *clasicismo* en Italia. No es preciso abonar el gusto literario germánico, ni preferirlo al que reina en otros paises, para conocer y confesar la grandísima utilidad que las doctrinas en que estriba han acarreado á la sana crítica en las demás naciones. De contado la literatura alemana ha descubierto y puesto en claro una verdad importantísima, á saber: que hay mas de un manantial, mas de un modelo de perfeccion; ó á lo menos, que para caminar hácia la perfeccion literaria, hay caminos diferentes, y cada cual debe seguir el que mejor se adaptare á su situacion y circunstancias. No es esto decir, que semejante máxima no guie con frecuencia á desaciertos, porque muchos

autores, llevados de mero capricho, por huir de la senda en que antes estaban como precisados á caminar, tiran por otras que no debian seguir, pues ni son llanas ni agradables, ni acortan la jornada, sino que desvian del término de esta, y paran en desiertos y precipicios.

Desde que aparecieron los alemanes haciendo papel en la literatura europea, ha ocurrido una revolucion casi general en la teórica del buen gusto, y en la práctica de los escritores. Inglaterra, donde habia comenzado con Dryden, Addisson, Pope y otros autores de inferior mérito, una escuela poética *semi-clásica*, se ha dado con mas vehemencia á su antiguo y nunca olvidado culto de Shakespeare y de los poetas sus coetáneos; y en Italia y Francia se han formado escuelas nuevas, apellidadas *románticas*. Revolucion ha sido esta sumamente provechosa, si bien como todas las cosas humanas, no sin mezcla de algunos inconvenientes. Examinemos qué efectos ha producido en cada país, y cuáles en general en el vasto campo de la literatura.

En Francia no es en donde mas lucen sus ventajas; pero quizá no se conocen tanto, porque los maestros y principales artistas de la escuela *romántica* francesa, y todavía mas sus discípulos, no son los solos, ni acaso los verdaderos caudillos de esta revolucion. Dicho sea con paz de muchos buenos ingénios, que han abrazado la nueva secta, y en ella se arrogan la primacía; parece que los franceses, *románticos* por excelencia, mas que otra cosa, son *anti-clásicos*, y tienen los vicios de su escuela antigua, de la cual sacan su pauta para hacer lo contrario de lo que ella dicta; ni mas ni menos como hacian sus antecesores, para sujetarse puntualmente á sus reglas mas severas. Porque los *clásicos* franceses hacian buenos versos, suelen los *románticos* hacerlos adrede malos; porque aquellos eran puristas nimios, son estos pródigos de barbarismos y solecismos; porque los primeros eran tímidos en sus invenciones é imágenes, y rara vez salian de un estilo y tono templados, los segundos se remontan sin necesidad, y sin ella asimismo se arrastran y despeñan en simas de insondable bajeza. En una cosa empero se parecen á los *clásicos* de ellos tanto aborrecidos, y es cabalmente en lo peor, pues son constantemente afectados. Entre tanto en Francia misma hay en el dia poetas y críticos mirados como *clásicos*, que con su doctrina y ejemplos manifiestan señales de la mudanza ocurrida en la república literaria. Son estos por lo mismo de una

escuela nueva; no poco diferente de la antes universalmente seguida por sus compatriotas.

Tambien Italia cuenta sus poetas *románticos*, entre los cuales descuella Manzoni, trágico y novelista insigne. Hay allí mejores elementos que en Francia para una poesía *romántica* de buena ley, ó digamos, para una poesía nacional, digna de la patria de Virgilio y de Tasso, que es tambien la de Dante y Ariosto; y de estos buenos elementos han sacado los italianos modernos el mejor partido posible.

De Alemania ya hemos dicho que es la cuna del *romanticismo*. Lo que á nuestros ojos parecen rarezas de sus escritores, les es natural y está enlazado con sistemas filosóficos, llenos de misterios y oscuridad.

Inglaterra no consiente, ni casi conoce la division de los poetas en *clásicos* y *románticos*. En aquel país, segundo solo á Alemania en el estudio de la literatura griega, jamás se arraigó la escuela *clásica* francesa del siglo de Luis XIV. Dryden quiso y no supo seguirlo, pues su gusto no era correcto, y su fantasía harto mas viva que la de los poetas franceses: Addisson, aunque compuso versos, nada tenía de poeta. Pope fué el principal *clásico* inglés, agudo, ingenioso, correcto y elegante, terso en su versificacion, pulido en su estilo, observador y pintor de la sociedad y de las costumbres, mas que de los afectos fuertes, vivos y profundos: en una palabra, fué *clásico* francés; mas tan distante del verdadero gusto *clásico* de la antigüedad, que cabalmente su traduccion de Homero, tan célebre en su tiempo, y aun ahora no poco admirada, es la copia mas infiel que darse puede; y sin ser una obra mala, debe reputarse y está tenida por una serie de hermosos versos, que muchas veces no expresan el sentido, y nunca el alma y estilo general del príncipe de la poesía griega. Desde Cowper hasta el día presente quizá es la poesía británica la mas rica entre las modernas, así por la abundancia, cuanto por el valor de sus producciones, precisamente porque abandonando los autores reglas erróneas, y no cuidándose de ser *clásicos* ni *románticos*, han venido á ser lo que eran los *clásicos* antiguos en sus dias, y lo que deben ser en todos tiempos los poetas. Caballeroso Scott; metafísico y descriptivo Byron; patético y á la par limado Campbell; tierno y erudito Southey; sencillo y afectuoso Wordsworth, que con una alma sensibilísima hermana un estudio atento y constante de la naturaleza; pintor del hombre social de las clases ínfimas Crabbe, que en su estilo vigoroso y bronco, no

menos que vivo y brillante, describe costumbres que retratan las pasiones naturales y enérgicas, y los vicios y delitos, en vez de presentarnos los modelos estudiados, y las flaquezas y arterías de la sociedad; Burns, que la pinta, es sin embargo fogoso y fiel intérprete de afectos vehementes; galante, agudo, conceptuoso y vivo de fantasía, aunque amanerado, Moore, quien al recuerdo de su patria tambien suele tomar un acento mas alto y penetrante, y remedar con inspiracion propia el estilo y tono de Tirteo; sin hablar de otros, casi tan distinguidos, que componen una suma de escritores de primer órden, en cuyas obras hay estro y buen gusto, al mismo tiempo que originalidad y variedad extremadas.

En tanto, los españoles aherrojados con los grillos del *clasicismo* francés, son casi los únicos entre los modernos europeos, que no osan traspasar los límites señalados por los críticos extranjeros de los siglos XVII y XVIII, y por Luzan y sus secuaces. Asombroso es que así Moratin como Martinez de la Rosa, cuando hablan de las unidades de tiempo y lugar, no solamente recomienden su observancia, sino que las supongan indispensables; y ni siquiera anuncien ó insinúen que cabe duda, y que de hecho hay pendientes muy acaloradas disputas en todas las demás naciones sobre este y otros puntos doctrinales. Parece imposible semejante omision en unos escritores, á quienes no se oculta que las cosas han llegado á tal extremo, que en muchos teatros de París, y hasta en el llamado por antonomasia *francés*, largo tiempo santuario del culto *clásico*, se han representado dramas cuyo argumento ocupa algun tiempo mas que un dia, y en los cuales varía la escena de Aquisgran á Zaragoza (1). Ni se atina por qué en España, donde aun hoy dia son justamente venerados Lope, Calderon y Moreto, no haya de examinarse y discutirse, si la clase de drama que ellos concibieron, es susceptible de cultivo y mejoras para dar de sí una produccion nacional, robusta y lozana, en vez de la planta raquítica, que manifiesta á las claras su orígen extranjero y aclimatacion imperfecta.

Despues de esta breve reseña de los efectos causados por una teórica nueva en varias naciones, razon será considerar rápidamente qué consecuencias ha producido la propagacion de la recien promulgada doctrina en el gusto general del mundo literario.

(1) *Hernani*, tragedia de Víctor Hugo.

Por de contado ha roto la cadena de tradiciones respetadas, y dado un golpe mortal á ciertas autoridades tenidas hasta el presente por infalibles. Lo que antes se creia á ciegas, ahora se examina; ya se admita, ya se deseche, al cabo pasa por el crisol del raciocinio. Dando así suelta al juicio, queda abierto el campo á errores y extravagancias; mas tambien están removidos los obstáculos que impedian ir á buscar manantiales de ideas é imágenes fuera del camino real y rectilíneo indicado por los preceptistas. Han abandonado los poetas los argumentos de la fábula é historia de las naciones griega y romana, como poco propios para nuestra sociedad, y porque de puro manoseados estaban faltos, no menos que de novedad, de sustancia. Han descartado la mitología de la antigüedad, hasta para usos alegóricos. Encuentran asuntos para sus composicones en las edades medias, tiempos bastante remotos para ser poéticos, y por otra parte abundantes en motivos de emociones fuertes, que son el minero de la poesía: de aquí la *poesía caballeresca*. Buscan argumentos en tierras lejanas y no bien conocidas, donde imperfecta todavía la civilizacion, no ahoga los efectos de la naturaleza bajo el peso de las reglas sociales. Así el inglés Campbell nos lleva á los retirados establecimientos de la América septentrional; Southey á las Indias y al Paraguay; Moore á Persia, y Byron nos enseña, que en la moderna Grecia hay objetos poéticos, y que los hechos de sus piratas pueden conmovernos mas que los harto sabidos de los héroes de sus repúblicas, ó las catástrofes de sus edades fabulosas, obra de un Destino, cuya fuerza no confesamos, ni sentimos, ni verdaderamente entendemos. Búscanlo asimismo en el exámen de nuestras pasiones y conmociones internas: de aquí la *poesía metafísica*, tan hermosa en el mismo lord Byron, en varios alemanes, en los ingleses Coleridge y Wordsworth, y en los franceses Víctor Hugo y Lamartine. Búscanlos finalmente en los afectos inspirados por las circunstancias de la vida activa: de aquí la *poesía patriótica* de los franceses Delavigne y Beranger, del italiano Manzoni, del escocés Burns, del irlandés Moore, del inglés Campbell y del aleman Schiller. En una palabra, vuelve por estos medios la poesía á ser lo que fué en Grecia en sus primeros tiempos, una expresion de recuerdos de lo pasado y de emociones presentes, expresion vehemente y sincera, y no remedo de lo encontrado en los autores que han precedido, ni tarea hecha en obediencia á lo dictado por críticos dogmatizadores.

Con decir esto, ha declarado el Autor su intento al componer el siguiente poema. No ha pretendido hacerlo *clásico* ni *romántico*, divisiones arbitrarias, en cuya existencia no cree, siendo claro por lo mismo, que no se ha propuesto obedecer á los que las pregonan como ciertas, y promulgan como obligatorias.

Ha elegido un asunto de la historia de España y de los siglos medios; campo fertilísimo, y hasta el dia muy descuidado por nuestros poetas, á excepcion de algunos dramáticos; y si alguna vez tratado por nuestros trágicos modernos, tratado en el gusto llamado *clásico*, es decir, de un modo que no le cuadra.

Ha adoptado una versificacion, rara ó ninguna vez usada en obras largas; pero fácil, y juntamente susceptible de elegancia y pompa; parecida á la de los romances cortos; verdadera poesía española; y hasta en el asonante, peculiar de nuestro idioma; castiza y exclusivamente castellana.

Ha procurado dar á su composicion el colorido que le conviene, consultando para ello las escasísimas memorias aun existentes de los tiempos en que pasaron los hechos que refiere; memorias tradicionales y casi inmediatas, pues no las hay contemporáneas.

De intento se ha desviado del estilo igual y sostenido, usado por la mayor parte de nuestros escritores, no menos que de toda alusion á la mitología de la clásica antigüedad. Ha mezclado, si es lícito decirlo así, las burlas con las veras, ó sea retazos de apariencia pobre con otros de contextura brillante; páginas en estilo elevado con otras en estilo llano; imágenes triviales con otras nobles, y pinturas de la vida real con otras ideales. Tal vez con ello escandalizará á no pocos de sus lectores; pero no es culpa suya que en la naturaleza anden revueltos lo serio y tierno con lo ridículo y extravagante; y él quiere tener á la naturaleza por guia y describir las cosas como pasan, pues así probablemente pasaron las que son materia de su narracion.

Por lo mismo, y como consecuencia forzosa de esta mezcla de estilos, es su lenguaje á menudo prosáico y humilde. Tambien hubo un tiempo en que el autor de los siguientes versos copió y admiró á Herrera y á sus secuaces, y aun hoy dia aprecia y admira á aquel y á muchos de estos; mas no por eso cree que su diccion deba ser constantemente imitada. Bien está que sea el poeta atrevido en la eleccion de voces, que se valga de giros nuevos, y hasta de palabras rejuve-

necidas, ó por él compuestas, ó una ú otra vez tomadas de otras lenguas, ó en alguna rara ocasion, de todo punto inventadas; pero no por eso ha de excusarse de llamar las cosas por su nombre, mermando así su vocabulario por un lado, mientras por otro lo acrecienta: ni tampoco por huir de voces y de frases vulgares, ha de caer en el gran inconveniente y comun error, de que una palabra escogida y un frasear extraño y retumbante convierten un pensamiento de trivial en poético, cubriendo con lo sonoro é insólito de la expresion la variedad y llaneza del sentido. Por esto cuando quiere el autor decir, que un sujeto va á misa, lo dice claro, porque con expresarlo de otro modo, no habria hecho la imágen mas ni menos noble (1).

En suma, la siguiente composicion no está sujeta á reglas: hablo de ciertas reglas, por doctos críticos repetidas veces condenadas, y desatendidas por los mejores poetas contemporáneos en toda Europa. Algunas ha seguido, y hé aquí cuales: Ha tratado de empeñar los afectos y curiosidad de los lectores en su narracion y á favor de sus personajes; de acomodar su estilo á su argumento, en el total y en cada una de las partes; de adaptarlo á las personas por cuya boca habla; de dibujar y colorir sus cuadros como los concibe; de describir objetos, que son, ó fueron, ó pueden ser reales y verdaderos; de representar costumbres históricas; de conservar, siempre que se arroja á lo *ideal*, las *facciones naturales* que dan á las cosas imaginarias apariencia de ciertas, por su semejanza con las realidades; de expresarse con claridad, y, cuanto le es dado, con pureza; á veces con elegancia y gala, y siempre con correccion; de versificar lo mejor que puede; por último, de seguir los impulsos propios, de obedecer á las inspiraciones espontáneas, y de hacer, no lo que han hecho, sino del modo que lo han hecho los célebres ingénios extranjeros de la edad presente, tan rica en crítica sana y propia de una generacion filosófica en sus atrevimientos.

No se le culpe con todo de presuntuoso por lo que acaba de asen-

(1) Habiéndole preguntado un académico al célebre Beranger, que bajo el humilde título de coplero (*chansonnier*) es uno de los mayores poetas de Europa, cómo nombraria al *mar*, cuando le ocurriese hacerlo en sus composiciones, contestó que lo nombraria el *mar*. Admirado el académico insistió en que sería mas poético nombrarlo *Neptuno*, *Anfitrite*, *Tétis*, *Nerea*, etc.; y volvió á responder modestamente el poeta: *Yo al mar lo llamaré siempre el mar.*

tar. Una vez y otra repite, que está muy distante de mirar su obra como perfecta en su línea: decir á lo que aspiró al componerla, no es blasonar de que lo haya, ni aun insinuar, que crea haberlo conseguido. Pero lo que sí le es lícito afirmar, es, que ha indicado una senda, hasta ahora no hollada por sus compatriotas, y que se ha aventurado á caminar por ella con audacia, ya que no con buena fortuna. Aun dado caso que no sea su ejemplo digno de aplauso é imitacion, no debe serlo de vituperio, pues las doctrinas de que él se aparta, si son útiles, aparecerán tales despues de bien combatidas y bien examinadas, al paso que ahora son obedecidas por mero espíritu de rutina.

Al cabo, del desempeño de esta obra toca juzgar á los lectores. En el juicio de estos acerca del mérito del poema, solo el Autor está interesado; mas el exámen de las máximas literarias, en este prólogo asentadas y puestas en práctica en la siguiente composicion, es cosa que importa á todos los ingénios españoles: razon bastante á disculpar la proligidad de las antecedentes observaciones, largas tal vez para prólogo, y breves y superficiales para disertacion sobre los graves puntos que abrazan; pero útiles en cuanto abren un pleito, aun no entablado en nuestra patria, al tiempo mismo que está pendiente y litigándose, con sumo brio y copia de raciocinios y de erudicion, en todas las naciones cultas.

Veio outra idade, outros pensamentos, occupaçoes, estudos, livros, prazeres, desgostos, afflicçoes—tudo o que compoe a variada tea da vida,—e da minha tam trabalhosa e trabalhada vida!—tudo isso passou; e no meio de tudo isso, la vinha de vez em quando uma hora de solidao e de repouso, —e as noites da minha infancia e os romances incultos e populares da minha terra a lembraremme, a lembraremme sempre. . . . . e comecei a pensar que aquellas rudes e antiquissimas rapsodias nossas continham um fundo de excellente e lindisima poesia nacional, e que podiam e devian ser approveitadas.

J. B. Garette, *en la carta que sirve de prólogo á su* Adozinda.

ROMANCE PRIMERO.

Ninguno cierre la puerta,
Si Amor viniere á llamar,
Que no le ha de aprovechar.
Versos de un villancico de Juan de la Encina.

En ferias, romerías,
Toros y zambras
Estad alerta siempre,
Niñas incautas;
Que en los bullicios
Amor como ratero
Logra sus tiros.
Anónimo.

¿Quién mi sueño interrumpe?... el grato sueño,
Dulce consolador de las desgracias!...
¿Es el ronco huracan, que por influjo
De mi estrella enemiga el mar levanta,

Para que estos peñascos, donde asilo
Busqué infeliz tan lejos de mi patria,
Hinchado embista, y con bramantes ondas
Y con furor horrísono deshaga?—

No; que tranquila en el celeste espacio
Reina la luna, de luciente nácar
Entre celajes, y en el mar riela,
Que duerme mudo en las vecinas playas (1),

¡Mas mi nombre escuché!... ¿Quién lo pronuncia?
¿Qué celestial ardor mi mente exalta?...
Te reconozco en fin, ó grave acento,
Y el fuego reconozco que me abrasa.

Angélica, ¿no escuchas el sonido
De las solemnes voces que me llaman?
Voces son de otra edad... Mira una sombra,
Que lenta cruza las oscuras auras,

Girando en mi reedor... Mi fantasía
Rápida como el viento vuela, salva
Los apiñados siglos, y altos nombres
De los sepulcros y del polvo saca.

¡Córdoba insigne!... ¿dónde tu grandeza,
Dónde está tu poder?... ¿Con quién su saña
Mostró el tiempo voraz como contigo,
Y la ciega Fortuna su inconstancia?

De tu templo á los mármoles pregunta
Y á las antiguas vividoras palmas,
Que de la edad triunfando y de los vientos,
Con noble majestad las frentes alzan:

Pregúntalo tambien al silencioso
Guadalquivir, que hoy riega solitarias
Las extensas llanuras, donde fueron
Los jardines y alcázares de Zahara;

(1) Al final de cada romance se encontrarán las notas que reclaman las llamadas.

Y te dirán cuál fué tu poderío,
Que indestructible y firme lo juzgaban;
Mas que pasó, como al soplar del cierzo
Las leves nubes por el cielo pasan.

De tu alta gloria en los risueños dias,
Cuando atónito el orbe te aclamaba
Reina feliz del musulman imperio,
Cuna de ciencias, de guerreros patria;

Cuando tus arruinados torreones,
De los siglos despojo, y tus murallas,
Do el cárabo nocturno anida y gime
Entre cardos incultos y entre zarzas,

Eran trono esplendente de fortuna,
Córte de Hixcen, y templo de la fama;
En el palacio de Almanzor crecia
Un jóven de presencia muy gallarda,

Pero infeliz. El bozo delicado
Apenas su semblante hermoso esmalta,
Y ya la mano atroz de la tristeza
Le rompe el corazon, le aprieta el alma.

Naturaleza de sus ricos dones,
Liberal y benigna, le dotára;
Beldad, y robustez, y lozanía
Su juventud ternísima acompañan:

El cielo afable engrandeció su mente
Con alto ingénio, concedió á su alma
Virtudes y dulzura, y á su pecho
El gérmen de las ínclitas hazañas:

Ni le niega Fortuna sus favores,
Pues goza del cariño y de la gracia
Del insigne Almanzor, en quien el peso
Del imperio muslímico descansa.

Mas, ¡ay!... un velo misterioso encubre
Su incierto orígen: del soberbio alcázar
En los jardines desvalido infante
Se halló al nacer... ¡oh suerte desdichada!

Si con ánsia de gloria late altivo
Su corazon; si ilustres esperanzas
Se atreve á concebir, y noble gozo
Su hermosa frente y sus mejillas baña,

De pronto el azaroso pensamiento
De que al crímen tal vez ó á la desgracia
Debe el vivir, sus ilusiones borra,
Nubla sus ojos, y su faz espanta.

Así cuando en zenit su pompa ostenta
Y argentado esplendor la luna ufana,
Oscura nube llega silenciosa,
Y toda su beldad ofusca y tapa:

O si gozoso al estrellado cielo
Tranquilo estanque plácido retrata,
Inoportuno soplo repentino
La imágen borra, y el cristal empaña.

Su afanoso dolor y oculta pena
Al paso de la edad crecen y avanzan,
Despues que en flor, la embravecida suerte
Le robó su consuelo y su esperanza,

Pues cuatro veces bosques y jardines
De frescas hojas y de flores várias
Engalanó la rica primavera;
Triunfadora de hielos y de escarchas,

Desde que el duro brazo inexorable
Del Angel de la muerte arrebatára
Todo su encanto al cordobés imperio,
Y al Hagib (2) Almanzor su tierna hermana.

—Era Zahira una princesa insigne,
De aquellas que la mano sacrosanta
Del cielo bienhechor concede al mundo,
Para consuelo de la especie humana.

Bella como el lucero refulgente,
Fin de la noche y precursor del alba,
Y cual la flor hermosa del desierto,
Melancólica siempre y retirada,

Pasó los dias de su vida breve
Lejos de la opulencia y de las galas
De la expléndida córte; aunque el imperio
Idolo y gloria suya la aclamaba.

En el albor de sus primeros años,
Reina de la belleza y de la gracia,
Brilló tal vez en fiestas y en liceos,
Y en los jardines plácidos de Zahara;

Mas de ellos pronto huyó, cual brilla y huye
Luciente exhalacion; y de su alcázar
Solo dejaba el muro y los jardines
Para el lloro enjugar de las desgracias.

De consuelos dulcísimos tesoro
Y de bondad celeste era su alma,
Do servidumbre, ancianidad, pobreza
Benéficos apoyos encontraban.

Cuando al grande Almanzor, su ilustre hermano
Que ornado de laureles y de palmas,
De Hixcen el cetro á su placer regía,
Turbaba el pecho embravecida saña;

De la amable Zahira los halagos
Su generoso corazon calmaban,
Como la nube bienhechora templa
Del astro abrasador la estiva llama.

Si al volar á dormir bajo la sombra
De la misericordia soberana,
Dejó huérfano el mundo, ¿el triste pecho
Del garzon infeliz cómo quedára?

Ella cuidó de sus primeros dias,
Y él en su seno el sueño de la infancia
Logró felice entre amorosos besos,
Y al tierno arrullo de caricias blandas.

Ella de su palacio en los jardines
En sus pueriles juegos se gozaba,
En su flexible corazon semillas
De honor y de virtud sembrando sábia.

¡Ay, cuántas veces, mientras él gozoso
Tejiendo ramilletes y guirnaldas,
Con amable inocencia recogia
Fragantes yerbas, florecillas varias,

Zahira contemplando las facciones
De aquel rostro infantil y tiernas gracias,
De un oculto dolor sobrecogida,
Bañó el semblante en lágrimas amargas!

Cuando volando las fugaces horas
La luz de la razon brilló en el alma
Del fortunado Huérfano, su anhelo
Fué de rico saber engalanarla.

A Záide, á Záide, cuyo fuerte brazo
Fué en otro tiempo apoyo de la patria,
Terror de los cristianos escuadrones,
Y gloria de las lunas musulmanas,

Y que en la edad madura disgustado
De la pompa del mundo y de las armas
En el retiro y en la paz vivia
Felice en su castillo de la Albáida;

A Záide, que modelo de virtudes
Y de las ciencias luz Córdoba aclama;
Los tiernos años del gracioso niño
Con discreta eleccion prudente encarga.

Así se entrega á diestro jardinero
La generosa y delicada planta,
Que debe al cielo remontar un dia
Con fruto opimo las frondosas ramas.

Mas de Zahira la contraria estrella
Le niega el ver cumplida su esperanza,
Y al sueño eterno en sus mejores años
Con encubierto impulso la arrebata;

Pues cumplir las catorce primaveras
Apenas vió á su Huérfano del alma,
Creciendo en robustez y lozanía,
De ciencia y de virtud bajo las alas,

Un secreto penar, que el crudo diente
Ejercia feroz en sus entrañas,
Cortando el vuelo á sus preciosos dias,
La hundió en las sombras de la tumba helada.

Y cuando los instantes de la vida
Conoció que la fuga apresuraban,
Reuniendo en sí los últimos alientos,
Resplandores de lumbre que se apaga,

Al mancebo y á Záide, que postrados
Al pié del lecho prosternados callan,
Con voz lánguida pide que se acerquen,
Y que escuchen sus últimas palabras.

Haciendo despejar el aposento,
Do el Angel Azrael (3) victoria canta,
A los físicos doctos que la cercan
Y al lloroso tropel de sus esclavas;

Por la postrera vez sus bellos ojos
Con luz ardieron de celeste llama,
Y tendiendo los brazos en su seno
Estrechó á aquel objeto de sus ánsias;

Y con labio anheloso «Hijo, le dice,
Hijo (que nombre tal el cielo manda
Que te dé en este instante) en otro suelo
Una sagrada obligacion te llama.

Crece en valor... y cuando llegue el dia...
Záide... tú cuidarás...» La huella helada
De la muerte feroz selló su boca,
En ronco hervor tornando sus palabras.

Mas aun con ojos y con brazos muestra
Los últimos anhelos de su alma,
Y dejando en las manos del mancebo
Una sortija que á la suya arranca,

Cual tierno lirio que el arado troncha,
Quedó, en silencio lúgubre la estancia,
Y el Huérfano infeliz entre los brazos
Del triste Záide, á quien las fuerzas faltan.

Desde aquel dia de terror y espanto,
¡Cuán diversos afectos agitáran
Al jóven desdichado!... A describirlos
Mi humilde verso y mi poder no alcanzan.

Contempla absorto la fatal sortija,
Que de su corazon jamás aparta,
Y el secreto escondido que contiene,
Quiere arrancarle á fuerza de mirarla.

Ni un momento se van de su memoria
De Zahira las últimas palabras,
Y le turban el sueño, y en su mente
Son espectros confusos y fantasmas.

Una vez y otra vez en vano á Zaide
Ruega y conjura, que con mano franca
Y amiga rasgue el tenebroso velo
De tantas dudas, de zozobras tantas.

Mas Zaide á sus preguntas no responde,
O suspirando y con amor le abraza,
Y, «Crece, crece, le contesta solo,
Y aprende á fulminar la dura lanza.»

Ya diez y nueve veces visto habia
De Ramazan las ceremonias vanas
La luna en la mezquita celebrarse,
Donde hoy los ritos de la Iglesia santa,

Desde que entre las murtas á este jóven,
En el jardin del opulento alcázar,
Recien nacido infante, lo encontraron
Unos esclavos á la luz del alba;

Y manejaba ya con diestra mano
El dócil potro y corva cimitarra,
Aplausos consiguiendo en las escuelas,
Y pruebas de valor é ingénio daba;

Cuando Almanzor, ardiendo en el deseo
De dejar sucesores de su fama,
Y de dar de su estirpe generosa
Nuevos apoyos á su ilustre patria,

Trató el enlace de su amado hijo
Abdimelik (que en poco sobrepasa
La edad de aquel Expósito, á quien vive
Por amistad unido y semejanza)

Con la hermosa, y honesta, y tierna Habiba
Bella como la luz de la mañana,
De Omar, Walí (4) glorioso de Toledo,
Hija heredera y única esperanza.

Con aparato regio y régia pompa
Se celebró la boda en el alcázar,
Y en los anchos jardines de la Almunia,
Que á los esposos regaló el monarca.

Era un palacio que de bronce y mármol
En la márgen del Bétis descollaba,
Y sus ricos jardines y alamedas
Al delicioso Eden aventajaban;

Y hoy ni aun se sabe el sitio donde fueron,
Ni el corvo arado sus cimientos halla:
¡Con tal furor su huella asoladora
En tí, Córdoba ilustre, el tiempo estampa!

A celebrar tan venturoso enlace
Cuantas naciones el Corán aclaman,
Y el nombre insigne de Almanzor respetan,
Concurren con riquezas y con galas.

De Persia los tejidos matizados,
Los aromas y bálsamos de Arabia,
Las perlas y corales del oriente,
Los metales espléndidos de España,

Del Africa las pieles y las plumas,
Cuanto el orbe produce, cuanto alcanzan
La codicia, el valor, el poderío,
Cuanto puede inventar la industria humana;

Todo reunido en Córdoba enriquece
De tan nobles linajes la alianza,
Que el pueblo numeroso entusiasmado
Bendice con fervor y ansioso aguarda;

Pues rico, triunfador, grande, felice,
Del lujo amigo y de la pompa vana,
Los públicos festejos le enloquecen,
Las fiestas y espectáculos le exaltan.

Pero la prenda que valor mas alto
Y mayor precio á tal enlace daba,
Era el feliz amor, que en los esposos
Vehemente ardia con honesta llama:

Amor, cuyos progresos y dulzuras
De Abdimelik amigo, presenciaba
El Expósito triste, para aumento
Del oculto dolor que le taladra.

Late su tierno pecho contemplando
Las dichas que á su amigo se preparan,
Y concibe el consuelo y las delicias,
Que da el amor recíproco á las almas:

Delicias que jamás tendrá la suya...
¡Quién, quién ha de escuchar sus dulces ánsias,
Huérfano desdichado, que á otro suelo
Una escondida obligacion arrastra!...

Para la boda el tiempo señalado
Llegó en la hermosa luna de Giumada (5),
Que trajo la apacible primavera
A presenciar la fiesta y celebrarla.

Al rojo amanecer de hermoso dia,
Cuando del sol apenas esmaltaba
La clara lumbre en la vecina sierra
De la fragosa cima las pizarras,

Despues que el Almueden (6), de la mezquita
En el alto alminar, con voces altas,
No hay mas que un solo Dios, venid, oh fieles,
A adorarle venid, ronco gritaba:

El estruendo de trompas y atabales,
Panderos, añafiles y dulzáinas
Anunciaron al orbe, que aquel dia
Al júbilo y placer se destinaba.

Mil cautivos cristianos recobraron
Su libertad en tan feliz mañana,
Que Almanzor generoso sin rescate
Sus cadenas benéfico desata.

Parientes del Hagib cien caballeros
Con las marlotas de esplendente grana
Y con blancas garzotas los turbantes
Corren de la ciudad calles y plazas,

En revueltos caballos berberiscos,
Cándidos cual la espuma con que esmaltan
Los frenos y pretales, adornados
De cascabeles de sonora plata.

Y desterrando el perezoso sueño
Con la estruendosa y plácida alborada,
«Viva, gritando van, los claros nombres
De Abdimelik y Habiba edades largas.»

El pueblo en derredor de ellos se agolpa,
Y repite los vivas, y engalana
Pórticos, rejas, torres y azoteas
Con alfombras, damascos y guirnaldas;

Y la alegría bulliciosa tiende
Por toda la ciudad risueñas alas,
Y cunde la confusa muchedumbre,
Y en vivas á Almanzor se inunda el aura.

Pues sus altas proezas, sus laureles,
La gloria que su brazo da á la patria,
La justicia y virtud con que gobierna,
La proteccion con que el saber ampara,

Su generosa condicion, su aspecto,
Su nombre y los recuerdos de su hermana,
Cual genio tutelar le representan
Al pueblo musulman, que lo idolatra.

Cuando ya el sol sus rayos estendia,
Abriéronse las puertas del alcázar
Del potente Almanzor, saliendo de ellas
Doce guerreros con lucientes armas.

Eran los doce jeques y adalides,
Que al Hagib en la guerra acompañaban,
Y que á su lado con insignes hechos
Dieran asunto al canto de la Fama.

En lozanos corceles, que pomposos
Pausados mueven la lijera planta,
De dos en dos siguiendo un estandarte,
Montes de acero, silenciosos marchan.

Despues veinte lindísimas doncellas,
Que á las eternas Huris (7) deslustráran,
Cubiertas hasta el pié de blanco lino,
Con ricas tocas que hasta el suelo bajan,

De azahares, y jazmines, y perpétuas,
Y frescos arrayanes coronadas,
Siguen, cantando deliciosos versos
Al dulce son de sonorosas flautas.

Unas llevan perfumes olorosos
En braseros de esmalte y filigrana,
Otras de flores lindos ramilletes,
Otras de oro y marfil lijeras mazas.

De este coro de vírgenes Kerima
Era bello adalid, y descollaba
Entre ellas en beldad y en gentileza,
Como en el bosque la garbosa palma.

En pos, cercados de altos personajes,
Nobles matronas y gentiles damas,
Los jóvenes esposos aparecen,
Ofuscando del sol la lumbre clara.

Habiba hermosa, cuya faz divina
Como la rosa del Abril temprana,
Rojo matiz de pudoroso encanto
De inestimable resplandor esmalta,

Ostenta larga ropa rozagante
De rica seda del color del alba,
Do brillan, como brillan los luceros,
Lazos de aljófar, flores de esmeraldas.

Las luengas trenzas, que hasta el suelo llegan
Aventajando al oro de la Arabia,
Recoje en parte delicada toca,
Y de cándidas rosas la guirnalda;

Y de ella pende, y por el aire ondea
Gallardo velo de tejida plata,
Prendido con un rico camafeo,
Y un penacho gentil de plumas blancas.

De gruesas perlas y zafiros lleva
Cubierta la hermosísima garganta,
Los bellos brazos, el pulido talle,
La fimbria de la veste y las sandalias.

Abdimelik la lleva de la mano,
De los dulces afectos de su alma
Dando indicios los ojos, en que brilla
Del puro amor la inextinguible llama.

El insigne Almanzor, á cuya vista
Respetuoso el pueblo se postraba,
Y Omar, gloria tambien del Islamismo,
A los tiernos esposos acompañan;

Mostrando en sus semblantes generosos
El gozo que en sus pechos se dilata,
Y que el amor del mando y de la gloria
Al paternal amor ceden la palma.

El anciano Cadí (8) con verdes ropas,
Pacífico semblante y luenga barba,
Con ellos va, la pompa presidiendo,
Y seis pajes en pos con alabardas;

Y entre un tropel, vistoso por sus trajes,
De libertos, de esclavos y de esclavas,
Treinta etiopes de atezados miembros,
Y descubierta la anchurosa espalda,

Y en los nervudos brazos y en los cuellos
Fuertes argollas de bruñida plata,
Llevan cargados los robustos hombros
De cedro y de ciprés con grandes arcas,

En que va el acidaque (9) de la esposa,
Y los ricos presentes y las galas,
Bajillas, telas, pieles y alcatifas,
Que los deudos y amigos le regalan.

Otros conducen en pequeños cofres
De azabache embutidos y de nácar,
Ambares y perfumes, ricas joyas
Y hermosas plumas de colores várias.

Y cerrando esta grave comitiva
Veinte mancebos en hileras marchan,
Todos de las familias mas ilustres,
Y del imperio todos esperanza;

Vestidos de morado, blanco y verde,
Y amorosas empresas recamadas,
Gallardos llevan con gentil despejo
Al hombro las lijeras azagayas.

Capitan de esta noble compañía,
De muchos á despecho y con no extraña
Sorpresa y con envidia, era el mancebo
A quien su orígen infeliz degrada.

Mas Almanzor potente lo dispuso,
Abdimelik lo quiso, y esto basta:
Que el favor de tan altos personajes
Aun montes mas difíciles allana.

Por lo mejor de Córdoba atraviesa
La rica y lucidísima comparsa,
Hollando arena y esparcidas juncias,
Olorosos mastranzos y espadañas;

Y entre los vivas del inmenso pueblo,
Que á pié, á caballo, con vistosas galas,
Se agolpa presuroso á todos lados,
Y hierve en calles, pórticos y plazas.

Y desde los terrados y alminares,
Garridas moras olorosas aguas
Y deshojadas flores dan al viento,
Al mismo punto en que los novios pasan.

Llegan á la magnífica mezquita,
Que en medio de naranjos y de palmas,
De Abderraman eternizando el nombre,
Oscurecia al templo de la Caaba (10);

Y concluido el azalá (11) escucharon
Con gran silencio la leyenda santa,
Que desde el almimbar (12) de cedro y oro
Pronunció el Almocrí (13) con voz pausada.

Abundantes limosnas repartieron,
Cuando se terminaron las plegarias.
A hospitales, hospicios y prisiones,
A doncellas, á huérfanas y á ancianas.

Y con toda la ilustre comitiva
La mezquita dejaron, y la marcha
Dirigieron gozosos á la Almunia,
Do con su córte Hixcen los esperaba;

Pues aunque nunca los palacios deja
Y encantados jardines de Zahara,
Las riendas del gobierno abandonando
De su valido al zelo y mano sábia;

Para mostrar de su favor lo firme,
Y la tierna amistad que le consagra,
Quiere á la boda y al nupcial banquete
Con su presencia dar mas lustre y fama.

En medio de espaciosas alamedas
Guadalquivir en sus risueñas aguas
De la Almunia el magnífico palacio
Como en luciente espejo retrataba,

Donde en un gran salon, cuya techumbre,
De oro cubierta y de labores várias,
En cien colunas de lustroso mármol
Con ricos capiteles descansaba,

Cuyos frisos, recuadros y cornisas
En esmaltes lucientes adornaban
Sentencias del Corán, y cuyo suelo
Era bruñidos jaspes de Granada;

A los tiernos esposos y á los padres
Recibe grato el cordobés Monarca:
Tiende á Almanzor la mano, á Omar saluda,
Y á Abdimelik y á Habiba afable abraza:

Y del regio turbante desprendiendo
Magnífico joyel, do se encerraba
De gran virtud un talisman antiguo,
A la modesta novia lo regala.

Ante el soberbio pórtico anchuroso
Un cuadrado jardin, al que cercaba
Verja de limpío bronce, se estendia,
Todo alfombrado de olorosas plantas;

Donde, entre cuatro sonorosas fuentes,
Que en conchas de alabastro recobraban
Los copiosos raudales que esparcian,
Iris formando por las frescas auras,

A la sombra de un toldo delicado
De leve seda de color de grana,
En tapetes y alfombras levantinas
El soberbio festin dispuesto estaba.

En él ocupa el preeminente puesto
Hixcen el poderoso: seis esclavas
Sobre él suspenden el soberbio pálio,
Que en seis varales de marfil descansa;

Y á ambas partes dos niños berberiscos,
En pebeteros de bruñida plata,
Queman preciosos bálsamos de Persia,
Y perfumes suavísimos de Arabia.

Toman asiento á un lado y otro lado,
De brocado en costosas almohadas,
Los esposos, los padres, las doncellas,
Los mancebos tambien, las nobles damas,

Y los Amires (14), y Giafar con ellos,
De Córdoba VVacir (15), del regio alcázar
Supremo alcaide, y padre de Kerima,
Del coro de doncellas capitana.

Allí el jóven Zeir tambien se asienta,
A quien por su señor Túnez aclama;
Con todos los excelsos personajes
Que al cordobés imperio lustre daban;

Y mientras los esclavos les presentan,
En fuentes de oro y de cristal en tazas,
Los manjares y frutas exquisitas,
Licores y conservas delicadas;

Los ilustres ingénios la alta gloria
De Hixcen en nobles versos celebraban,
De Almanzor y de Omar justos loores
A la excelsa virtud y á las hazañas;

Y la beldad de la modesta Habiba,
De Abdimelik la venturosa llama,
El poder celestial de la hermosura,
Y del feliz amor las alabanzas.

Allí cantaste tú, morisco Homero.
Jusef-Aben-Harum, al son del arpa;
Tú, cuyo claro ingénio inmortaliza
Ambos poemas de la *guerra* y *caza*.

Asunto de tu canto los amores
Fueron de Halewa hermosa, y tus desgracias,
Y lágrimas piadosas arrancaste,
Y lágrimas vertiste al recordarlas.

Tambien Aben-Isá, que en el Oriente
Consiguió por su verso ilustre fama,
Y Alhasan, y Albuker allí cantaron,
Y Lobna bella, y el anciano Obada (16).

En los bosques, praderas y jardines
Mesas cubiertas de manjares hallan
El pueblo, los cautivos, los esclavos,
Los monteros del rey, su noble guardia.

Y hierve entre los árboles y flores
La inmensa muchedumbre; y por el aura
Cunde la voz del popular contento
Al confuso rumor de orquestas várias.

Cubren el rio y su cristal esconden,
Con toldos y vistosas enramadas,
Y flámulas de seda y gallardetes,
Ligeros botes y movibles barcas.

Desierta quedó Córdoba aquel dia,
Y en silencio sus calles y sus plazas,
Qre en los jardines plácidos de Almunia
Toda su poblacion gozosa estaba.

El sol, á su pesar, siguiendo el curso
Que el dedo omnipotente le señala,
Se hundió en el mar Atlántico, y la luna
En todo su explendor suplió la falta.

Acabado el banquete se cubrieron
Los cuatro frentes del inmenso alcázar,
Y del parque las verjas, y del bosque
Los árboles de ardientes luminarias.

Y en tropel ordenado comenzaron
Por todos lados bulliciosas danzas,
Donde clases y nombres confundidos,
Todo era regocijo y algazara.

Tenaz dolor en tanto, horribles penas
Del huérfano infeliz rompen el alma,
Las fiestas y la pompa de aquel dia
Aumentando el rigor de sus desgracias;

Pues corazones míseros que esconden
Una profunda y dolorosa llaga,
Sienten mas el rigor de sus latidos,
Cuando á los otros el placer exalta.

Jamás con tal vehemencia en su memoria
De Zahira las últimas palabras
Reproducidas vió, nunca su pecho
Sintió mas la orfandad desconsolada.

Entre el bullicio popular se encuentra
En un desierto, y sin objeto vaga
Por aquellos jardines espaciosos
Entre la multitud regocijada.

Ni oye de las orquestas la dulzura,
Ni báiles ve, ni mira luminarias,
Ni busca á sus amigos: mudo y solo,
Pausado gira con incierta planta.

Piensa en su orígen degradado, oscuro,
Piensa en Zahira, y piensa en que le llama
Un terrible destino, mas terrible
Por el misterio que le encubre y guarda;

Pero piensa tambien en la belleza,
Lozana juventud, modestia y gracias
Que adornan á Kerima, y en su seno
Siente una conmocion que le acobarda.

De Záide al lado, en solitarios bosques,
Entregado al estudio y á la caza,
O pensativo siempre y retirado
De Almanzor en lo interno del alcázar,

Es la primera vez que al mundo sale;
Y ni la régia fiesta, ni las galas,
Ni el expléndido lujo y aparato,
Ni la augusta presencia del monarca

Llamaron su atencion: Kerima solo
En el banquete su atencion fijára,
Y ella no mas en tan variado dia
Fué de sus pensamientos soberana.

Mira cual crímen el haber dejado
Tantas horas su orígen y desgracias
En hondo olvido, y por cerrar su pecho
A toda otra impresion, suda y trabaja.

¡Vanos esfuerzos!... sí, le ocupa todo
Ya de Kerima la beldad gallarda;
Reconócelo el triste confundido,
Y de su propio corazon se espanta.

Piensa ver ¡desdichado! que la sombra
De Zahira le sigue y amenaza,
Y que en torno le acosan y rodean
Espantosos espectros y fantasmas.

La espalda apoya á un solitario tronco,
Falto de fuerzas en tan gran borrasca,
Los brazos contra el pecho ahogado cruza,
La frente inclina, y consternado calla.

Almanzor, que benigno y despojado
Del aparato y gravedad, andaba
Acalorando entre el gozoso pueblo
El general contento, cerca pasa.

En tan triste actitud junto á aquel tronco
Descubre acaso al Huérfano, se para,
Y se acerca; y asiéndole la mano,
Cariñoso le dice estas palabras:

«¿Qué es esto, capitan de los donceles?...
Flor de la juventud, ¿por qué no bailas?
Ven, yo te buscaré tal compañera,
Que no te pese, y que me dés las gracias.»

Y al traves de confusa muchedumbre,
Sin esperar respuesta, lo arrebata
A un risueño verjel, donde reunido
Lo mas ilustre de la córte estaba.

Allí Kerima con Giafar su padre
En asiento de mármol descansaba,
Y el mancebo Zeir tambien con ella,
Que en aquel punto de danzar acaban,

Y dícele Almanzor: «Bella Kerima,
De las nobles doncellas capitana,
Con este capitan de los donceles
Debes lucir tu gentileza y gracia.

»Sal, y baila con él, que mas gallardo
Compañero es difícil que encontráras.»
Giafar en Almanzor y en aquel jóven
Ojos que anuncian la sorpresa, clava:

Los suyos honestísimos al suelo
La modesta Kerima humilde baja,
Y de Zeir en el semblante brillan
Confusa turbacion, oculta saña.

Sonríese Almanzor, y persistiendo
En que mire Kerima al jóven grata,
Ase del brazo á la gentil doncella,
Y con un suave impulso la levanta.

Los Amires é ilustres caballeros,
Y las matronas y las nobles damas
En rededor se agolpan, deseosos
De ver una pareja tan galana.

Pocos conocen al garzon gallardo,
Que á sí ha llamado toda la jornada
La atencion general; y la pregunta
De *quién es*? sin respuesta en torno vaga:

Pues los que le conocen, no ignorando
Su orígen y el favor del Hagib, callan:
Solo Giafar á pronunciar se atreve,
Un expósito vil, aunque en voz baja.

Pero Almanzor confúndele al momento,
Mirándole con ojos como brasas,
Y diciendo en voz alta y firme á todos:
«No hay mas que preguntar: este es Mudarra.»

Tal era el nombre pues de aquel mancebo
Que ya los ojos del concurso encanta,
Viéndole al lado ilustre de *K*erima,
Diosa de la belleza y de la gracia.

Pronto al son de los suaves instrumentos
Los tiernos brazos con modestia enlazan,
Y al compás de los crótalos sonoros
Airosos mueven la lijera planta.

Almanzor, que embebido los contempla,
Dice á Giafar: «¡Qué copia tan gallarda!...
Parece que el destino venturoso
Para unirlos por siempre, los formára.»

Tembló el feroz Giafar, desconcertado
Del Hagib Almanzor á las palabras,
Como quien ve á sus piés horrenda sima
Del súbito relámpago á la llama:

Mas del Hagib temiendo el poderío,
Se esfuerza en ocultar su pasmo y rabia,
Y aumenta el ódio que al gallardo jóven
Tiene hace tiempo, sin saber la causa.

¡Cuán distintos afectos entretanto
En la gentil pareja dominaban!
A *K*erima un afan desconocido
Le agita el pecho, le conmueve el alma;

Y el Huérfano, al asir la mano hermosa,
De cerca al contemplar belleza tanta,
Y al enlazar con trémulos brazos
El talle peregrino, se abrasaba.

El compás de la música perdieron,
Se encontraron sus ojos veces várias,
Amor encadenó sus corazones,
Sonó alto aplauso, concluyó la danza,

Y recibiendo elogios lisonjeros,
Con grande turbacion ambos se apartan:
Volvió *K*erima al lado de su padre,
Y al lado de Almanzor volvió Mudarra.

Seis dias prosiguieron los convites,
Báiles, festejos, músicas y zambras;
Seis dias que pasaron tan veloces
Como los de placeres siempre pasan.

Durante todos ellos de *K*erima
El Expósito ilustre al lado estaba,
Y ambos nutrieron en sus almas puras
De una ciega pasion la ardiente llama.

Para dar fin á tan famosas fiestas
Dispúsose de Córdoba en la plaza,
Celebrando la union de los esposos,
Una corrida de sortija y cañas;

Y cuando el sol en el zenit brillando
De luz torrentes á la tierra daba,
El ronco son de trompas y clarines
Cundió de el suelo hasta las nubes altas,

Llamando á la confusa muchedumbre,
Que en sordo estruendo se agolpó á las gradas;
Y las damas de cuenta y personajes
Ocuparon balcones y barandas.

En el mas eminente, engalanado
Con pabellones de risueña grana,
Cordonajes y fluecos de oro y seda,
Y estrado de orientales almohadas,

Los dos esposos, Almanzor con ellos,
Y Omar, cubiertos de costosas galas,
Giafar con su *K*erima, y lo mas noble
De la córte de Hixcen asientos hallan.

Por ilustres mancebos, que aun no habian
Estrenado su pecho en las batallas,
Se dispuso la fiesta, demostrarse
Diestros ansiando en manejar las armas.

Divididos están en dos cuadrillas,
Y un jefe cada cual gobierna y manda:
Era jefe Zeir de la primera,
Jefe de la segunda era Mudarra.

De rojo y amarillo, y con penachos
Hechos de rojas flores de granada,
Los que obedecen á Zeir, se muestran
Sobre revueltas yeguas africanas.

Bajo los alquiceles llevan cotas
De hojas sutiles de bruñida plata,
Y de su cabo la amorosa empresa
Con esmalte esculpida en las adargas:

Era un sol en zenit resplandeciente,
Y un águila que en él la vista clava,
Y en derredor este arrogante mote:
¿*Quién dónde miro yo, mirar osára*?

De verde y de morado va vestida
La cuadrilla del huérfano Mudarra,
Y son flores de adelfa los penachos,
Y las ceñidas cotas pavonadas.

En cordobéses potros alazanes,
Que en la arena pausados el pié estampan,
Llevan todos conformes las empresas
Con el jóven caudillo que los manda.

Es una oscura y borrascosa noche
Con un lucero que su horror aclara,
Y ¡*Ojalá que su luz la niebla rompa*!
La letra que relumbra en las adargas.

Al son de belicosos instrumentos,
Por partes diferentes en la plaza
Entran ambas cuadrillas, y el aplauso
Y el rumor popular asorda el aura.

Júntanse en la mitad del ancho espacio,
Al balconaje en que Almanzor estaba,
Hacen la reverencia, y en seguida
Dan tres vueltas en torno á la estacada.

Al compás de las trompas y atabales
Mézclanse ambas cuadrillas y se enlazan;
Y una marcial escaramuza enredan,
Y mil figuras de vistosa danza.

Ora forman un círculo estendido
Al pausado galope, ora se apartan,
O se embisten, y prestos retroceden,
O ya de dos en dos á escape pasan:

Mostrando agilidad y gentileza,
Y cómo los caballos avasallan,
Que obedientes al freno y acicate,
Corren, se empinan, se revuelven, paran:

Descollando entre todos los mancebos
Por su destreza y su beldad Mudarra,
Que la atencion del pueblo numeroso
Roba, y los ojos del concurso encanta.

—Un muro artificial al lado habia
De firmes trabes y de gruesas tablas,
Y enfrente ambas cuadrillas se ordenaron,
Armadas ya de ponderosas lanzas.

A ejemplo de sus cabos los ginetes
En los grandes estribos se levantan,
Echan el brazo atrás con gallardía,
A sacudir los fresnos se preparan;

Y dando un grito agudo, á un tiempo mismo
Todos las picas con esfuerzo lanzan,
Que el viento como aristas penetrando,
Dan contra la fortísima muralla.

Otras en pos despiden, y otras luego,
Y las agudas puntas aceradas
Hacen temblar la máquina, la rompen,
Y los gruesos tablones desencajan.

Brazo ninguno con tan alto brio
Suelto sacude las fornidas lanzas,
Ni mano alguna el blando freno rige,
Como el brazo y la mano de Mudarra.

Cuantas picas arroja, rehilando
Destrozan y atraviesan gruesas tablas,
Y si un duro pilar acaso topan,
Los penetrantes hierros lo traspasan.

El muro viene á tierra derribado
Cubriéndose de astillas la ancha plaza:
Así la mies opima desparece,
Si el granizo la embiste y la anonada.

De esclavos un tropel y de cautivos
Con gran presteza los despojos saca,
Y con agudos dardos los mancebos
Se acometen y hieren las adargas;

Y luego uno con uno se encontraron
En vez de picas con lijeras cañas,
Que al herir en los petos y paveses,
En menudos pedazos se quebrantan.

Ya el sol al occidente descendia,
Y para fin de la marcial jornada,
A correr la sortija ambos caudillos,
Mudando de caballo, se preparan.

En una flecha, cuyo agudo hierro
A un erguido pilar clavado estaba,
Sendos anillos de diamante penden,
Cada cual en la punta de una banda.

Las dos cuadrillas á una y otra parte,
Dejando el campo libre, se separan;
Y el primero Zeir empuña altivo
Una delgada y primorosa lanza.

En un overo de tendidas crines,
Que apenas cabe en la anchurosa plaza,
La rienda floja, el acicate á punto,
La pica en ristre, á la sortija marcha;

Y mas veloz que el mismo pensamiento,
Y seguro del triunfo, se abalanza;
Pero en la flecha con la punta toca,
No en la sortija, y desairado pasa.

Revuelve lleno de vergüenza y furia,
Rompiéndole al overo las hijadas,
Y otra vez yerra el golpe, porque el brazo
Iba temblando de despecho y rabia.

Por la tercera vez la suerte intenta,
Y la yerra tambien. En tierra clava
Con gran furor la refornida pica,
Se da en la roja frente una palmada,

Da injustos sofrenazos al caballo,
En cuya sangre el acicate baña,
Y sin mas esperar, á toda rienda
Corrido se salió de la estacada.

El numeroso pueblo de él no cura,
Teniendo ya los ojos en Mudarra,
Que sale á ver sì acaso es mas dichoso,
En una yegua como nieve blanca.

Recorre en un galope sosegado
Y con gran timidez la extensa plaza:
Hondo silencio en el concurso reina,
Que inmóvil verle triunfador aguarda;

Y cuando llega enfrente á la sortija,
Pica la yegua leve como el aura,
Que cual la vista rápida parece
Que no toca la arena con la planta,

Pero el ginete á fuerza de cuidado
Lleva la punta de la pica baja,
Y aunque va firme el puño en la arandela,
Deja atras la sortija, y no la ensarta.

El Hagib Almanzor muestra disgusto,
Giafar lo mira con sonrisa amarga,
Demúdase Kerima, el gran gentío
Manifiesta inquietud; mas todos callan,

El garzon sin turbarse, de la yegua
El grueso cuello y crespa crin halaga;
La rienda acorta, afirma los estribos,
Atrás el capellar airoso aparta,

Y con los ojos fijos en la prenda,
Y la mano en el cuello de la lanza,
Con despejo y con noble gallardía,
A escape y sin temor de nuevo arranca.

La acicalada punta en el anillo
Introduce, y tras sí gallardo saca,
Hendiendo el aire y dándole vislumbres,
Cual leve exhalacion, la rica banda.

Un grito de placer en torno suena;
El Hagib del balcon el cuerpo saca;
Sin pensarlo Giafar (aunque al momento
Se arrepiente y se enoja) ¡*bravo*! exclama.

El corazon palpita de Kerima,
Púrpura ardiente su semblante esmalta,
Y va á aplaudir; pero la accion suspende,
Y los ojos temblando al suelo baja.

—Por competencias de poder y mando,
Con la familia de Zeir estaba
Desabrido Almanzor, y ve gozoso
Su orgullosa altiveza desairada.

Ensalzar quiere al Huérfano, y honrarle,
Y resuelto prorumpe en voces altas:
« Giafar, dar algun premio es necesario
Al que es tan diestro en manejar la lanza.

»Venga á nuestro balcon, y de su cuello
Colguemos esta corva cimitarra.»
Dijo, y la suya se quitó, la suya,
Par casi al Zualfaker (17) en gloria y fama.

Giafar con gran frialdad, «Ambas cuadrillas,
Dice, han ganado prez en esta plaza:
Si vos premiais al jefe de la una,
Yo al otro premiaré.» De estas palabras

No hizo caso Almanzor: en el momento
Que el jóven suba á su presencia manda;
Y la prenda del triunfo atada al brazo,
Tímido en el balcon entró Mudarra.

De pié los personajes le reciben,
El Hagib Almanzor tierno le abraza,
Y va á echarle en el cuello el talabarte
De que pende la rica cimitarra;

Mas lo suspende, y á *K*erima dice:
«La dicha y la destreza de las armas
De la beldad tan solo por la mano
Deben, señora, ser recompensadas;»

Y en las de la hermosísima doncella
El rico alfanje pone. Demudada,
Los ojos ella vuelve hácia su padre,
Cuyo semblante enciende horrenda rabia,

Y de rubor cubiertas las mejillas,
De gozo y miedo el corazon, turbada,
Al mancebo, que tiembla palpitante,
Entrega el premio con modesta gracia.

Que el jóven á sus piés la banda ponga,
Todos, y aun Almanzor, acaso aguardan;
Mas no la puso, que á distinto objeto,
Desde que la ganó, la destinára.

Tornó el alegre pueblo á sus hogares,
Almanzor con el Huérfano á su alcázar,
Y Giafar á Zeir por premio envia
Un arco persa con su rica aljaba.

---

*K*erima en su magnífico aposento
Entre confusos pensamientos vaga:
Ya amor su corazon enseñorea,
Y ella aun lo ignora, aunque en amor se abrasa.

La fiesta popular, la augusta boda,
Los banquetes, las músicas, las danzas,
El concurso y los lances del torneo,
Todo en su mente revolando pasa;

Mas siempre en ella, entre el tropel confuso
De recuerdos sin fin, mira á Mudarra,
Que es el blanco de todas sus ideas,
Que es el anhelo solo de su alma.

Ya la anciana nodriza de sus brazos,
De su frente y blanquísima garganta,
Besando cariñosa sus mejillas,
Las espléndidas joyas le desata:

Y al verla tan suspensa, se sonrie,
Y con malicia, de su edad no extraña,
«¡Ay, Kerima! le dice, ¿de las fiestas
Vuelves tan pensativa y tan turbada?...

»¡Hija de mi cariño!... ¿qué te aflige?...
Tu tierno corazon conmigo ensancha.
¿Has por ventura visto á otra doncella
Mas ricas joyas ó mejores galas?...

»Mas beldad no es posible, pues tú eres
La rosa de oro y el ciprés de plata
Del imperio andaluz... Y en la riqueza,
En perlas y almaizares ¿quién te iguala?...

»¿No respondes?... De fiestas y torneos,
Y de banquetes públicos se saca...
Cansancio... nada mas... En otros tiempos
Mayor recogimiento se estilaba.

»Cuando Alhaken, cuando Alhaken vivia,
Una ilustre doncella no pisaba
Jamás la calle... siempre en sus jardines...
Siempre... mas todo en este mundo cambia...

»Matar infieles era el solo empleo
De nuestros buenos padres... sí... ¡Mal haya
Quien inventó las justas y festines,
Las músicas, los versos y las zambras!»

La inocente Kerima con zozobra
Oye de su nodriza las palabras,
Y tiembla silenciosa, recelando
Que encubre mal lo que en su pecho guarda.

En un baño de pórfido recuesta
El cuerpo hermoso, y olorosas aguas,
De regalado temple, refrigerio
Dan á sus blancas formas delicadas.

Ya sus oscuras prolongadas trenzas
Deshacen con primor diestras esclavas,
Y las recogen en lijera toca,
Y en aceite de rosa las empapan.

En femenil curiosidad ardiendo
Todas, la ostigan con preguntas várias,
Y quieren que les cuente de la boda
Hasta las mas pequeñas circunstancias;

Y los vários colores y divisas;
Quién lució en la corrida de las cañas,
Y con quién ha danzado, y cuáles fueron
Las mas vistosas y elegantes galas.

Ella responde á todo, y nombra á todos
Los que en aquellas fiestas se encontráran;
Pero porque su rostro no la venda,
Evita siempre el nombre de Mudarra.

Queda sola en su lecho, y la dulzura
Del sueño bienhechor inquieta aguarda:
¡Ay! sus enamorados pensamientos
De sus ojos lo ahuyentan y separan.

«¿Quién este jóven es?—Deudo, no hay duda,
Del insigne Almanzor.—Mas ¿qué palabras
De tósigo mortal entre los labios
De mi padre escuché?... ¿Por qué su saña?...

»¡*Expósito infeliz*!!! ¡*Huérfano infame*!!!...
No lo dijo por él... Su ilustre alma
Brilla en su faz, su estirpe generosa
En su disposicion noble y gallarda.

»Y ¿á quién, á quién el venturoso jóven
La prenda que ganó, ¡cielos! consagra?»...
Así dice entre sí, y acerbo llanto
De sus ojos bellísimos derrama.

¡Infeliz!... ¡Infeliz!... su tierno pecho
Apenas siente del amor la llama,
Y la horrible ponzoña de los celos
Ejercita ya en él su ardiente rabia.

¡Cómo se ofusca, cuánto desvaría
Una imaginacion acalorada!
¡Y cuánto el noble pecho de Kerima
Aplaudiera el intento de Mudarra!

Pues luego que tendió tranquila noche
Su manto oscuro por la tierra opaca,
Al rayo hermoso de naciente luna,
Que entre celajes plácidos se alzaba,

Dirigió el jóven con plausible anhelo
Al sacro bosque la piadosa planta,
Donde la sepultura de Zahira
Entre cipréses lúgubres estaba;

Y de un lauro lozano que sobre ella,
Cual rústico dosel, frondosas ramas
Extendia, con lágrimas los ojos,
Colgó el anillo y enlazó la banda.

NOTAS DEL PRECEDENTE ROMANCE.

(1) Se empezó esta obra en la isla de Malta, en una casa de campo que está á la orilla del mar, por el mes de Setiembre del año 1829.

(2) *Hagib* ó *Alhagib* equivale á ministro principal de palacio, ó primer ministro del imperio. Fué el cargo que obtuvo Almanzor en el reinado de Hixcen, sin que fuera nunca rey ni emperador, como le titulan nuestras historias y antiguos romances; aunque gobernó el imperio muchos años casi exclusivamente, tanto por su valor y entendimiento, como por el genio indolente y oscuro de Hixcen, tercero de su nombre, de quien dice Conde en su *Historia de la dominacion de los árabes en España, sacada de vários manuscritos y memorias arábigas*, lo que sigue: «El rey Hixcen, así por los pocos años como por su natural inclinacion, no pensaba sino en sus juegos é inocentes placeres; no salia de sus alcázares y deliciosos jardines, ni deseaba otras distracciones ni recreos, que no conocia... Sabur, el persiano, que habia sido camarero del rey Alhakem, y habia venido de Mérida para la jura del rey Hixcen, quiso hablar con él antes de su partida, y la sultana Sobeiha le excusó la visita de acuerdo con el Hagib Muhamad (Almanzor), y luego partió para Algarbe, y los demás VValíes á sus provincias.»

(3) *Azrael* era, segun la creencia musulmana, el ángel que separaba en la hora de la muerte el alma del cuerpo.

(4) *Walí*, prefecto ó gobernador de provincia.

(5) Los nombres de los meses ó lunas entre los árabes eran los siguientes, por este órden: *Muharram*, *Safer*, *Rabié primera*, *Rabié segunda*, *Giumada primera*, *Giumada segunda*, *Regeb*, *Xaban*, *Ramazan* (este era el mes de penitencia, ayuno y expiacion): *Xawal*, *Dylcada* y *Dylhagia*.

(6) *Almueden*, sacristan, mullidor de mezquita, que pregona y llama con grandes voces á la oracion desde lo alto del *alminar* ó torre.

(7) *Huris* eran las doncellas inmortales, habitadoras del paraiso, destinadas para ser allí compañeras eternas de los buenos musulmanes.

(8) *Cadi*, gran juez, presidente del consejo.

(9) *Acidaque*, la dote.

(10) El templo de la Caaba, ó la casa cuadrada, era un templo antiquísimo de la Meca, que se dice fundado por Abrahan, ó por Ismael, al que hacian los musulmanes su peregrinacion santa. Fundóla el rey Abderahman el año 786 de nuestra era. El mismo trazó el plan de la obra, que se propuso fuese semejante á la de Damasco, superior á la de Bagdad y comparable á la Alaksâ en la Casa santa de Jerusalen. Gastó en ella mas de cien mil doblas de oro, y murió antes de acabarla.—CONDE *en la obra citada.*

Convertido este suntuoso y extraño edificio en catedral, se conserva hoy casi intacto, sin mas variaciones que las que han sido indispensables para el culto católico.

(11) *Azalá*, oracion. Eran cinco: *Azohbi*, del alba; *Adohar*, del medio dia; *Alasar*, de la tarde; *Almagrib*, al ponerse el sol, y *Alatema*, al anochecer.

(12) *Almimbar*, púlpito.

(13) *Almocrí*, lector de mezquita.

(14) *Amir* ó *Emir*, jefe, general, príncipe.

(15) *Wacir*, ministro principal, gobernador de ciudad.

(16) Grande era el aprecio que se hacía de los poetas entre los árabes de Córdoba, donde habia academia pública de poesía, y donde los ingénios estaban muy festejados y recompensados por los príncipes y caballeros. El citado compilador de los manuscritos árabes dice en el cap. 92 de la segunda parte: «Dió en Zahrâ una hermosa casa al »célebre historiador Ahmed ben Said el Hamdani, que se ocupaba en escribir la his»toria de España: asimismo dió el rey casa cerca del alcázar á Jusuf ben Harûn, el »Arramedi, conocido por Abu Amar, el mejor ingénio de cuantos en este tiempo flo»recian en Córdoba: habia presentado al rey dos elegantes poemas, uno *de la caza* y »otro de la *caballería*. Refiere de él Abulwalid ben el Fardi, que él mismo contaba es»to: Salí un dia despues de la zala del juma, y pasé el rio de Córdoba, y andaba en »los jardines de Beni Meruân, y encontré en ellos una doncella esclava, que nunca en »toda mi vida habia yo visto otra de tal gentileza, ni tan hermosa como ella; la salu»dé, y me respondió con mucha gracia, pues no solo era afable, sino tambien en ex»tremo discreta. El tono de su habla era de tanta dulzura, que regalaba los oidos, »y se entraba por ellos en el alma; de suerte que su gentileza, su hablar y sus ra»zones, me rindieron el corazon. La dije yo: Por Alá, ¿te podré llamar hermana ó »madre? — y ella me respondió: Madre, si quisieres.—Y dije entonces: ¿De gracia, »mereceré saber cómo te llaman?— y me respondió: Llámanme Halewa.—Con bue»nas fadas, dije yo, te pusieron tan dulce nombre. etc., etc.» Por huir la proligidad, no copiamos el resto, en que se refiere cómo el poeta enamorado de la esclava, hizo un viaje á Zaragoza para pedir á un amigo la cantidad necesaria para comprar á la doncella, la que por desgracia tenía ya otro dueño, cuando volvió á Córdoba su amante. De aquí nacieron disgustos y hablillas, que despertando la curiosidad del rey, quiso ver á Halewa, y enamorado de su belleza, pasó con ella una mañana, mientras su amo estaba en la mezquita, oyendo el sermon del famoso Mondhir ben Said, que de acuerdo con el rey se dilató mas de lo regular en su plática. Esto produjo al cabo nuevos disgustos para nuestro poeta, que estuvo preso y sufrió una larga persecucion.

Hablando dicho autor de la jura del príncipe Hixcen, dice: «Tambien manifestó su »ingénio y gratitud al rey en esta ocasion el granadino *Aben Isá* el Gasani, que aca»baba de llegar de Egipto y de otros países de Oriente, donde habia viajado de órden »del rey Alhaken, y le presentó su geografía y una elegante descripcion de las co»marcas de Elvira.» Y mas adelante: «Como en este tiempo era tan estimada la eru»dicion y la poesía en España, hasta las mujeres en su retiro eran estudiosas, y mu»chas se distinguian por su ingénio y buenos conocimientos. El rey tenía en su alcá»zar á *Lobna*, doncella muy hermosa, docta en gramática y poesía, en aritmética y »otras ciencias. Escribia con singular elegancia y muy bellas letras, y el rey Alhaken »se valia de ella para escribir sus cosas reservadas. No habia en el palacio quien la »igualára en agudeza de conceptos y suavidad de metros.»

Alhasan fué un poeta sevillano; *Albuker*, otro de Damasco, y ambos florecieron por aquella época,

En la obra citada, tratando en el cap. 98 de cómo Almanzor honraba á los doctos, se lee: «Se detenia poco tiempo Almanzor en las fronteras, y mientras estaba en »Córdoba, su casa era como una academia de sabios y de hombres de ingénio. La »frecuentaba el malagueño *Obada* ben Abdala, que era de los mejores poetas de este »tiempo en Andalucía, y escribió la historia de los poetas españoles y una célebre »bordá ó elogio de Anabi Muhamad..... Hizo unos versos muy elegantes de improvi»so, y le dió el wacir cien dinares de oro y su casa franca á todas horas..... Esta»bleció Almanzor una academia de humanidades, y solo tenian asiento en ella hom»bres doctos, ya conocidos por obras útiles é ingeniosas de vária erudicion en prosa »ó en verso. Visitaba las madrisas ó escuelas, y las aljamas y colegios, y se sentaba »entre los discípulos, y no permitia que se interrumpiese la enseñanza á su entrada »ni á su salida. Daba premios á los maestros y á los discípulos mas sobresalien»tes. etc.»

Es muy curiosa la descripcion que se halla en esta obra de Conde, de la boda del hijo de Almanzor, que se celebró en la *Almunia*, en sú palacio y jardines. Aunque se ignora el sitio de estos, sospecho que sea el mismo, donde hoy está la *alameda del Obispo.*

(17) *Zualfaker* era el nombre del alfanje de Mahoma, que decia haberlo recibido del Arcángel Gabriel, y lo dejó en herencia á su yerno Alí.

ROMANCE SEGUNDO.

Funestos y altos cipréses,
Frondosas y verdes hayas
Cercan un campo cubierto
De abrojos y yerba larga:
En medio estaba un sepulcro.
. . . . . .
La noche estaba en su filo,
Fria, medrosa y helada,
Y la siniestra corneja
Hecha centinela y guarda;
Cuando al rayo de la luna,
Que bajaba entre las ramas,
Ví salir un bulto negro.

Romance antiguo.

Giafar, en cuyos ojos centellea
Siniestra lumbre de terrible agüero,
Cuyo vigor los años no enflaquecen,
Ni calman los furores de su pecho,

Dado á la caza y ejercicios duros,
Y de la córte docto en los manejos;
Es por sangre, riqueza y poderío
La persona segunda del imperio.

Alguna vez ha sido la primera,
De Hagib desempeñando el cargo excelso
En tiempo de Alhaken, y aun vivos duran
De época tan terrible los recuerdos.

Dígalo el Almagreb, que osó hasta el trono
Alzar desesperado sus lamentos;
Y torrentes de sangre lo inundaron,
Y tronchadas cabezas lo cubrieron.

Los cristianos pacíficos lo digan
Sometidos al árabe gobierno,
A quienes de Giafar el fanatismo
Cargó de oprobio, de miseria y hierros;

Dígalo el reino todo, de cadalsos
Y de bárbaras cárceles cubierto;
Dígalo en fin, España, que ni un dia
De bienhechora paz gozó el consuelo.

Azote de su siglo y detestado
De su patria y de todo el universo,
Se sostuvo en el mando y poderío,
Y en el favor del rey por algun tiempo;

Pues hipócrita astuto aparentando
Por la ley musulmana ardiente celo,
Tuvo en los Alimanes y Alfaquíes (18)
Apoyo firme y partidarios ciegos.

Sus riquezas tambien y la fortuna,
Que coronó constante sus esfuerzos
Con contínuas victorias, le ayudaron,
Y en el primer lugar le mantuvieron.

Conservaba de Hagib el alto cargo,
Cuando jóven Hixcen empuñó el cetro;
Mas desplomóse al cabo su grandeza
Como abrumada de su propio peso.

Al frente de las huestes musulmanas
Taló del Tormes, del Arlanza y Duero
Los fértiles contornos, exterminio,
Muertes y esclavitud dejando en ellos:

Incendió villas, arrasó palacios,
Destruyó fortalezas, y de miedo
Temblaron Leon y Burgos, cuyas torres
De un mar de sangre los escollos fueron.

El poder de Castilla derribado
Quedó; su conde en la batalla muerto,
Y el monarca leonés de las Asturias
Buscando asilo en los peñascos yertos.

Rico de gloria y rico de despojos,
Si no saciado de matar su pecho,
Y gozoso de ver seis mil cautivos
Seguir sus huellas entre duros hierros;

Giafar ufano á Córdoba volvia,
Sus sienes á ceñir de lauro eterno,
A afirmar con tal triunfo el alto mando,
Y á hollar el orbe, á su ambicion estrecho.

Alá empero lo quiso de otro modo:
Un castellano, insigne caballero,
Por vengar á su patria ó lograr muerte,
Pues la muerte es mejor que el vituperio;

De pocos aunque buenos, ayudado,
Le alcanzó en Guadarrama; y sorprendiendo
Al muslímico campo, parecia
Rayo de las venganzas del Eterno.

Las cordobesas numerosas aces,
Que cuando dejan el poder deshecho
De los cristianos, y detrás la muerte,
Y lagunas de sangre, y campos yermos,

Del alba á los escasos resplandores
Se ven acometer con tal denuedo;
Pásmanse, y en desórden se amontonan,
Dudosas del peligro y del remedio.

Con la codicia de guardar la presa,
Lo fragoso del áspero terreno,
Y la gran muchedumbre de cautivos,
Crecen la confusion y desaliento;

Mientras el valeroso castellano,
La lanza en ristre y del broquel cubierto,
Acomete, destroza y atropella,
Cual onza entre los tímidos corderos.

Solo un valiente Amir osa atrevido
Al héroe contrastar, y su denuedo
En duda pone un rato la victoria,
Con fuerte diestra y con gallardo esfuerzo;

Mas derribado al fin, nada resiste
Al cristiano escuadron, aunque pequeño;
Pues derrama en el campo el exterminio
Que en mies tostada devorante el fuego.

Giafar, ardiendo en rabia, intenta en vano
Sus huestes ordenar: con ronco acento
Llama á sus capitanes, y sus voces
Solo acrecientan el confuso estruendo.

Corriendo á un lado y otro, donde quiera
Desaliento y terror ve, y vano ensueño
Le parece el combate, ó que fantasmas
Que la tierra abortó, son los guerreros.

En tanto los cautivos, que conocen
Al héroe triunfador, rompen los hierros,
Y con las armas que el furor les presta,
Cargan á los turbados Sarracenos.

El numeroso ejército, que altivo,
Ufano, rico, vencedor, soberbio,
Cantaba alegres himnos de victoria,
Hollando ya en seguro el patrio suelo;

Despareció como las nubes densas,
Que están la esfera toda oscureciendo,
Se rompen, vuelan, se deshacen, huyen
Al repentino aparecer del cierzo.

Quién busca las fragosas espesuras
Por salvar el botin; cuál, como el viento,
Destrozando al caballo los hijares,
En cercano castillo busca puerto.

El que osa resistir, la muerte encuentra,
Que al fugitivo alcanza, y bajo el peso
Infame del tesoro, furibunda
Da al codicioso el merecido premio.

Giafar, que desplomarse ve su gloria,
Que para sostenerla sus esfuerzos
En vano son, y que tan corta hueste
Le roba tantos lauros y trofeos;

Corre furioso en contra del caudillo
Del cristiano escuadron, y de su pecho,
Encendido volcan, lanzan los ojos
Aterradores el terrible fuego.

Aun espera deber solo á su brazo
Dulce venganza, cuando no remedio,
Y sostener su gloria por sí solo,
U honrada muerte conseguir al menos;

Mas, ¡ay! que la fortuna caprichosa
La espalda y rostro con desden le ha vuelto,
Y con la pica poderosa en ristre
Le espera el castellano caballero,

Que en tierra lo derriba, y lo abandona,
O por no conocerle, ó por desprecio.
Llama luego á los suyos, y la turba
De rescatados con presura uniendo,

Vencedor se retira y orgulloso
Del campo de cadáveres cubierto:
De la fe y de Castilla restaurada
La gloria, y de venganza satisfecho.

De tal desastre á Córdoba la nueva
Llegó en las alas rápidas del viento,
Y de luto, dolor, llanto, amargura
Llenó, y de asombro el andaluz imperio.

Los enemigos de Giafar se alzaron
En contra suya sin tenerle miedo,
Se esforzaron sin fruto sus parciales,
Y fué de maldicion su nombre objeto.

La sultana Sabeya, madre altiva
De Hixcen, que siempre con disgusto y ceño
Miró á Giafar, gozóse en su infortunio,
Que lo precipitó del alto puesto;

Pues cuando enfermo, herido, despechado,
En sed de sangre y de venganza ardiendo,
Del poderoso ejército perdido
Con miserables y afrentados restos,

A Córdoba volvió; de Hagib el cargo,
De Hixcen la gracia y el amor del pueblo
Disfrutaba Almanzor, y hermosos dias
De justicia y saber amanecieron.

Giafar en vano desplegó sus artes,
Apeló al disimulo sin efecto,
Apenas encontró con partidarios,
Sin resultado usó de sus manejos;

Y en una torre suya, que entre bosques
Incultos dominaba un campo yermo
(Que hoy Campo-bajo llaman, y aun existen
De ella, en la altura, fulminados restos),

Se refugió, de su ambicion burlada
A consumirse en el insano fuego;
O mas bien á trazar planes astutos
Para al mando y favor tornar de nuevo.

Muy pronto sus riquezas y su sangre,
Su antigua gloria y el influjo inmenso
De Ulemas, Alimanes y Alfaquíes,
Su fina astucia y religioso celo,

Le procuraron el segundo cargo
En honra y en poder, que era el gobierno
De la ciudad de Córdoba, reunido
Con la alcaidía del alcázar regio:

Y cuando á alguna expedicion guerrera,
O á correr las provincias del imperio
Se alejaba Almanzor, él de la córte
Tomaba el mando con poder supremo.

¡Epocas siempre de rigor y espanto!...
Al partir Almanzor quedaba el pueblo,
Que padre y gloria suya le aclamaba,
En silencioso afan y en desconsuelo;

Como al hundirse el sol en el ocaso,
Queda en el ancho mar el marinero,
Que ve en oriente el manto de la noche
De espesas nubes y borrascas lleno.

Tuvo hijos diferentes; mas gozarlos
Nunca le concedió sañudo el cielo,
Y en la tranquila cuna muerte airada
Cebó su diente destructor en ellos.

*K*erima sola fué mas venturosa
(Si es que quedar en este mundo es serlo),
Tal vez porque en su madre desdichada
Se embotó de Azrael el crudo hierro.

Giafar nunca olvidando su derrota,
Aunque ya de venganza satisfecho
Debiera estar y de inocente sangre,
Profesa á los cristianos ódio eterno:

Cuantas veces tornaba al alto mando
Lo demostraba con atroces hechos,
Y era de los mozárabes (19) azote,
Horrorosas violencias ejerciendo.

De esta mísera estirpe honra, fortuna,
Libertad, vida, todo era el objeto
De la venganza audaz de tal contrario,
De su codicia, rabia y desenfreno.

Entre inocentes tantas que á la furia
Del terrible Giafar víctimas fueron,
Lo fué Gala infeliz, tierna doncella
A quien dió por su mal belleza el cielo.

Tranquilo y en oscura medianía,
Del fausto y pompa cortesana lejos,
El mozárabe Egidio disfrutaba
La edad madura en el hogar paterno.

De una antigua familia ilustre y goda
Era este anciano el vástago postrero:
Su esposa ya tambien de los sepulcros
La quietud disfrutaba y el silencio.

En prácticas cristianas embebido,
Y en educar con afanoso esmero
En la fe y la virtud á su hija Gala,
Hija que solo concedióle el cielo;

Gozaba en paz de venturosos dias,
Solo con ella en retirado albergo,
De la filial ternura coronado,
Del corazon de Gala satisfecho;

Cuando al volver en una tarde aciaga
De un campo suyo, que el feliz sustento
Le tributaba con opimos frutos,
Producto de su afan y su desvelo;

Se halló desierta la tranquila estancia,
Los muebles derribados y deshechos,
Robado el ajuar, y ¡ay! sin la prenda,
De su amor fruto, de su edad consuelo.

¡Desdichado!... ¡Qué golpe!... Como loco
Giró por la ciudad; y conociendo
Cuál era su desastre, y que justicia
Solo podia esperar del alto cielo,

Incendió su heredad y humilde casa,
Destruyó sus ganados y su apero,
Y desapareció de Andalucía,
De su infortunio y de sí mismo huyendo.

Giafar fué el forzador, Giafar tirano
Con tropa audaz de foragidos siervos,
Robó la hija del honrado Egidio,
Y á su palacio la arrastró violento.

En él antes de un año hundióse Gala,
Dando á Kerima á luz, en sueño eterno;
Aterrada sin duda la infelice
De ver la sucesion de un monstruo horrendo.

De padre tan feroz muy diferente
Salió la tierna niña, en quien el cielo
A manos llenas derramó los dones
De belleza y virtud, gracia y talento.

Sus ojos eran encendidos soles,
Pero templados de pudor modesto,
Y sus negras pestañas daban sombra
A un rostro de jazmin y rosas hecho.

Nieve era su garganta, y alabastro
Los tiernos brazos y el sensible seno,
Gentil su talla, estrecha su cintura,
Breve la planta y torneado el cuerpo.

No la hermosa azucena mas lozana
La blanca frente y el erguido cuello,
Reina de los jardines, alza en Mayo,
De la risueña aurora á los destellos;

No mas gentil orillas del arroyo,
Precursor de las flores, el almendro
Se mece ufano en tarde sosegada,
De las auras de Abril al blando aliento.

Mas á tanta beldad y gallardía
El candor, la inocencia y el ingénio
Ganan la palma en la gentil doncella,
Cautivando las almas y los pechos.

Su compasion benéfica merece
Despertar de Zahira los recuerdos,
Y con ella encantado acaso olvida
Al feroz padre agradecido el pueblo.

Como ella nadie un almaizar tejía,
O de oro y sirgo recamaba un velo,
O una manga labraba, los matices
Del hermoso verjel oscureciendo.

Aunque Giafar fanático desprecia
Las artes y las ciencias, de aquel tiempo
La costumbre observando, dió á su hija
Del humano saber doctos maestros.

A encantar con su voz las leves auras,
Y á prorumpir en deliciosos versos
Del arpa melancólica al sonido,
La adiestró Obada, el sabio malagueño;

Y el insigne Aberróes, á quien grata
Abrió naturaleza sus secretos,
Comentador del sabio de Estagira (20),
Y cuya fama vive en claros ecos;

Le enseñó á conocer el mudo giro
De los lucientes astros, sus aspectos,
Sus influencias, su poder, las causas
Que alteran entre sí los elementos:

Las virtudes de plantas y de flores,
De metales, de piedras y de insectos;
Y á elaborar mil bálsamos preciosos,
De las miserias del mortal remedios.

Esta la ciencia fué que cautivára
La atencion de Kerima, y el deseo
De consolar la humanidad doliente
Hizo de ciencia tal todo su anhelo;

Logrando en ella tanta nombradía,
Y su docto saber tales efectos,
Que eran sus confecciones admiradas,
Y con afan buscados sus consejos.

Recorrer selvas, montes y verjeles,
Salutíferas plantas recogiendo,
Era su ocupacion, y cultivarlas
En sus propios jardines, su recreo.

¡Ay! ¡Que las mas hermosas y floridas,
Las que mas necesitan de su esmero,
Sedientas en los vasos de alabastro,
Marchitas con el sol doblan el cuello!

Pues tres veces hiriólas desde oriente,
Y tres desde zenit con vivo fuego,
Y tres desde el ocaso, sin que logren
De la mano benéfica consuelo.

¿Cómo lo han de tener?... Su bienhechora,
La que les consagraba sus desvelos,
Las tiene ¡desdichadas! en olvido,
Víctima triste de cuidados nuevos.

¡Infelice! Tres dias retirada
Estuvo en su magnífico aposento,
Tres largos dias, que jamás son breves
Los que en dolor se pasan y en tormentos.

Kerima en vano el nombre de Mudarra
Negó á su labio con prudente esfuerzo,
Al contar los festejos de la boda,
Al referir los lances del torneo;

Pues las locuaces siervas que la asisten,
Y la vieja nodriza, repitiendo
Las voces que por Córdoba volaban,
Despedazaron su oprimido pecho.

Esta le ponderaba el entusiasmo
De que era el jóven triunfador objeto;
Aquella lamentaba que su orígen
Tal beldad malograse y tal denuedo;

Otra, informada de envidioso labio,
O de Giafar atenta á los preceptos,
Le retrataba con las negras sombras
De lástima, de afrenta y de desprecio.

La nodriza, con pláticas difusas,
Viejas historias y mohosos cuentos,
Todo lo que es antiguo ponderaba,
Y mezclando malicias y consejos;

Dijo: «Aun no estaba mi semblante arado,
Ni convertido en nieve mi cabello,
Pues fué poco despues que de los Laras
Las cabezas á Córdoba trajeron;

»Cuando recien nacido le encontraron
En los jardines de Almanzor expuesto:
De algun cautivo vil é infame esclava
Fruto infeliz, y maldicion del cielo.

»La princesa Zahira en su palacio,
Por caridad ó por capricho necio,
Le acogió... ¡Qué mujer!... Era muy linda,
Y compasiva, y generosa, es cierto;

»Pero tan rara... En fin, en protegerle
Cifró todo su afan, todo su empeño;
Y en vez de acostumbrarle desde niño
A ser humilde, y á servir cual siervo,

»Crióle con tal pompa y tal regalo,
Como si fuera un claro caballero;
Y hasta el momento de morir estuvo
De caricias colmándole y de obsequios.

»¡Locuras de mujer!... Y Záide, Záide,
Ese incrédulo altivo, satisfecho
De sus vanos saberes, del Mudarra
Ha sido el consultor, ayo y maestro.

»Con un principio tal, con tal doctrina,
¿Qué se puede esperar de ese mancebo?...
Yo extraño que Almanzor... ¿pero qué digo?
¿Qué se debe extrañar en estos tiempos?...

»¡Un expósito vil de los donceles,
De la flor y esperanza del imperio,
Ser capitan en tan famoso dia!...
En la mesa del rey tener asiento!...

»¡Con Kerima danzar el miserable!
¡En competencia entrar en el torneo
Con el noble Zeir, con el que aclama
Por su señor el tunecino pueblo!...»

Así decia, y una esclava jóven
La interrumpió con prontitud diciendo:
»Pero ganó la banda y la sortija,
Y con aplauso universal el premio.»

Repúsole la vieja: «Sí, fortuna,
Mera casualidad... Y ¡á digno objeto
Habrá la rica prenda dedicado!...
¡A alguna esclava de Almanzor su dueño!!!»

No pudo mas Kerima; á todas ellas
Mandó callar con desabrido aspecto,
Y mostrando cansancio de escucharlas,
Que al punto despejasen su aposento.

Apenas sola, hondísimos gemidos
Lanzó el volcan de su abismado seno;
Cruzó su estancia con inciertos pasos;
Alzó los brazos y la faz al cielo.

Derribóse por fin, de fuerzas falta,
Sobre un rico almohadon, en gran silencio
Sus labios frios, é inclinó la frente,
Hinchado el corazon, los ojos secos.

De la anciana nodriza las palabras
Un mar de confusiones extendieron
Ante su vista de esperanzas dulces
El cuadro engañador oscureciendo.

Un expósito vil, dijo su padre,
Y un expósito vil es en efecto
El que su corazon ha sorprendido,
Para abrasarle en vergonzoso fuego.

Se afrenta de sí misma, y orgullosa,
Animada de su alto nacimiento,
Abomina el instante desdichado
En que pudo pararse en tal objeto.

Llora luego, y llorando, en su alma herida
La ternura recobra el dulce imperio;
Pero al pensar que la preciosa banda
De una esclava tal vez adorna el cuello,

Arde en furor, y jura en altas voces
Odio al Huérfano vil, no ya desprecio,
Indignada de haber á tal persona
Humillado sus altos pensamientos.

Sí, tomó su partido, está resuelta;
Ya aborrece á Mudarra; por lo menos
Lo imagina: triunfante se figura,
Mira su amor como un delirio necio;

Mas fatigada de vencer, oprime
Su corazon tan angustiado peso,
Que anhela respirar el aire puro
So la bóveda inmensa de los cielos.

Baja al verjel de su soberbio alcázar,
A buscar en las flores el consuelo,
Pensando, ¡simplecilla! que en las flores
Va á encontrar como siempre su recreo.

¡Ah! no lo encuentra en su jardin cercado,
Del que con dos esclavas y en silencio
Sale al campo, y se pierde en las florestas,
Que de Guadalquivir gozan el riego.

Entonces se le acuerda de repente,
Que oyó elogiar en el banquete regio
Las flores que en la tumba de Zahira
Daban su aroma delicioso al viento.

Verlas desea, y con lijera planta
Corre inocente en pos de su deseo,
Ignorando quién es de aquellas flores
El piadoso cultor y jardinero.

El sol al occidente descendia,
Y á su brillante luz formaba velo
Un celaje sutil de oro y violado,
Que templaba su ardor y sus reflejos:

Nubes de ardiente grana enriquecian
El ancho espacio, vaporoso á trechos,
Jazmin y azahares respiraba el aura,
Y entre las flores reposaba el viento.

Era una dulce y sosegada tarde
De las que en aquel clima y grato suelo
Naturaleza ostenta, y con que encanta
Las tiernas almas, los sensibles pechos.

De Arrizafa en los campos desiguales,
Donde hoy descuella un santo monasterio (21),
En un bosque de adelfas y naranjos,
Un corto espacio circundaba un seto;

Y allí un cuadrado mármol custodiaba
De la princesa los mortales restos.
Cuatro cipréses lúgubres en torno
Sus puntas elevaban por el viento:

Un lozano laurel le daba sombra,
Y en derredor brillaban, esparciendo
Su embalsamado aroma, lindas flores,
Que ni agostaba el sol, ni helaba el cierzo.

—Huella Kerima el lúgubre recinto,
Penetrada de asombro y de respeto:
Se acerca muda y palpitante al mármol,
Do logra la virtud tranquilo sueño.

Los ojos alza y con sorpresa mira,
Ondeando suave al hálito del viento,
Enlazada al laurel la roja banda,
Que Mudarra ganára en el torneo:

Y ve de ella pender el rico anillo,
Al que del sol los últimos reflejos
Daban, reverberando en los diamantes,
La apariencia de un mágico lucero.

¿Qué voz humana retratar pudiera
Lo que pasó en Kerima, en el momento
De ver en tal lugar aquella prenda,
Y desmentidos sus soñados celos?...

Dió un grito agudo, vaciló su planta,
Y en uno de los árboles funestos
Apoyó el brazo y la sudosa frente,
De lágrimas de amor los ojos llenos:

De lágrimas de amor, dulces, preciosas;
Lágrimas tiernas, que del grave peso
De haber dudado un punto de Mudarra,
Libran su corazon, de amores centro.

Olvidando el orígen de su amante,
Su propio orgullo y el furor paterno,
De la vieja nodriza las palabras,
Y cuanto existe entre la tierra y cielo;

Tan solo ve á Mudarra ante sus ojos;
Derrítesele el alma de su pecho
En el volcan; Mudarra es su existencia,
En Mudarra se cifra su universo.

Mas no el rostro gentil y gallardía,
Ni el triunfo allá en la justa del mancebo,
Ni la pasion que descubrió en su frente,
Su mente exaltan en aquel momento.

Es mas noble la llama en que se quema:
No es una chispa vil de tal incendio
La causa, no es centella voladora,
De oscura nube parto pasajero;

Es el sol puro, el sol es quien la abrasa,
Pues solo tiene fijo el pensamiento
En la virtud insigne de su amante,
Que conserva á Zahira tal respeto.

«¡Feliz, feliz, en su entusiasmo exclama,
Quien logre ser de su ternura centro!...
Pues yo la conseguí, ni por un trono
La cederé: lo juro ante el Eterno.»

Dijo: ferviente amor brilla en sus ojos,
Púrpura tiñe su semblante bello,
Llama consoladora su alma enciende,
Su corazon palpita satisfecho.

Pero cual de repente nube parda,
Que sigue el curso rápido del viento,
Del sol ofusca la radiante lumbre,
La risueña pradera oscureciendo;

Así de pronto una confusa idea
Llena su mente de escondido miedo,
De sus ojos marchita el claro brillo,
Torna el ardor en palidez y en hielo.

—Ya el sol estaba en los remotos mares;
Del crepúsculo escaso los reflejos
Y una lijera niebla confundian
De aquella muda escena los objetos;

Y la hermosa Kerima, yerta, inmoble,
Cubierta del cendal de un blanco velo,
El alma de Zahira asemejaba
Tornando á unirse á sus mortales restos.

Quedó suspensa un rato, y de repente
Volviendo en sí, desata de su cuello
Una sarta de perlas, cuyo broche
Tiene su nombre en filigrana puesto;

Y sin saber lo mismo que ejecuta,
Arrebatada de un poder secreto,
La entreteje en la banda, y se retira
Del fúnebre lugar con pié lijero.

Júntase á sus esclavas, que esperando
La están con impaciencia á corto trecho,
Y al débil rayo de naciente luna
Retírase á su alcázar en silencio.

De flecha un tiro apenas estaria,
Cuando Mudarra por camino opuesto
Llegó al sepulcro, pálido, turbado,
Marchito el rostro, el alma sin aliento.

Un bulto blanco cerca de la tumba
Ha visto entre los troncos desde lejos:
No le ha engañado, no, la fantasía;
Y á nadie encuentra á su llegada... «Cielos,

»¿Era la sombra de Zahira, exclama,
Que de estas flores que sembró mi esmero,
Viene á gozar?... Amada sombra, vuelve,
Mis lágrimas acoge y mi respeto.

»¡Ay!... huyó... ¿disipóse al acercarme?...
¿Y qué otra cosa, ¡mísero! merezco,
Yo, que casi en olvido su memoria
Por una pasion loca ingrato tengo?

»Sí, de un delirio en pos, que en mi alma débil
Reina, aunque á mi pesar, me arrojo ciego;
Y de saber la obligacion sagrada,
Que á otra region me está llamando, tiemblo.»

Enmudeció su labio, y en la yerba
Sentóse, faltos de vigor sus miembros,
Y lanzando suspiros y sollozos,
Que reprodujo en voz sumisa el eco.

¡Oh Mudarra infeliz!... tres largos dias
Privado ha estado de los ojos bellos
De su ídolo *K*erima, y esta ausencia
Ha acrecentado el amoroso incendio.

El pensar que el destino inexorable
Le llama misterioso hácia otro suelo,
Do no estará *K*erima, sumergióle
En el mar borrascoso del despecho.

¡Ah!... de Guadalquivir nunca alejarse,
Ni jamás indagar el gran secreto,
Casi ha jurado... y hora en aquel sitio...
¡Qué horroroso contraste está sufriendo!

Así al tierno laurel en la montaña,
En noche oscura de sañudo invierno,
Combaten con furor por todos lados
Lluvias, granizos, terremoto y vientos.

Desahoga al fin su corazon mezquino
Derramando sus ojos lloro acerbo;
Poco á poco las auras de la noche
Nueva vida le dan y refrigerio,

Y ya la luna en el zenit brillaba,
Bajel de plata, que en el mar inmenso
Del espacio navega; cuando el jóven
Se alzó, con su afliccion treguas haciendo.

Dirigióse á un arroyo cristalino,
Que sobre guijas cándidas no lejos
Serpenteaba con murmurio manso,
Entre adelfas y frágiles helechos;

Y robando al raudal pequeña parte,
Tornó á las flores que sembró su anhelo,
Y con la actividad cobrando fuerzas,
Les dió socorro de abundante riego.

Despues registra la preciosa banda,
Por ver si ultraje recibió del viento;
Y al apretar las ramas con los lazos,
Hiere sus ojos un extraño objeto.

Halla el collar de perlas; se sorprende,
Aunque pronto le dice el pensamiento,
Que será á la memoria de Zahira
Un don de gratitud y de respeto.

No es la primera vez, no, que sus ojos
Han visto aquel collar: reconocerlo
Quiere, lo alcanza, atento lo examina,
Ve caractéres en el broche puestos;

Va cuidoso á leer, cuando sus luces
Robó á la luna nubarron espeso,
Y en la sombra no puede distinguirse
Escrito en filigrana aquel letrero.

Vuela por fin la inoportuna nube,
Torna la luna á esclarecer el cielo,
Y el nombre de *Kerima* lee Mudarra,
Y otra vez y otra vez torna á leerlo.

El corazon le late sorprendido,
De agitacion inexplicable lleno,
Apenas se sostiene, tiembla todo,
Y queda en un estúpido silencio.

Mas pronto recobrándose, «¿Qué, exclama,
*K*erima ha estado aquí?... *K*erima!... Cierto,
Ella fué la que ví junto á esta tumba...
¿Por qué tardé en llegar tan largo tiempo?...»

Inclínase en la yerba venturosa
Las huellas á buscar de los piés bellos,
Y donde se estamparon, le demuestra
Recientemente ajada trecho á trecho.

Enajenado bésala mil veces,
Y el collar apretando contra el seno,
Se alza, y, «¡Oh prenda, oh cara prenda! dice,
Que has enlazado aquel divino cuello,

»Signo de esclavitud, enlaza el mio,
Formando nudo que jamás romperlo
Pueda el ciego Destino, ni la ausencia,
Ni los rigores del airado tiempo.»

Y de un amor frenético embriagado,
Va á ponerse el collar, cuando violento
Agitó un soplo raudo y repentino
Las cimas de los árboles funestos;

Y un cárabo, que acaso entre los ramos
Anidaba, gritó y extendió el vuelo.
El súbito rumor heló á Mudarra,
Su accion apasionada suspendiendo.

Recuerda que en la tumba de Zahira
Tiene en un loco amor el pensamiento;
Que va á robar un don, un don precioso,
Que la virtud á la virtud ha hecho;

Y que una prenda pura sin mancilla,
Que la inocencia consagró al respeto
Debido de Zahira á la memoria,
Prenda la quiere hacer de amor siniestro.

De terror se extremece, se le erizan
En la ardorosa frente los cabellos,
Y la imaginacion acalorada
Le presenta en reedor torvos espectros.

Sobre la losa helada del sepulcro
Deja el collar precioso, y huye lejos
Del sitio aquel, que profanado juzga,
De aquel sitio, do siempre halló consuelo.

—¡Oh Mudarra! ¡oh *K*erima!... desdichados!
¿Qué extraño instinto habita en vuestros pechos,
Que os descubre fantasmas espantosos
Al esplendor del amoroso incendio?

Parece que la voz del otro mundo
Os está inexorable repitiendo:
Que un mar de sangre entre vosotros brama,
Que se alza un muro de insepultos huesos.

¿Mas qué pueden presagios y terrores,
De la razon que alcanzan los esfuerzos,
Los mayores obstáculos que sirven
Contra el Amor, que es rey del universo?

¡Ay! *K*erima despues de aquella tarde
Solamente dirige sus paseos
De Zahira á la tumba, y nunca en ella
Pasó mas largas horas el mancebo.

En aquel sitio pronto se encontraron,
Y allí la turbacion, allí el respeto,
Que en almas puras, jóvenes, sencillas
Caracterizan el amor sincero;

Ambas lenguas ataron, á ambos rostros
Ya de clavel, de gualda ya vistieron,
Hasta que por los ojos y los labios
Brotó de la pasion ardiente el fuego.

Brotó por fin, y con palabras tiernas,
Que aquellas flores con asombro oyeron,
Se declararon sus sencillas almas
La mutua llama en que se ven ardiendo;

Y con lágrimas dulces se juraron,
A pesar del Destino, amor eterno;
Y el sepulcro fué altar de los amores,
Pronunciando sobre él su juramento.

Era en aquella edad Córdoba insigne
De los placeres y riquezas centro,
Y en la alta cumbre de esplendor y gloria
Resplandecia el musulman imperio.

Las artes, el saber y la opulencia
De la hermosa ciudad su trono hicieron,
A la par que el valor y la fortuna
La adornaban de triunfos y trofeos.

Los festines, las zambras, los banquetes,
Las justas, y los bailes, y torneos
Contínuos eran; y los dos amantes
Solo llamaban la atencion en ellos.

La córte, el pueblo, todos celebraban
Tan intensa pasion, y satisfecho
El Hagib Almanzor los protegia,
Y tal vez proyectaba su himeneo.

Zeir, señor de Túnez, que á la córte,
Llamado por Giafar, trajo el intento
De conquistar las gracias de Kerima,
Arde feroz en ponzoñosos zelos.

Giafar el furibundo, que reputa
Por negra afrenta, que el Hagib soberbio
Ose pensar que pueda de Kerima
El Expósito vil llamarse dueño;

Y que ve en la pasion de la doncella
Un atroz crímen á su sangre hecho,
Y obstáculo tambien al alto enlace
En que fundaba osados pensamientos;

Devorado de rabia se consume,
Y allá en su corazon, horrible infierno,
De sangre, de venganza, de exterminio
Revuelve sin cesar varios proyectos.

Mas teme, como astuto cortesano,
El poder del Hagib, y reprimiendo
Su terrible rencor, traza y combina,
Para salir del laberinto, medio.

No ostiga á la doncella desdichada,
Busca para Zeir vanos pretextos,
Tranquilidad ostenta en el semblante,
Y madura sus planes en silencio.

Záide tan solo ignora los amores
Del gallardo garzon: del mundo lejos
Vive siempre en la Albáida retirado,
Y allí no llega el cortesano estruendo.

Advierte, sí, que reina gran trastorno
Y gran agitacion en el mancebo;
Y aunque prudente nada le pregunta,
Cauto le observa con afan paterno.

Frecuentes, como siempre, las visitas
Son de Mudarra á su castillo; pero
Ya inquietas, cortas, mudas y turbadas,
Pues del ayo á los ojos tiene miedo.

Ya no pasa las noches apacibles
Por aquellos contornos, persiguiendo
Al resplandor tranquilo de la luna
Con sus lebreles el gallardo ciervo:

Ya no admira las flores que retoñan
De aquel castillo en el jardin y el huerto,
Ni sentado en la alberca, de los peces
El matiz argentado y los destellos:

Ya apenas nombra el jóven á Zahira,
Ya no importuna á Záide, cual de hacerlo
Nunca hasta entonces descuidó, buscando
Luz en las sombras con que se halla envuelto.

Y si el anciano sus discursos mueve
A tan importantísimo argumento,
Indicándole acaso que se acerca
El olvidado fin de sus anhelos;

Mudarra tiembla y palidece, dando
Al penoso discurso un giro nuevo,
O bien para dejar la Albáida busca,
Y á Córdoba tornar, vanos pretextos.

Síntomas que conoce y que lamenta
Allá en su corazon el docto viejo,
Y muertas teme ya las esperanzas,
Fin honrado de todos sus desvelos.

Ya el otoño espiraba, y rebramando
Arrebataba el aquilon violento
Las hojas de los árboles, con ellas
De parda alfombra entapizando el suelo;

Cuando turbó las fiestas de la córte
De la africana costa un mensajero,
Que vino á demandar presto socorro
Para aquellas provincias del imperio.

Un impostor sagaz nuevas doctrinas
Predicó en ellas con feliz suceso:
Los incautos que fueron á escucharle,
Fanáticos audaces se volvieron;

Y cuando vió el hipócrita la turba
Inflamada y sumisa á sus acentos,
Alzó de rebelion el estandarte,
De escondida ambicion tronando el fuego.

Tal vez sería miserable aborto,
O principio infeliz de los proyectos
Por que Giafar el pérfido ajustára
De Kerima y Zeir el himeneo.

—Almanzor, que seguro de su gloria,
De su saber y de su heróico esfuerzo,
Conoce que es bastante su presencia
Para apagar el peligroso incendio;

Dispone su partida sin tardanza,
Y prepara bajeles y guerreros,
Que con él de las playas de Tarifa
Lleven quietud al africano suelo.

Del augusto Monarca se despide,
Con la Sultana madre sus secretos
Planes combina, instruye á sus amigos,
Con ricos dones se asegura el pueblo;

Y al tiempo de partir, aunque á disgusto
Dando á Giafar las riendas del gobierno,
Con amarga sonrisa le promete
Pronto librarle de tan grave peso.

Tambien abraza al Huérfano, y aparte
Le dice acariciéndole risueño:
«¿Qué?... ¿No me pides el venir conmigo,
Como otras veces con fervor has hecho?

»Cuando apenas la lanza sostenias,
Ni avasallabas el corcel soberbio,
Quisiste acompañarme á la frontera,
Y un Tarif te juzgabas en esfuerzo;

»Y ahora que en la destreza y lozanía
Eres de nuestros jóvenes modelo...
Mas olvido que te hallas encantado,
Y de un círculo mágico en el centro.»

Del generoso jóven las megillas
Con ruborosa grana se encendieron,
Y una lágrima pronta á derramarse
Aumentó el brillo de sus ojos negros.

Siente el Hagib el verle tan turbado,
Y de sus burlas el penoso efecto,
Y le dice amoroso: «Sé que anhelas
A tu patria servir, lidiar cual bueno.

»Esta empresa, que al Africa me llama,
Exigirá mas que valor, consejo,
Y en Alá espero, que mi corvo alfanje
No brillará desnudo ni un momento.

»Otras empresas de valor y gloria
Pronto me ocurrirán; y tú el primero
A mi lado vendrás, donde tu brio
Tu frente adorne de laurel eterno;

»Y cuando ufano y victorioso tornes,
Recibirás por merecido premio
La mano que eligiere tu cariño,
Aunque alta sea; yo te lo prometo.

»Quédate pues, y rinde á la hermosura
El homenaje que envidioso apruebo,
Porque sé que de amor la ardiente fragua
Da el mejor temple á un corazon guerrero.

»Pero entre tanto que mi ausencia dura,
Retirarte á la Albáida te aconsejo,
Donde con Záide vivirás seguro
Del oculto furor de los perversos.»—

El corazon palpita de Mudarra,
La perspectiva hermosa recorriendo
Que las palabras de Almanzor ofrecen
A sus enamorados pensamientos;

Y de su bienhechor la mano besa.
A abrazarle el Hagib torna de nuevo,
Y ocupando el arzon deja el alcázar
De taciturna muchedumbre en medio;

De Córdoba saliendo acompañado
Con seis ancianos jeques, cuyo esfuerzo,
Experiencia y lealtad aseguraban
De todas sus empresas el acierto.

Dejó Mudarra á Córdoba, obediente
De su alto protector á los deseos;
Aunque siente salir de las murallas
Donde respira su adorado dueño.

En el castillo de la Albáida Záide
Le recibió con paternal afecto,
Bien que notó en su frente oscurecida,
Que deja la ciudad con desconsuelo.

Entre la Albáida y Córdoba pequeña
Distancia corre, y se dilata en medio
Un apacible llano, donde hoy pastan
Vacas hermosas, cándidos corderos.

De las altas almenas del castillo
La ciudad se descubre, del risueño
Guadalquivir en la feraz ribera,
Gigantes torres elevando al viento.

Oyense rimbombar los sacros bronces,
Que en la que fué mezquita, y hoy es templo,
Han reemplazado con mejor destino
Del árabe Almuheden el ministerio;

Y desde la ciudad se ve la Albáida (22)
Entre encinas y olivos verdinegros,
Al pié de la alta sierra, coronando
Un pardo risco entre apacibles huertos!

Este espacio tan corto y agradable
El jóven lo reputa por inmenso,
Pues el que le divide de su amada,
Jamás el amador lo halla pequeño.

¡Ay, cuánto mas terrible lo juzgára,
Si penetrase el triste los decretos
Del Destino inmutable!... Por fortuna
No alcanza tanto del amor el vuelo.

Ver espera á *K*erima cada tarde
(Y esta esperanza es todo su consuelo)
De Zahira en la tumba, y en los bosques,
A do siempre dirige sus paseos.

El bárbaro Giafar que en las revueltas
De la costa Africana sus proyectos
De ambicion insaciable funda altivo,
Y tal vez el trastorno del imperio;

Y que del Almanzor la alta fortuna,
El saber, la influencia y los esfuerzos
Espera que naufraguen en la empresa,
A que partió con tanto menosprecio;

Juzga en su mano para siempre firmes
El alto mando y el poder supremo,
Y en pos de gigantescas esperanzas
Por abismos sin fin se arroja ciego.

¡Ah! ¡que si eran falaces las del jóven,
Las del anciano audaz no lo son menos!
Pues si no sabe amor lo que está escrito,
Tampoco la ambicion logra saberlo.

Trazan los hombres sus diversos planes,
Juzgando realidades sus deseos;
Y en tanto de su necia confianza
Inexorables búrlanse los cielos.

Nunca juzgó Giafar mas necesario
De *K*erima y Zeir el himeneo,
Para llegar al fin de sus afanes;
Y á todo trance se resuelve á hacerlo.

La ausencia de Almanzor, que juzga eterna,
Libra su corazon de todo miedo;
Y es ya su voluntad raudo torrente,
Que mira roto el malecon opuesto.

¿Quién podrá resistirle?... Ama á su hija
(Que ama el tigre tambien á sus hijuelos),
Mas la ambicion sacrificarla exije,
Y cede á la ambicion todo otro afecto.

«Hágase al punto la precisa boda;
Hágase al punto sin pararse en medios:
Todo obstáculo ceda.» Dice, y vase
A buscar á *K*erima luego luego.

—En su estrado magnífico, que adornan
Alfombras del oriente, por asiento
Un almohadon de seda de Damasco,
De blanda pluma tingitana lleno;

Bordando con aljófar y con sirgo
Una manga de verde terciopelo,
Halla el tirano padre á la hija hermosa,
Sola con sus amantes pensamientos;

Y ajustando á su rígido semblante
La máscara falaz de un dulce afecto,
Le declaró templado sus ideas,
Aunque con tono de quien va resuelto.

Tembló *K*erima, y pálida escuchóle,
Muda y sin respirar por un momento;
Mas pronto un mar de lloro derramando,
Apuró escusas, y apeló á los ruegos.

Giafar, inexorable á sus gemidos,
A sus tiernas caricias y lamentos,
Que un peñasco de bronce conmovieran,
Se alzó impaciente, y respirando fuego:

«Basta, gritóle; obedecer te cumple;
Ni lágrimas ni súplicas tolero:
Tu suerte fija está... Solo seis dias,
Para que te prepares, te concedo.»

De su alcázar la bárbara opulencia,
La pompa, la riqueza y el respeto
De que se halló *K*erima circundada
Desde que vió en la cuna el sol primero;

El encontrarse desde niña tierna
Sola, sin madre, y absoluto dueño
De sí, de su palacio, de sus siervas,
Y todo siempre á su querer sujeto;

El poder de su padre, la alta estirpe,
La beldad, el saber, el claro ingénio,
La adulacion contínua y los aplausos,
Su cándida virtud no corrompieron;

Pero aumentaron el teson constante
De la firmeza, dote de su pecho,
Carácter que exaltaba nuevamente
De contrariado amor el noble esfuerzo.

Carácter, que cobrando su energía
Del fiero padre al despiadado aspecto,
Y al escuchar el bárbaro mandato,
Y el fijo plazo á sus desdichas puesto;

Hizo á *K*erima contener el lloro,
Alzarse repentina, y con acento
De alta resolucion, solemnemente
Jurar desobediencia á tal precepto.

A su turno turbóse el fiero padre,
Guardó un instante sepulcral silencio,
Al puñal vengador llevó la mano,
Temblando de furor todos sus miembros;

Y dando pronto la expresion siniestra
De amarga risa á su semblante horrendo,
«Seis dias... nada mas... Tiembla, infelice;
Y tiemble de tu amor el vil objeto.»

Clamó, volvió la espalda, y ausentóse,
Y la puerta cerró con tal denuedo,
Que del vasto edificio retumbaron
Los artesones de dorado cedro.

En prision se trasforma aquella estancia,
Do tiene sola la nodriza acceso;
Vigilan á la entrada seis esclavos,
Y custodian la puerta cien guerreros.

El venturoso Expósito entre tanto
En vivas ánsias del amor ardiendo,
Cada tarde al sepulcro de Zahira
Acude en busca de su amado dueño;

Encuentra siempre el fúnebre recinto
Solo: sin fruto espera largo tiempo,
Y en vano corre las vecinas selvas,
Pues lo halla todo á su anhelar desierto.

Penetrar osa al cabo la muralla
De la insigne ciudad, y al fin envuelto
Con su albornoz, se acerca recatado
Al alcázar, prision de su embeleso.

Al través de las verjas los jardines
Observa y reconoce sin efecto:
Los ojos alza á torres y azoteas,
Y no ve indicio alguno de consuelo.

Pasó tres dias en tan triste ausencia
En larga noche de dolor envuelto;
Y el cuarto hácia la tumba de Zahira,
Aun á esperar, el paso dirigiendo;

Se le acercó turbado y misterioso,
Con arco y flechas, un esclavo negro,
A quien de plata una bruñida argolla
Cercaba en torno el atezado cuello,

Y con sumisa voz, «en cuanto brillen
Del manto de la noche los luceros,
Solo, en la fuente del Amir espera:
Tendrá allí tu afanar cumplido premio.»

Dijo, y sin esperar respuesta alguna
Tornó la espalda, y en el bosque espeso,
Como el que de ser visto se recela,
Entró, y los troncos le ocultaron luego.

Quedó Mudarra sorprendido, mudo.
Sin saber qué pensar de tal encuentro,
Aunque no duda que es de su Kerima,
Fiel servidor y reverente siervo.

«Sí, conozco á este moro: es un esclavo
De Giafar, y diestrísimo flechero;
Pero es la primer vez que en mis amores
Sirve de confidente el arduo empleo.

»Y Kerima... á tal hora?... en aquel sitio
Inculto y apartado?... ¿mas qué temo?...
¿Quién sabe los peligros que la cercan?
¿Quién los rigores de su padre fiero?»

Así dice; y ocupa su alma toda
El solo delicioso pensamiento
De que va á ver á su gentil Kerima,
Aunque oculta inquietud le agita el seno.

Se emboza en su albornoz, y por el llano
Que la Albáida domina, á paso lento
Vaga, y espera la anhelada noche,
Que nunca tanto retardára el vuelo.

Afanoso miraba al sol ardiente
Descender al ocaso, apareciendo
Disco de sangre entre las nubes rotas,
Que iba esmaltando con matiz diverso;

Y cuando ya pasado el horizonte,
Dejaba solo al vaporoso cielo
Varios leves celajes de oro y grana
Y una lista no mas de vivo fuego;

Cercano mira el jóven el instante
Que esperaba con tal desasosiego,
Y al indicado sitio alarga el paso,
Mientras se iba el crepúsculo extinguiendo.

Poco mas de mil pasos de la Albáida,
Hácia poniente, entre árboles espesos,
Una rambla de arena se conserva,
Madre de claro arroyo en otro tiempo.

Un solitario risco la corona,
De pardo musgo entapizado á trechos,
En torno hay hondas quiebras y barrancos,
Desnudas peñas y frondosos fresnos.

Allí la fuente del Amir estaba
(Hoy es un sitio temeroso y seco);
Y allí llegó Mudarra, cuando el dia
Retiraba sus últimos reflejos.

La perspectiva hermosa que se ofrece
A la curiosa vista en aquel puesto,
Girando mudo en derredor los ojos,
Parado el jóven contempló un momento.

Ve al frente la ciudad magestuosa,
Que sobre el fondo del oscuro cielo
Aun mas oscuras sus excelsas torres
Dibuja, y sus alcázares soberbios.

Vió á su diestra de Zahara los jardines,
Los pórticos, palacios y liceos;
Y hoy un desnudo llano solo viera,
Pues hasta las ruinas perecieron (23).

Ve á la siniestra la tranquila Albáida,
Que pudiera llamar su hogar paterno,
Y á la espalda la sierra que se encumbra,
De poniente á levante, al firmamento.

Pronto las sombras tan soberbia escena
Delante de su vista confundieron,
Y junto al tronco de acopada encina,
Sobre la yerba se asentó el mancebo.

Aun de la gran ciudad á sus oidos
Llega el ronco bullicio de gran pueblo,
Y desde Zahara por el viento cunde
Son confuso de suaves instrumentos.

Una luz relucir mira en la Albáida,
La que alumbra de Záide el aposento;
Y oyó en el llano pastoriles voces,
Fieles ladridos y balar corderos.

Era una noche de la fin de otoño:
La luna se elevaba á paso lento,
Pero oculta entre espesos nubarrones,
Rotos por partes, y por partes densos.

El reposo del orbe se aumentaba
Turbando solo el general silencio
De las áridas hojas el murmurio,
O de nocturnos pájaros el vuelo.

Recostado en el tronco de la encina.
Agitado de varios pensamientos,
Y aun de terror oculto poseido,
Pasó el jóven Mudarra largo tiempo;

Cuando el veloz galope de un caballo,
Que se paró de pronto, oyó á lo lejos:
Despues moverse jaras y malezas,
Cual si alguien se acercára hácia aquel puesto;

Y pasos, y... Mas cesa de repente
Todo rumor, y el estridor violento
Le sucede de un arco sacudido
Y de flecha veloz el silbo horrendo,

De una flecha, que rauda resbalando
Por el turbante de Mudarra, el hierro
Clavó en el tronco á que la espalda apoya,
Toscas cortezas derribando al suelo.

Alzase el jóven sorprendido, helado:
Grita: «traicion!» y le responde el eco.
El albornoz á la siniestra envuelve,
Y con la diestra desnudó el acero;

Y oye cerca á una voz áspera, airada:
«Es esta tu destreza?... toma el premio:
»No errarás otro golpe... te lo juro...
»Yo solo basto... Muere, infame negro.»

Un ay profundo, y el pesado golpe
Sonó en seguida de quien cae al suelo,
Y un bulto blanco ante Mudarra sale,
Y de un desnudo alfanje el centelleo.

«Asesino!... asesino!» el jóven grita,
Y al fantasma se arroja con denuedo,
Pues fantasma parece su enemigo,
De pié á cabeza en un barnuz envuelto.

Trábase horrenda lid: solo retumba
De ambas cuchillas el sonoro encuentro:
El incógnito pone gran cuidado
En encubrirse y en guardar silencio.

Fuerte en las armas es, y ágil pelea
Con ira tal y con furor tan ciego,
Que mas que defenderse, herir procura,
Y tiene al jóven en terrible aprieto.

Mas este que ocupado en su defensa,
Ve que reputacion pierde y terreno,
Pára con la siniestra un tajo, y pone
La aguda punta del contrario al pecho:

Del contrario tenaz, que furibundo
Se arroja sin pensar sobre el acero,
De negra sangre cálido torrente
Del traspasado corazon vertiendo.

Súbito el hierro matador retira
Asustado Mudarra: hondo silencio
Reinó un instante: un hórrido alarido
Lanzó el feroz fantasma, y cayó muerto.

El jóven retrocede horrorizado;
Mas su noble valor recobra luego,
Y quiere conocer al enemigo
Que en tal peligro y trance tal le ha puesto.

Se acerca palpitante, desenvuelve
El rostro que el barnuz tiene aun cubierto,
Y á un rayo de la luna que resbala
Por rotas nubes, reconoce... oh cielos!

Al cruel Giafar, al padre de Kerima,
Al primer personaje del imperio.
No sabe dónde está, torna á mirarle;
De su cabeza erízase el cabello;

Queda cual jóven escolar de un mago,
Que ignorante en los libros del maestro,
Halla un conjuro, y sin pensarlo evoca
Sombra infernal ó aterrador espectro.

Alzase de repente, y á la Albáida
Huye veloz, como cobarde ciervo,
Que estando descuidado en el arroyo,
Ve aparecer al tigre carnicero.

NOTAS DEL PRECEDENTE ROMANCE.

(18) *Aliman*, prefecto de la oracion en la mezquita.—*Alfaqui*, doctor de la ley.

(19) Llamáronse *mozárabes* los cristianos que quedaron conservando su industria, propiedades y religion en las provincias de España invadidas por los árabes, sometiéndose á su gobierno. Los que permanecieron así en Toledo, fueron los que alcanzaron mayores privilegios y proteccion, pues consiguieron seis iglesias, donde se celebraban los divinos oficios, y se administraban los Sacramentos, con la misa y el rezo ordenados por San Ildefonso. Esto prueba que no eran aquellos dominadores muy intolerantes. Aun hoy se conserva en la catedral de Toledo una capilla dicha mozárabe, donde se sigue aquel antiguo rito.

La palabra *mozárabe* es corrupcion de *mixtiárabe*, y segun otros, de *mustárabe*, voz arábiga que significa vivir con árabes. Véanse Aldrete, en sus *Antigüedades de España*, el *Chronicon* de Genebrardo, Mondéjar y otros autores

(20) *Aberroes*, filósofo y médico cordobés, célebre por su obra de medicina titulada *El Colliget*, y por sus comentos á Aristóteles y á Platon, floreció casi siglo y medio despues de Almanzor. Pero si Rafael de Urbino le colocó entre los antiguos filósofos en su gran cuadro de la *Escuela de Atenas*, bien puede disimularse al poeta el anacronismo de hacerle maestro de la hija de Giafar, por el gusto de mencionar á este esclarecido paisano suyo.

(21) El convento de la Arrizafa está poco mas de un cuarto de legua al NO. de Córdoba, casi á la falda de la sierra, en un sitio apacible y ameno. Por allí debian de tener los moros un cementerio, como lo demuestran várias losas halladas en aquel lugar con un turbante esculpido.

Conde, traduciendo los manuscritos árabes, dice: «Este año (756) mandó Abde»rahman labrar la Rusafa, construyó y renovó la Calzada antigua, y plantó allí una »huerta muy amena: edificó en ella una torre que la descubria toda, y tenía mara»villosas vistas, y en esta huerta plantó una palma, que era entonces única, y de »ella procedieron todas las que hay en España. Cuéntase que desde la torre solia com»templar aquella palma el rey Abderahman; la cual acrecentaba mas que templaba »su melancolía, por los recuerdos y memorias de su patria, y en estas ocasiones »hubo de hacer aquellos versos suyos *de la palma*, que andan en boca de todos.»

«Tú tambien, insigne palma,
»Eres aquí forastera,
»De Algarbe las dulces auras
»Tu pompa halagan y besan:
»En fecundo suelo arraigas,
»Y al cielo tu cima elevas:

»Tristes lágrimas lloráras,
»Si cual yo sentir pudieras.
»Tú no sientes contratiempos,
»Como yo, de suerte aviesa:
»A mí de pena y dolor
»Continuas lluvias me anegan.
»Con mis lágrimas regué
»Las palmas que el Forat riega,
»Pero las palmas y el rio
»Se olvidaron de mis penas,
»Cuando mis infaustos hados
»Y de Alabâs la fiereza
»Me forzaron á dejar
»Del alma las dulces prendas.
»A tí de mi patria amada
»Ningun recuerdo te queda;
»Pero yo triste no puedo
»Dejar de llorar por ella.»

(22) Aun se llama *Castillo de Albáida* una casa de campo fundada sobre antiguas ruinas, situada segun se describe en este pasaje del poema, y pertenecientes á los condes de Hornachuelos.

(23) Parece increible que no existan ya ni vestigios de la ciudad de Zahara. Veamos lo que de ella dicen los manuscritos árabes traducidos por Conde. «El rey Ad»derahman Anasir solia pasar las temporadas de primavera y otoño en un apacible »sitio á cinco millas de Córdoba, Guadalquivir abajo; y por la frescura y ameni»dad del lugar, por sus alamedas y espeso bosque mandó edificar allí un alcázar, con »muchos edificios magníficos y muy hermosos jardines contiguos; y lo que antes ha»bia sido una casa de campo, se trasformó en una ciudad. En medio de ella estaba el »real alcázar, obra grande y de elegante fábrica. Mandó poner en él cuatro mil y »trescientas columnas de preciosos mármolos, todas de maravillosa labor. Entraban »cada dia en la obra seis mil piedras labradas, sin las de mampostería, que eran in»finitas. Todos los pavimentos de sus tarbeas ó cuadras estaban enlosados de mármol »con diferentes alicatados ó artificiosos cortes: las paredes asimismo cubiertas de »mármol con vários alizares ó fajas de maravillosos colores: los techos pintados de »oro y azul con elegantes ataujías y enlazadas labores: sus vigas, trabes y artesona»dos de madera de alerce de prolijo y delicado trabajo. En algunas de sus grandes »cuadras habia hermosas fuentes de agua dulce y cristalina en pilas, conchas y tazo»nes de mármol de elegantes y várias formas. En medio de la sala que llamaban del »Califa, habia una fuente de jaspe, que tenia un cisne de oro en medio, de maravillosa »labor, que se habia trabajado en Constantinia, y sobre la fuente del cisne pendia del »techo la insigne perla que habia regalado á Anasir el emperador griego. Contiguos »al alcázar estaban los grandes jardines con diversidad de árboles frutales y bosque»cillos partidos de laureles, mirtos y arrayanes, ceñidos algunos de curvos y claros »lagos, que ofrecian á la vista pintados los hermosos árboles, el cielo y sus arrebola»das nubes. En medio de los jardines, en una altura que los dominaba y descubria, »estaba el pabellon del rey, donde descansaba cuando venia de caza. Estaba sostenido

»de columnas de mármol blanco con muy bellos capiteles dorados. Cuentan que en »medio del pabellon habia una grande concha de pórfido, llena de azogue vivo que »fluia y refluia artificiosamente, como si fuera de agua, y daba con los rayos del sol »y de la luna un resplandor que deslumbraba. Tenía en los jardines diferentes baños »en pilas de mármol de mucha comodidad y hermosura. Las alcatifas, cortinas y ve»los, tejidos de oro y seda con figuras de flores, selvas y animales, eran de maravi»llosa labor, que parecian vivas y naturales á los que la miraban. En suma, dentro »y fuera del alcázar estaban abreviadas las riquezas y delicias del mundo, que puede »gozar un poderoso rey. Se llamó esta ciudad Medina Azahrâ, del nombre de una »hermosa esclava del rey, á la cual amaba y distinguia entre todas las otras de »su haren. Edificó en Medina Azahrâ una mezquita, que en preciosidad y elegancia »aventajaba á la grande de Córdoba, y construyó tambien en ella la Zeca, ó casa de »moneda, y otros grandes edificios para estancias de sus guardias y caballería. Aca»bóse la obra principal el año 325; y dice Xaquiqui, que costó sumas inmen»sas, etc., etc.»

Por muy exagerada que se suponga esta descripcion, no parece que pueda revocarse en duda la existencia de la ciudad llamada Medina Azahrá, ni es fácil explicar cómo ha desaparecido tan completamente. El sitio que ocupó, es hoy una dehesa entre los llanos de la Albáida y los de las cuevas, en la que no se descubren ruinas, ni cimientos, ni vestigio alguno, y que solo tiene una cerca moderna con establos para la cria de potros. El recinto lleva el nombre de *Córdoba la vieja.*

ROMANCE TERCERO.

«Valiente eres, capitan,
Y cortés como valiente:
Con tu espada y con tu trato
Me has cautivado dos veces.»
Góngora.

Inquieto Záide está: vió en occidente
Hundirse el sol, y descoger su manto
La oscura noche, y vió sobre las nubes
La luna alzarse en su argentino carro;

Y aun no parece el Huérfano querido
En el tranquilo hogar. Ya el cuerdo anciano
De sus amores penetró el secreto,
Y le da su tardanza sobresalto.

Una vez y otra vez desde la torre
La vista tiende á los vecinos campos:
Sube á su estancia, baja á los jardines,
Por Mudarra pregunta á sus esclavos.

Al fin sale á esperarle á la plazuela,
Do salta un surtidor, y cuyos arcos
Arreboleras, yedras y jazmines
Visten entretejidos y encañados.

La noche avanza, su inquietud se aumenta,
No parece el garzon, quiere buscarlo;
Y desciende á los bosques convecinos,
Y entre los rudos troncos gira un rato;

Cuando oye por la senda, que á la fuente
Del Amir va, los presurosos pasos
De alguno que á la Albáida se encamina
Sobre la muerta pompa del verano;

Y luego ve acercarse de carrera
Un bulto que el rumor viene causando.
Pronto le reconoce... sí... Mudarra!
Ya le recibe mudo en su regazo.

¡Mas en qué situacion llega el mancebo!
¡Oh santo Dios, en qué terrible estado!
Pálido, alienta apena, en torno gira
Los ojos, que terror pintan y espanto;

Desceñido el turbante al viento ondea,
Desnudo el hierro muéstrase en su mano;
Y hierro, y mano, y manga es negra sangre,
Y sus miembros temblor, nieve su tacto.

Todo al punto lo advierte Záide, y todo
Le está de horror el corazon ahogando:
Cuájasele la sangre, y confundido,
Prorumpe así con balbuciente labio:

«Oh Mudarra!... qué es esto?... ay hijo mio!...
Qué golpe amaga á este infelice anciano?
Mudarra!... no respondes?»—El mancebo,
Al conocido acento en sí tornando,

Alza la faz, lanza un gemido, y dice:
«Al padre de Kerima muerte he dado.»
Y con nuevo terror quiere esconderse
Del tierno Záide en los amigos brazos.

«Cómo? pregunta el viejo: has dado muerte
A Giafar.—A Giafar,» responde ahogado
El mísero garzon; y Záide exclama:
«¿Quién penetra tus miras, cielo santo?

»Oh poderoso Alá... ciertas, terribles
Son tus venganzas: sí, la eterna mano
Que las estrellas rige, inexorable
Pesa sobre la frente del malvado.

»Oh jóven! de las iras del Eterno
Es ya ministro tu inocente brazo.
Alzate, torna en tí; noble principio
A tus venganzas sin saberlo has dado.

»Alzate, torna en tí: llegó el momento
De la revelacion; llena los altos
Destinos á que el cielo te encamina;
Cúmplanse sus decretos soberanos.»

Tales palabras del turbado jóven
El corazon confuso reanimaron;
Lumbre de gloria relució en sus ojos,
Cesó de pronto su abatido espanto:

Sintió su sangre hervir, miró el anillo,
El misterioso anillo que la mano
Adornó de Zahira; estremecióse,
Y la diestra estrechó del viejo sabio.

Este, resuelto, «sígueme, le dice:
Ven conmigo al jardin, y de los astros
Allí en presencia, con el fiero adorno
De esas ropas que sangre están manando,

»Y con esa invencible cimitarra
Firme en tu diestra; escucha de mi labio
La maldad de los hombres, los desastres
Que presidieron á tu orígen claro,

»Y la alta obligacion que el cielo impuso
A tu nacer. El tiempo no perdamos,
Pues debes para siempre estas riberas
Dejar antes que el sol tienda sus rayos.»

Ay!... las palabras últimas de Záide
El pecho de Mudarra traspasaron.
Tembló, fijó la planta, quedó inmoble,
Y un suspiro lanzó. Viéndolo el ayo,

Con gran resolucion y fuerte diestra
Le ase y sacude la siniestra mano,
Y «Oh Mudarra!... oh Mudarra!... en este instante
No vil temblor, esfuerzo es necesario,»

Grítale, y ante sí firme le impele:
Y entrambos pasan del castillo el atrio,
Y en gran silencio, del jardin caminan
Por las calles de adelfas y naranjos.

Llegan á un sitio de él, donde sus puntas
Siete cipreses jóvenes alzando,
Una cuadrada losa circundaban
Bruñida y sin emblema ni epitafio:

Sitio donde Mudarra muchas veces,
Con la atencion de los primeros años,
Del docto Záide oyó doctos consejos,
Y de honra y de virtud sublimes rasgos;

Y do siempre curioso preguntára
Lo que guardaba aquel pulido mármol,
Recibiendo tan solo por respuesta
Tiernas caricias, lágrimas y abrazos.

Páranse pues allí; sobre la losa
Se asientan mudos y abatidos ambos,
Y alza la faz al vaporoso cielo,
Sin prorumpir palabra, el noble anciano.

Su marchito semblante iluminaba,
Por la cándida barba resbalando,
El claror de la luna, que triunfante
De las nubes reinaba en el espacio.

Su venerable rostro las señales,
Y los ojos de lágrimas preñados,
Daban de quien recuerda atroces hechos,
Y le falta la voz para contarlos.

Mudarra en sus facciones juveniles,
Vuelta la espalda al disco plateado,
De oscuridad cubiertas, escondia
Inquietud, atencion, dolor y espanto.

Estaba el viento en calma; blandamente
El aura heria los desnudos ramos;
Reinaba hondo silencio; pero Záide
Rompiólo al fin de esta manera hablando.

«Muerto el rey Alhaken, Giafar, ansioso
De conservar de Hagib el sumo cargo
Con nuevos triunfos, emprendió la guerra,
Y á Castilla y Leon cubrió de espanto.

»Yo seguí sus pendones victoriosos
En el vigor de mis robustos años,
Y fuí parte y testigo de una empresa,
Que tuvo cual injusta el resultado;

»Pues, como sabes, al volver triunfantes,
De horror, de sangre y de victorias hartos,
Y de despojos ricos, y oprimiendo,
Turba infeliz de míseros esclavos;

»Un digno caballero de Castilla
Con pequeño escuadron de sus vasallos,
Nos siguió y sorprendió, del Guadarrama
Entre los bosques, quiebras y peñascos.

»Y los que vencedores é invencibles,
Cual rápido torrente, derribamos
El poder colosal del cristianismo,
El esfuerzo leonés y el castellano;

»Fuimos vencidos, rotos y deshechos
Por tan escasa hueste, y por el brazo
De un solo caballero, que de luto
Cubrió á su turno nuestro suelo patrio.

»¡Terrible y desastroso fué aquel dia,
Para el imperio musulman aciago!
Do el esfuerzo andaluz?... solo un guerrero
Tronchó sus palmas, agostó sus lauros.

»Yo combatí cual bueno: lanza á lanza
Embestí al generoso castellano,
Que un escollo de acero parecia,
Y lidiamos los dos un largo espacio.

»Le encontré irresistible, y á sus golpes
Herido yo, sin fuerzas mi caballo,
Cedí, cayendo en la menuda yerba,
Su verdor con mi sangre marchitando.

»No ví mas la matanza, pues mi ojos
Oscurecidos con letal desmayo,
Cuando á la vida y á la luz se abrieron,
En un albergue pastoril me hallaron.

»Me encontré con asombro en pobre lecho,
Do una tosca zagala y un anciano
Me prodigaban útiles socorros,
Gran interés en mi vivir mostrando.

»¡Oh, cuán injustos son nuestros jüicios,
Cuando en la diferencia los fundamos
De usos y religion!... Pues fué el primero
Que á mi mente ocurrióse en aquel caso,

»El que estaba cautivo, la asistencia
Atribuyendo de los dos villanos
Al afan de obtener con mi persona
Rescate rico ó vigoroso esclavo.

»Casi á la muerte me tornó esta idea;
Mas ¿cuál fué ¡cielos! mi sorpresa y pasmo,
Al ver aquel que suspendido habia
Sobre mi frente de Azrael el brazo?»

Hallé á Nuño Salido junto al lecho,
De gozo, al verme vivo, enajenado,
Que con grande ternura, *oh Záide*, dijo,
Oh noble bienhechor, no eres esclavo.

»*En cuanto ayer á mi señor osaste*
Acometer con ánimo gallardo,
Te conocí. Al mirarte en tierra herido,
Quién eras, le grité; y él ya prendado

»*De tu gentil aspecto y bizarría,*
Mandóme socorrerte, del estrago
Sacarte, y conducirte á su presencia,
Do hallarás libertad, honra y aplausos.

»*Animo, Záide bueno; tus heridas*
Peligrosas no son. Al punto vamos
A ver á mi señor, que honrarte anhela
Con su noble amistad y dulce trato.

»Yo al conocer á Nuño, al escucharle,
Al ver su rostro en lágrimas bañado,
Fuí á arrojarme á sus plantas desde el lecho,
Y me encontré en su seno y en sus brazos.»

Aquí el discurso enternecido Záide
Suspendió, á tal recuerdo suspirando;
Pero anudóle al punto, y de este modo
Tornó á alentar su venerable labio:

«Era Nuño un ilustre caballero,
Que por mí en otra guerra cautivado,
Vino conmigo á Córdoba; y halléme
Con un amigo, en quien pensé un esclavo.

»Ya su destreza en las guerreras armas,
Su noble aspecto y su valor bizarro
Llamaron mi atencion, desde el momento
Que lanza á lanza le apresé en el campo;

»Y luego su entereza en la desgracia,
Su extrema rectitud, su ingénio claro,
Su excelente carácter, sus virtudes,
Y su rara instruccion me cautivaron.

»El me enseñó caballerescas artes,
Al mismo tiempo que su idioma patrio;
En un grande infortunio fué mi apoyo,
Y siempre amigo y consejero sabio.

»Quince dichosas lunas que nos vieron
Siempre juntos, veloces se pasaron...
Mas ¿cómo yo abusar de sus bondades,
Ni él llamarse feliz en suelo extraño?

»Al fin era un cautivo, y en su frente
Divisaba los hórridos nublados
De quien se encuentra de su hogar paterno,
De sus deudos y amores apartado;

»Y libre y rico le torné á su patria.
El cielo bienhechor allí le trajo,
Do de la esclavitud y de la muerte
Libre me viera por su amigo amparo.

»—En nudo estrecho, y desahogando el alma
Una gran pieza con sollozos blandos
Permanecimos... ¿qué medicamento
Pudiera haber tan saludable y grato?

»Restauradas sentí mis fuerzas todas,
Y oprimiendo los lomos de un caballo,
Que Nuño á pié del diestro dirigia,
A un castillo partimos inmediato.

»El valiente adalid en él estaba
Con los suyos, gozoso celebrando
El banquete del triunfo, en el momento
Que á su vista los dos nos presentamos.

»Cuarenta primaveras contaria...
La edad que entonces yo. Fuerte y gallardo
Era su talle, su semblante hermoso,
Sus grandes ojos rutilantes astros.

»Gonzalo Gustios, el señor de Lara,
Eran su nombre y título. Al mirarnos
Interrumpió el festin, y recibióme
Con franco aspecto, y me alargó la mano.

»Siete hermosos mancebos coronaban
La sobria mesa: apenas quince años
Contaria el menor, de cuyo rostro
Y gentil corpulencia eres retrato:

»Veinte y dos el mayor. Eran los hijos
Del noble valentísimo Gonzalo;
Y Nuño, mi constante y generoso
Amigo, de ellos preceptor y ayo.

»Sus brazos nos robaron la victoria,
Siendo la prez y honor de los cristianos:
¡Mancebos generosos! dignos eran
De haber nacido con mejores hados.

»El padre en medio de ellos parecia
Noble leon, que en los masilios campos
Invencible su régia pompa ostenta,
De sus fuertes cachorros circundado;

»Oh generosa palma del desierto,
Cuyos renuevos á su pié lozanos
Ofrecen la esperanza al peregrino
De darle, un tiempo, bienhechor restauro.

»Obsequios y caricias recibiendo
Del padre y de los jóvenes gallardos,
Permanecí hasta el punto en que su lumbre
Templaba el sol en el remoto ocaso:

»Que afable entonces el señor de Lara
Se alzó, y me dijo, asiéndome la mano:
Vé en paz, valiente Amir, que yo á Castilla
Torno, pues ya su conde está vengado.

»*Vuelve á tu patria; pero nunca olvides*
La estimacion que á tu valor consagro,
Y plegue á Dios iluminar tu mente
De la fé sacrosanta con los rayos.

»Y yo le respondí: *Caudillo insigne,*
Me has dos veces vencido y cautivado,
Una con tu denuedo y fuerte lanza,
Otra con tu presencia y noble trato.

»*Alá te guarde, y de tus nobles hijos*
En medio vivas los eternos años
Que en el Líbano el cedro generoso,
Para ser de guerreros el dechado.

»Me abrazó el héroe, y como firme prenda
Me dió esta daga, que de mí no aparto:
Yo coloqué en su diestra un rico anillo...
Ese mismo que tienes en tu mano.»

Calló un momento Záide: estremecióse
Mudarra, y lleno de sorpresa y pasmo
Miró el anillo, en cuyas ricas piedras
Las luces de la luna rielaron;

Y concibiendo por la prenda rara
Mayor respeto y misterioso espanto,
Iba á hacer mil preguntas anheloso;
Mas de este modo lo impidió el anciano:

«Me encontré á la salida del castillo
Con dos ilustres moros, libertados
Tambien por Lara, para escolta mia,
Con armas, provisiones y caballos;

»Y emprendí á estas riberas mi regreso
A cortas marchas y con lento paso,
Pues bien que leves mis heridas fueran,
Necesité remedios y descanso.

»Entré por fin en Córdoba, aun cubierta
De luto, de terror, de angustia y llanto;
Aunque era gran consuelo en tal desastre
Ver á Giafar depuesto y humillado.

»Almanzor generoso ya ocupaba
De excelso Hagib el merecido cargo,
Y viendo en mí á su amigo de la infancia,
Caricias mil me prodigó y aplausos.

»A restaurar el vacilante imperio
Aplicó su saber, y sospechando
Que la pasada rota alentaría
A los siempre rebeldes mauritanos;

»Trató de asegurar paz duradera
Con Castilla y Leon, para á su salvo
El Africa observar; y de entablarla
Me dió al momento el importante encargo.

»Restablecido apenas, el recinto
Dejé de esta ciudad, acompañado,
Por séquito y decoro en mi embajada,
De doce musulmanes ilustrados.

»De tejidos de Persia, de jaeces,
De damasquinas armas, de caballos
Arabes y andaluces, y de alfombras,
Filigranas, perfumes y penachos,

»Llevé rico presente; y de Toledo
Las gigantescas torres saludando,
Y las nevadas cumbres de Fonfría,
El confin penetré del castellano.

»Pronto avisté de Búrgos las almenas;
Y su nuevo señor, el conde Sancho,
Asistido de nobles y magnates,
Afable recibióme en su palacio.

»Era don Sancho el sucesor y el hijo
Del conde don García, que lidiando
Murió en la última guerra, y tan mancebo,
Que aun el cetro regir no le era dado.

»El gobierno supremo de Castilla,
Aunque siempre en su nombre, estaba á cargo
De su madre doña Ava, del Ulema,
Que llaman arzobispo los cristianos,

»Y del gran Gustios, el señor de Lara,
Mi amigo y vencedor, por cuyo amparo
Hallé grata acogida, y cuyo influjo
Facilitó la paz que fuí buscando.

»Los usos y costumbres castellanas,
Sus raras leyes y su rito extraño,
Que observé á mi placer aquellos dias,
De admiracion y asombro me llenaron.

»Advertí la ignorancia y la rudeza
De aquel naciente reino, que fundado
A fuerza de valor y de altos hechos,
Hierro y ferocidad son sus ornatos.

»¡Ay de nuestro florido y ancho imperio,
Si antes de corromperse los cristianos,
Sus discordias domésticas olvidan,
Y procuran unidos derribarlo!

»Ajustada la paz, Gonzalo Gustios
Me llevó á la cabeza de su estado,
A la villa de Salas, do tenia
Su alcázar, su familia y sus vasallos.

»Allí torné á encontrar sus siete hijos,
En Castilla y Leon apellidados
Los Infantes de Lara, y del buen Nuño
Volvíme á ver en los amigos brazos.

»¡Oh, qué hospitalidad, franca y sencilla,
Fieles, infieles, moros, castellanos,
Y nobles y plebeyos encontraban
En el soberbio alcázar de Gonzalo!

»En él me hallé y en un banquete, el dia
Que el cielo con certísimos presagios
Anunció á la familia sin ventura
El recio temporal do ha naufragado.

»A la mesa cubierta de viandas,
Coronada de nobles y de hidalgos,
Y por Lara y sus hijos presidida,
Me hallaba yo contento y descuidado,

»Con varios estranjeros, y dos moros
De mi acompañamiento, insignes ambos,
Uno en alquimia, plantas y elementos,
Otro en la oculta ciencia de los astros.

»De altos hechos tratábamos, de guerras,
Y de los lances de la caza; cuando
Desprendido cayó del alto muro,
Y á tierra vino con rumor estraño

»El fuerte escudo del señor de Lara,
Que un dorado castillo en rojo campo,
Blason de su linaje esclarecido,
Ostentaba en su centro; y que colgado

»Sobre pendones, lanzas y despojos,
Coronaba un trofeo. El sobresalto
Fué general; y de Gonzalo Gustios
El hijo mas pequeño (que Gonzalo

»Se llamaba tambien, y de quien eres,
Como torno á decirte, fiel retrato),
Al tiempo de volver el cuerpo y rostro,
Un salero volcó sin repararlo.

»Nótanlo todos; y las dos señales,
Funestas en Castilla, asombro helado
Dieron al corazon de los presentes,
Como silencio fúnebre á sus labios.

»Gustios, aunque tan grande en fortaleza,
Tembló tambien, y no alentó; y pasmado
Miró al bueno y fiel Nuño, cuyos ojos
A la muda pregunta se arrasaron.

»Yo alzéme pronto, y sin saber qué hacia,
Cogí el volcado escudo, y con mis manos
Lo torné al alto sitio... El cielo ahora
Me descubre tambien que fué presagio.

»El uno de mis moros, el que era
En las ciencias ocultas extremado,
La hora y el dia en que nació el mancebo
Preguntó, le pidió la diestra mano,

«Y en su palma observó ciertas señales,
Misteriosas palabras murmurando.
Todos en derredor con gran silencio
Y gran curiosidad nos agolpamos;

»Pero él, mudada la color del rostro,
Clavó la vista en el garzon gallardo:
No osó pronosticar: sacó del seno
Una bolsa de cuero y de recamos,

»Y de ella un pequeñuelo pergamino
Con signos cabalísticos marcado:
Se lo dió, y le encargó tenerlo siempre,
Sin jamás de su cuerpo separarlo.

»Sonrióse el jóven, pero cuerdo el padre
Admitiólo cortés; mientras mostraron
En la faz los que en torno se encontraban,
Disgusto insultador, desprecio amargo.

»Un peregrino que asistió á la mesa,
Griego, segun el traje, penetrando
Hasta do estaban Gustios y sus hijos,
Desprendióse del cuello un relicario,

»Que una astilla de leño contenia,
Imperceptible casi, y con extraño
Lenguaje prorumpió: *Dios me concede*
A la hospitalidad mostrarme grato.

»*De tu sangre te guarda, hermoso jóven*
¡Una gran fiesta abortará mil daños!...
Suelta el vil talisman, toma esta prenda,
Que es prenda santa y te dará su amparo.

»Dijo, y colgóla al pecho del mancebo,
Quien reverente la llevó á los labios;
Y con gran devocion, al verla, todos
Humildes á adorarla se postraron.

»Mas ¡ay! ni al talisman ni á la reliquia
En nuestros pechos reponer fué dado
La dulce calma y plácido contento,
Que á la par del broquel se desplomaron.

»Ya era Salas mansion desapacible
Por tal suceso, y porque á paso largo
Con nieve y lluvias avanzó el invierno;
Y á la córte de Burgos regresamos.

»A poco tiempo celebró sus bodas
El noble Rui-Velazquez, un hermano
De la esposa de Gustios, y orgulloso
Ostentó en ellas su grandeza y fausto.

»Era el tal Rui-Velazquez el caudillo,
Que falto de experiencia, aunque bizarro
Llevó á la muerte al conde don García,
De Castilla el valor desperdiciando;

»Pues jóven, sin consejo ni experiencia,
A Gustios antepuesto, el sumo mando
Logró obtener en la postrer campaña,
Por ser lucido y diestro cortesano.

»Y como al mismo ejército y pendones,
Que él con todo el poder de los cristianos
No pudo resistir, venció en seguida
Con tan escasa hueste su cuñado;

»De envidia lleno el corazon maligno,
Le detesta feroz, pues los aplausos
Que tributó Castilla á la alta hazaña,
Los juzga de su honor en menoscabo.

»Al verle con doña Ava y el Ulema
El cetro gobernar del conde Sancho,
Premio digno al valor con que á su patria
Salvó glorioso del postrer estrago;

»Arde en saña su pecho, y solo anhela,
Bien que escondiendo su furor insano,
Al héroe derribar, que á su derrota
Dió noble enmienda con robusto brazo.

»Trató su enlace pues con doña Lambra,
Dama de gran linaje y rico estado,
Aunque hermosa y gallarda, altiva y fiera,
Y no en la flor de los primeros años.

»En el templo de Burgos fué la boda,
Con pompa y con magnífico aparato,
Y magníficos fueron los convites,
Los festejos, las danzas y saraos.

»Gustios de Lara con los siete Infantes
Asistió, de Velazquez siempre al lado,
Y él, y sus hijos, y sus deudos todos
Ricamente á los novios regalaron.

»Las extremas caricias, los obsequios,
Los elogios sin cuento y los abrazos,
Que estaban Rui-Velazquez y los suyos
A Gustios y á sus hijos prodigando,

»Fueron entonces tales, que mi pecho
Con sospecha y temor atribularon;
Pues los que aborreciendo, tanto halagan,
De saciar su furor están cercanos.

»—Los deudos de la novia una gran justa
En la plaza de Burgos convocaron,
Empresas y ropajes dispusieron,
Cotas, paveses, lanzas y caballos.

»De doña Lambra primo Alvaro Sanchez,
El montañés gigante apellidado
Por su vigor y prócer estatura,
Era el mantenedor con otros cuatro;

»De lanza á lanza sostener debiendo
Con cuanto guerreador viniese al paso,
Que ninguna á la novia aventajaba
En sangre ilustre, en hermosura y garbo.

»Publicóse el cartel á media noche,
Y se fijó en las puertas del palacio,
De cien antorchas á la roja lumbre,
Al son de trompas y á la voz de heraldos.

«Hirvió la sangre juvenil, ardieron
Los nobles pechos de los siete hermanos,
Y ya gozosos entre sí trataban
De armaduras, divisas y penachos;

»Cuando el sesudo padre en mi presencia,
Y del discreto Nuño aconsejado,
Los reunió y abrazó, y afable y tierno
Así les dijo con prudente labio:

»*Hijos, templad vuestros fogosos pechos,*
No requirais las armas y caballos,
Que no es para vosotros esta justa,
Y no debeis en ella presentaros.

»*Sostener de su esposa la belleza*
Y la alcurnia, á vosotros no ha encargado
Vuestro tio Rui-Velazquez: los parientes
De ella la empresa toman á su cargo.

»*Ajeno es de vosotros combatirla,*
Dejad que la combatan los extraños:
Sed solo espectadores de una lucha,
En que fuera perder, ganar el lauro.

»*No, no es para vosotros, hijos mios...*
¡Ay!... ¡Aquel peregrino!... ¡Los presagios!...
Parte no tomareis en la tal fiesta:
Si no basta mi ruego, yo os lo mando.

»Dijo el padre, y quedaron los mancebos
Con la impaciencia de corcel gallardo,
Que va suelto á arrojarse á la carrera,
Y le contiene la prudente mano.»

«Llegó el dia fatal: la extensa plaza
Inundó ansioso pueblo, y por tablados,
Antepechos, terrados y barreras
Fuése á la luz primera acomodando.

»En un balcon, donde de seda y oro
Descollaba un dosel, el conde Sancho,
Su madre, el arzobispo y el de Lara
Los supremos sillones ocuparon;

»Y en el opuesto frente, los esposos,
De joyas y de plumas adornados,
Un espacioso corredor, vestido
De yerba y flores, y de emblemas vários.

»Por séquito llevaban veinte pajes,
Escuderos y damas, diez hidalgos
Eran su escolta, y deudos y parientes
En derredor con ellos se asentaron.

»De allí no muy distante honrado puesto
Yo con los mios ocupé, y al lado
Caballeros leonéses lo tenían,
Extranjeros ilustres y prelados.

»Los siete Infantes, con lucidas galas
Y con gallardas plumas muy bizarros,
Andaban recorriendo entre el bullicio
La extensa plaza, pórticos y andamios;

»Y cada cual, al punto del despejo,
Segun su inclinacion se fué buscando,
Escaso asiento junto á alguna hermosa,
Y en la barrera lo encontró Gonzalo.

»Se asordó el viento con los recios sones
De timbales y trompas; los heraldos
El cartel y las leyes de la justa
De nuevo en alto acento pregonaron;

»Y los mantenedores á la liza,
De pajes y padrinos rodeados,
Ceñidos de magníficos arnéses,
Salieron en fortísimos caballos.

»El gigante orgulloso, Alvaro Sanchez,
Sobresalia entre los otros cuatro,
Como alta torre entre los altos muros,
Una fornida lanza manejando.

»Luengas espadas ostentaban todos,
Anchos escudos, y pendiente al lado
Del dorado borren la fuerte maza,
Y por empresa un sol, rey de los astros.

»El combate empezó: lances diversos
En él hicieron caballeros vários.
Allí dos de Alafranc y dos leonéses
Con la espalda midieron el estadio;

»Y cuantos guerreadores en la arena
Conquistar intentaron aquel paso,
Las lanzas rotas, los corceles muertos,
Vencidos fueron y por tierra echados.

»Aunque de los que el puesto mantenian,
Tambien cayeron á su vez los cuatro;
Vengólos Alvar Sanchez, que invencible
Derribó fuerte cuanto vino al campo.

»No era noble y gentil su continente,
No diestro se mostraba ni gallardo;
Pero era emblema de la fuerza, estaba
Mas firme que los toros de Guisando (24).

»La torre de Carrahola (25) parecia,
Cuando la tempestad la embiste en vano,
Y en ella el huracan embravecido
Se estrella, ronco de furor bramando.

»Doce conquistadores ya vencidos,
De arnéses, mallas, plumas y penachos,
Y de astillas y sangre la ancha plaza
Toda cubierta estaba, y al ocaso

»Se retiraba el sol. En la ancha arena
A Castilla y al orbe provocando,
Los cinco justadores persistian
En ocio por la falta de contrarios.

»Alvar, enardecido y orgulloso,
Ronco gritaba así de cuando en cuando:
¿No hay ya quien ose combatir conmigo?...
Salga el que no me tema, aquí le aguardo.

»Mas como nadie á responder saliese,
Para dar diversion al vulgo vano,
Un juglar que servia á doña Lambra,
No sé si malicioso ó mentecato,

»En quien tenia su privanza ella
Por regocijador de su palacio (26);
Dejando el escabel de su señora,
Do el tiempo habia de la justa estado,

»Bajó á la plaza, del bonete rojo
Los gruesos cascabeles repicando,
Y de su traje de botarga haciendo
Ostentacion con gestos y con saltos,

»Empezó á recorrer la extensa liza,
Una hinchada vejiga atada á un palo
Revolviendo en el aire, ó ya con ella
El suelo y los puntales golpeando.

»Fué universal la risa: le tiraban
Bollos, frutas, confites; y él, ufano,
Ya afrentaba insolente á los vencidos,
Ya daba al vencedor necios aplausos.

»Al pasar inmediato al antepecho,
Do sin mirarle hallábase Gonzalo,
Haciendo contorsiones y figuras,
Prorumpió así con atrevido labio:

»*¿Qué tal, qué tal, mancebo? Allí no hay trampa,*
Ni gallardías, ni impotente garbo:
Todo allí es corazon, y todo es puño,
Y los ojos cerrar, y dar trancazos.

»*Mi alma con la suya... Dios nos libre*
De que enarbole en contra nuestra el brazo:
No es un galan de alcorza.. Dijo y fuése,
Cabriolas mil y carcajadas dando.

»Furioso á castigarle se arrojára,
Encendido de cólera Gonzalo;
Pero respeto al padre le contuvo,
Y alzóse de su puesto despechado,

»Cuando al llegar á un corro en otra parte,
Oyó decir á un labrador anciano:
Ya no se halla en Castilla quien compita
En fuerza y en poder con ese hidalgo.

»*Es un jayan*, repuso otro del pueblo,
Que pudiera de un soplo hacer pedazos
La mezquita de Córdoba. Los Laras
Lo aciertan con estarse en los andamios.

»Prosiguió el labrador: *Muy bien han hecho,*
Aunque hubieran salido del engaño
De que son invencibles. Otro dijo:
Harta disculpa tienen, son muchachos.

»Colmóse la medida, ardió en el pecho
Del jóven un volcan, y rebramando,
Ni vió mas, ni oyó mas; y del concurso
Y de la plaza huyóse sofocado.

»Mas nadie lo notó. Los justadores
En inaccion siguieron grande rato,
Y ya el vulgo impaciente se mostraba
Del vil juglar y de sus chistes harto;

»Cuando las huecas trompas y timbales
Con general contento resonaron,
La llegada anunciando de un guerrero
Que viene á combatir. Por los tablados

»Cundió el rumor confuso de gran pueblo,
Que se fué nuevamente acomodando,
Y que hundióse en silencio al punto mismo
Que el nuevo guerreador entró en el campo.

»Toscas vulgares armas, ni aun lucientes,
Sin plumas ni labores pobre casco,
Calada la visera, y un escudo
Liso, sin mote, ni blason, ni ornato,

»Sacaba el caballero, y en la cuja
Una lanza de guerra, y un caballo,
No de tendida crin y noble aspecto,
Aunque lijero y dócil al bocado.

»Del peto y espaldar hebillas várias
Sin abrochar estaban demostrando,
Que acababa de armarse á toda prisa,
Como todos al punto lo notamos.

»Eran tales su gracia y gentileza,
Tanta la habilidad, soltura y garbo
Con que regía el pisador, y tales
Su noble talle y cabalgar gallardo;

»Que adiviné quién era en el momento,
Y todos ó los mas lo adivinaron.
Mas por aquel instinto que resalta
Siempre en la muchedumbre, no hubo un labio

»Que imprudente su nombre pronunciase,
Y fué el silencio universal, tornando
Todos la vista hácia el señor de Lara,
Que escondió el rostro con entrambas manos.

»Yo miré á Rui-Velazquez, cuyos ojos
Ardieron de furor, y con recato
Habló algunas palabras al oido
De doña Lambra, que su faz turbaron.

»Dió el caballero en torno á la estacada
Un airoso paseo, acreditando
Quién era mas y mas, y haciendo pruebas
Del poder y obediencia del caballo;

»Y parándose en medio, en voz sonora
Pidió con Sanchez combatir. Negado
Por los jueces le fué, por no ser Sanchez
El que debia sostener el campo,

»Pues antes de su turno, lo tenian
Para entrar en la lid dos de los cuatro.
La ley fué obedecida, y presentóse
Aquel á quien tocaba, muy ufano;

»Pero apenas salió, vióse en la arena
Con potro, escudo y lanza derribado,
Al choque del incógnito, que mudo
Tornó á ocupar su puesto á lento paso.

»Salió el segundo, las primeras lanzas
Valiente resistió de brazo á brazo:
No fué tan venturoso en las segundas,
Y vencido cayó del potro abajo.

»El pueblo lleno de sorpresa estaba,
Faltándole la voz para el aplauso,
Porque ve con pavor llegado el punto
De que éntre el fuerte Sanchez al estadio.

»Cubierto estaba de sudor y espuma
El corcel del incógnito. Saltado
Habian las hebillas de su almete:
Grítale el pueblo: *Toma otro caballo.*

»Mas él nada responde; y firme espera
A Sanchez, que en la plaza entró bizarro,
En un morcillo que la llena toda,
Y la estremece al golpe de sus cascos.

»Ay!... yo ví entonces del señor de Lara
Demudarse la faz, y ví bañado
De amarga risa el pérfido semblante
De Velazquez tambien, y que la mano

»Tomó á su esposa, y que miró á los suyos,
Desprecio y confianza demostrando,
Mientras la muchedumbre en gran silencio,
Ni aun osa respirar de miedo y pasmo.

»Sonó el clarin, partieron como flechas
Sanchez y el caballero; se encontraron,
Y en el opuesto escudo cada lanza
Tocó, dió lumbre, y resbaló, dejando

»Honda señal. Los potros revolvieron,
Ambas picas rompiéronse en pedazos:
Continuaron con otras el combate,
Y pretal con pretal al fin se hallaron.

»El corcel del incógnito el empuje
Sufrir no pudo del corcel contrario;
Dobló las piernas, y en la ardiente arena
Los corvejones estampó. A espolazos

»Sostúvolo el ginete, y como el viento
Le hizo arrancar, y separarse á saltos.
Sanchez buscó otro choque; mas no era
Tan diestro en el manejo del caballo

»Cual su competidor, que lo evitaba
Con gran saber, y que le dió á soslayo
Un duro bote, que abollóle el peto,
Sin que el broquel pudiese repararlo.

»Entonces advirtiendo Alvaro Sanchez,
Que un solo broche sujetaba el casco
Del justador, dirígele la punta
Con tanta furia y con acierto tanto,

»Que dejó descubierto el rostro hermoso
Del noble mozo, del gentil Gonzalo,
Quien en furor ardiendo, la cabeza
Con el escudo esconde, y como un rayo,

»Acomete al jayan á todo trance,
Por tierra le derriba, retemblando
La plaza toda al ponderoso golpe;
Y ensordécese el viento con aplausos.

»Apenas el gigante tocó el suelo,
Púsose en pié, denuestos vomitando
Contra su vencedor, y con gran furia
Desenvainó la espada. Sosegado

»El jóven reclamó las condiciones;
Pide lo mismo el pueblo en gritos altos,
Y todo es confusion. Luego á la arena
Los jueces descendieron de su escaño,

»Y declaran que está Sanchez vencido,
Y que el conquistador debe en el campo
Aun con los otros dos mantenedores,
Cual previene el cartel, seguir lidiando.

»No sin dificultad plegóse Sanchez:
Tal vez alguna seña del airado
Velazquez le obligó. Tornó á su puesto,
Y otra celada se ciñó Gonzalo.

»El caballero á quien tocaba el turno,
Fué á cabalgar; mas por su bien faltaron
De su corcel las cinchas, accidente
Que dió á la fiera lid corto intervalo.

»En el cual doña Lambra la orgullosa,
De acuerdo con su esposo, y deseando
Su furor desahogar: *Anda*, le dijo
Al bufon, que á sus piés habia tornado,

»*Anda, y hazle una afrenta á ese mancebo*
La que encuentre mayor tu ingénio claro.
Hazla pues sin temor, y á mi te acoge;
Mi respeto y poder serán tu amparo.

»El escabel dejó de su señora
El juglar, y en la plaza á corto rato
Se presentó, con nuevas contorsiones,
Aunque escondiendo entre sus ropas algo.

»Se acercó al vencedor, y con despejo,
Muy bien lo has hecho, dijo, *bravo! bravo!*
Mas yo quiero tambien justar contigo:
Esta es mi lanza... ahí va... guarte, seo guapo.

»Y un verde cohombro tinto en fresca sangre
Le tiró al rostro, con fealdad manchando
Todo el arnés, y huyóse á gran carrera,
Dejando al pueblo todo horrorizado.

»Es esta accion mirada allá en Castilla
Por la afrenta mayor (27): tal que el hidalgo
Que al agresor no mata al mismo instante,
Queda en infamia eterna sepultado.

»El ilustre mancebo ardiendo en ira
Se arroja en pos del vil que hácia sus amos
Rápido vuela; tírale la lanza
Al punto en qué trepaba á los andamios.

»Y de la espalda al pecho atravesóle,
De modo que sin vida en el regazo
Cayó de su señora, con su sangre
Veste, brazos y pechos salpicando (28).

»Pálida doña Lambra un alarido
Lanzó, y vencida de letal desmayo,
Cayera del sitial, si no encontrára
De sus dueñas y damas con los brazos.

»Velazquez furibundo ronco grita:
Llegó el momento, á la venganza, hidalgos!...
Muera, muera. Y con todos sus parientes
Ciego se arroja dentro del estadio.

»Al jóven vencedor cercan al punto
De otros muchos seguidos, sus hermanos,
Y los estoques de festejo y gala
Desnudos centellean por el campo.

»Cunde la confusion, suenan las trompas,
Gritan los jueces; su gritar es vano:
Tira su cetro en medio de la arena,
Y es hollado y no visto, el conde Sancho.

»Se asustan las mujeres, y los niños
Contra el seno escondiendo entre los brazos,
Huyen y dejan la confusa plaza:
Tiemblan y huyen con ellas los ancianos.

»Crecen los valedores de ambas partes,
Trábase horrenda lid. La daga en mano
A ella corre Velazquez: el de Lara
Que entró en la liza por distinto lado,

»Solo paz anhelando, que era padre,
Quiere todo á la paz sacrificarlo;
Y le sale al encuentro, á contenerle
Con blando ruego y amistoso abrazo.

»Mas, ¡ay!... ¡al abrazarle, una coraza
Oculta bajo sedas y brocados
Apretó!... Se cuajó su sangre toda,
Y un vuelco dióle el corazon llagado.

»¿Pudo quedarle duda?... No, no era
La infantil imprudencia de Gonzalo
Mas que un futil pretexto; la vil trama
Estaba ya dispuesta de antemano.

»Deudos, parientes, escuderos, pajes,
Todo el séquito en fin de su cuñado,
Cubiertos van de redoblado acero,
Vilmente oculto so los ricos sayos.

»¡Mísero padre!... la traicion patente,
¿Qué le queda que hacer?... Con duro brazo
Ayudar á sus hijos... A ellos vuela,
Anima de su casa á los hidalgos,

»Y métese sañudo en la batalla:
Todo es sangre y horror. Torna á caballo
Con los suyos furioso Alvaro Sanchez,
El pendon de Velazquez tremolando.

»La destreza y valor eran de parte
De los de Gustios; pero el otro bando
Armado iba y dispuesto. Una lanzada
A un Infante tocóle de soslayo:

»Tambien Velazquez recibió otra herida,
Y estaba como tigre, fuego echando
Por los feroces ojos: el de Lara
Lidiaba firme como leon bizarro.

»La condesa doña Ava... ¡ilustre dueña!
Sí, yo la ví del uno al otro lado
Correr, gritar, y en medio del peligro
Pedir paz y quietud á sus vasallos.

»Al meterse una vez en la pelea,
Tocó una punta al jóven conde Sancho,
Que con gentil esfuerzo la seguia,
Sumision y obediencia reclamando.

»Leve su herida fué; pero al mirarle
La faz marchita, el pecho ensangrentado,
De terror ambas turbas se cubrieron,
Y en el momento de lidiar cesaron;

»Momento de quietud, que el Arzobispo,
Cual discreto y prudente, aprovechando,
Con sus insignias y sagradas ropas,
Que son de gran respeto entre cristianos,

»Lanzóse en medio, y con terrible frente
Amenazó del cielo con los rayos
A uno y otro partido, si al momento
No dejaban la lid, y libre el campo.

»Sus amenazas, y el pavor y susto
Que al ver herido á su señor helaron
Al feroz vulgo, y el postrer reflejo
Que el crepúsculo daba desde ocaso,

»A ambas ciegas facciones contuvieron;
Y de la plaza por distintos lados,
Siguiendo cada cual á su caudillo,
Salieron, y de Burgos se alejaron.

»Gonzalo Gustios con los siete infantes,
Y con todo el tropel de sus vasallos
Fué á Salas: Rui-Velazquez con los suyos
A Barbadillo, centro de su estado.

»En Burgos fué terrible aquella noche:
Del Arzobispo el Conde acompañado
Y de su madre, se encerró en su alcázar,
Levado el puente, los rastrillos bajos,

»Y llenos de hombres de armas decididos,
De fieles caballeros y de hidalgos,
A defender á su señor resueltos,
Los torreones, pórticos y patios.

»Ardian fogatas en diversos sitios,
A las que se arrimaban embozados
Recelosos, con armas escondidas,
Aun no resueltos á seguir un bando.

»Mas á pocas palabras, los puñales
Y las ocultas dagas en sus manos,
Defendiendo uno ú otro, relucian,
Por amistad y deudo atropellando.

»*Viva el señor de Salas*, resonaba
En algun arrabal; en otro barrio,
Viva el de Barbadillo. Aquí una trompa,
Allá de espadas el rumor lejano;

»Tal vez las luengas calles recorria
O piedra ó flecha rápida, silbando
Entre las sombras, sin saberse á dónde,
Ni qué ballesta la tiró, ó qué mano.

»Tal vez reinaba hondísimo silencio,
Roto por el galope de un caballo;
Y ya en las torres los reflejos daban
De algun incendio en los vecinos campos.

»¡Tremenda noche! La primera aurora
Mayores sustos y congojas trajo;
Y los siguientes dias todos fueron
A cual mas angustioso y mas amargo.

»Uno y otro partido en rabia ardian;
Enfurecidos se aprestaban ambos
A guerra de exterminio, y se engrosaban
Con armas y con nuevos partidarios.

»Los de Velazquez á talar salieron
De Salas rica los feraces campos:
Defendieron valientes los de Lara
Sus arboledas, mieses y ganados.

»Un mar corrió de sangre. ¡Ay de Castilla,
Si audaz entonces enemigo extraño
La hubiese acometido!... ¡Ay de los reinos
Que de discordias tales son teatro!»

«La buena suerte por aquellos dias
De desórden y horror á Burgos trajo
A un extranjero ilustre. Era otro Ulema,
Del que ellos llaman Vice-Dios, legado;

»Que de Roma á Leon se encaminaba
A cobrar un tributo; y recelando
Con las fieras discordias de Castilla
La total perdicion de los cristianos,

»Con el buen arzobispo entró en consejo,
Y uno y otro castillo visitaron,
De la paz las benéficas semillas
En uno y otro con fervor sembrando.

— »El vulgo, ya extinguido el primer fuego,
Ansía solo quietud, busca trabajo:
De la patria el peligro asusta siempre
A los hombres de bien y á los hidalgos.

»Del gran Gonzalo Gustios era el alma
Noble y leal, y nada sanguinario
Su corazon: los pechos de sus hijos
Ardientes y violentos, pero francos;

»Y Rui-Velazquez, aunque altivo y fiero,
A traicion y á discordias avezado,
Conoció que ceder entonces era,
Para lograr sus planes necesario.

»Circunstancias que abrieron el camino
De la negociacion. A pocos pasos
Vinieron ambas partes á concierto.
A deponer las armas se obligaron,

»Y á concurrir á Burgos los dos jefes
Bajo seguro, y solo acompañados
Cada cual de seis deudos, á jurarse
Amistad ante el conde Soberano;

»Con sola condicion, de que á la córte
No volviesen en término de un año,
Ni doña Lambra, ni los siete Infantes,
Ni Alvaro Sanchez, ni los otros cuatro.

»Dado el seguro, por diversas partes
Vinieron al alcázar de don Sancho
Rui-Velazquez y Gustios. Yo y los mios,
Con otros extranjeros, convidados

»Fuimos á presenciar la ceremonia,
Celebrada del modo mas extraño
En el salon del trono, do asistieron
Todos los Ricos-hombres castellanos.

»En su dosel sentóse el jóven Conde,
El Ulema de Roma al diestro lado;
Y por distintas puertas en la sala
Los dos caudillos á la par entraron.

»Por la que estaba al frente, al mismo tiempo
Con cuatro dueñas y catorce hidalgos
Presentóse doña Ava, blancas tocas
Y ricas negras ropas arrastrando.

»Entró tambien con ella el Arzobispo,
Con todas las insignias de su cargo,
Y dos pajes en pos. Uno traia,
De oro en salvilla y entre lienzos blancos,

»Un pan pequeño; el otro una gran taza
De oro y piedras preciosas, rebosando
Ardiente vino; y á los piés del trono
Todos en gran silencio se acercaron.

»Allí tomó la copa la condesa,
Y el conde tomó el pan, y en tres pedazos
En el vino lo echó, y el Arzobispo,
Haciendo ciertos signos con la mano,

»Murmuró varios salmos y oraciones,
A todos los presentes demostrando,
Que en la copa no habia ni conjuro,
Ni veneno encubierto, ni otro engaño.

»Un pedazo del pan mojado en vino
Comió con gravedad el conde Sancho;
Y mandó á Rui-Velazquez y al de Lara,
Que cada cual comiera otro pedazo.

»Hiciéronlo al momento, una rodilla
Hincada en tierra; luego se abrazaron,
Al templo fueron á jurar las paces,
Y en seguida un festin hubo en palacio.

»Tornó Castilla á verse en quieta calma,
Mas fué calma de mar, que pronto airado
Turba el austro otra vez, y en que el piloto
De otra mayor borrasca ve el presagio.»

Quedó en silencio Záide, y en silencio
Quedó tambien Mudarra, que pasmado,
La relacion á descubrir no acierta,
Que con él tienen lances tan extraños.

NOTAS DEL PRECEDENTE ROMANCE.

(24) D. Antonio Ponz, en su *Viaje de España*, hecho en 1795, dice en la carta séptima del tomo II: «Pasado un riachuelo, llamado *Tórtolas*, descubrí en una vi»ña, perteneciente á los religiosos, los celebrados toros de Guisando; pero no hallé »ningun rastro de la venta que habia junto á ellos, en donde fué reconocida y ju»rada por heredera de los reinos de Castilla la reina católica Doña Isabel. Me acer»qué al paraje en donde están los toros, y son cuatro, de los cuales uno está me»dio hundido en la tierra. Ya se conoce poco su forma, por estar muy gastados, y »desgranada la piedra berroqueña, de que son. Con dificultad se lee alguna letra de »antiguas inscripciones que tenian en el cuerpo; pero despues en la celda prioral »del monasterio, ví una explicacion de los mismos y de sus letreros, que decian es»tar allí desde muy antiguo. La tal explicacion era, que en la Valle Bastetana dió el »ejército de Julio César la gran batalla, en la cual, despues de haber vencido á Pom»peyo Magno en Farsalia, deshizo aquí á sus hijos, llamados Sexto Pompeyo y Gneo »Pompeyo; que la pelea fué muy dudosa; pero que animado César por su capitan »Prisco Calecio, la consiguió: que los hijos de Pompeyo, desamparados de sus sol»dados, se retiraron, llenos de heridas, á las cuevas del inmediato monte, junto al »paraje del monasterio, y que en celebridad de tanto triunfo, hicieron los cesaria»nos un sacrificio á los dioses, llamado *Ecatombe*, por el número de cien toros que »para el sacrificio se destinaban; y que por medio de estos toros de piedra que »allí dejaron, habian perpetuado aquel suceso. Las inscripciones se leen en aquel »papel de esta manera:

1.ª

BELLUM CÆSARIS ET PATRIÆ EX MAGNA PARTE
CONFECTUM FUIT S. ET GN. M. POMPEII FILIIS HIC
IN AGRO BASTETANO PROFLIGATIS.

2.ª

LONGINUS PRISCO CALECIO PATRI
F. C.

3.ª

CÆCILIO METELLO
CONSULI II. VICTORI.

4.ª

EXERCITUS VICTOR
HOSTIBUS EFFUSIS.

5.ª

L. PORCIO
OB PROVINCIAM OPTIME ADMINISTRATAM
BASTETANI POPULI F. C.

»Se cree que antes hubiese mas toros de los que ahora se ven sobre la tierra. Usted »sabrá si es esta la Valle y region de los bastetanos, y el paraje donde se acabó la »guerra civil de Pompeyo y César: si estos son elefantes, y no toros, de los que »algunos dicen, que dejaron los cartagineses en várias partes de España, á donde »llegaban con sus conquistas; y si son toros, conocerá cuán grande disparate sería »en traerlos desde Andalucía, como algunos quieren componerlo, sin embargo de que »serían tan grandes como toros naturales, antes de haberlos desgranado el tiempo, »como se ve. A mí me parecen toros, y por algun rastro que queda de las letras, »se conoce que fueron romanas.»

Es digno de copiarse lo que sobre los mismos opina Masdeu en el párrafo 334 del tomo IV de su *Historia crítica de España*. «Una de las antigüedades mas célebres de »España, dice, son cuatro toros que existen en el monasterio de Padres de S. Ge»rónimo de Guisando, á veinte y ocho millas del Escorial. Sin duda Metelo mostró »complacencia de que le dedicasen uno de estos en memoria de las victorias referi»das..... Morales y Mariana juzgan que la inscripcion se debe referir á la rota de los »irtuleyos, que por eso trasfiere Morales de Andalucía á Extremadura en mayor »cercanía de los citados toros. Pero Itálica y Segovia, únicas ciudades en cuyas ve»cindades, segun los escritores antiguos, Quinto Cecilio Metelo venció á los irtule»yos, distan mucho de aquella provincia; además estas rotas no fueron el motivo de »la vanidad y complacencia de aquel general, aunque así lo pensaron Morales, Ma»riana, y últimamente Jovenazo: lo que dió fomento á su orgullo, fueron las batallas »que ganó al temido Sertorio, como atestigua Plutarco.» Y mas adelante, en el párrafo 394, hablando de los monumentos de las victorias de César que existen en Espa»ña: «Son mas famosas las inscripciones de los célebres *Toros de Guisando*..... La pri»mera pertenece á la batalla de *Munda*, que se puede llamar la corona de todas las »victorias de César. En ella se lee claramente, que Sexto y Gneo Pompeyo fueron der»rotados en el campo bastetano: de lo que se deduce, que los toros que existen á »poca distancia del Escorial, estaban antiguamente en el paraje mismo de la batalla, »cuyo lugar podia entonces llamarse *Campo bastetano*, mientras los habitantes á lo »largo de las costas desde la mitad del Estrecho á Cartagena, eran denominados *bas»tetanos* y *bástulo-fénices*. Ha parecido inverosímil al estudioso Sr. Ponz y á otros mo»dernos escritores, que cuatro toros de piedra de ajustada proporcion, fuesen tras»portados de Munda á Guisando. No sabemos las razones que tuvieron los romanos »para transferirlos; pero no hay dificultad que lo practicasen, aunque hubiesen de »hacer mas de trescientas millas, que se cuentan de Munda á Guisando: mayores di»ficultades han vencido los antiguos romanos. Para no difundirme en una prolija nar»rativa, véanse aquí en Roma los obeliscos de altura enorme trasportados de »Egipto.»

Tambien hace Cervantes en su inmortal *Quijote* mencion de estos toros, pues el caballero de los espejos, dice (cap. XIV de la segunda parte), que *el tomarlos en peso*, era una de las hazañas que le habia mandado hacer su señora. Es muy extraño que el erudito y diligente Pellicer dejára sin nota alguna este punto, cuando no se descuidó de ponerlas en otros mas sabidos, y menos interesantes, y cuando Bowles, de quien tanto se aprovechó, copia la razon que da de ellos Covarrubias en el *Tesoro de la lengua Castellana.*

(25) Torre romana muy fuerte que defiende la cabeza del puente de Córdoba.

(26) Le hace cocinero de Doña Lambra un romance antiguo, en que pidiendo venganza á su marido de los insultos que le han hecho los de Lara, entre otras cosas, dice:

«Matáronme un cocinero
So faldas de mi brial:
Si de esto no me vengades,
Yo mora me iré á tornar; etc.»

(27) «Grave injuria y ultraje conforme á la costumbre de España,» la llama Mariana, como se verá en la nota siguiente.

(28) Mariana, copiando casi á Garibay y Morales, refiere este suceso en su *Histotoria de España*, lib. VIII, cap. IX, del modo siguiente: «Aconteció que Rui-Velazquez, »señor de Billaren, celebraba sus bodas en Burgos con Doña Lambra, natural de »tierra de Bribiesca, mujer principal, y aun prima carnal del conde Garci-Fernan»dez. Las fiestas fueron grandes, y el concurso á ellas de gente principal. Halláronse »presentes el conde Garci-Fernandez y los siete hermanos con su padre Gonzalo »Gustio. Encendióse una cuestion, por pequeña ocasion, entre Gonzalo, el menor de »los siete hermanos, y un pariente de Doña Lambra, que se decia Alvar Sanchez, sin »que sucediese algun daño notable, salvo que Lambra, como la que se tenía por »agraviada con aquella riña, para vengar su saña..... mandó á un esclavo que tirase »á Gonzalo un cohombro, mojado ó lleno de sangre: grave injuria y ultraje conforme »á la costumbre de España. El esclavo se quiso valer de su señora Doña Lambra: no »le prestó, que en su mismo regazo le quitaron la vida, etc.» Sigue contando la venganza de Rui-Velazquez poco mas ó menos, como se refiere en esta leyenda.

Dos romances, compuestos por Sepúlveda, pintan esta contienda como sigue:

Rui-Velazquez es de Lara
El que ha de ser desposado:
Casóse con Doña Lambra,
Mujer es de gran estado.
Gonzalo Gustios el Bueno
A las bodas es legado:
Cuñado es de Rui-Velazquez,
Con la su hermana casado.
Trae consigo siete infantes,
Que de Lara se han nombrado,
Hijos de Gonzalo Gustios,
Sobrinos del desposado.
Criólos Nuño Salido,

Caballero muy honrado.

. . . . . .

Un primo de Doña Lambra,
Que Alvar Sanchez es llamado,
Vió que caballero alguno
No alcanzaba en el tablado.

. . . . . .

Doña Sancha y los sus hijos
Riendo de ello han estado;
Ninguno dió miente á ello,
Que están las tablas jugando:
Solo Gonzalo Gonzalez,
El menor de los hermanos,
Que á furto de todos ellos
Cabalgaba en su caballo.

. . . . . .

Alvar Sanchez con pesar
Al Infante ha denostado.
El respondió á sus palabras,
A las manos han llegado.
Gran ferida dió el Infante
A Alvar Sanchez su contrario.

. . . . . .

Doña Lambra que lo vido,
Grandes voces está dando,
Feríase en el su rostro
Con las manos arañando,
Diciendo: ¿qué dueña alguna
Ansí se habia deshonrado
En bodas que fuesen hechas,
Sino á ella solo en su cabo?
Rui-Velazquez que lo oyó,
Luego habia cabalgado,
Tomó un astil de la lanza,
Fué donde está Don Gonzalo, etc., etc.

Doña Lambra que lo vido,
Como muy mal lo queria,
Llamado habia un criado,
Desta suerte le decia:
«Toma agora tú un cohombro,
»Fínchelo de sangre viva,
»Y arrójaselo á Gonzalo.»

. . . . . .

El hombre tomó un cohombro,

Y de sangre lo teñia,
Dió con él á Don Gonzalo,
En sangre untado lo habia.
. . . . . .
Acogióse á Doña Lambra,
So su brial se metia.
Los Infantes con braveza
. . . . . .
Mataron el hombre allí,
Ante ella que lo veia,
Y con la sangre del hombre
Sus tocas se las teñian.
Los Infantes cabalgaron, etc, etc.

ROMANCE CUARTO.

Grande rumor se levanta
De gritos, armas y voces
En el palacio de Búrgos,
Donde están los ricos-homes.
Romancero del Cid.

El que empeñado en áspero camino,
De entre peñascos sale y de entre breñas,
Y á entrar va en precipicios espantosos,
Raudos torrentes y confusas selvas;

Si un prado, aunque pequeño, y una fuente,
Mansa, aunque cenagosa, al paso encuentra,
Allí se para á respirar un rato,
Y á restaurar las fatigadas fuerzas.

Así Záide, al hallar en su memoria
Que desastres y horrores le recuerda,
Un momento de paz, con breve pausa
En él un rato á descansar se asienta.

Corto el reposo fué, y hondo silencio
Reinó entre tanto; pues Mudarra, llena
De confusion y asombro el alma toda,
De aquella narracion el fin anhela.

Záide fijó los ojos inflamados
En la argentada luna y las estrellas,
Lanzó un suspiro, y prosiguió la historia
Con sosegada voz de esta manera:

«En paz quedó Castilla: los Infantes
Con Nuño fueron á la córte régia
Del monarca leonés; y doña Lambra
A un su palacio orillas del Esgüeva.

»Pasó una luna en gran quietud: Velazquez
Y Gustios de amistad se daban pruebas,
Y yo, cumplido el plazo á mi embajada,
Dispuse mi regreso á estas riberas.

»Ya me faltaban solo cuatro dias
Para dejar de Burgos las almenas,
Cuando á la hora en que en mitad del cielo
Su ardiente y viva lumbre el sol ostenta,

»Estando yo tranquilo en el palacio,
Que por embajador mi albergue fuera;
Rumor lejano de alterada plebe
De repente escuché, no sin sorpresa.

»Salí al balcon; el espantoso estruendo
De armas y voces distinguí mas cerca;
A poco vi de airada muchedumbre
Inundarse las calles y plazuelas,

»De lejos un cadáver, que arrastrando
Llevaba el pueblo: disparadas piedras
Vinieron á perderse en mis paredes,
Las voces escuché de *mueran, mueran.*

»Y vi venir huyendo del tumulto,
Por la ancha calle enfrente de mis puertas,
A dos de mis esclavos anhelantes,
Que consiguen salvarlas y las cierran.

»Absorto estaba: entréme, y á los mios
Convoco al punto, sin saber cual fuera
La causa del furor de los cristianos;
Cuando á mis plantas los esclavos llegan,

»Los mismos dos que de salvarse acaban;
Y sin color y con heladas lenguas,
Que á asesinarnos corre el pueblo todo,
Dicen, y nuestro asombro se acrecienta.

»Incrédulo, indeciso, nuevamente
Me puse en el balcon, cuando á gran priesa
Llegó á caballo, trémulo, abatido,
De Lara un paje, y *Mi señor os ruega*

»*Qué al punto huyáis. Tomad vuestros caballos*
Y asilo pronto en la vecina huerta,
De donde valerosos caballeros
En salvo os sacarán á viva fuerza.

»Dijo, y despareció. Yo quedé mudo
Sin acertar á resolver: la fiera
Muchedumbre al momento del palacio
Ocupó la gran plaza, y tuve apenas

»Tiempo de retirarme de su vista.
Todos los mios con pavor me ruegan
Que me salve, y los salve sin tardanza,
Y á los esclavos ensillar ordenan.

»Infamia fuga tal me parecia;
Resistir imposible... A la escalera
Me dejo arrebatar, cuando echo menos
Dos de mi comitiva: el uno era

»Un mi escudero, Aben-Harin el otro,
El cordobés, antorcha de las ciencias.
Pregunto por los dos, y no hallo nadie
Que acierte á darme de su suerte nuevas.

»El ágil escudero acostumbraba
Adiestrar al bocado y á la espuela
Los caballos del Conde, y casi siempre
El sabio acompañaba á la Condesa.

»Sin ellos resolví no retirarme,
Y ansioso de atisbar si acaso llegan,
A una gran claraboya, que á la plaza
Daba, me aproximé no sin cautela.

»Oh poderoso Alá! Vi en una pica,
Sirviendo á los cristianos de bandera
(¡De horror, al recordarlo me estremezco!)
Del docto amigo la infeliz cabeza,

»Y su cuerpo en mil partes destrozado
Entre la turba, que con una cuerda
Le arrastraba; y al lado, medio vivo,
Al escudero sin ventura en tierra.

»Bramando de furor la vista extiendo,
Y al Arzobispo vi... ¡quién lo creyera!
A aquel que tan prudente se mostrára
De Velazquez y Lara en la contienda,

»Acalorar el bárbaro gentío,
La insignia de su rito y su creencia,
Cual de exterminio y furia enarbolando,
Y lanzando espantosos anatemas.

»Si álguien templar mi saña en aquel punto
Y á los cristianos mi rencor pudiera,
Hubiese Lara el generoso sido,
Que con la espada en alto, dando pruebas

»De noble esfuerzo y de honradez gritaba:
¡Castellanos!... ¿qué haceis?... De infamia eterna
Hoy cubrís vuestro nombre... Los cobardes
Así á los desarmados atropellan.

»Mas su voz se perdia entre el tumulto,
Cual la razon se pierde en la tormenta
De las pasiones, y era un hombre solo
Dique impotente á inundacion tan recia.

»Al ver yo al uno, al otro, á los dos mios
En trance tan fatal, sentí mis venas
Encenderse, cegué, grité venganza,
Y el alfanje empuñé con firme diestra.

»Del puesto aquel me arrancan mis amigos,
Y los caballos á encontrar me llevan,
A montar obligándome en el punto
Que el populacho derribó las puertas.

»El jardin á galope atravesamos,
Y salvando el postigo de la verja,
Al arrabal salimos, consiguiendo
Ganar al fin las indicadas huertas.

»Ya el palacio del vulgo era despojo,
Cuando unos doce caballeros llegan,
Por el valiente Gustios destinados
Para sernos de amparo y de defensa.

»Con gran facilidad pasar pudimos
Las murallas y fosos, pues si alerta
Los que las custodiaban, al mirarnos,
De prohibirnos el paso dieron señas;

»Eran muy pocos y al notar la insignia
De la casa de Lara en las cimeras,
El puente echaron, el rastrillo abrieron,
Y al campo nos lanzamos de carrera.

»Por él en gran silencio á toda brida
A buscar fuimos la inmediata selva,
En donde aliento á los corceles dando,
Hablé al caudillo de la escolta nuestra;

»Y de él supe la causa del tumulto,
Del pérfido Velazquez trama nueva,
Para perder á mi valiente amigo,
Y cima dar á su venganza horrenda.

»Desde que yo en la córte de Castilla
Me presenté, de Aben-Harin la ciencia
De alto don celestial consiguió fama,
Por su acierto en curar graves dolencias.

»La condesa doña Ava, que abatida
Con las desgracias y viudez, enferma
Cayó por aquel tiempo, á su cuidado
Y direccion tambien se sometiera;

»Y recobrando prodigiosamente
En breve espacio la salud, excelsa
La gloria fué del musulman, logrando
Caricias, honra, aplausos y riqueza.

»Lo que era asombro en la ignorante plebe,
Fué gratitud y aprecio en la condesa,
Si pronto envidia de la infame córte,
Y del vil fanatismo furia ciega.

»Doña Ava al cordobés agradecida,
Como tan alta y generosa dueña,
Lo honró con su amistad, y le escuchaba
Explicar su saber, grata y atenta;

»Y ansiando entusiasmada los secretos
De la alquimia, en que el moro insigne era,
Penetrar, le dispuso en su palacio
Cámara, donde hacer sus experiencias.

»Tan alta proteccion y las consultas,
Siempre inocentes, sí, pero secretas,
Que con él celebraba, dieron campo,
Sin yo saberlo, á hablillas y á sospechas;

»Dándoselo tambien á Rui-Velazquez
Para perder á la infeliz condesa
Y al noble Gustios, y el favor del Conde
Conquistar, y el partido del Ulema.

»En aquel dia por industria suya
(Tan grande es en maldad), cuando á la mesa
Con su madre y con Lara el jóven Sancho
Apenas se asentó, la voz funesta

»Se oyó y cundió por el palacio todo,
Llenándolo de asombro y de sorpresa,
De que del Conde estaba envenenada
La régia copa. A tan horrible nueva

»Todo fué espanto y confusion: Doña Ana
Desmayada quedó, sus damas yertas,
Confundidos los pajes; y al momento
Sin buscar al rumor mayores pruebas,

»Se dió, qué horror! por cierto, que la madre
Envenenar al hijo dispusiera,
De Aben-Harin apasionada, ansiando
Ceñirle de Castilla la diadema;

»Y que el veneno elaborado estaba
Por el supuesto amante. Tal idea
Crece en el pueblo, que el palacio allana,
Y entre alambiques, bálsamos y esencias

»Al descuidado Aben-Harin sorprende,
Y á la garganta echándole una cuerda,
Le arrastra sin piedad. Cunde el tumulto,
En otra parte al escudero encuentran,

»Con cien puñales el inerme pecho,
Bañándose en su sangre, le atraviesan;
Y en ambos con furor la insana turba
Su saña horrible y ciego encono ceba.

»Velazquez se aparece, y acalora
El horrible tumulto, y acrecienta
La atroz calumnia, contra mí la empuja,
Y mi palacio acometer ordena.

»Ah! bien sabía que el honrado Lara
Abrazaria al punto la defensa
De la justicia y la verdad, y solo
Comprometerle así su empeño era.

»Logrólo, pues entrando en el alcázar,
La confusion y la calumnia aumenta,
Y aquel supuesto crímen vengar jura,
E incita astuto al indeciso Ulema.

»Este, ó bien ya de acuerdo, ó engañado,
Y al ciego fanatismo dando rienda,
A predicar se arroja el exterminio
De hombres que de su fe contrarios eran;

»Y con Velazquez y con él al frente,
Sin que Lara calmarla consiguiera,
Corrió á saciar en mí y en mis secuaces
Su bárbaro furor la plebe ciega.

—» Al saber yo de boca del guerrero
Trama tan infernal, en furia nueva
Sentí mi pecho arder, y hubiera dado
Por verme allí mil lanzas cordobesas,

»El resto de mi vida. Enfurecido,
A la inicua ciudad volví las riendas;
Pero ¿qué aprovechára?... Nuestra fuga
Por agrios montes y escondidas sendas

»Proseguimos, llevando á los guerreros
De Lara siempre para escolta nuestra;
Hasta que el Guadarrama atravesando,
Nos dejaron en salvo en la frontera.»

»A Córdoba llegamos, do la fama
Ya divulgára la aventura nuestra,
Y la ciudad ardió, y ardió el imperio
En justa indignacion, al ver deshechas

»De modo tan atroz solemnes paces,
De embajador la inmunidad suprema
Profanada, y vertida alevemente
Por cristianos la sangre sarracena.

»Gritó el pueblo muslímico venganza,
A Castilla maldijo, pidió guerra,
Y decretóla Hixcen... Mas no regía
En momentos tan críticos las riendas

»Del gobierno Almanzor. Se hallaba entonces
Del rico Oriente en las lejanas tierras;
Y Giafar (como ayer) el sumo mando
Desempeñaba el tiempo de su ausencia.

»Giafar, que recobrado el poderío
Por sus antiguos triunfos y proezas,
Y por su astucia aun mas, ya de la córte
Wacir y Alcaide del alcázar era,

»Si bien nunca aprobar las paces pudo,
Ni olvidar el mal fin de sus empresas;
De reparar el descalabro antiguo
Vió con gozo ocasion tan lisonjera,

»Y para castigar al castellano
Armas y tropas sin tardanza apresta;
Al bárbaro Juzef el mando encarga,
Y el exterminio de Castilla ordena.»

«Allá en Burgos en tanto con mi fuga
Aquietada la turba y satisfecha,
Tornó Velazquez del airado Conde
El furor contra Lara y la Condesa.

»Don Sancho... ¡incauto jóven!... á Velazquez
Creyéndose deudor de su existencia,
El gobierno entrególe del estado,
Y fué su voluntad la ley primera.

»Mayor de edad al punto se declara:
A la madre infeliz prende y encierra
En estrecha prision, donde la muerte
Pronto el consuelo fué de su inocencia;

»Y aunque al de Lara atropellar no osa,
Porque es grande en poder como en nobleza;
Lo desaira, á Salas lo retira,
Y á merced de Velazquez todo queda.

»Mas, ¡ay! que la ambicion y la venganza
Son pasiones que nunca satisfechas
Logran mirarse, y cual del mar las olas,
Van creciendo hasta el punto en que se estrellan.

»Pronto llegaron á la infame Burgos
Los clamores, los llantos y las quejas
De los míseros pueblos fronterizos,
De nuestra furia víctimas primeras;

»Y advirtiendo Castilla que era en vano
Contrarestar las musulmanas fuerzas,
Cayó en abatimiento, y en la córte
Todo fué confusion, miedo y vileza.

»Ricos-hombres, Abades y Prelados
Llevando al Arzobispo á su cabeza,
Demandaron al Conde que al momento
Satisfaccion á nuestro imperio diera,

»Tal que bastase á contener el curso,
Del torrente de lanzas y banderas,
Que iba á inundar á la infeliz Castilla,
Y á arrastrarla á su fin. Esta propuesta

»Fué muy grata á Velazquez, que anhelaba
Gozar en paz la autoridad suprema,
Y que le presentó nuevo camino
De asegurarse para siempre en ella.

»Del ofendido Lara harto temible
El nombre y el poder aun considera,
Y el mismo infierno le inspiró la trama
Mas espantosa, abominable y negra.

»Pensó, y dijo entre sí, de fiero gozo
Palpitándole el pecho: *Giafar tregua*
Me acordará sin duda, si le entrego
Al que humilló en el campo su soberbia.

»*Marche pues Lara á Córdoba, y á un tiempo*
Negociador y víctima allá sea.
Lumbre infernal resplandeció en su frente,
Bañó su torva faz sonrisa horrenda,

»Y propuso á Don Sancho, que al momento
A nuestra córte el noble Lara venga
A negociar la paz. Pasmóse el Conde
A tal proposicion, pues le profesa

»A Lara ódio de muerte, no dudando
Que del supuesto crímen fué cabeza;
Pero astuto Velazquez le convence,
Y aun con nuevos temores le amedrenta.

»Al Arzobispo encargan al instante
De hablar con Gustios, y aun de hacerle fuerza
Para que la embajada desempeñe,
Sin tener ya de sus agravios cuenta.

»Lara, que por su patria siempre estaba
Pronto á sacrificarlo todo; deja
Al punto á Salas, y á la corte torna,
Donde todos le halagan y festejan.

»Casi se reconcilia con Velazquez;
Solo le ocupa la gloriosa idea
De salvar á Castilla, y dar reparo
Al crímen cometido con mi ofensa;

»Y con ricos presentes se encamina
A estas murallas. Desdichado! A ellas
Antes llegó Eliazim, astuto hebreo,
Que confidente de Velazquez era.

»Y con Giafar oculto y sigiloso
Tuvo larga entrevista, y dió la vuelta
A Burgos al momento... Muchos años
Despues lo supe yo... ¡Si lo supiera

»En aquel punto! Oh, cuántos infortunios!...
Mas ¿quién detiene el curso á las estrellas?
¿Qué mísero mortal mudar consigue
Lo que está escrito en imborrables letras?»

«Llega de embajador el noble Lara
A esta insigne ciudad, y se presenta
Al irritado Hixcen, que al recibirle
Admiró su gallarda gentileza.

»Giafar... (sí, de Giafar y de Velazquez
Las almas se entendian; tal vez era
Uno mismo el demonio que guiaba
A ambos á un tiempo por distinta senda)

»Giafar le vió con el placer amargo
Del que á gozar venganza va completa
De aquel á quien envidia, y que á despecho
Le admira casi mas que le detesta.

»Le tiene en su poder... Mas ¿por ventura
Querrá á Velazquez contentar, la guerra
Suspendiendo?... Jamás, jamás. *Castilla*
Deberia de nuevo su existencia

»*De Lara al sacrificio generoso,*
Si otra vez á su esfuerzo la debiera.
Cual mártir le adoraba el pueblo hispano,
Toda la cristiandad... No en su cabeza,

»*En su nombre, en su nombre mi venganza,*
Para que digna de mi encono sea,
Se saciará, poniéndole el vil sello
De maldicion sin fin, de infamia eterna.

»Así pensó Giafar: su fantasía
Abrazó con placer tales ideas,
Y al aprestarse á darles cumplimiento,
El éxito terrible saborea.

»Grandes obsequios y afectada pompa
De Lara el noble en derredor despliega;
Oye atento y afable su embajada,
Y que á todo se allana, lo demuestra,

»Por respeto á su nombre y su persona,
Y con elogios mil lo lisonjea.
Estableciόse un armisticio, y luego
Solemnes pactos de inviolable tregua,

»Exigiendo tan solo de Castilla
Corto tributo á fuer de recompensa,
Y en rehenes del tratado dos presidios,
Que ocupaba el cristiano en la frontera.

»Del éxito feliz de su mensaje
Ufano Gustios, regresar anhela
Para anunciarlo á Burgos por sí mismo;
Mas Giafar le detiene, le sujeta

»Con fingido pretexto, y le decide
A enviar un caballero con presteza,
Que lleve al conde Sancho de Castilla
De la ajustada paz la ansiada nueva.

»Yo en tanto disfrutar la compañía
Pude en mi patria de mi amigo apenas.
Giafar sabía mi amistad con Lara,
Y la temió; y habiéndose en Valencia

»Por aquel tiempo un jeque declarado
En rebelion, mandóme á toda priesa
Marchar á sujetarlo; cargo honroso,
Que renunciar no pude, aunque quisiera.

»Al dejar estos muros, en mis brazos
Estreché á Gustios con el alma llena
De atroz presentimiento; y, *parte pronto*,
Le dijo solo mi afligida lengua.

»Quedóse á mi pesar. Llegó el tratado
A Burgos, que gozosa con la tregua,
Se alzó del hondo espanto en que yacía
Cesando sus aprestos de defensa.

»Entregó los castillos concertados,
El tributo tambien, y las banderas
Dispersó ya reunidas en los campos,
Y al dulce sueño de la paz se entrega.

»¡Oh Castilla infeliz y descuidada!
Por Giafar avisados con reserva
Juzef y los caudillos, que escondidos
Se mantuvieron siempre en la frontera;

»En cuanto desarmados á los pueblos
Vieron, y sus mesnadas ya dispersas,
Entraron furibundos á mansalva,
Fuego, sangre, exterminio, muerte, guerra,

»Y esclavitud sembrando hasta la orilla
Del claro Arlanza; y al clamor que suena,
Présago de ruina inevitable,
De Burgos retemblaron las almenas.

»El Conde, el Arzobispo, el pueblo todo,
Que es de Lara traicion al punto piensan;
De Lara que ha querido adormecerlos,
Para vengar á salvo sus ofensas;

»Mas del último apuro los cristianos
Sacando nuevo ardor y saña nueva,
Resuélvense á morir como valientes
En noble y obstinada resistencia.»

«En tanto la invasion de nuestras huestes,
Sus rápidas victorias y proezas
En Córdoba muy luego resonaron,
Llenando á Lara de mortal sorpresa.

»Corre al alcázar, á Giafar pregunta,
Si de atentado tal la fama es cierta;
Y Giafar con frialdad y atroz sonrisa,
Con tono de desprecio le contesta:

»*La paz reinaba, cuando allá en tu córte*
Derramásteis la sangre sarracena:
No es extraño que corra la cristiana,
Cuando aun no bien segura está una tregua.

»Gustios de indignacion tiembla, y sañudo
Iba á dar al Wacir noble respuesta,
Cuando de una victoria conseguida
Por los cristianos arribó la nueva.

»Irritado Giafar al recibirla,
Prender á Lara el denodado ordena,
En una honda mazmorra sepultarle,
Abrumarle de hierros y cadenas,

»Y pasar á cuchillo á los cristianos
De su séquito. En vano en la alta diestra
De Gustios un instante ardió la espada,
Y aun se tiñó de sangre. Le rodea

»Armada turba, que le arrastra al punto
Al hondo seno de prision estrecha,
Mientras que de los suyos descuidados
Saltaron de los hombros las cabezas.

»Fué la noticia del cristiano triunfo
Que causó tal trastorno, verdadera:
La desesperacion dió al castellano
Aquel valor que todo lo atropella,

»Se armaron en tumulto, sus campiñas
Talaron, escondieron en la sierra
Sus ancianos, sus niños, sus mujeres;
Y jurando morir en la defensa

»De su Dios, de sus leyes, de su patria,
Con Velazquez y el Conde á la cabeza,
A la lid se arrojaron cual leones,
Y la victoria fué su recompensa.

»Pero aunque remediaron su peligro
Rechazando á Juzef, quedó una guerra
Empeñada, de fin incierto y largo,
Costosa á entrambos pueblos, y molesta.

»Burgos, exhausta y pobre, no podia
Sin nuevos descalabros sostenerla;
Y á Córdoba, perdido el primer golpe,
Y con serios disturbios en Valencia,

»Donde eran vanos mis esfuerzos todos,
Proseguirla tambien difícil era.
De paz y de quietud necesitaban
Ambas naciones... Pero ¿cómo haberlas?»

«De Lara la prision y el exterminio
De los suyos de Arlanza en las riberas
Resonaron muy pronto; mas no hicieron
En Castilla impresion. La falsa idea,

»Por el mismo Giafar acalorada,
De que traidor con engañosas nuevas
Vender á su nacion habia intentado,
No estaba desmentida ni deshecha;

»Antes bien apoyada por Velazquez,
Que enagenado contemplaba en ella
Un campo dilatado y abundoso,
En que dar pasto á su venganza horrenda.

»Donde llenó de indignacion los pechos,
Fué allá en Leon, en que adorados eran
Los siete Infantes, los gallardos hijos
Del infeliz que estaba entre cadenas.

»Ellos, apenas la cruel noticia
El corazon les traspasó cual flecha,
No lágrimas inútiles vertieron,
No al cielo alzaron impotentes quejas;

»La libertad del padre y la venganza
Juraron, de furor las almas llenas:
Su pendon arbolaron; noble hueste
De la florida juventud leonesa

»Y de fieles vasallos de su padre,
Que al son de sus clarines se reunieran,
Juntaron con presura; y se arrojaron,
En el Eterno su esperanza puesta,

»A arrollar nuestro imperio poderoso,
Esperando plantar en las almenas
De Córdoba triunfantes sus pendones,
Y al padre rescatar á viva fuerza.

»¡Disculpable arrogancia, pues hacia
De justa indignacion!... Pero no era,
Por fortuna de Córdoba, á sus brios
Y á su noble furor igual la empresa.

»Los jóvenes incautos los consejos
Despreciando de Nuño y la experiencia,
Que temió con razon que al precipicio
Su arrojo y ciego ardor los condujera;

»Como torrente que bramando rompe
Hinchado y ronco el cauce que lo enfrena,
Pasaron nuestro término... Infelices!...
Qué sima estaba ante sus piés abierta!

—»Giafar, que informe recibió al momento
De sus nobles designios, con reserva
A Burgos despachó su confidente,
Para hacer á Eliazim la atroz propuesta

»De entablar paz segura con Velazquez,
Si los hijos de Lara se le entregan.
No fué preciso mas: un negro crímen
A otro, y á otro, y á mil abre la puerta;

»Pues como el risco, así que se desprende
De la ardua cumbre de empinada sierra,
Crece en velocidad, en peso, en furia,
Al bajar despeñado por la cuesta;

»El mortal que se arroja de delitos
Y atrocidades á la sima horrenda,
Mientras comete mas, mas se enfurece,
Y mientras se hunde mas, mas los anhela.

—»Los siete hermanos, míseros! principio
A su noble venganza heróico dieran:
Todo á sus lanzas invencibles cede,
Y todo sus caballos lo atropellan;

»Mas ni una sola voz ni un solo paso
Daban, sin que al momento lo supiera
El sagaz Abdalá, feroz guerrero,
A quien Giafar mandára á toda priesa

»A observarlos astuto y destruirlos,
Con órdenes atroces y secretas.
¡Dos traidores ganados por Velazquez
Los confidentes de sus planes eran!!!

»Tres lunas entre tanto Gustios Lara
Pasado habia en la prision estrecha,
En donde del quebranto, de la angustia
Y del despecho víctima cayera,

»Si un Genio bienhechor de tiempo en tiempo
No bajara á endulzar su suerte acerba,
Y á hacerle tolerable por lo menos
El peso abrumador de las cadenas;

»Cuando á deshora oyó las fuertes barras
Correrse y los cerrojos; vió la puerta
Abrirse de repente, y dos esclavos
Entrando, darle de respeto muestras.

»Quedó absorto al mirarlos, y pasmóse
Al escuchar que libre está, y que ordena
El potente Giafar que de allí salga,
Y que al punto se ponga en su presencia.

»El sol ardia en la mitad del cielo,
Y al bañarle la faz, á las tinieblas
Acostumbrada, deslumbróle á punto
Que de venir al suelo estuvo cerca.

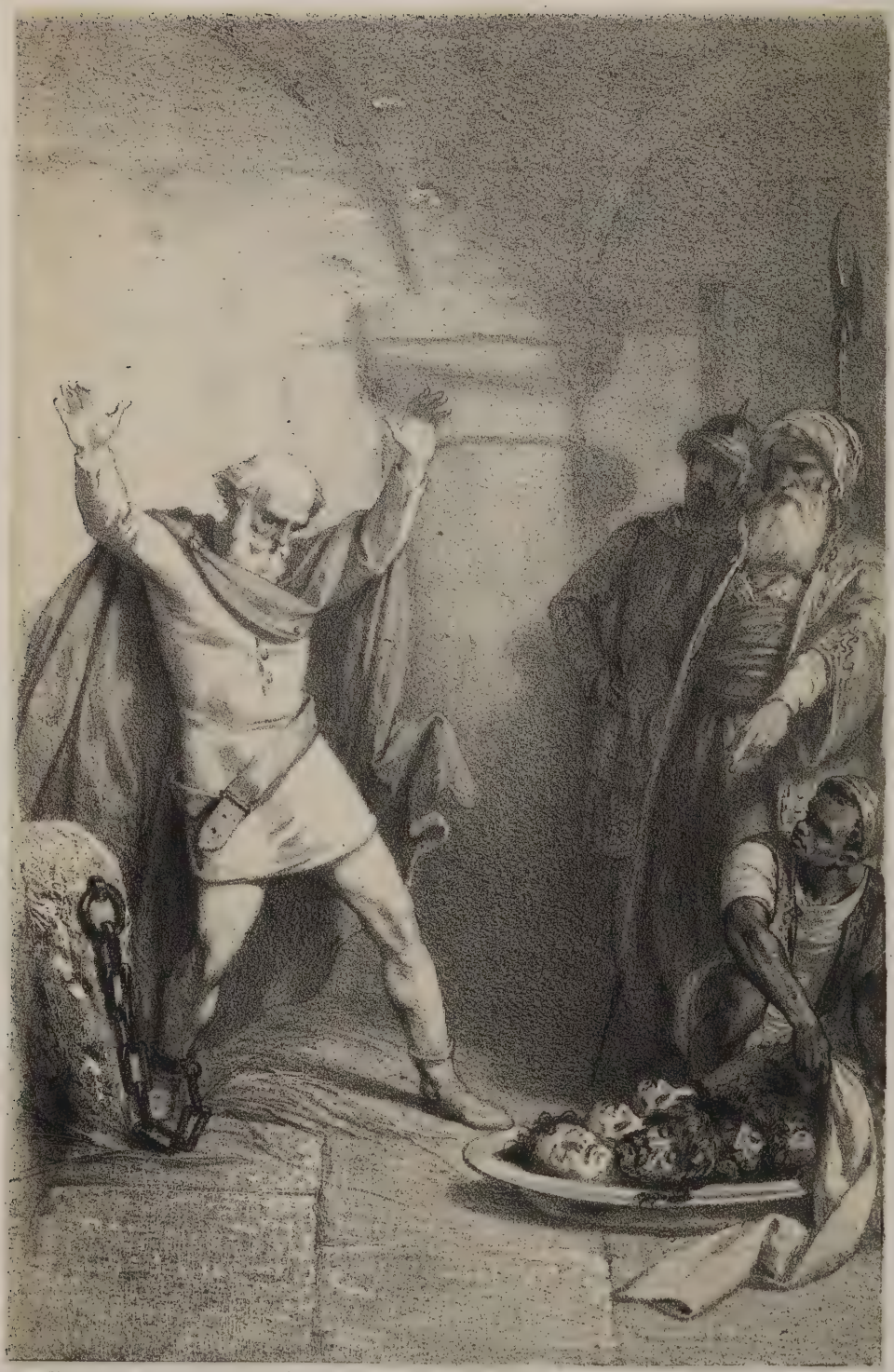
»Fué socorrido por los dos esclavos,
Un corredor larguísimo atraviesa,
Un patio solitario y una arcada,
Luego un jardin, y al regio alcázar llega.

»En un salon turbado le recibe,
Y aun trémulo, Giafar, que al verle afecta
Interés y respeto, y á su lado
En almohadon de púrpura lo asienta,

»Y procurando dar á su semblante
La expresion grata de amistad sincera;
Así le dice con confuso acento,
Actitud de raposa, ojos de hiena:

»*Razon de Estado tu prision tan solo*
Podido ha motivar... Los que gobiernan,
Harto lo sabes tú, viven sujetos
A obrar tal vez lo mismo que condenan.

»*Pero otro tiempo es ya... tiempo dichoso,*
Pues que me proporciona darte pruebas
De que no olvido que tu heróico esfuerzo
Una vez consiguió la gloria excelsa



José Vallejo dib.º y lit.º

Lit. de J. Donon.

»*De arrancarme un laurel, robarme un triunfo.*
Si... los guerreros, que cual tú pelean,
Honran á los que vencen... Gustios Lara!
Desde el dia fatal con impaciencia

»*He esperado el momento que ya toco,*
De entablar amistad contigo eterna!!!...
Ya no eres mi cautivo: entre Castilla
Y el imperio andaluz las paces reinan:

»*Torna á lograr de tu valor el premio.*
Mas antes tu constancia y forlaleza
Voy á probar, haciéndote un presente
Digno de tí y de mí. Calló, y respuesta

»No recibió de Gustios, que dudoso,
Por mas que quiere, á responder no acierta.
Y el asiento dejando, en otra sala,
Precediendo Giafar, entrambos entran.

»Solitaria y magnífica, cual todas,
Tenía en medio una espaciosa mesa,
En donde varios bultos ocultaba
De damasco ormesí rica cubierta.

»Gustios la mira, y le palpita el pecho;
Con el dedo Giafar se la demuestra;
Y, *allí el regalo está*, con risa amarga
Dice, y del brazo asiéndole, lo acerca;

»Y de pronto tirando del tapete,
Hé aquí de mi amistad la sola prenda,
Grita con voz de trueno, y muestra al padre
De los amados hijos las cabezas.»—

¡*Qué horror*! ¡*Qué horror*!... al escuchar Mudarra
Atrocidad tan detestable y negra,
Exclamó; y levantóse, retemblando:
Del mármol que de asiento le sirviera.

Záide quedó en silencio, las mejillas
De amarillez y lágrimas cubiertas,
Y los siete cipréses que cercaban
El sitio aquel, sus puntas verdinegras

Agitaron á un soplo repentino
Con lúgubre rumor, cual si tuvieran
Instinto de tomar en tal momento
Parte tambien en la solemne escena.

Quedando en pié Mudarra, hondo suspiro
Arrojó Záide; y con cansada lengua
Anudó el hilo de la horrible historia,
Y prosiguió en decir de esta manera:

«Sí, el noble Lara, el desdichado padre
Vió de sus siete hijos las cabezas,
Encima del bufete, en una fila,
Y por órden de edad, ¡ay triste! puestas.

»Aunque desfiguradas y espantables,
Cual de lejos traidas, y entre yerbas,
Espíritus y sales conservadas,
Distinguió en cada cual las propias señas.

»En estatua de hielo convertido,
Fijos los ojos, sin moverse, en ellas,
Y los latidos del hinchado pecho
Dando tan solo en él de vida muestras,

»Quedó Lara infeliz.., ¡Ah! ¿cómo puede
Mi débil voz la situacion horrenda
Con palabras pintar?... Padre es preciso,
Padre es preciso ser, para entenderla.

»Un esclavo que oculto allí con otros,
Por órden de Giafar, estaba alerta,
Mil veces me ha contado de aquel dia
Hasta las circunstancias mas pequeñas.

»Sin habla Gustios, ó mejor, sin vida,
Estuvo sin moverse una gran pieza:
Luego un temblor lijero, imperceptible
Apareció en sus miembros, y en violenta

»Convulsion terminó; pero tornando
A la inmovilidad, gira y pasea
Los ojos, cual los ojos de un espectro,
Por una y otra de las siete prendas.

»Sonrisa amarga agita un breve instante
Sus labios sin color, y en tanto queman
Sus mejillas dos lágrimas, y luego
Los tiernos hijos á nombrar comienza,

»Los ojos enclavando en el que nombra,
Y esperando tal vez, ¡ay! su respuesta:
¡*Diego*!..¡*Martin*!..¡*Fernando*!..¡*Suero*!...¡*Enrico*!..
¡*Veremundo*!..¡*Gonzalo*!.. y cuando llega

»A este nombre, dos veces lo repite;
Y recobrando esfuerzo y vida nueva,
Entrambas manos trémulas extiende,
Agarra de Gonzalo la cabeza,

»Y la alza; pero al verla sin el cuerpo,
Un grito arroja, y súbito la suelta,
Cual si hecha de encendido hierro fuese.
Empero torna á asirla, se la lleva

»A los labios, y un beso en la insensible
Mejilla imprime... La frialdad horrenda,
La ascosa fetidez sufrir no pudo,
Y como cuerpo muerto cayó en tierra:

»Aquel resto infeliz del hijo suyo
Cayó sobre su pecho, y desde él rueda
Por la alfombra, dejando sucio rastro
De sangre helada, corrompida y negra.

»Ni aun Giafar, ya saciado de venganza,
Pudo aguantar mas tiempo tal escena;
Y huyó á esconderse, cual se esconde el tigre,
Cansado de exterminio, en su caverna.»

Quedó Záide en silencio, y en silencio
Trémulo, confundido, helado queda
Tambien, cubierto de sudor, Mudarra,
Y con el alma de terror deshecha.

Mas al cabo repúsose, exclamando:
«Gracias, cielos, os doy de que la empresa
Guardásteis para estreno al brazo mio
De libertar de monstruo tal la tierra!!!

»¡Záide!... ¡Záide! ¿es posible que los hombres
De tanta atrocidad capaces sean?...
Mas decidme, decidme: ¿el noble Lara
Tornó á la vida?—Sí; y aun mejor fuera

»Que no tornára, respondióle Záide;
Y prosiguió diciendo: Las tinieblas
Reinaban de la noche, cuando el triste
En sí volvió, y atado con cadenas

»Se halla en medio del campo, y en los hombros
De dos esclavos negros, que á gran priesa,
Cercado de una escolta silenciosa,
De los muros de Córdoba le alejan.

»Mas no estaban del todo sus sentidos
Despiertos, ni expeditas sus potencias;
Y en desórden su mísero cerebro,
Ya de impresion ninguna capaz era.

»Nada pregunta; nadie le hace caso;
Llévanle cual vil fardo; y triste presa
Del mental desarreglo, ni aun memoria
De lo que acaba de pasar, conserva.

»Unas veces tomaba el alimento,
Otras lo rechazaba con violencia;
Ya prorumpe en horrendos alaridos,
Ya insensible cadáver ni àun alienta.

»Al confin castellano á pocos dias
Así llegó, y al punto de él se entregan
Armígeros dispuestos de antemano,
Que tambien mudos y con gran presteza,

»A un lejano castillo le conducen,
Dominio de Velazquez, y lo encierran
En solitaria torre, al mismo tiempo
Que por traidor en Burgos le condenan.

»Veinte crudos inviernos han cercado
De nieves, lluvias, tempestades, nieblas
La prision, donde gime el noble Lara,
Y aguarda al vengador de su inocencia.—

»¡Y qué! gritó Mudarra: ¿en los cristianos
No hay honra, no hay valor, no hay quien emprenda
De tan esclarecido caballero,
Ya que no la venganza, la defensa?

»Yo volaré á Castilla, y lanza á lanza,
A Velazquez, al Conde, á cuantos sean
De tanto crímen y crueldad culpables,
Combatiré cual bueno... Tal empresa,

»A que el honor y la virtud me llaman,
El cielo mismo acometer me ordena.
Sí, volaré á vengar al noble anciano...»—
No pudo proseguir, porque le estrecha

Entre los brazos Záide, que mil besos
Le imprime en la mejilla, se la riega
Con llanto copiosísimo, y le dice:
«Tal es tu obligacion, cumple con ella.

»Hijo eres tú del desdichado Lara,
Que de tí solo su remedio espera.—
¿Yo su hijo?... ¡Gran Dios!... ¡Záide!» el mancebo
Exclama absorto, helado, y manifiesta

Tan grande agitacion, que mas no puede
Su labio articular; y calla, y tiembla.
Respóndele el anciano: «Sí, hijo suyo,
Y de Zahira.»—A nombre tal se llena

La medida del pecho de Mudarra,
Casi pierde el sentido, y dice apenas:
«Mi leal corazon ya lo sabía...
¡Madre!... ¡ay de mí infelice!... madre tierna!...

»¿Qué destino cruel tan dulce nombre,
Entre tus brazos le negó á mi lengua?»
Su voz ahogóse en lágrimas; y Záide,
Repuesto, prosiguió de esta manera.

«La hermosa flor del cordobés imperio,
Zahira, de virtud y gracias reina,
La tierna hermana de Almanzor glorioso,
Astro de la bondad y la belleza,

«Por mí informada de la ilustre sangre,
De la gloria, valor y gentileza
Del noble Gustios, del señor de Lara;
Le admiró, cuando vino á estas riberas,

»Concibiendo al mirarle el entusiasmo,
Que en las almas sensibles, en las hembras
De estima y de valor, la vista solo
De un héroe generoso al punto engendra.

»Cuando á partir de pronto me obligaron
Los civiles disturbios á Valencia,
Temiendo de Giafar la atroz perfidia,
Manifestéle cauto mis sospechas,

»Que la hicieron temblar y demudarse,
Aumentar su interés, y estar alerta
Sobre la suerte de mi ilustre amigo,
Blanco infeliz de tramas encubiertas.

»Prendió Giafar al desdichado Lara;
Y al momento Zahira, ansiosa piensa,
Ya que la libertad darle no puede,
El modo al menos de aliviar sus penas.

»Hermana de Almanzor el poderoso,
Adorada del pueblo, de opulencia
Gozando sin igual, jóven y hermosa;
¿Qué guardia sus encantos resistiera?

»¿Qué carcelero sus cuantiosos dones?...
¿O qué prision las redobladas puertas,
De su mano al impulso, á su voz sola,
No allanára cerrojos y cadenas?...

»Penetró pues en la mazmorra oscura
Donde yacía Lara, y su presencia,
Cual la de un númen celestial, tornára
En luz consoladora las tinieblas.

»Al cabo convirtióse aquel recinto,
Mansion de horrores llantos y miserias,
En templo del amor, de amor sublime,
De amor que concertaron las estrellas,

»De amor que te dió el ser, para que el nombre
De una insigne familia no perezca,
Dar reparo á gravísimos desastres,
Y al abatido mundo clara prueba

»De que los justos cielos sin castigo
Los crímenes atroces nunca dejan,
Y que á los inocentes desdichados
Consuelo siempre y vengador reservan.

»El gran Gonzalo... (¡ay triste! aun no sabía
Que de sus siete hijos las cabezas
Iba á ver de sus cuerpos arrancadas)
Tornando padre á ser, con alma llena

»De tierno gozo, en manos de Zahira
Puso ese rico anillo, que mi diestra
Otro tiempo adornó, y ahora la tuya,
De indisoluble amor sagrada prenda,

»Signo tambien que el adorado fruto
A conocer en todo evento diera.
¡Tal vez presagio oscuro debió al cielo
Del porvenir oculto en vaga idea!

»Pronto, harto pronto, sí, llegó el horrible
Término á su prision; y la princesa,
Al saber de Giafar la atroz barbarie,
Del noble amante la forzada ausencia,

»Y la persecucion que el infelice
Halló de nuevo en su traidora tierra;
Víctima del despecho y amargura,
De bajar al sepulcro estuvo cerca,

»Quedando como rosa del desierto,
Que cuando mas gallarda y mas risueña,
Granizo aterrador la embiste, rompe
Su tallo, y su esplendor marchito deja.

»Mas si tal vez á Gustios desdichado
Le dió en tan recio golpe resistencia
La esperanza de haber un hijo fuerte,
Que su venganza, andando el tiempo, fuera;

»El mismo pensamiento dió á Zahira
Para luchar con su infortunio fuerza,
Y cuidar aquel seno, que albergaba
De esperanzas altísimas la prenda.

»A Córdoba tornó por aquel tiempo
El insigne Almanzor, y en la suprema
Autoridad repuesto, con enojo
Vió la conducta de Giafar horrenda.

»Del Guadalaviar tambien yo entonces
Regresé á estas murallas, y tu bella
Madre me confió todo el secreto,
Que de su hermano reservó discreta,

»Llegó el término en fin, saliste al mundo
En manos de una esclava confidenta
De Zahira infeliz; y yo, yo mismo,
Segun dispuesto de antemano fuera,

»Te llevé á los jardines del alcázar,
Do concertado estaba con destreza
Tu pronto hallazgo. Almanzor al punto
Te puso en brazos de su hermana; sea

»Que noble y generoso, un desvalido
Vió en tí con interés, ó que su extrema
Penetracion de la verdad le impuso,
Como su amor á tí lo manifiesta.

»Desde el instante aquel mi afan primero
Fué, y el anhelo de tu madre tierna,
Dar lo mas pronto al desdichado Lara
Del suceso feliz la dulce nueva.

»Pero ¡ay! que desde entonces hasta ahora
La suerte inexorable que le aqueja,
Se opuso á que le llegue tal consuelo,
Y aun ignora que existes. En la tierra

»Jamás mejor servido que Velazquez
Se vió ningun tirano: las ofertas,
La astucia, el ruego, todo en vano ha sido
Probado con teson veces diversas.

»Ni aun he vuelto á saber del docto Nuño:
Vaga tal vez por apartadas tierras,
Si es que el peso de tantas desventuras
No ha dado oscuro fin á su existencia.

»En várias ocasiones despechada
Quiso dejar Zahira estas riberas,
Llevándote consigo, y en Castilla
Implorar de don Sancho la clemencia;

»Pero siempre me opuse: que á Velazquez
Conozco, y paso tal solo sirviera
Para entregarle la preciosa tabla,
Que en su triste naufragio á Lara queda.

Tantos años de llanto y de aflicciones,
De esperanzas remotas, si no inciertas,
De amarguras y afanes, marchitaron
En su fresco verdor la primavera

»De tu amorosa madre, y á la tumba...—
¡No mas, no mas... buen Záide!... basta, cesa,
Interrumpióle el mísero Mudarra:
¡Harto mi corazon destroza, y llena

»De espanto y de dolor ese recuerdo,
Que ni un instante de oprimirme deja!...
¡Ay! yo escuché sus últimas palabras,
Que aquí en mi corazon están impresas:

»Palabras, que mis años juveniles
Han llenado de afan, y que ahora incendian
Mi pecho con el ánsia de cumplirlas,
Ya que he debido al cielo el comprenderlas.

»Sí, exclamó Záide: sí, jóven gallardo:
Llegado el tiempo es ya; claro lo prueba
Esa sangre que mancha tus vestidos,
Y el aspecto feliz de las estrellas,

»Que el camino te allanan. En Castilla
El débil conde Sancho ya no reina:
Acaba de morir: debe aquel trono
Un jóven ocupar de heróicas prendas;

»Y si los sucesores de los reyes
El cetro y el poder supremo heredan,
Nunca heredan tambien los favoritos,
Y rara vez los ódios y las quejas.

»A Castilla, á Castilla, entusiasmado
Con los altos destinos que le esperan,
Gritó Mudarra: los momentos urgen;
Crímen perderlos es, mi padre espera.

»Volemos, dice Záide: yo contigo
Tornaré del Arlanza á las riberas,
Te entregaré á tu padre; y presenciando
Su venganza, su paz y tus proezas,

»Bendeciré la mano omnipotente
Que alargó mi vejez, para que viera
Cumplidos mis afanes, y tranquilo
Hallaré en el sepulcro paz eterna.

»Volemos, sí... Mas antes de este mármol,
Que tu curiosidad tuvo despierta
Por un presentimiento indescifrable,
Saquemos el depósito que encierra,

»Para llevarle con nosotros... ¡Hola!
Caleb... Isman.» Al punto se presentan
A la voz obedientes dos esclavos;
A quienes pide para alzar la piedra

Los útiles precisos. Presurosos
Caleb é Isman á obedecerle vuelan;
Y el anciano y el jóven en silencio
Como clavados en su sitio quedan.

Volvieron los esclavos, y la losa
Levantando forzudos, descubierta
Quedó un arca de cedro y ataujía,
En una alfombra tunecina envuelta.

Viéndola, dijo Záide: «Aquí, Mudarra,
Están de tus hermanos las cabezas,
Que Giafar como bárbaro trofeo
Colocó de su alcázar en las puertas.

»Yo las quité de allí, y en esta caja
Las encerré entre aromas, y esta huesa
Mandé labrar, plantando en su memoria
Estos siete cipréses que nos cercan.

»Llevemos á tu padre estos despojos:
Dulce reposo allá en su patria tengan:
Que aun despues de la muerte es gran desdicha
Sufrir el peso de la extraña tierra.»

Arrojóse Mudarra sollozando
Sobre el arca magnífica, la besa
Y la humedece con su llanto. Záide
La alza y prosigue: «El tiempo no se pierda;

»Vamos, vamos al punto. La mañana
Anuncia con su soplo el aura fresca;
Y no es prudente que el cercano dia
Dentro de este castillo nos sorprenda.»

Ambos dejaron el jardin, siguiendo
La caja funeral, y al patio llegan,
Do á los preparativos del viaje
Con grande actividad Záide se entrega.

Las várias y terribles sensaciones,
Que en el espacio de la noche aquella
El alma generosa de Mudarra
Sacudieron con rápida violencia,

Su vigor agotaron; y abatido
En el moral cansancio, que la fuerza
A la imaginacion roba, yacia
Entre el tropel confuso que le cerca.

La muerte de Giafar, la suspirada
Revelacion de horrores tantos llena;
El hallarse de pronto un personaje
De alto nombre, de sangre tan excelsa,

De tan grande importancia, destinado
De monstruos á purgar la esclava tierra,
Y á ejercer la venganza de los cielos
Por gloriosos peligros de alta prueba;

Forman un monte inmenso, que separa
Pasado y porvenir de su existencia,
Y lo que fué, ocultando, un mar descubre
Borrascoso y envuelto en vaga niebla.

ROMANCE QUINTO.

En medio de los ginetes
Viene un monumento armado,
Y dentro del monumento
Viene un ataud de palo,
Y dentro del ataud
Venía un cuerpo finado.
Romance antiguo.

Leida la carta ó letra, cayó
En tierra, privada de fabla y sentido.
Y de todo punto el ánima dió,
Non menos llagada que la triste Dido.
E luego las otras el mas dolorido
Duelo comenzaron, que jamás se falla
Ser fecho en el mundo...
Comedieta de Ponza, obra inédita del marqués de Santillana.

La fresca aurora de risueño nácar
Tiñó las nieblas, que del ancho rio
A coronar se alzaron en la noche
De la ciudad los regios edificios;

Y sus primeros rayos, en la cima
De la alta sierra al matizar los riscos,
La caravana fugitiva vieron,
En que Mudarra va tras su destino.

Con el primer crepúsculo en la falda
Un bulto descubrióse al tiempo mismo,
De hácia la fuente del Amir bajando
Entre los madroñales y lentiscos.

Los pastores del llano, que tornaban
A su inocente y plácido ejercicio,
Despues de haber pasado en blando sueño
La sosegada noche, al descubrirlo,

Y al ver se acerca con incierta planta,
Sin seguir senda alguna, dando giros,
Cayendo y levantando; en él los ojos
Casi con sobresalto tienen fijos.

Los mastines tambien que lo advirtieron,
Vigilantes alzando sus ladridos,
A encontrarle volaron. Dos zagales
Con piedras contenerlos y con silbos

No pudiendo lograr, tras ellos corren;
Y al acercarse al sospechoso sitio,
Ven que el bulto es un negro de anchos hombros,
Que arrastraba un ropon medio caido.

Aproxímanse mas, y con asombro
Encuéntranlo espirante y semivivo,
La frente hendida de furioso golpe,
Y cuerpo y ropa y todo en sangre tinto.

Al escucharle con penoso labio,
«Dónde estoy? exclamar, socorro, amigos,»
En lástima tornando el miedo, pronto
Se llegan y le ayudan compasivos;

Y calmando el furor de los mastines,
Sobre los hombros sácanle al camino,
Y no sin gran trabajo le conducen
Con lento paso al pastoril abrigo.

Pronto fué en él de todos los pastores,
Ya extendida la luz, reconocido
Por Muley, el diestrísimo flechero,
Esclavo de Giafar y favorito.

Pásmanse al verle en tan terrible estado,
Y el viejo mayoral de aquel aprisco
Examina la herida peligrosa,
Que mana sangre entre los toscos rizos

De la hirsuta cabeza, y aun le aplica
Bálsamo de romero y de tomillo;
Refrigerando al triste moribundo
Con tibia leche el labio blanquecino.

El infeliz, que estaba ya luchando
Con las postreras ánsias, sumergido
En desmayo letal, por un momento
Da corta muestra de engañoso alivio;

Para aumentar las dudas y el asombro
De los que en torno están, ansiando indicios
Que aclaren, si la herida del esclavo
Es golpe vil de bárbaro asesino.

Abre los ojos pues, ya con las sombras
De la muerte vidriados y marchitos:
Los gira en rededor, y no conoce
Al viejo mayoral que le da asilo.

Tuerce los brazos, hierve su hondo pecho,
Tiemblan ya sin vigor los miembros frios,
Y haciendo esfuerzos impotentes, lanza
Agudos ayes, roncos alaridos;

Y de repente alzarse procurando,
Con claras muestras de mortal delirio,
Tales palabras dislocadas dice,
Interrumpidas con horrendos gritos:

«Mandado fuí... ¿quién resistir pudiera
Su omnipotente voz?... quién?... yo... yo el tiro
Erré con voluntad... Jóven gallardo!
No era dado matarte al brazo mio.

»Mas, ay, yo le engañé... qué horror!»... Tornóse
Su débil voz en áspero alarido,
Y derribóse sobre toscas pieles,
Envuelto en espantoso parasismo.

El viejo mayoral de nuevo aplica
Leche á los labios, y con un rocío
De agua fresca humedece el negro rostro
Del infeliz, que helado y convulsivo

Da vuelcos, sin que puedan dos pastores
Sus miembros sujetar. Al fin rendido,
Quedó como un cadáver: luego vuelve
En sí mas sosegado, mas tranquilo,

Y muestras da de conocer la choza,
Y al mayoral tambien. Lanza un suspiro,
Y con voz desmayada: «Sí, prosigue,
No es sueño, ni ilusion... ah! yo lo he visto.—

»Qué? le preguntan. Escuchad, responde:
Despues que el brazo injusto y vengativo
Hendió mi frente y confundióme en tierra,
Sonaron dos alfanjes, y un gemido.

»Luego reinó silencio... En sed ardia,
Y en la cercana fuente hallar alivio
Quise... Me esfuerzo, y sin vigor arrastro
Mi cuerpo por las ramas y los riscos.

»Llego al lugar ansiado, y de repente
En tierra desangrado... qué horror...! miro
A Giafar!—A Giafar!» los circunstantes
Repiten á una voz despavoridos,

Al escuchar tan poderoso nombre.
«Sí, prosigue Muley; Giafar, amigos,
Giafar, no me engañé, que en su semblante
Daba la luna; y á su lado mismo

»En pié se alzaba formidable espectro,
Con los desnudos brazos extendidos,
Y con tal apariencia, que yo al verle,
Quisiera confundirme en el abismo.

»Y torné á desmayarme, ya olvidado
De la sed que abrasaba el pecho mio,
Y de nuevo quedé como sin vida,
Sobre las hojas áridas tendido.

»Mas despues de un gran rato recobréme,
Volví á ver á Giafar claro y distinto,
Entre confusa turba de fantasmas,
Que le arrastraban, prorumpiendo en gritos

»De gozoso furor, por un gran lago
De sangre, que inundaba aquel recinto;
Y las palmas batian, con risadas
Del otro mundo; y con los labios fijos

»Ví muchas de ellas en la horrenda herida
Del pecho de Giafar cárdeno y frio
Beber la sangre; y otras desgarraban
La llaga, ya honda sima.» El semi-vivo

Negro no pudo mas: terror helado
Le atajó las palabras; confundidos
Quedaron de escucharle los pastores,
Y en nueva convulsion se hundió el mezquino.—

Oh justo cielo! ¿tan terrible escena
Vió en realidad? ¿Acaso los sentidos
De Muley, perturbados con la herida,
Cómplice de Giafar en los delitos,

Sus bárbaras crueldades no ignorando,
Y entregado al influjo de un delirio,
Miró cual ciertos en aquel instante
De su imaginacion los extravíos?

¿Acaso de la sierra leñadores,
O habitantes tal vez desconocidos,
De Giafar el cadáver circundaron;
Y el negro, desangrado y sin juicio,

Víctima del terror, sombras, fantasmas
Los juzgó sin cordura? Acaso quiso
La justicia tremenda del Eterno
Las terribles venganzas y castigos,

Que á los tiranos sanguinarios guarda,
Descubrir á un esclavo; y darle aviso
Por medio tal al mundo?... ¡Quién penetra
Del Ser omnipotente los designios!

No volvió á hablar Muley: la helada muerte
Tomó pronto completo señorío
De su mísero cuerpo. Los pastores,
Pasmados de terror, y á un tiempo mismo

De confusion dudosa, nada pueden
Con certeza inferir de lo que ha dicho.
Que Giafar está muerto, y su cadáver
Insepulto no lejos de aquel sitio,

Coligen solo; pero ¿quién dió el golpe?
¿Quién ha sido el mortal de tanto brio,
Que á tal coloso hirió? Quieren incautos
Los zagales, cual jóvenes sencillos,

Ir á buscar los míseros despojos
Del supremo VVacir; mas, advertido,
El mayoral anciano los contiene,
Temiendo de tal paso los peligros.

Ya el sol sus claras luces extendia
Por la inmensa llanura, y el bullicio
De la noble ciudad llenaba el aura;
Cuando de los mastines los ladridos,

Y de hombres, de caballos, de lebreles
El confuso rumor que allí vecino
Retumba, los pastores escuchando,
A Muley dejan, que el postrer suspiro

Lanzaba en aquel punto. De la choza
Salen curiosos, y de flecha á un tiro
Ven tropa de gallardos cazadores,
Que á la ciudad dirigen su camino

En desórden confuso, y que pasaron
Junto al redil. En ayes y alaridos
Van desahogando el corazon algunos;
Otros al alto cielo y hondo abismo

Van pidiendo venganza. Entre la turba
Seis esclavos á pié, de tosco pino
En palanquin humilde, con ramajes
Formado, blandas jaras y carrizos;

Llevan sobre los hombros un cadáver
De formidable aspecto, en sangre tinto,
Desgarradas las ropas, descubierto
El semblante, marcado con el signo

De la reprobacion. Ay! Giafar era,
Que aunque muerto, inspiraba el miedo mismo,
Que cuando el cetro ó la invencible lanza
Empuñando, era númen de exterminio.

De aquella tropa que el cadáver lleva,
Era jefe Zeir el tunecino,
Al que ofreciera el bárbaro difunto
A Kerima inocente en sacrificio.

La anterior tarde en que citó á Mudarra,
Por medio de Muley, Giafar inicuo
Para la fuente del Amir, creyendo
Que iba en salvo á lograr su atroz designio;

Finjió que á disponer iba en la sierra
Una gran caza, y á Zeir le dijo,
Que á la mañana con los suyos fuese
A reunirse con él en aquel sitio.

Sin duda que encontráran del flechazo
Allí á Mudarra traspasado, quiso;
Así encubrir el alevoso golpe,
Y achacarle del monte á foragidos;

Mas la trama execrable el justo cielo
Omnipotente y vengador previno,
Y do creyó Giafar lograr un crímen,
Halló su confusion y su castigo.

A la primera luz de aquella aurora
El gallardo Zeir, que en el castillo
De Almodóvar gozaba el dulce otoño;
De un loco amor jamás correspondido

La posesion tiránica y terrible
Esperando lograr; con sus amigos,
Cazadores, ballestas y lebreles,
De la cita al lugar corre prescrito.

Agil adelantándose á su tropa,
Al avistar los árboles altivos,
Que del Amir la fuente sombreaban,
Puso á galope el potro berberisco;

Y sonando entre jaras y mimbreras
El dorado metal de los estribos,
Y hollando juncias y húmedos helechos,
Llegó solo hasta el rústico recinto,

De do asustado con su estruendo, alzóse
Volando un buitre, ensangrentado el pico,
Y un voraz lobo huyó por las malezas;
El potro al verlos, receloso, esquivo,

Ambas orejas adelante inclina,
Lanza por la nariz de fuego un rio,
En las flexibles piernas derribado,
Pone los brazos cual puntales fijos,

Y espeluza la crin. Al punto siente
Del agudo acicate el duro aviso,
Y se enarmona, y resoplando fiero,
Un matorral espeso y de un gran pino

El derribado tronco salva, y entra
De la fuente en el corto circuito.
Asombrado Zeir, halla un cadáver
Ante sí de repente: compasivo,

Mas bien horrorizado, los arzones
Desocupa lijero: confundido
Reconoce á Giafar nadando en sangre,
Y la sierra atronó con ronco grito.

¡Oh, cuál halló al Wacir!... Que reluchando
Con ánsias espantosas y martirios,
En desesperacion arrojó el alma,
Cualquiera, al encontrarle, hubiera dicho:

Segun los rastros de esparcida sangre
Que cruzaban el prado, al ver teñidos
Tambien de sangre de la humilde fuente
Las flores y raudales cristalinos,

Tronchados los arbustos, arrancadas
Las cortezas de sauces y lentiscos,
Y el lívido cadáver destrozado,
Casi desnudo del ropaje rico,

La barba llena de sangriento lodo,
Con mil cárdenos golpes contundido,
El pecho hinchado, y la espantosa herida
Destrozada en reedor. Tal el navío,

Que asombro fué de mares y riberas,
Extendiendo soberbio su dominio
Por cuanto alumbra el sol, y que potente
Pavor impuso al cielo y al abismo;

Del rugiente huracan arrebatado,
De un rayo vengador al cabo herido,
Y de las ondas con furor hinchadas
Tornado en ira su respeto antiguo,

Azotado; al través sobre la costa
Da en noche oscura, entre ásperos bajíos:
Y á la mañana encuéntrase volcado,
Trizas hecho el velámen, los erguidos

Mástiles rotos, el costado abierto,
Solo y abandonado, del Destino
Inexorable mísero despojo,
Del ponto que humilló, burla y ludibrio.

Llegó de bulliciosos cazadores
Pronto la alegre turba, y mudo y frio
Halla, el horrendo cuerpo contemplando,
Sin aliento y color á su caudillo.

En todos difundiéndose al instante
Igual terror y un pensamiento mismo,
En silencio circundan el cadáver,
Sobre él los ojos espantados fijos.

Tal turba de pastores, en la orilla
Del mar, desde las rocas el navío
Naufragado miráran, contemplando
Cuán grandes y tremendos habrán sido

De los descadenados elementos
El esfuerzo, el furor y el poderío,
Cuando vencer lograron tal coloso,
Y al mundo libertar con su exterminio.

Pasado el estupor y asombro incierto,
Que un horrible espectáculo imprevisto
Siempre ocasiona, procuraron todos
Buscar del matador algun indicio.

Una flecha clavada está en un tronco;
Mas no hay otro ninguno en aquel sitio,
Y parece la herida ser de alfanje
De aguda punta y de delgado filo.

Entre los matorrales otro lago
De fresca sangre encuentran, y caidos
En ella un arco y un carcax: dos prendas
Que conocidas fueron al proviso

Por del negro Muley, aquel flechero
En Córdoba famoso por sus tiros,
Y á quien trajo el Wacir de Mauritania,
Con plaza en su favor y en su servicio.

Hallazgo tal, y la sangrienta estampa
De una mano en el tronco de un aliso,
Junto á la senda de la Albáida, aumentan
La comun confusion. Cerca un relincho

Escuchan; corren, y hallan el caballo
De Giafar, por la rienda atado á un pino.
Recógenlo; registran cuidadosos
Las cuevas, espesura y precipicios,

Y aun quedándose algunos en la sierra,
Por si pueden topar algun testigo
Y hacer nuevas pesquisas; los restantes
Reuniéndose á Zeir, el cuerpo frio

De Giafar á su alcázar conduciendo,
El llano atravesaron y el rastrillo
De la ciudad, y en funeral comparsa
De sus calles y plazas el bullicio.

Kerima en tanto en letargoso sueño
Templaba los afanes y martirios
De su pecho infeliz. Solo dos dias
Quedaban ya del término prescrito

Por su padre cruel (plazo harto breve,
En que debe fijarse su destino),
Y ha cuatro que ni aun sabe qué es del jóven,
A quien rindiera el alma y albedrío.

Sola, encerrada, y escuchando siempre
Los consejos y cuentos desabridos
De la vieja nodriza, que empleaba
En cuerda de tormento su cariño;

Sin hallar un consuelo, una esperanza,
Yace desventurada en un abismo
De desesperacion. La alta firmeza
De su carácter, y la fuerza y brio

Del noble amor, que contrariado crece,
No alcanzan á ofrecerle ni un resquicio
De salvacion. La abruma su existencia;
Y solo en el veneno ú el cuchillo

Recurso encuentra... ¡Mísera!... Privada
De sus siervas tambien, ni aun el respiro
Logra de que álguien su lamento escuche
Con semblante y silencio compasivos.

La nodriza, no mas, á todas horas
Tiene á su lado, y de ambas al servicio
Solo admitida estaba una cautiva,
A quien jamás la desdichada ha visto

Antes de su prision. Era cristiana
Y María su nombre, habiendo sido
Aprisionada en la invasion y saco
De un lugar castellano fronterizo.

Silenciosa á arreglar el aposento,
Cumpliendo silenciosa con su oficio,
En la cámara entraba; pero siempre
Teniendo á la nodriza por testigo.

La anterior tarde consiguió un momento
Hallar sola á *K*erima de improviso;
Y con los ojos demostrarle supo
La compasion y el interés mas vivo.

No tardó la doncella sin ventura,
Llena de gratitud, en descubrirlo;
Y de una vil cautiva las miradas
Para ella fueron celestial alivio.

Una alma destrozada lo halla siempre
Al ver un solo asomo, un leve signo
De tierna simpatía en el semblante,
Aun del ser mas abyecto y abatido.

No era ya jóven la infeliz cristiana,
Y de beldad y de vigor marchito
Por los desastres, mas que por los años,
Su angustiado semblante daba indicios.

Tornaron á mirarse ella y *K*erima,
Y una y otra lanzaron un suspiro;
Y la cristiana la primera el labio
Movió, y turbada estas palabras dijo:

Palabras, que si al pronto no entendidas,
Y en tal boca escuchadas, el principio
En la gentil doncella acaso fueron
De afectos de tan alto poderío,

Que su alma destrozada á nueva senda
Encaminaron por extraño giro,
Fijando de manera inesperada
Su oscuro porvenir y sus destinos.

Hay críticos momentos de la vida,
En que el objeto mas trivial, ó el dicho
Mas insignificante, en nuestras almas
Ejercen un tiránico dominio.

Así tal vez hácia fecundo suelo,
Cuando las lluvias, nieves y granizos
Preparado lo tienen, de otro clima
Arrastra el viento en raudo torbellino

Despreciable semilla, ó la conduce
Ave lijera en el delgado pico;
Y en la tierra cayendo, encuentra en ella
Para desarrollarse grato abrigo;

Y prende, y nace despreciable tallo,
Que es pronto arbusto, y que despues rollizo
Tronco á miles su especie multiplica,
Tornando el que fué prado, en bosque umbrío).

Dijo pues la cristiana compasiva
A Kerima infeliz: «Dios es benigno:
El puede remediar tus infortunios;
Pon tu esperanza en él, tendrás alivio.

»Si fueras de mi ley... si tú á la Madre
De nuestro Redentor, el que á su Hijo
Por tí rogase, humilde le pidieras,
Siendo justos, lográras tus designios.

»En ella tengo yo mi confianza:
Mira, mira su imágen, que conmigo
Sobre mi corazon llevo, y en ella
Cobrar mi patria y libertad confio.»

Diciendo así del seno una medalla
Sacó, do en cobre estaban esculpidos
Toscamente una Vírgen por un lado,
Y por otro un pequeño Crucifijo.

Como un extraño talisman Kerima
La miró con respeto y con prestigio,
Pues en grandes apuros y aflicciones
Cuando cerrado está todo camino,

Es propio alimentar aun esperanzas
En secretos influjos y en prodigios.
Y la cautiva continuó: «Señora,
Por todas las ajorcas y los ricos

»Joyeles de preciosa pedrería
Con que al sol deslumbrar, tal vez te he visto,
No trocára esta prenda... Mas si quieres,
Mientras que dure tu afliccion, contigo

»Conservarla, gustosa te la dejo.»—
*K*erima la tomó dando un suspiro,
Al cuello se la puso; y á su mente
Ocurrió el pensamiento al tiempo mismo,

De que tal vez en la mujer aquella
Medio le daba el cielo, mas propicio,
De escribir á su amante, y en el caso
De apelar á la fuga, algun arbitrio.

Iba por estas nuevas esperanzas
A dar el primer paso, cuando vino
La nodriza importuna; y advirtiendo
Que ambas hablaban, con encono dijo

A la infeliz cristiana: «¿Cómo, perra,
Osas mover aquí tu labio indigno?
Trabajar y temblar te cumple solo;
Pon que tuviste lengua en el olvido.

»Huye de mi presencia. Y tú, hija mia,
Prosiguió con *K*erima, los oidos
¿Has podido prestar á las palabras
De esa idólatra vil?... Por cierto digno

»Es de tu alto nacer y de tus prendas
Permitir tal audacia.»—Un ceño altivo
Fué de *K*erima la respuesta solo,
Y la cristiana huyó dando un gemido.

La anciana lenguaraz larga corriente
Dió á sus discursos necios y prolijos,
Ya los tiempos presentes despreciando,
Ya elogios tributando á los antiguos:

Prodigó reprensiones y consejos,
Encomios al mancebo tunecino,
Injurias contra el Huérfano, y elogios
De Giafar al orgullo y poderío.

Refirió á la doncella, que su padre
En aquel punto, de Muley seguido,
Iba á la sierra, donde ya tenia
Citados á Zeir y á sus amigos

Para una caza; y le pintó indiscreta
El banquete, el festejo y regocijo,
Que para celebrar se preparaban,
Su boda, ó aun mejor, su sacrificio.

La infelice *K*erima en tales cuentos
Solo hallando tormentos y martirios,
Permaneció sobre su lecho, muda,
El rostro vuelto á la pared. Tendido

Estaba el manto de la noche, cuando
Creyendo la nodriza ya en tranquilo
Sueño á *K*erima, acomodó cuidosa
La lámpara de bálsamo y el rico

Pabellon ormesí, y á lento paso
Fuése á buscar en el salon contiguo
Nueva conversacion con las esclavas,
O de reñir y murmurar motivos.

Libre de ella *K*erima, largo curso
Dió á su imaginacion: ya entre peligros
Ve á su amante infelice, pues presiente
De su terrible padre los designios;

Ya piensa en que á gozar dos veces solas
Va del eterno sol el claro brillo,
Resuelta á que sus bodas y su muerte
Tengan efecto en un momento mismo.

Ya en volcánico amor arde su pecho,
Y le da para todo aliento y brio:
Ya en confuso terror se hunde mezquina,
Y encuentra por doquiera prepicios.

Está como el que cuenta los instantes
Que de vida le quedan, el suplicio
Inevitable ante sus ojos viendo,
Sin humano recurso. En sudor frio

Ora se inundan trémulos sus miembros,
Ora inmóviles quedan, convertidos
En insensible mármol. Ya sus ojos
En lágrimas prorumpen, como en gritos

Los ardorosos labios; ó ya aquellos,
Secos, se niegan al sabroso alivio
De lloro derramar, y estos, helados,
No permiten el paso ni á un suspiro.

En tan terrible estado, como suele
En el desierto inmenso al peregrino
De lejos ofrecerse un pobre arbusto,
O como en noche lóbrega al perdido

Caminante de luz harto lejana
Entre vapores el confuso brillo;
O como una remota hinchada vela
Al náufrago infeliz de un leño asido;

A la doncella se le ofrece acaso,
Por única esperanza en su conflicto,
La cristiana cautiva. Mas ¿qué puede
Un ser tan infeliz contra el Destino?

¡Ay!... el arbusto tierno, que verdea
En mitad del desierto; ni aun rocío
Tiene en sus ramas: la lejana lumbre
Es fuego fatuo, leve y fugitivo:

La vela que en el férvido horizonte
Preséntase indicando algun navío,
Es fantástica nube; y la cautiva
Consuelo harto impotente en tal peligro.

Si al menos con Zelima, aquella esclava
Que era de sus secretos el archivo,
Y que de juventud, gracia y talento
Goza los poderosos atractivos,

Pudiera concertar... Acaso... acaso...
Pero ¡ay, que es la primera á quien prohibido
Le fué el comunicar con su señora,
Y su favor mirado cual delito!

No, no le queda á la infeliz Kerima
Ni el mas remoto rayo, ni un resquicio
De terrestre esperanza... ¿Qué viviente
Puede en apuro tal serle de auxilio?

Harto la infortunada lo conoce;
Mas como la esperanza, del mezquino
Mortal inseparable compañera,
Con él camina hasta el sepulcro frio;

Quien la pierde en la tierra, la coloca
En el cielo, y aguarda algun prodigio
Que remedie sus males, trastornando
De la natura el uniforme giro.

Tal sucede á *K*erima: su esperanza
Se acoje á los extraños desvaríos
De encantos, talismanes y conjuros,
Y piérdese en un caos de delirios.

Cuantas necias patrañas ha escuchado,
Con desprecio sin duda y con desvío,
A su nodriza y á sus siervas todas,
En su mente revuelve sin juicio;

Y torna su atencion á la medalla
De la cautiva, donde ve esculpidos
De figuras humanas los contornos,
Grave profanacion segun su rito (29):

Extrañeza tambien que da mas peso
En su imaginacion á aquellos signos,
Pues al númen que rudos representan,
Con fervor pide proteccion y auxilio.

Como la arista, que á merced del viento
En la tormenta del ardiente estío,
Envuelta en blanco polvo leve gira
Entre los encontrados torbellinos,

Ya hasta las leves nubes se levanta
Salvando montes y hondos precipicios,
Ya por la seca tierra va arrastrando
Al través de llanuras y de riscos;

Pasó la noche toda la doncella
Luchando con su mísero destino,
Alzándose en falaces esperanzas,
Y hundiéndose en un ciego y hondo abismo;

Y cuando de la aurora mensajero
Apareció el lucero matutino,
Rendida de penar, en un letargo
Cayó, y templóse un rato su martirio.

Pues por mas que, fantasmas voladoras,
En espectros informes y en vestiglos,
Al reedor de su lecho se agolparon
En gran tropel sus pensamientos mismos;

Al fin tornóse su letargo en sueño,
Por profundo y pesado harto tranquilo,
En que si no remedio á sus afanes,
El descanso logró que da el olvido.

Dormia pues, cuando el rumor confuso
De clamores de llantos y alaridos,
Que al llegar de Giafar el cuerpo helado,
Retumbó en el magnífico edificio,

La despertó. Alzóse pavorosa,
Cual liebre que dormida entre tomillos
Oye el latir de galgos corredores,
Y del potro lijero los relinchos.

Vistióse de sus ropas mas precisas,
Sin cuidar de pomposos atavíos,
Y fué á llamar, cuando se abrió la puerta,
Y la nodriza entró, que roncos gritos

Lanzando, y de dolor, de espanto y rabia,
En gesto y actitudes, dando indicios,
Así con voz ahogada, interrumpida,
Y de temblor no inteligible, dijo:

«El soberbio Almanzor logró su anhelo,
El triunfo consiguieron los impios.
Corre, hija mia, corre, y que venganza
Te dé al punto Zeir del caso inicuo.

»¡Ay del imperio cordobés!... *K*erima,
Si es el monarca Hixcen del cetro digno,
Dénos reparacion... ¡Ay hija amada!!!
Perezcan los infames asesinos...

»¡Oh gran Profeta!»—Aquí llegaba, cuando
Con extraño rumor y de improviso
La turba entró de sus esclavas todas,
Sobre sus frentes el terror escrito.

*K*erima no comprende ni las voces
De la vieja irascible, ni el motivo
De tanta confusion; y á sus preguntas
Nadie osa responder. En tal conflicto

El primer pensamiento que le ocurre,
Es que de Hixcen renace el ódio antiguo
Contra Giafar su padre, y que le quita
De nuevo su esplendor y poderío.

Sale pues presurosa de su estancia,
Que ya no es reclusion, y aunque impedirlo
Procura la nodriza, con sus siervas
Corre hácia donde suena el gran bullicio;

Y halla al fin el cadáver de su padre,
Sobre la alfombra en el salon tendido,
Do en otro tiempo el sin ventura Lara
Vió las siete cabezas de sus hijos.

Lo que pasó en *K*erima en aquel punto,
No es mi labio capaz de describirlo:
De afectos tan contrarios fué su pecho
Alternativamente combatido,

Que imposible es, no solo retratarlos,
Mas tambien comprenderlos: el permiso
De penetrar, está negado al hombre,
En tan ciego y confuso laberinto.

De dolor y de espanto fué aquel dia,
Y el siguiente ofreció nuevos motivos
De confusion, de horror y de despecho
A Kerima infeliz; pues cuando el brillo

Primero de la aurora en el oriente
Apareció, paróse ante el postigo
Del jardin del alcázar un caballo
Cubierto de sudor, y un campesino

Moro bajando de él, con gran presura
En los patios entró del edificio,
Preguntó por Zelima, y un instante
Le habló, y dióle una cosa. Al punto mismo

La favorita, sin perder momento,
Subió, y á su señora un rollo escrito,
Con un negro cordon en torno atado,
Entregó, y retiróse. Temblor frio

A Kerima agitó, y un largo espacio
Ni aun fuerza halló para romper el hilo
Que cerraba la carta misteriosa,
Dándole el corazon grandes latidos.

Repuesta al fin de la primer sorpresa,
Desarrolló el delgado pergamino,
Y leyó estos renglones espantosos,
Por una mano tembladora escritos.

Kerima: yo á tu padre he dado muerte;
Mas no fuí yo, fué solo su Destino,
Le herí sin conocerle, defendiendo
La vida, que arrancarme aleve quiso.

Perdóname, mi bien: el justo cielo
Dirigió el duro golpe... ¿Mas qué digo?...
Para matarle solo fuí engendrado:
Soy del noble señor de Lara hijo.

Yace en prisiones, y á salvarle vuelo,
A combatir al pérfido enemigo
De mi estirpe infeliz... Adios, Kerima.
En dando cumplimiento al deber mio,

La muerte buscaré : la muerte anhelo...
¿Cómo sin tí vivir? Aborrecido
Te debe ser quien te privó de padre...
Aborréceme!!!... Sí, yo, yo á mí mismo

Me aborrezco tambien. ¿Por qué aun no ignoro
La insigne sangre que en mi pecho abrigo?...
Adios, adios... Mi madre fué Zahira...
Que no pierda, por serlo, el merecido

Respeto que á su nombre tributaste.
Las flores, que circundan el recinto
De su sagrada tumba, no perezcan...
Pronto mi sombra en él buscará asilo.

Kerima apenas concluyó la carta,
Con desmayo letal á tierra vino,
En insensible mármol convertida,
Privada de calor y de sentidos.

¡Infelice!.. ¡Mas, ay, no es mas dichoso
El que la carta apasionada ha escrito,
Y que á Burgos camina á largo paso,
Con veinte esclavos y su anciano amigo!

Cuando al doblar la sierra, en su alta cumbre,
Volvió Mudarra el rostro enardecido
A la insigne ciudad, y entre la niebla
Descubrió los gigantes edificios,

La gran mezquita, las flexibles palmas,
El dorado alminar, y el claro rio
Serpenteando plácido y risueño
Entre verjeles, huertas y molinos;

Un vuelco dióle el corazon cuitado,
Y recobraron de él todo el dominio
En tropel los recuerdos de la infancia,
Y de su ardiente amor el fuego vivo;

Cual rey, que destronado algunas horas,
Torna triunfante en nuevo poderío
A sentarse en su trono. Los afectos
De horror, piedad, orgullo y heroismo,

Que al teñirse de sangre, al oir absorto
De su padre y familia los destinos,
Al saber su alto nombre, al consagrarse
A un gran deber cercado de peligros,

Se apoderaron de su pecho; al punto
De dar su adios postrero al patrio nido,
Y de darle tambien á su querida,
Desparecieron. Uno de los riscos

Que en torno lo cercaban, ser quisiera,
Para jamás moverse de aquel sitio,
En que plantado, envidia las raices
Del grueso roble y del gigante pino.

Záide prudente, sin decirle nada,
De su caballo asiendo, enternecido
Le hizo pasar la cumbre, y á sus ojos
Córdoba se ocultó. Lanzó un suspiro

El garzon angustiado: todo el dia
Guardó tenaz silencio, sumergido
En un mar de dolor. Las mas violentas
Pasiones, los afectos mas distintos

Juntábanse, ó tal vez se sucedian,
Cual las olas del mar embravecido,
O cual las nubes rápidas de otoño,
Que el cielo cruzan con incierto giro

En fantásticas formas; y apurando
Del infierno implacable los suplicios,
Concibe al porvenir horror y tedio,
Y por lo que pasó, ciego delirio.

Cerca del Carpio les cogió la noche:
Un pariente de Záide su castillo,
Inexpugnable entonces, gobernaba,
Y en él se recogieron sin peligro.

Allí el mancebo falto de reposo,
A Kerima escribió, y á un campesino
Despachó á toda brida, y encargóle
Dar la carta á Zelima con sigilo.

Aquellos cazadores, que en la sierra
Quedaron á buscar rastros ó indicios
De quien mató al VVacir, al fin tornaron
A Córdoba alterada, al tiempo mismo

Que entró en ella del Carpio el mensajero,
Y refieren el viaje repentino
De Mudarra con Záide, y las palabras
Y muerte de Muley en el aprisco.

Y cuentan vagas nuevas, que en la selva
A varios leñadores han oido,
De cómo hallaron á la media noche
El cuerpo helado en el lugar sombrío.

De un solitario, que de luengos años
Habita de la sierra entre los riscos,
Dicen, que oyó tambien el sordo estruendo
De dos alfanjes, que bajó á aquel sitio,

Halló muerto al Wacir, y oyó los pasos
De álguien que se alejaba fugitivo
Hácia la Albáida; y sobre todo afirman
Que hay un pastor, que del Amir ha visto

En la fuente á Mudarra, cuando el dia
Se ocultaba en ocaso.—En los corrillos
Del pueblo estas noticias se difunden,
Y se aumentan con cuentos y prodigios;

Y toda la ciudad, con fundamento
Sospecha ya quién de Giafar ha sido
El matador, y en su enlutado alcázar
Se asegura por cierto y positivo,

Que es Mudarra. Furiosa con tal nueva
Lanzando la nodriza roncos gritos,
Y maldiciendo al Huérfano infelice,
Y á Záide, y á Almanzor, y á los impíos,

Sube á martirizar con la noticia,
Con sus imprecaciones y delirios
A Kerima inocente. En su aposento
La halla tendida en tierra, sin sentido,

La hermosa faz helada, las mejillas
Sin color y sin luz, secos, marchitos
Los ojos, y en sus labios anhelantes
Sonando apenas sepulcral quejido.

Y la que á procurar iba imprudente
Con su cólera necia el daño mismo,
Hecho hallándolo ya, de horror se pasma,
Grita, llama á las siervas, su cariño

Por la infeliz exhala en tierno lloro,
Estréchala en su seno, el rostro frio
Le sella con los labios, y la nombra
Con maternal amor. De sus gemidos

Asustadas acorren con presura
Las esclavas, colocan sobre el rico
Lecho á su yerta exánime señora,
Y danle los socorros mas precisos.

Sobre la alfombra en tanto alguna de ellas
Ve acaso de Mudarra el pergamino,
Curiosa lo recorre, y asombrada
Al encontrar en él tan buen testigo

De aquel suceso, y claros y patentes
Tan extraños secretos; al proviso
Corre al salon, donde aun estaba el cuerpo
Cercado de parientes y de amigos,

Guardias y esclavos; y mostró la carta,
Que de horror y sorpresa en un abismo
Hundió los corazones, descubriendo
Misterios tales,—Que Mudarra es hijo

De Lara y de Zahira, se difunde
Pronto por la ciudad ; y los antiguos
Sucesos recordando , admiran todos
Del cielo inescrutable los juicios.

Kerima , desdichada ! de sus siervas
Y nodriza en los brazos , los sentidos
Poco á poco cobró ; mas , ay ! hundida
En mortífera fiebre , que el maligno

Influjo en sus entrañas ejerciendo ,
Entregando su mente á atroz delirio ,
Y el corazon quemándole , postrada
Dejóla y en gravísimo peligro.

Confusion nueva en el doliente alcázar
Este nuevo desastre repentino ,
Y en Córdoba esparció ; pues la doncella
Era con gran respeto y gran cariño

Adorada , no solo en su palacio ,
Sino tambien en la ciudad. Reunidos
Fueron todos los físicos mas doctos ,
Y los mas poderosos y esquisitos

Remedios practicados. ¡ Ah ! diez veces
El sol bajó al ocaso sin que alivio
Hallase la infeliz... ¡ Cuántos trastornos
Empeoraron en tanto su destino !

La pompa funeral con que el cadáver
Del Wacir fué al sepulcro conducido ,
Se vió atacada por furiosa plebe ,
Que en el cuerpo insensible saciar quiso

El ódio y el rencor, que le inspirára
Con sus atrocidades cuando vivo ;
Y dispersando el fúnebre cortejo ,
Despedazó feroz los restos frios.

De Alcáide y de VVacir los graves cargos
A Abdimelik, el sucesor y el hijo
Del Hagib Almanzor, al punto fueron
Por Hixcen y Sabeya conferidos:

Ultimo golpe al poderoso bando
De Giafar, y á su excelso poderío,
Pues los primeros cargos del imperio
Reuniéronse por fin en su enemigo.

El opulento alcázar sin cabeza
Fué escena de desórden inaudito,
Y su inmenso tesoro saqueado
Por una turba vil de advenedizos,

Que deudos se llamaban y parientes,
Sin haber quien pudiese reprimirlos;
A la par que de esclavos y libertos
Codicioso escuadron, roto el prestigio

De obediencia y temor, dió larga rienda
A escándalo, insolencia y latrocinio.
La fiel nodriza y un liberto honrado,
De la familia servidor antiguo,

Sin poder oponerse á tal torrente
De iniquidad, llorábanlo, y aviso
Dieron á Osman, un respetable anciano,
Aunque contrario de Giafar, su primo.

Este, que retirado de la córte
Habitaba de Estepa en el castillo,
A mirar por la huérfana infelice,
Y á remediar tanto desórden, vino.

A la décima luz logró Kerima
De sus dolencias físicas alivio;
Despareció la fiebre abrasadora,
De sueño disfrutó dulce y tranquilo;

Y poco á poco recobró la vida,
Tornando á la salud. ¡Cielo benigno!
¡Qué vida y qué salud!... ¿Dónde las rosas
De sus tersas mejillas?... ¿Dónde el brillo

De sus radiantes ojos?... ¿De sus labios
Dónde el fresco jazmin?... Y el expresivo
Fuego celeste que en su todo ardia,
¿Cómo así se apagó, y es hielo frio?...

El cáncer destructor quedó en su alma,
Devorándola está furioso y vivo,
Y mas y mas ahondándose: su mente
Desarreglada, su carácter mismo

Trocado lo demuestran. Vaga idea
Conserva de sus males: siempre fijo
Un pensamiento solo la domina;
Mudarra, nada mas. Sí, de contino

Le tiene ante sus ojos, en mil formas,
En situaciones mil. Ya su delirio
Es á todos patente. Aunque en silencio
Pasa los largos dias, sus caprichos

Extraños, y el romper tal vez en lloro,
En risadas tal vez, tal vez en gritos;
Y sus raras preguntas y ademanes
Dan de su estado miserable indicios.

Tan solo la cautiva castellana
Admite con placer á su servicio,
Y embebida, pendiente de su labio,
La escucha de su tierra mil prodigios,

Milagros y fantásticas escenas,
Apariciones, prácticas y ritos,
Y los bandos de Lara y de Velazquez,
Lances, batallas, muertes y amoríos.

Con grande afan conserva siempre al cuello
La medalla de cobre, aunque sombrío
Terror le inspira, sin dudar un punto,
Cuán terrible poder le es concedido.

La nodriza gimiendo, á su *K*erima
Ve en situacion tan mísera: su tio
Con dolor la contempla; el pueblo todo
Con lástima y asombro compasivo.

El mancebo Zeir, aquel amante
Tan ardiente y tenaz, comienza tibio
A demostrarse, y del empeño cede,
Que sostener con tanta fuerza quiso.

Pasaba en el jardin la desdichada
Contínuas horas; mas su afan prolijo
Por las flores tampoco ya la anima,
Y con indiferencia y ceño esquivo

Muertas las ve en los vasos de alabastro,
Sin tener mas consuelo que el rocío,
Y por los descuidados arriates,
Los tallos secos y el verdor marchito.

Una tarde que sola recorria,
Con planta incierta y con los ojos fijos
En tierra, su verjel, acaso abierto
De la extendida cerca halló el postigo;

Y como suele de la jaula estrecha,
Donde mas que cantó, lloró cautivo,
Si la puerta quebranta, al manso viento
Lanzarse en vuelo raudo el pajarillo;

Rápida así lanzóse de carrera
En la selva inmediata, y el contiguo
Campo cruzó veloce, de Zahira
Dirigiendo á la tumba su camino.

Allá llegó anhelante y sudorosa,
Y al entrar en el lúgubre recinto,
De rodillas cayó sobre la yerba,
Tendió los ojos, y rompió en gemidos.

¡ Cuánto afan, cuánto dulce pensamiento,
Cuánta memoria amarga, en aquel sitio
Invadieron su pecho, destrozado
Del infortunio por el crudo filo!

El mármol que á la tierna madre cubre
Del objeto que el alma le ha encendido;
Las flores á su amor recomendadas,
Y que faltas de riego y de cultivo,

Yacen ahogadas en bastardas yerbas;
Los fúnebres cipréses, que testigos
Fueron de la embriaguez con que su pecho
Se abrió á un amor funesto, que el Destino

Inexorable contrarió; y la banda,
Aunque rasgada y el color perdido
Por los vientos y lluvias, todavía
Ondeando atada en el laurel altivo;

Todo lo mira con turbados ojos;
Y los recuerdos donde quiera escritos
De su pasion desventurada hallando,
Y de sus infortunios el principio;

La faz bañada en lágrimas inclina,
Y soltando la rienda á sus delirios,
Sueña despierta, y con la mente vaga
Por ciegos y confusos laberintos.

Mas ¡ ay! no solamente lo pasado
En su imaginacion claro y distinto
Cual presente se pinta: cual presente
Tambien un porvenir, ó un desvarío

En ella se figura... ¡Oh Dios!... la sombra
De su adorado amante (él se lo ha dicho)
Allí el reposo buscará... Su amante
Corrió en pos de venganzas y peligros...

¡Cielos!... ¿Llegó el momento?... ¿Llegó el punto
En que ya leve sombra, aquel recinto,
Impalpable, invisible acaso habite,
Y en torno de ella vuele en mudo giro?...

Al concebir tan hondo pensamiento,
De terror y consuelo á un tiempo mismo,
Alza la faz, retiembla, en torno mueve
Espantados los ojos, y el oido

Aplica con afan al rumor vago
Que formaba en los árboles sombríos
El viento que arreciaba, y á unos golpes
Que sonaban lejanos y distintos.

Eran estos causados por las varas
Con que el bosque de acebos y de olivos
Despojaba la turba labradora,
En cosecha feliz, del fruto opimo.

Escuchó á poco la infeliz Kerima
De los toscos cantares el sonido,
Con que estando la tarde ya mediada,
Se daba fin al rústico ejercicio.

Una voz, aunque recia, muy sonora,
Y cuyos déjos fueron repetidos
Por los ecos del monte, así cantando
Resonó por las selvas y los riscos:

Inocente tortolilla,
¿Qué buscas entre estos ramos?
¿A quién, ¡desdichada! arrullas
En un nido solitario?

En donde tus dichas fueron,
Solo hay recuerdos amargos;
Y es el vivir de memorias
El tormento mas pesado.

Aquel árbol, que pomposo
Os dió fresca sombra, ufano,
De saber vuestros secretos,
De ocultar vuestros halagos;

Héle allí negro, desnudo,
El grueso tronco quemado...
Bramó ronca la tormenta,
Y cebóse en él un rayo.

El cristalino arroyuelo,
Que entre hermosas flores manso
Templó vuestro fuego ardiente,
De vuestros besos gozando;

Es ya una rambla de arena
De tal aridez y espanto,
Que esmaltan su seca orilla
En vez de flores, lagartos.

Mas, ¡cuitada!... ¿qué te importa
Ni el arroyuelo, ni el árbol,
Si solo á tu amante buscas
Y gimes por él en vano?

Pronto para tí cobráran,
Si consiguieses hallarlo,
Este su lozana pompa
Aquel sus raudales claros.

¡Ay, que el sañudo Destino
Que al uno abrasó tirano,
Que al otro secó inclemente,
A tí te robó tu encanto!

Por un huracan deshecho,
Tu bien de tí separado
Llorando tu ausencia vaga
Solo, por bosques extraños,

Donde el cazador astuto,
Tendida la cuerda al arco,
Le acecha, y de roja sangre
Manchará su pecho blanco.

Vuela, pobre tortolilla,
Vuela á morir á su lado;
Que si una flecha os da muerte,
Moriréis dichosos ambos.

Cesó la voz, y en armonioso coro
La turba repitió de campesinos
Los cuatro últimos versos. En seguida
Todo quedó en silencio sumergido.

En su imaginacion acalorada
A la doncella celestial aviso
El rústico cantar se le figura,
Retiembla, y en sudor se inunda frio.

Vuela, pobre tortolilla,
Vuela á morir á su lado;
Que si una flecha os da muerte,
Moriréis dichosos ambos;

Repite en hondo acento, y entregada
A frenesí vehemente y repentino,
Alzase, del laurel la banda quita,
Ronca gritando: «Este despojo es mio.»

Se la tercia en el pecho, salta fuera
Con ágil pié del fúnebre recinto,
Y veloz hácia el monte se dirige,
Sin buscar senda ni seguir camino.

Quien la hubiese encontrado de repente,
Desnuda el cuello, desceñida el cinto,
Suelta y volando á par de sus cabellos
La blanca toca de delgado lino,

Pendiente al hombro la rompida banda,
Y en medio de su pecho, fugitivos
Relámpagos formando el sol poniente
De la medalla en el pequeño disco;

Y sus ojos brillantes y espantados,
Y sus aéreas formas; en tal sitio,
Y en tal momento, y en aquella tarde;
Que era una aparicion hubiera dicho.

El sol al occidente declinaba:
En ráfagas violentas nuevo brio
Cobraba el viento, alzando en la llanura
De seco polvo blancos remolinos.

Cruzaban el espacio densas nubes,
Y se iban apiñando, al modo mismo
Que se apiñan los tristes pensamientos
En la mente infeliz del afligido.

Gruesas gotas escasas, esparcidas,
Azotaban el suelo: repentinos
Lampos el horizonte amedrentaban;
Y cual en selva oscura los rugidos

Retumban de un leon, lejanos truenos
En la turbada atmósfera. El abrigo
Buscaban de las peñas los ganados,
Los hombres de sus techos el asilo:

Solo Kerima impávida prosigue.
En saliendo del bosque, ve el castillo
De la Albáida inmediato; se acrecienta
Su frenesí; trepando por los riscos,

Corre á lanzarse en él... Mas de repente,
Que no está ya su amante en aquel sitio,
Le dice su memoria; y despechada,
A la siniestra mano, entre lentiscos,

Madroñales y zarzas, una senda
Toma, por do cansada y sin respiro,
Sube la falda de la sierra. En tanto
Creció la tempestad: ya gruesos rios

Tornados con la lluvia los arroyos,
Bramaban en los hondos precipicios:
Silbaba el huracan, y furibundo
Desarraigaba los añosos pinos;

Y allá en la excelsa y erizada cumbre
Sacaba los peñascos de sus quicios:
Tales los truenos eran, que turbado
El orbe retemblaba á su estampido.

Un mar de fuego era el espacio á veces,
A veces ciega noche, á que mezquino
Rayo de sol, muriendo en el ocaso,
Daba de horrenda luz pálidos visos.

Tiembla por fin Kerima; ansiosa busca
En donde guarecerse: allí vecinos
Ve unos árboles altos y pomposos;
Corre á encontrar bajo el ramaje abrigo.

Oh Dios! á dónde entró!!! dónde? En la fuente
Del Amir. Aunque rara vez ha visto
Aquel lugar terrible, lo conoce
Por desdicha al momento. En el abismo

Mejor quisiera haber entrado. Cielos!
Un piélago de sangre es aquel sitio
A sus ojos, y en medio ve el espectro
De su padre feroz, que vengativo

La acusa, y la maldice, y la señala
Al cielo como objeto de exterminio,
Víctima de expiacion. La sin ventura
Se siente convertir en mármol frio,

Y escondiendo la frente con los brazos
Apóyase en el tronco de un gran pino,
Al mismo tiempo que el sañudo viento
Tronchó bramando su ramaje altivo,

Con horrendo fragor. Pobre Kerima!
En pánico terror su pecho hundido,
Juzga que el cielo y tierra conjurados
De su loca pasion le dan castigo,

Y que allí la confunden, porque huella
La sangre de su padre, al asesino
Ciega buscando allí. Tal pensamiento,
Al par que la horroriza, le da brios

Para ponerse en fuga, y por lo menos
Lograr la muerte lejos de aquel sitio;
Y huye veloce con incierta planta,
Por la intrincada sierra, cuando un grito

Oyó, que «Gala!... Gala!» repetia.
Este era el nombre de su madre: oirlo
De consuelo le fué. Torna la frente,
Y ve detrás de sí claro y distinto

Un verdadero espectro. Era un anciano
De edad muy avanzada, pero erguido,
Agil y fuerte. Su cabello y barba
Blancos como la nieve, en crespos rizos

Inundaban su cuello y su cintura,
En la lluvia empapados. Su vestido
Era una parda túnica y un manto,
Cuyos pliegues, del viento sacudidos,

El agua de las nubes goteaban ;
Y al través de malezas y de riscos
Corria en pos de la infeliz *K*erima ,
A quien ya ataja el paso un precipicio.

Al réprobo monarca de Judea
Así tal vez en mas remoto siglo ,
Se apareció de Samuel la sombra ,
De la maga de Endor por los hechizos.

La doncella infelice ya no pudo
Resistir el terror : un alarido
Lanzó al verle llegar , y desmayada
Le faltaron los piés , y á tierra vino.

Llegó el anciano , en su turbado aspecto
Mil afectos notándose distintos :
En la doncella inmoble un breve instante
Clavó los ojos con espanto fijos ;

Y de pronto doblando una rodilla ,
La faz rugosa , do el dolor mas vivo
Pintado estaba , los desnudos brazos ,
Descarnados y secos , y un gemido

Levantó al cielo tronador. Y luego
Cuidoso , sobre el cuerpo yerto y frio
De *K*erima infeliz , suspendió el manto ,
Del recio temporal dándole abrigo.

Malta , 1829.

NOTA DEL PRECEDENTE ROMANCE.

(29) La ley de Mahoma prohibe expresamente, con el objeto sin duda de evitar la idolatría, el esculpir ó pintar figuras humanas.

ROMANCE SEXTO.

En el castillo de Luna
Teneis al anciano preso.
. . . . . .
Cansadas ya las paredes
De guardar tan largo tiempo
A quien recibieron mozo,
Y ya le ven cano y ciego.

Romancero de Bernardo del Carpio.

Otra escena se ofrece ante mis ojos:
Ya no son las florestas y campiñas
Por donde el curso majestoso extiende
Guadalquivir, gran rey de Andalucía;

Ni la sierra feraz, que al puro cielo,
Ignorando que hay nieve, alza la cima
De peñascos y musgo coronada,
De flores odorantes y de olivas;

Mientras verjeles, huertas y jardines
Sus deliciosas faldas entapizan,
Embalsamando el vaporoso ambiente,
Que azahares y jazmin blando respira;

Ni la insigne ciudad, cuyo alto nombre,
Gigantesco poder y gloria antigua
La fama ensalza, las historias cuentan,
Y su templo y sus muros testifican,

¡Córdoba insigne!... ¡Oh patria, dulce patria!
En cuyo seno de la luz del dia
Gocé la primer vez, en cuyo seno
Disfruté el tierno amor y las caricias,

Tesoro de la infancia. Si en tus bosques,
Encantadas llanuras y colinas,
De mi niñez y juventud llenaron
Las horas, que han pasado fugitivas,

De tu grandeza insigne los recuerdos;
Volando en torno de la mente mia
Las sombras de tus héroes generosos,
Cual de una planta nueva en torno giran

Las mariposas del risueño Mayo;
Jamás mi amor á tí, jamás se entibia,
Ni de mi pensamiento un punto sales,
Desde que arrastro en extranjeros climas

La vida, ha tantos años sustentada
Con el amargo pan de la desdicha,
Y aun mas con la esperanza de que al cabo
Logren en tí reposo mis cenizas.

Tú reinas en mi pecho, aunque mi mente,
De tus héroes en pos, hoy por distintas
Tierras se espacie, y por remotos siglos,
Sus hazañas buscando esclarecidas.

Sí, de Mudarra y del prudente Záide
Se arroja en pos mi suelta fantasía,
Del imperio andaluz salva los lindes,
Y vuela por los campos de Castilla.

Oscuro el cielo entre reacias nubes,
Y entre nieblas oculto blanquecinas;
Desnudo el suelo, donde invierno crudo
Su rigor y sus sañas ejercita;

Y un horizonte de hórridas montañas,
Que con peñascos áridos se erizan,
Do nacen solo verdinegros pinos,
Y que abruman las nieves me lo indican.

Allí el Arlanza, allí: si en el estío
Ufano se corona con espigas,
Ahora entre hielos ásperos sus aguas,
Turbias y perezosas se deslizan.

Ya la ciudad descubro belicosa,
Que es de los Condes castellanos silla:
¡De la córte de Hixcen el poderoso,
En todo cuán diversa y cuán distinta!

No, cual Córdoba, al cielo de zafiro
Alza opulenta las gallardas cimbrias
Burgos naciente, ni de mármol y oro
Alminares altísimos empina.

Gruesos muros levanta y torreones
De tosca piedra, donde el sol no brilla;
Pero que á las tormentas y huracanes,
Y al furor de la guerra desafian.

No de riquezas bárbaras henchidos
Sus palacios están, ni de exquisitas
Telas del rico oriente entapizados,
Ni el regalo y las ciencias los habitan.

No suena, al despuntar la clara aurora,
La voz del Almuheden, que el nuevo dia
Anunciando á los hombres, á que acudan
Con sus ruegos al templo, les convida.

En su lugar la atmósfera ensordecen
Gruesas campanas de metal, que vibran
Melancólicos sones, convocando
A celebrar las prácticas divinas.

No en las calles la voz de las escuelas
Se escucha, ni el bullicio y alegría
En abundantes plazas, ni el estruendo
De talleres, telares y oficinas;

Solo resuena en Burgos el martillo,
Que sobre el duro ayunque se ejercita,
En arnéses tornando el fuerte acero,
Ya templado en las fraguas encendidas:

El monótono canto de los coros
De conventos, parroquias y capillas,
Y el confuso rumor de un pueblo pobre
Y taciturno, que en las calles gira.

Y los campos... ¡oh Dios, cuán diferentes!
Allá los labradores en cuadrilla,
Casi desnudos, y cantando ledos
Tras de los tardos bueyes fecundizan

Los pingües sulcos, y feraz cosecha,
Premio de su sudor, segura miran;
Mientras pobre gañan aquí, luchando
Con tierra ingrata y con adusto clima,

En pos de ágiles mulas rompe el suelo,
Temiendo de su afan y su fatiga
El fruto ver en su verdor talado
Por invasoras huestes enemigas;

O robado si no, cuando maduro,
Por el monje sagaz, por la codicia
Del tirano señor, ó con violencia
Por foragidos que en el monte habitan.

Finalmente, aquel siglo el sol eterno
En las tierras de Bétis descubria
Un imperio ilustrado y poderoso,
Una grande nacion, acorde y rica,

Ya en la alta cumbre, y anunciando acaso
Su próximo descenso y su ruina
El supremo poder de sus monarcas,
Y del pueblo el amor á las delicias;

Y en la que Arlanza con sus aguas mide,
Un estado naciente, una conquista,
Gobierno sin vigor, inciertas leyes,
Crasa ignorancia á la pobreza unida,

Bandos feroces; mas tan noble brio,
Constancia tal y tanta valentía,
Que presagiaban la grandeza inmensa
Que los cielos guardaban á Castilla.

Nueve leguas de Burgos en un llano,
Del Arlanza ocupando ambas orillas,
Descubro á Salas. De ladrillo y piedra
Una puente sus barrios comunica;

Y á un lado miro con soberbias torres,
El palacio de Lara. De aquel dia
En que en medio de fiestas y banquetes,
Vió Záide los agüeros que advertian

Tanto desastre al infelice dueño,
Tanta desolacion á su familia,
¡Cuán distinto se ve!... Ciegan los fosos
Matorrales incultos, derruida

Está la poderosa barbacana,
El grueso muro abierto, de bravías
Yedras vestido, y entre almenas rotas
Roncos los vientos en la cumbre silban.

Del homenaje la elevada torre,
Que tremoló, entre nieves y ventiscas,
Del linaje de Lara la bandera,
Es nido de las aves de rapiña.

El interior en todo corresponde
A tal desolacion: cardos y ortigas
Cubren el ancho patio, en que sacando
Con el ferrado pié del suelo chispas,

Los corceles de guerra se domaban,
Sufriendo apenas la apretada cincha,
Y do ladrando galgos y lebreles,
La hueca voz del caracol seguian.

La fuente rota está y enloda el suelo;
Desierta la escalera, donde un dia
De escuderos y pajes resonaban
Las voces, las risadas y las riñas.

De polvo entapizado el astillero,
Y ni una lanza en él: solas, vacías
Alcándaras, que ufanas encerraron
De azor y de neblí razas distintas.

Los cuadrados salones, que armaduras
Y pendones vistieron, solo indican
Con mohosas escarpias, ya desnudos,
Cuánto templado acero los cubria.

Los altos artesones y techumbres,
Albergue de africanas golondrinas,
Dejan paso á las nieves y á los soles,
Rota la trabazon, pandas las vigas.

El estruendo sonoro del convite,
Cantos y juveniles alegrías,
Que en su cóncavo oscuro resonaron,
¿Cómo es silencio así de tumba fria?

Silencio que tan solo interrumpido,
Para mayor horror tal vez, se mira
Con el quejido en la espantosa noche
Del buho y del murciélago; y de dia

Del gorrion con el osado vuelo
Que al pararse atrevido en la cornisa,
Le asusta el desconchado ó piedrezuela,
Que él mismo al suelo con rumor derriba.

Pero ¿qué importa, qué, tanto abandono?...
¿Qué donde quiera hallar muerte y ruina,
Si angustia aun mas los ojos y la mente
Ver manchado con signo de ignominia,

De vil traicion con la espantosa marca,
Edificio de fama tan antigua?
La puerta principal y ventanaje
Están tapiados, y con negra tinta

Tiznados por la mano del verdugo
Los esmaltes, cuarteles y divisas
Del ancho escudo, honor del frontispicio;
El morrion en la elevada cima,

Tiene rotas las plumas y follajes,
Y de la gola en derredor ceñida
Una vil cuerda, que de infame muerte
Ser reo su señor al mundo indica.

Abandonado y yermo veinte años
Salas su antiguo alcázar visto habia,
Juzgando el necio vulgo que fantasmas,
Larvas y espectros su recinto habitan:

Cuando en una mañana del invierno,
Mientras devoto el pueblo estaba en misa,
Tres hombres, en tres mulas y embozados,
Atravesaron sin rumor la villa;

Y evitando la plaza del castillo,
Donde estaban los signos de ignominia,
Y la murada puerta, en él entraron
Por la espalda, pasando las hundidas

Tapias de unos corrales, y un postigo,
Que entre escombros, maderos y ruinas
Dejaba paso al interior. Apenas
En el patio los tres, sueltan las bridas,

Apéanse, las capas de agua y nieve
Empapadas se dejan en la silla;
Y quedando en custodia de las mulas
El que mozo de campo parecia,

Debajo de unos anchos soportales
Las guarece del agua y las abriga;
Mientras los otros dos en gran silencio
Por los salones silenciosos giran.

Con la escena terrible que presenta
El edificio á la angustiada vista,
Los dos raros y extraños personajes
Están en completísima armonía.

Del primer fundador la sombra helada
Y la de su escudero parecian,
Que aquel trastorno á contemplar vinieran,
Y á llorar la extincion de la familia.

Precoz decrepitud, apresurada,
Aun mas que por la edad, por las desdichas,
Agobia á aquel que de los dos parece
Ser el primero; y sin vigor inclina

Una estatura, excelsa en otro tiempo.
Con gran dificultad el paso afirma,
Que ambas piernas hinchadas entorpecen
Su tardo andar. De noble y masculina

Belleza aun tiene restos el semblante,
En cuya frente y pálidas mejillas
Las profundas arrugas, de pasiones
Violentas, de desgracias infinitas,

De luengo padecer seguras huellas,
Una existencia trabajada indican.
Sin luz en noche eterna entrambos ojos
(Circunstancia felice, que le priva

Del desconsuelo de notar la escena
Que le circunda); de penosa y fria
Timidez la expresion dan á su rostro.
Alba como la nieve, hasta la cinta

Su barba ondea; su espaciosa calva
Un birreton de oscura piel abriga,
Y es su vestido un sayo de velludo
Negro con franjas de oro, deslucidas

Como el total del traje. El otro anciano,
Que de sosten sirviéndole y de guia,
Por el siniestro brazo le conduce
Con gran respeto y compasion, distinta

Presencia tiene; y aunque no tan noble,
Que es la de un caballero testifica,
En robusta vejez. Barba y cabellos
Cortos, espesos y aplomados, brillan

En torno á su semblante, endurecido
Con la intemperie y sol de extraños climas;
Y las arrugas de él meditaciones
Profundas y pesares acreditan;

Como sus negros ojos expresivos
Y preñados de lágrimas, indican
Gran sensibilidad, y que recuerdos
De penoso dolor le martirizan.

Viste un ropon de tosca lana pardo;
Y de cuero rojizo una esclavina,
Adornada de conchas diferentes
De las remotas playas de la Siria,

Cubre sus hombros y su espalda y pecho,
Sobre el cual va colgada una reliquia
En una caja de oro y filigrana;
Y en la siniestra mano (pues se habia

Descubierto al entrar so las techumbres)
Lleva un raro sombrero de tendidas
Alas, tambien de conchas guarnecido,
Y con medallas y diversas cintas.

Estos dos personajes el palacio
Recorren en silencio, aunque se oian
En sus labios ahogados los suspiros.
Mas de pronto el primero los piés fija

En medio de un salon, á todos lados
Torna la ciega faz, cual si la vista
No le faltase, y conocer pudiera
El sitio aquel; y luego en abatida

Voz prorumpió, lanzando un ay profundo:
«¿Es sueño?... ¿Es ilusion?... ¿Mis plantas pisan
El palacio de Salas?... ¿Estoy libre
De la larga prision, donde las iras,

»Siempre justas, del cielo han castigado
Mis muchas culpas?... ¿Y tu mano amiga,
Solo consuelo que á mis ánsias queda,
Torna á estrechar la moribunda mia?—

»Sí señor, el segundo le responde,
En lágrimas bañadas las mejillas,
Y á los labios llevándose la mano
Del otro viejo trémula y marchita:

»Sí, señor, libre estás, y en los salones
Del palacio de Salas, y benignas
Las estrellas permiten que á tu lado
Tengas en mí un esclavo que te sirva,

»Y que contigo llore.—¡Oh fiel amigo!
El primero repuso: En mis desdichas
Solo por tí no me es indiferente
Estar aquí ó allá: cerrar mis dias

»En libertad ó en la prision... ¿Qué espero
En este mundo ya?... ¿Cómo la antigua
Felicidad de que en aquesta casa,
Cercado de mis hijos?...» Confundida

Su voz tornóse en ásperos gemidos,
Que el arteson oscuro repetia.
Mas sosegado luego, y recobrando
La palabra, siguió: «Ni aun de la vista

»De estos lugares, donde fuí dichoso,
Me es dado disfrutar... Con tu divina
Voluntad, santo Dios, mi humilde pecho,
Y con tu providencia se resigna.

»Al ver esta mansion desierta y sola,
Mayores fueran, sí, las penas mias...
¿Está el palacio muy mudado?... díme...
Dímelo, amigo tierno, por tu vida.»

El segundo enjugando en su semblante
Las lágrimas copiosas, le replica:
«¿Cómo ha de estar despues de tantos años,
En que nadie lo cuida ni lo habita?

»Dices bien, dijo el de la barba blanca:
Al pasar la escalera y galerías,
Dieron el viento y lluvia en mi semblante,
Y he notado, al pisar, losas hundidas

»Y escombros. Díme, ¿en qué salon estamos?—
El viejo respondió de la esclavina:
Señor, en el salon de los festines.—
Ay!... ¿te recuerdas del tremendo dia,

»Prosiguió el otro, en que asombrados vimos
Los presagios aquí, que predecian
Tanto desastre?... Aquel ilustre moro,
Que como embajador vino á Castilla,

»Los presenció tambien... Sácame, amigo,
De este salon infausto, y me encamina
A la estancia inmediata, en que otro tiempo
Mis dulces hijos habitar solian,

»Donde... Mas no... ¿Qué busco en tal estancia?...
Sácame del palacio á toda prisa:
Tórname á la prision, y en ella, y pronto
Terminen con la muerte mis desdichas.»—

Así diciendo el venerable anciano,
Su turbada presencia, su expresiva
Faz y el temblor de sus helados miembros
Los tormentos horribles descubrian,

Que su angustiado pecho destrozaban.
Su acompañamente con dolor le mira;
Y haciendo esfuerzos por que no descubra
En su acento la pena que le agita,

De consolarle trata, y así dice:
«En tí vuelve, señor: con la divina
Voluntad es forzoso conformarse,
Pues que somos cristianos. La alegria,

»La riqueza, el poder, los hijos, todo
Viene de Dios, y Dios lo da y lo quita.
Humilde resignarse debe el hombre
Con su misericordia ó su justicia.

»Tus hijos con infieles peleando,
Cual cristianos murieron. Hoy habitan
El cielo entre los mártires gloriosos,
Y con palma y laurel, que no marchita,

»El curso de los siglos, la presencia
Del que los astros rige, el mar humilla
Y enfrena el huracan, están gozando;
Y ¿tú su suerte lloras?... Hoy benigna

»La mano del Eterno te conduce
A tu casa á morir; ¿y tú querrias
Tornar á la prision?»—El triste padre
De sí propio se espanta y se horroriza,

Tales reconvenciones escuchando,
Y con la voz entera y mas tranquila
A su consolador así interrumpe:
«Tienes razon, amigo; no prosigas:

»Soy pecador... Es cierto, todo, todo
Nos lo da Dios: como lo da, lo quita.
Bendigamos su nombre... Basta, basta:
Llévame del palacio á la capilla.

»En ella celebráronse mis bodas...
Tambien siete bautismos... dulces dias!
Se celebraron... Mártires gloriosos!
Mis ruegos elevad á las divinas

»Plantas del alto Dios omnipotente,
Y pedidle que pronto me permita
Con vos unirme, y que me saque pronto
De este mar de desastres y desdichas.»

Calló, y calló tambien el otro, y ambos
Al antiguo oratorio dirigian
El tardo paso, cuando el ronco estruendo,
El confuso rumor y gritería

Llenó del pueblo el edificio todo,
Y entre las voces claras y distintas,
Que mas y mas cundiendo se acercaban,
Repetir se escuchaba: *viva*, *viva*.

Reunidos en contorno del palacio
Los habitantes todos de la villa,
Daban aquellas voces, pues saliendo
Del santo templo, al terminar la misa,

Se divulgó al instante la llegada
De los tres embozados. La noticia
Dió á temores ridículos orígen
Entre el vulgo ignorante: quién decia,

Que eran encantadores y hechiceros:
Quién malignos espíritus que habian
Venido por los aires. Una vieja,
Que desde su ventana y celosías

Los vió pasar, tenaz aseguraba,
Por testigos llamando á sus vecinas,
Que cuernos, y no orejas, vió á las mulas,
Y que las luengas capas encubrian

Tres descarnados esqueletos. Otros
(Los discretos sin duda de la villa)
Sospechaban que fueran tres hebreos,
Que de entre los escombros y ruinas

Trataban de sacar algun tesoro;
Y ya los codiciosos con envidia
A impedir tal hallazgo se aprestaban.
El sacristan constante sostenia

Que eran almas en pena, proponiendo
Una colecta á las personas ricas,
Y que se celebrasen por sufragio
Oficio de difuntos y seis misas,

Dos para cada cual. En tanto empero
Un valenton del pueblo en compañía
De un codicioso, armados de broqueles
Y de sendas espadas y reliquias,

Al postigo acercáronse medrosos,
Y por entre maderos y ruinas
Deslizándose, así como el lagarto
Que dentro del vivar se precipita,

Entraron en el patio. Pronto vieron
Al mozo con las tres caballerías
Bajo los cobertizos, y al instante
Conociéronle entrambos, y de antigua

Amistad refrescaron la memoria;
Pues era un maragato que solia
A Salas concurrir, y á los mercados
De todas las ciudades convecinas.

De él supieron al punto, quiénes eran
Las dos personas que con él venian:
Gonzalo Gustios una, que ya libre
De su larga prision no merecida,

A su alcázar tornaba y á su estado;
La otra Nuño Salido. Esta noticia
Los dos exploradores al instante
Esparcieron ufanos por la villa.

Pidiendo á los antiguos servidores
De la casa de Lara las albricias.
Estos, que siempre fieles á su dueño,
Su prision lamentaban y desdichas,

No olvidando ni un punto en tantos años
De sus señores la infeliz familia;
Dudando al pronto tan ansiada nueva,
Vuelan á cerciorarse á toda prisa;

Y viéndola patente, enajenados
De placer, de consuelo y de alegría,
Corren aquí y allí, y al pueblo todo
Su gozoso entusiasmo comunican.

En torno del palacio el gran gentío,
Ver anhelando á su señor, en vivas
Y de júbilo en voces prorumpieron,
Mientras que al interior por las ruinas

Entran varios hidalgos, y al fin hallan
A Gonzalo y á Nuño. De rodillas
Se arrojan á las plantas del primero,
Y al notar tan mudada y abatida

Su gallarda presencia, y al mirarlo
Ciego, pobre y doliente; la mas viva
Compasion de sus almas se apodera,
Y deshechos en lágrimas, la pintan

En sus desconsoladas actitudes
Y en sus palabras de dolor. La vista
Nunca echó menos como entonces Lara,
Y tras de tantos años aquel dia

Y aquel instante el único, el primero
Fué, en que agradable aun encontró la vida,
Y en que sintió su pecho palpitante
Abrirse del consuelo á las delicias.

Enternecido Nuño, por sus nombres
Le va diciendo los que allí se miran;
Y cada cual en pos del suyo añade
Algun recuerdo de lealtad antigua,

De hazañas en la guerra, de servicios
En los disturbios de pasados dias,
Y de constante amor y de respeto
A la casa de Lara perseguida.

Gustios, todas sus penas un instante
Olvidando tal vez, y la marchita
Frente alzando, y su faz resplandeciendo
Con la grandeza y dignidad antiguas;

Con los trémulos brazos corresponde
A amor tan firme y á lealtad tan viva
De aquellos servidores y vasallos,
Que su pendon siguiendo, de Castilla

Fueron en otro tiempo apoyo y honra,
Exterminio y terror de la morisma.
Palpándoles los pechos y las diestras
De la manopla y lanza endurecidas,

Les recuerda las guerras ya olvidadas,
Los peligros, las bélicas fatigas:
A todos nombra, reconoce á todos,
Aun sueña triunfos, mando, gloria y dichas;

Y de ellos rodeado, y sostenido
De su fiel Nuño, sale y se encamina
A la gran plaza del castillo, donde
El impaciente vulgo le atendia.

Fué el gozo general, aunque mezclado
De dolor y de asombro, tan distinta
Viendo aquella persona venerable,
De lo que fué cuando rigió á Castilla.

Si su pasada gloria y sus grandezas
En los ancianos pechos aun tenian
Hondas raices; su tremenda suerte,
Su excelsa fama y su presencia misma

Entusiasmó á la juventud. A todos
Con afables palabras y benigna
Faz agradece Lara aquellas muestras,
Que respeto y amor le testifican;

Y pide, su cascada voz calmando
Los confusos aplausos y los vivas,
Que á dar gracias al Ser omnipotente
A la iglesia de Salas le dirijan.

Mientras que prosternado ante el Eterno,
Formando coro con el pueblo, hacia
Su ferviente oracion, el Arcipreste
Manda en su casa disponer aprisa

Un festin abundante. Ya hacendosa
El ama convocando á las vecinas,
Su inteligencia y celo demostrando,
En los preparativos se fatiga.

Ya suena en el corral el cacareo
Con que los tiernos pollos y gallinas,
Huyendo entre la leña y las tinajas,
Piensan, cuitados! que su suerte evitan.

Las ollas, las sartenes y peroles
Circundan el hogar, do un monte ardia,
De roja luz con la esplendente llama
Llenando, y de humo espeso, la cocina.

A un lado el almirez sonoro aturde
El barrio todo; en otro la cuchilla,
Que una moza robusta ágil esgrime,
Carne de cerdo y de ternera pica.

Una aquí las legumbres preparando,
Pencas y hojas inútiles les quita;
Otra allí amasa en cóncavas artesas,
Con aceite y con miel, cándida harina.

Quién despluma las aves, quién al fuego
Ramas secas añade, quién lo atiza,
Quién va y viene á la fuente presuroso;
Quién friega los pucheros y vasijas.

Abrese la despensa, y aunque el ama
De las llaves encarga á la sobrina,
Que es vigilante asaz; alguna vieja
Mete en el delantal una morcilla:

Otra roba un solomo; y un muchacho
A la tinaja de la miel aplica
Goloso el dedo, mientras otro el labio
De navarro aguardiente á la botija:

Pues en tales momentos en las casas,
Con tanta confusion y tanta prisa,
Es el desórden cosa inevitable,
Y advierte menos el que mas vigila.

A todas partes asistir procura,
Y todo disponerlo el ama activa,
Que ganó entonces esplendente fama
Desplegando su celo y su pericia.

Se la vió á un mismo tiempo diligente
Sazonar un guisado, á una vecina
Reñir, porque volcaba los pucheros;
Una guantada dar á una chiquilla,

Que el asador pringoso descuidaba;
A un gatazo escaldar, que se comia
Medio pichon, y levantar el grito
A un zagalete, que con charla y risa

Se puso á retozar con las mozuelas.
La bodega abrió luego, y la delicia,
Que sudan los lagares de Alaejos
Con fragancia que muertos resucita,

Sacó; despues, de un gigantesco armario
Conservas, fruta seca y golosinas,
Y de una arca de pino las tohallas,
Con que la mesa primorosa alista.

Una fuente de plata y una copa,
Para que á nadie mas que á Lara sirvan,
Pone á la cabecera; y allí ensaya
Al sacristan, que debe en aquel dia

Tener de maestre-sala el grave empleo,
Y al monaguillo, á quien atusa y limpia,
Para que ejerza el de pulido paje;
Y cómo han de portarse, les explica.

Libre de estos cuidados, afanosa
Torna la fresca dueña á la cocina,
Que aun hay harto que hacer, y es corto el tiempo;
Pero á fuerza de afanes y fatigas,

A fuerza de trabajos y peleas,
Y de sofocaciones y de riñas,
Unas cosas quemadas y otras crudas,
Todas consigue ver al cabo listas.

El fruto recogió de su tarea,
Pues fué el festin famoso, y de sí misma
Muy satisfecha se quedó, escuchando
Cuál todos la elogiaron con justicia.

Aunque llegó á una edad muy avanzada,
En tanto que vivió, diz que ni un dia
Dejó de recordar el tal convite,
El estupendo gasto, y la excesiva

Revolucion en que dejó la casa;
Afirmando que nunca vió la villa
Mas espléndida mesa. Y aun se añade,
Por tradicion remota que lo afirma,

Que quedó algo menguado su juicio,
Que era claro además, desde aquel dia,
Por lo que trabajó su entendimiento,
O con el gran calor de la cocina.

Discreto, para darle el Arcipreste
El tiempo indispensable, concluidas
De Gústios y del pueblo las plegarias,
Con gran solemnidad y melodía

Cantó un largo *Te Deum*, y un discurso
O plática muy larga y muy prolija
Hizo á sus feligreses, que ignorantes
Bostezaron tal vez, aunque de citas

De la santa Escritura estaba llena,
Que era gran sabidor. Despues aplica
A los ojos inútiles del viejo
Salmos, y bendiciones, y reliquias,

Y da con ellas paz á los hidalgos;
Y por ganar mas tiempo, á una capilla
Conduce á Gustios y á otros personajes,
Y allí difusamente traza y pinta

Los reparos y nuevos ornamentos
De que la iglesia aquella necesita;
Entablando sagaz de estas materias
Una conversacion entretenida.

Llegó por fin el suspirado aviso
De estar la mesa ya dispuesta y lista,
Y el cortés Arcipreste á Lara y Nuño,
Capellanes é hidalgos les suplica,

Que con él hagan penitencia. Todos
Aceptan el convite, y se encaminan
Hácia la casa arciprestal, en donde
El ama, tan oronda como limpia,

Con tocas de cendal cual nieve pura,
Que las castañas trenzas mal cubrian,
Un brial de paño verde, guarnecido
De franjas de oro, mangas con prolijas

Bordaduras de azul, de rojo y negro,
Y aljófares al cuello, y várias cintas
Y medallas, y cruces de azabache,
Señala á cada huésped puesto y silla.

Fué harto largo el festin: en él tuvieron
Lugar escenas várias y distintas
De disgusto y placer, como acontece
En todos los sucesos de la vida.

Lara apenas gustaba los manjares,
Y si una ú otra vez dulce sonrisa
Sus labios desplegó, mas á menudo
Ofuscaron su faz nubes sombrías.

Alzados los manteles, á las manos
Agua, y gracias á Dios dadas, se inclina
El Arcipreste á Lara, y en el nombre
De todos los presentes, le suplica,

Que alguna relacion, aunque lijera,
De su larga prision hacer se sirva;
Y cortesmente luego á Nuño pide,
Que en pos de su señor tambien les diga

Algo de sus larguísimos viajes,
Y de su vuelta rápida á Castilla. —
Como es tan agradable de sí mismo
Hablar, aunque pesares y desdichas

Solo haya que decir, Gonzalo y Nuño
No se hacen de rogar; y al ver que indica
El primero que á hablar va sin demora,
Silencio demandando, mayor grita

En el salon se alzó por un momento:
Y á dos ó tres que estaban de tal guisa,
Que era imposible que callar pudiesen,
En hombros á sus casas los envian.

Abrense las ventanas y las puertas,
Por las que el pueblo audaz se precipita
En silenciosa confusion, ansiando
Escuchar portentosas maravillas.

Gonzalo Gustios, el señor de Lara,
Que tiene la atencion de todos fija,
En el silencio universal conoce,
Y así dice con voz desfallecida:

«No hablaré de mis penas y desastres,
Ni de aquellas desgracias inauditas
Que destrozaron mi infelice pecho,
Allá en la capital de Andalucía.

»Fueron de tal grandeza, que en el mundo
No habrá quien las ignore, y repetirlas
Renovára el horror en los presentes,
Aumentando el rigor de mis desdichas.

»¡Ah! ¿qué digo?... ¡infeliz! ¿pueden acaso
Mas aumento tener?... Aunque resista
Mi lengua el recordarlas, ¿su memoria
Destrozándome el alma no está viva?...

»Basta, basta... ¡oh dolor! ¡Ay! que mis labios
Nombres y circunstancias no repitan,
Que á la naturaleza estremeciendo,
De escándalo y terror al orbe sirvan.

»De mi larga prision hablaré solo:
Será mi relacion breve y sucinta,
Pues poco hay que decir, si en veinte años
Uniformes han sido horas y dias;

»Y siempre de dolor. Como de un sueño,
Tal estaba mi mente oscurecida:
Recuerdo que al llegar á los confines
Del imperio andaluz y de Castilla,

»La escolta silenciosa sarracena
En escolta no menos enemiga
Se cambió de cristianos, que en silencio,
Y con crueldad mayor y mayor prisa

»Al castillo de Lerma me llevaron,
Y con fiero ademan y faz altiva
Me recibió su Alcáide, que al momento
En una estancia lóbrega y sombría

»Me encerró, redoblando los cerrojos
De la ferrada puerta. ¡Ay!... de mi vida
La flor y robustez entre las garras
De la miseria y afliccion continuas

»Se quedaron allí, y allí de arrugas
Se han cubierto mi frente y mis mejillas:
Que la vejez allí vino á buscarme
Desnudó mi cabeza, y en ceniza

»Tornó mi fuego, cual mi barba en nieve;
Dejando al corazon y al alma mia
Solo vigor y juventud robusta,
Para el rigor sentir de las desdichas.

»Todas mis facultades perecieron
Al lento curso de pesados dias,
Que veinte años eternos completaron,
Y mis penas no mas aun quedan vivas.

»Un zafio endurecido carcelero,
Eternamente mudo, en la mezquina
Prisión cada mañana entraba solo,
Tomando precauciones exquisitas

»Para no verse nunca sorprendido;
El sustento abundante me traia,
Cuidaba el lecho, y dábame las ropas,
Que segun la estacion eran precisas,

»Pues los que allí con tan horrenda furia
Sepultado por siempre me tenian,
Para que no acabasen mis tormentos,
Con cruel piedad cuidaban de mi vida.

»Mas para que ni el sueño treguas diese
A mi dolor, desde el primero dia
Hasta el último, siempre á media noche...
¡Oh bárbara crueldad, de hombres indigna!

»Siete piedras á la alta claraboya
De mi prision tirando, interrumpian
Con siete golpes claros y distintos
De la noche el silencio... Al alma mia,

»Y no á la claraboya las tiraban,
Y el corazon y el pecho me rompian,
Recordando que tuve siete prendas,
Que eran pasto á las aves de rapiña,

»Siete insepultos cuerpos; y que siete
Cabezas adornaban la mezquita
Y el alcázar de Córdoba... Hijos mios!...»
Aquí la voz del viejo, convertida

En ásperos sollozos, confundióse
Con un grito de horror, que las distintas
Personas que escuchaban en silencio,
Al oir ferocidad tan inaudita,

A un tiempo levantaron. Gustios Lara
Convulso, apenas tiénese en la silla,
Y en su faz, en su pecho y en sus manos
Se ve el dolor agudo que le agita.

Al fin la multitud llorosa calla:
Lara deshecho en lágrimas suspira,
Y torna á suspirar, y de este modo
La narracion anuda interrumpida:

«Una tan sola vez acento humano,
En tantos años de prision prolija,
He escuchado, y no mas. Hondo silencio
Guardó por siempre con tenaz porfía

»Mi duro carcelero: los malvados
Que en tan horrible estado me tenían,
Dispusiéronlo así. La vez que solo
Permitieron hablarme... ¡oh gente inicua!

»Fué para dar el golpe postrimero
A este infeliz, para en la horrenda sima
Del último dolor por siempre hundirlo,
Para hacerle saber que no tenía

»Nada en la tierra, y que su mismo nombre
Era nombre de afrenta y de ignominia.
Sí; como al mes de hallarme en el encierro,
Una mañana, con feroz sonrisa

»Entró el feroz alcaide, y, *Gustios Lara*,
Me dijo, *el alto conde de Castilla*
Don Sancho, tu señor, con el acuerdo
De sus hombres de guerra y de justicia,

»*Reo de alta traicion te ha declarado,*
Confiscando tus tierras y tus villas,
Y mandando poner en tus solares
Los signos viles que traicion indican.

»*Tambien te ha condenado á infame muerte;*
Mas del gran Rui-Velazquez por la amiga
Intercesion, que pases, te permite,
En esta torre el resto de tus dias.

»Dijo, y despareció: con alto estruendo,
En losa de sepulcro convertida,
Cerró la puerta, y barras y cerrojos,
Cadenas y candados multiplica.

»Quedé yo como un mármol; por mis venas
Hielo, no ardiente sangre, discurria:
Sin respirar ahogábase mi pecho,
Y espantados mis ojos no veian.

»Estuve así gran rato; mas de pronto
Retemblando mis nervios y mis fibras;
Fuerzas, cual de gigante recobrando
Y fuego de volcan la sangre misma

»Que un momento fué nieve, tal exceso
En mi sentí de actividad y vida,
Tal rabia y tal furor, que engrandecido,
Era á mi aliento aquella estancia chica.

»Derribé el lecho, y esparcí en pedazos
Los muebles por el suelo; las macizas
Paredes desconché con mano dura;
Di golpes en la puerta, que en astillas,

»A no ser por las barras y cerrojos,
Tornarla consiguieran; llamas vivas
Mi pecho respiró, y en roncas voces
Tronó el volcan de mis furiosas iras.

»A los hombres maldije, á las estrellas,
La hora de horror en que salí á la vida;
Pedí venganza hasta al infierno mismo...
¡Oh Dios!... Dios bondadoso!... las impías

»Blasfemias que mis labios pronunciaron
En aquella ocasion, benigno olvida.
Perdónalas, gran Dios: al recordarlas,
Se confunde mi pecho y se horroriza.

»Tan negra furia y ceguedad culpable
No fueron duraderas por mi dicha;
Y en tal abatimiento se trocaron,
Que vine á tierra envuelto en sombra fria.

»Los siete golpes de las siete piedras,
Que en la alta claraboya, cual solian,
Dieron, del profundísimo letargo
Sacáronme por fin. Torné á la vida,

»O por mejor decir, cobré el sentido
Para apurar las ánsias y fatigas
De una existencia atroz. Yerto, postrado
Mi cuerpo en tierra, sin vigor yacía;

»Mas no postrada mi alma ni mi mente,
Sueltas como jamás y enardecidas,
Volaban por horrendos precipicios,
Y en escenas terribles se perdian.

»Las lóbregas tinieblas de la noche,
Que inundaban mi cámara mezquina,
Llenas me aparecieron de prodigios,
Y visiones tremendas. Ya veia

»Siete cabezas pálidas, sin cuerpo,
Que de lóbregas nubes despedidas
Y por ronco huracan arrebatadas,
Contra mi pecho mismo se rompian;

»Ya de fuego una atmósfera, y de sangre
Un mar rugiente en mi reedor tenía,
Y en las llamas ardiendo mis palacios,
Las armas y el pendon de mi familia;

»Mientras que siete cuerpos sin cabezas
En las hinchadas ondas purpurinas
Nadaban, y pidiéndome socorro,
A mí, ¡qué horror! los brazos extendian.

»Ya la espantosa escena se mudaba,
Y un llano presentábase á mi vista
De ardiente arena, y alumbrado solo
Por una niebla vaporosa y fria,

»Y cruzaban por él, en sordos gritos,
Venganza demandando, blanquecinas
Siete fantasmas, y si huyendo acaso
De cada cual de estas visiones, iba

A revolver la faz hácia otra parte,
Siempre á mi lado, siempre, ¡oh Dios! tenía
Un coloso infernal, que me alargaba
Un hierro matador con fiera risa,

»Y, *Toma, no te queda otro consuelo*,
Con penetrante voz me repetia.
¡Oh, qué noche!... oh, qué noche! De la aurora
El resplandor primero le dió cima.

»De mi imaginacion el desarreglo,
Por mi atroz situacion clavada y fija
Siempre en mi mente, fuera de juicio
Me tuvo, aunque postrado, largos dias

»Siempre las noches espantosas eran
Con escenas fantásticas contínuas:
Siempre eran de dolor y acerbo llanto
Las mañanas y tardes. Persistia

»Siempre, que ni un momento me dejaba,
Junto á mí, armando á mi constancia insidias
El infernal coloso, y ofreciendo
La daga por consuelo á mis fatigas.

»Era el maligno espíritu, encargado
De procurar mi perdicion. Benigna
Empero del Señor la santa diestra
Acorrióme piadosa, y compasiva,

»Me libró del furor de los infiernos,
Me contuvo en el borde de la sima.
¡Tu omnipotencia y tu bondad, Dios mio,
Los hombres y los Angeles bendigan!

»Mas donde claramente relucieron
La providencia y la piedad divinas,
Fué en la vision con que cobré el juicio,
Y la razon mi mente oscurecida;

»Y que á mi corazon despedazado
Todo el consuelo dió, que mis desdichas
Capaces eran de tener, abriendo
A la resignacion el alma mia.

»Despues de algunos meses de espantosos
Accesos de furor y de vigilias
Tenaces, de mi cuerpo apoderóse
Con ardoroso afan fiebre maligna,

»Que consumió mis fuerzas y en el lecho
Postrado me dejó por cinco dias.
Pero en sudor copioso terminando,
Despareció por fin; tan abatida

»Debilidad dejándome, que apenas
Un momento tenerme en pié podia.
En postracion tan grande, de un profundo
Sueño no interrumpido las delicias

»Conseguí disfrutar; y cuando estaba
En su dulce descanso, ante mi vista
Magnífico espectáculo ofrecióse,
Que ni un momento mi memoria olvida.

»Víme pues entre nubes y celajes,
Que de oro el sol y de risueñas tintas
Matizaba esplendente: en un abismo
Bajo mis piés al mundo descubria,

»Envuelto en sombras densas; y un torrente
De purísimas luces difundian
Sobre mí las estrellas. Luego escucho
Son celestial de música divina,

»Y abriéndose los cielos, entre un coro
De eternales espíritus, divisan
Mis ojos siete jóvenes gallardos,
Que en esplendor al mismo sol vencian.

»Eran sus vestes como nieve puras,
Azucenas que el tiempo no marchita
Coronaban sus frentes; en sus manos
Palmas eternas, venerable insignia

»De los mártires santos ostentaban;
Y en sus cuellos brillaba, como brillan
De esposa en cuello virginal rubíes,
La huella de una bárbara cuchilla.

»Conocílos al punto: eran mis hijos,
Mis hijos felicísimos que habitan
La mansion celestial. Estremecíme
De gozo, y desperté. La luz del dia

»Llenaba mi prision: salté del lecho,
Arrojéme en el suelo de rodillas,
Consoladoras lágrimas bañando
Mi compungida faz. En voz sumisa

»Oré por largo rato ante el eterno;
Y al mismo tiempo en mi interior sentia
Un bálsamo celeste difundirse,
Y mi alma humilde descansar tranquila.

»Ya no ví mas al tentador coloso,
Que hasta entonces las noches y los dias
Me atormentó tenaz; y aunque en mi pecho
Siempre estaban grabadas mis desdichas,

»De Dios con los decretos resignado,
Hallé constancia en mí para sufrirlas.
Pasáronse los años; presurosa
Vino á mí la vejez; sus manos frias

»De mi vigor los restos me robaron,
Y todos los achaques y fatigas,
Que su cortejo forman, se reunieron
Y descargaron sobre mí sus iras.

«Inflamacion terrible y dolorosa
Con agudas punzadas, repentina
Mis ojos atacó, debelitados
Con mi largo llorar. La luz del dia,

»Que fué hasta entonces mi mayor consuelo,
Se tornó mi mas bárbara enemiga;
Porque sus penetrantes resplandores
Destrozaban mis débiles pupilas.

»Pedí á mi carcelero algun socorro;
El cual, feroz como las fieras mismas,
Persistió en su silencio, sin mostrarme
Ni siquiera la frente compasiva.

Abandonado así, con mis clamores
El alcázar soberbio estremecia,
Privado no tan solo de consuelo,
Sino tambien de auxilio y medicinas.

»Con tormentos de rabia me arrastraba
Fuera del lecho por las losas frias,
Buscando una postura que aliviase
Mi punzante dolor, y la vasija

»Del agua derramaba sobre el rostro.
Esto aumentó la enfermedad maligna,
Que terminó por fin, en noche eterna
Sumergido dejándome sin vista,

»Cual me mirais. Terrible fué este golpe!
Mas para soportarlo, la divina
Misericordia suficiente fuerza
Me concedió tambien. Esta excesiva

»Desgracia amortiguó completamente,
Y destruyó mi ansiosa fantasía;
Y falta de esperanzas y deseos,
Carga ya inútil, arrastré la vida.

»Los siete golpes de las siete piedras,
Que la alta claraboya siempre herian,
Me daban á entender que era de noche:
De la puerta las barras y aldabillas,

»Y la entrada del mudo carcelero
Me daban á entender que era de dia;
Y por ambos estruendos computaba
El tiempo perezoso. En mi mezquina

»Mente aun alguna vez cierta vislumbre
De esperanza falaz y fugitiva
Tornó á brillar; pero extinguióse al punto,
Y mi labio osa apenas referirla.

»Cuando salí de Córdoba, la tuve
De dejar un sosten de mi familia,
Y acaso un vengador... Mas, ay! el fruto
De un afecto culpable, de una indigna

Pasion para un cristiano hubiera sido;
Y del cielo irritado la justicia
Un consuelo, producto de las culpas,
Por que tan sábiamente me castiga,

»No me ha querido conceder... No existe...
Plegue á la Providencia... Me horroriza
Que un pecho acaso, do mi sangre hierve,
De Dios blasfeme ciego en la mezquita!!!

»Piedad!... piedad, Señor!» Aquí el anciano
La voz ahogada, el alma confundida
Con súbito terror, quedó en silencio;
Y con las manos trémulas y frias

La faz rugosa se cubrió. La turba,
Que toda la atencion clavada y fija
Tiene en su rostro y en su labio, calla,
Y de su mudo acento participa.

Nadie alentó. Despues de un corto rato
De estar la narracion interrumpida,
Lanzando un profundísimo suspiro,
El gran Gustios así tornó á seguirla.

«Ciego estaba, agobiado por los años,
Mas resignado en la suerte mia,
Sin deseos, temores ni esperanzas,
Y ya sin fuerza hasta mis penas mismas;

»Siendo mas bien que un hombre, un frio cadáver
Que respiraba acaso y se movia.
Horas y meses, estaciones y años,
Como sobre un sepulcro, discurrian

»Sobre la torre en que encerrado estaba,
Cuando por fin (hoy hace nueve dias),
Al entrar como siempre el carcelero
Por la mañana en mi prision mezquina,

»Escuché humano acento con sorpresa,
Y acento de una voz grata y benigna.
La fuerte conmocion que aquí en el pecho
Sentí, no me es posible describirla.

»Tardo el oido, apenas las palabras
Que escuchaba, entendió; pero á gran prisa
Salté del lecho y extendí ambas manos,
Hácia do el son casi olvidado oia;

»Y mi nombre escuché, y un gran gemido,
Y me sentí abrazar... Oh gozo!... oh dicha!
Reconocí la voz... era de Nuño,
Del generoso Nuño... Alguna insidia

»Que á mi constancia el tentador tramaba,
Aun pude sospechar; mas las amigas
Expresiones dulcísimas y tiernas,
Que encantándome el alma repetian

»Los fieles labios del discreto Nuño,
Y el raudal de preguntas, de noticias
Confusas todas, de ásperos recuerdos,
De nuevas esperanzas y alegrías,

»Que de su boca rápido brotaba;
Y sus tiernos abrazos y caricias,
El tono con que hablaba al carcelero,
Y su empeño en sacarme á toda prisa

»De aquella torre, me indicaron pronto
Favorable mudanza repentina;
Y quedé en un estúpido silencio,
En inaccion completa. No podian

»Mis piés andar, y en cuanto el aire libre
Mi pecho respiró, como sin vida
Me hundí en letal desmayo. Al recobrarme,
Me hallé en un lecho cómodo, y la amiga

»Voz de Nuño escuché, con otras voces
Gratas, aunque por mí no conocidas.
Sirviéronme exquisitos alimentos,
Restauradas sentí las fuerzas mias,

Dí gracias al Señor omnipotente,
Y con Nuño entablé larga y prolija
Conversacion, para saber la causa
Que libre y á su lado me tenía.

»Contóme, pues, la muerte de Don Sancho...
(¡Dios en el tribunal de su justicia
Le haya mirado con benignos ojos,
Y en la mansion celeste lo reciba!)

»Y que Fernan-Gonzalez, á quien niño
En Burgos conocí, ya de Castilla
Era Conde supremo, el cual clemente
Ponerme en libertad mandado habia.

»¡Ah! de perdon el humillante nombre,
Que para el inocente es de ignominia,
En su decreto está, y al escucharlo,
Noté que harto incompleta era mi dicha.

»Bienes y libertad me vuelve, amigos,
No la honra, no la fama... Aun la divisa
De traicion mis palacios ennegrece...
Rui-Velazquez gobierna todavía...

»Y pasarán á los remotos siglos
La afrenta y el baldon de mi familia...
¿Qué pronuncio?.. ¡infeliz! ¿La tengo acaso?...
Yo soy de ella el postrero... ¡Oh Dios!... bendita

»Tu mano sábia y bondadosa sea,
Que me ha privado de la inútil vista,
Libertándome así de ver la marca
Injusta, atroz y nunca merecida,

»Mas siempre infame, que en mis puertas dice,
Cuán grande es de los hombres la perfidia,
Y ¿por qué no ha dejado al pecho mio
Fuerzas para borrarla y confundirla?...

»¡Oh Dios! ¡Oh Dios!... A Salas anheloso
Venir mi pecho ansió, y á los tres dias
De haber salido de la torre, en marcha
Me puse, y hoy llegué, no sin fatiga.

»Libre en Salas estoy, sí... ¡Cielo santo!
¿Es un bien, ó es un mal?... ¿Es una dicha,
O un infortunio nuevo haber salido
De la estrecha prision?... Allí vivia,

O, por mejor decir, ya muerto estaba
(Que no siempre está vivo el que respira),
Sin placer ni dolor, pues la costumbre
De padecer y de sufrir nos quita

»La sensacion al cabo, y adormece,
Y el tormento mas áspero amortigua;
Mas ahora nuevamente se han abierto
A mis pasos las puertas de la vida,

»Y por ella camino sobre abrojos,
Encontrando pasiones ya perdidas,
Lo pasado anudando á lo presente,
Solo, entre precipicios y ruinas.»

Quedó en silencio el venerable anciano,
Al terminar su relacion sucinta.
El confuso rumor del auditorio
Mostró el gran interés y simpatía

Que en los pechos de todos encontrára.
El discreto Arcipreste una prolija
plática de conforto y de consuelo,
Toda empedrada de oportunas citas

De la santa Escritura, dirigióle,
Y luego los hidalgos de la villa
Respetuosas ofertas; y entre el pueblo
Resonaron de nuevo aplauso y vivas.

En tanto el ama, que con gran conato
Y con lágrimas siempre las mejillas
(Pues era tan curiosa como fresca,
Y á la par de hacendosa compasiva),

Oyó la narracion; sale un momento
Y primorosa y pulcra, en la cocina
Con miel, vino y naranja confecciona
Para el buen viejo una cordial bebida;

Y al comedor tornando, en una taza
De plata, acomodada en su salvilla,
Se la ofrece, rogándole la acepte
Como una imponderable medicina.

De ella bebió algun sorbo el noble anciano
Dando á la dueña gracias expresivas.
Aquietóse la turba nuevamente,
Y en Nuño todos sus miradas fijan.

Este saciando el general deseo,
Contó la historia larga y peregrina
De sus raros sucesos y aventuras,
En los lejanos orientales climas.

Empezó refiriendo que en el campo,
Do los infantes perecido habian,
Quedó bañado en sangre, moribundo,
Destrozado el arnés, lleno de heridas,

De que mostró las hondas cicatrices.
Recordó, que llevado á una alquería,
Encontró grato auxilio; y que curado,
Tornó sin detenerse hácia Castilla,

Donde sabiendo la prision de Lara,
A Lerma fué, juzgando que podria
Verle y hablarle; mas que vanas fueron
Todas sus diferentes tentativas.

Con lo que despachado, fuése á Burgos
Para implorar del Conde la justicia;
Y allí en prision estrecha le encerraron,
De que logró fugarse á pocos dias,

Huyéndose á Leon, porque esperaba
Tal vez hallar la proteccion antigua;
Pero hecho monje Alfonso, y la corona
Por el audaz Ordoño pretendida,

Encontró el reino aquel mísera presa
De discordias y guerras intestinas.
Y pasó al de Navarra, en cuya córte
El indolente y sin valor García

Sus ruegos desoyó. Buscó en la Francia
Amparo y proteccion; pero fatiga
Inútil fué, porque su rey huyendo
Del conde de París, y de la altiva

Ambicion de los duques de Borgoña,
Allende el mar en las britanas islas
Asilo y vengador buscó, llevando
Sus tesoros consigo y su familia.

Dijo Nuño, que entonces ir á Roma
Determinó, por ver si lograria
La proteccion del jefe de la Iglesia
Para el señor de Lara; y como habia

Visto al paso en Milan la ceremonia
Con que de hierro la corona antigua
Tomó el conde de Arlés, cual rey de Italia,
Refirió largamente (lo enemiga

Que fué la suerte injusta demostrando
A todas sus honradas tentativas,
Y cómo inexorables las estrellas
En contrariar su plan se complacian),

Que llegó á Roma en el fatal momento,
En que el décimo Juan, por la perfidia
De Marozzia, de Güido de Toscana
Esposa, si del padre concubina,

Cayó al golpe traidor de daga infame
Por sacrílegas manos esgrimida:
Dejando yermo el sólio pontificio
Y despierta la cólera divina.

Prosiguió Nuño, que cansado entonces
De mirar tan sin fruto sus fatigas,
Y despechado de encontrar doquiera
En el orbe cristiano alevosías,

Guerras, ferocidad, asesinatos,
Perjuros, parricidios y ruina;
Resolvió abandonar por siempre á Europa,
Y dirigirse á los remotos climas,

El gran sepulcro á visitar de Cristo,
Y los lugares do nació la vida:
Buscando luego paz en los desiertos,
Entre los penitentes cenobitas.

En tal resolucion sus culpas todas
Con un prelado de virtud eximia
Humilde confesó, y en griega nave
Zarpó de Ancona con el rumbo á Siria.

Pero aun no satisfecha la Fortuna
Ni las estrellas ver logró propicias:
Del Adriático mar las bravas olas
De invierno duro las tonantes iras

Le opusieron constantes; y en el punto
En que calmado el tiempo, de Corcira
Saludaba los montes, fué cautivo
De una armada galera berberisca;

Y á Malta conducido, donde esclavo
De Sarracenos, que de aquellas islas
Eran dominadores, largo tiempo
Arrastró hierros y apuró desdichas.

Arrebatado yo tambien, oh Malta,
Por las borrascas de la suerte impía,
Harto, aunque jóven, de encontrar á Europa
Poblada de traiciones y perfidias,

Huyendo de mi patria y de la tierra,
Tumba de gloria y de grandeza antigua,
Que el Arno, como un huérfano el sepulcro
De sus padres, con flores entapiza;

Sin mas bien que mi amor, en rota nave,
Del viento y mar luchando con las iras,
A tí llegué, y en tus doradas rocas
Ví de mi juventud volar los dias (30).

Mas no hallé, como Nuño, en tí cadenas
Ni Sarracenos bárbaros: delicias,
Obsequios, compasion, tiernos amigos,
Alivio grato de las penas mias,

Venturoso encontré. Tu ardiente suelo,
Ya florido jardin por las fatigas
Del diestro agricultor, tus altas torres,
Que períodos de gloria testifican,

Y tus buenos y honrados habitantes
Bajo el dominio hallé de la mas rica,
Libre, ilustrada, noble y poderosa
Nacion, que el sol desde el zodiaco admira.

Allí me recibiste, tú, y me honraste,
Oh venerable anciano, que las Indias
Venturosas hiciste, Hástings ilustre!...
Mas, ay! que de dolor pronto la isla

Vi cubierta, y de luto. Airada muerte
A su amor te robó... ¡tremendo dia!
Con el pueblo lloroso, hasta la tumba
Yo acompañé lloroso tus cenizas.

Woodford, Frere, Ponsonby, Zammit, Stílon,
Y tú que á Sancio tan de cerca imitas,
Hyzler, vuestra amistad, dulce consuelo
De todos mis afanes, está viva

En mi alma toda, y lo estará por siempre.
Si de llegar á vos logra la dicha
Esta historia, empezada entre vosotros,
Continuada del Sena en las orillas,

Y que do tendrá fin el cielo sabes (31);
Aquestos versos de mostraros sirvan,
Que el bálsamo que disteis á mis penas,
Eterno vive en la memoria mia.

Y tú, risueña y deliciosa roca,
Asilo encantador, mansion tranquila,
Tú eres la patria de mis tiernos hijos,
Y podrás serlo para mí adoptiva.

¡Ay! si el destino inexorable y duro
(Tanto rigor el cielo no permita)
Me robase del todo la esperanza
De hollar del Bétis la region florida,

Y de aun gozar en sus frondosos bosques,
Gallarda sierra y fértiles campiñas,
Dulce vejez y paz; al punto al punto
En tí, oh Malta, el sepulcro buscaria.

Mas tornemos á Nuño, y á su historia,
Que tiene la atencion de Salas fija,
Y halle gracia y disculpa mi estravío,
Por efusion de un alma agradecida.

Refirio Nuño pues, como amarrado
Al blanco de un bajel por largos dias,
Sirviendo á los piratas sarracenos,
Ayudó con un remo á sus rapiñas,

Hasta que en noche oscura y borrascosa
Naufragando en las costas de la Libia,
En un mástil salvóse, á la mañana
Hallando á un tiempo libertad y vida;

Y que errante por montes y desiertos,
Apurando peligros y desdichas,
Tomó la direccion hácia el Oriente,
Y á los muros llegó de Alejandría.

Era el momento en que invadió el Egipto
Mahomad-al-Ashked, el ikschidita;
Y aunque halló Nuño en confusion la tierra,
Tuvo la proteccion y la acogida

Del patriarca Macario; sin peligro
Vió del fecundo Nilo las orillas,
Visitó las pirámides, y luego
Prosiguió su camino á Palestina.

Contó como entre varios peregrinos,
Que ruta igual en caravana hacian,
Encontró con Egidio, un noble anciano
Mozárabe de Córdoba, que habia

Su hogar abandonado y patria hermosa,
Huyendo de Giafar la furia altiva,
Que cubriendo sus canas de amargura,
Robóle audaz una inocente hija;

Y vagaba sin sombra el desdichado.
Nuño con él en los pasados dias,
En que á Córdoba fué con Záide, tuvo
Estrecha conexion; y de la antigua

Amistad renovó la confianza
La mutua relacion de sus desdichas.
Este imprevisto encuentro para entrambos
Fué de grande consuelo en las fatigas

De peregrinacion tan dilatada.
Se ofrecieron correr la suerte misma,
Juntos atravesaron los desiertos,
Pasaron el Jordan, y á la cautiva

Jerusalem llegaron. Contó Nuño
Las grandes vejaciones que sufrian
Los cristianos en ella, y lamentóse
De que ciudad de tan sagrada estima

Gimiese entre las bárbaras cadenas
Del fiero musulman. Hizo prolija
Relacion de las raras ceremonias,
Y de las penitencias y vigilias,

Con que entrambos allí se prepararon
Para entrar del sepulcro en la capilla,
Y cómo al fin la santa losa vieron,
Que el cuerpo santo custodió tres dias.

Del Calvario, Betlen, y otros lugares
(Santos, porque lograron la divina
Presencia), refirió las circunstancias,
Y milagros que en ellos sucedian.

Contó cómo despues fué con Egidio
A buscar del Mar muerto las orillas,
En donde un solitario penitente,
De extrema santidad, en una ermita

Largo tiempo habitaba. Recibidos
Fueron por él con gusto y alegría,
Y tres años allí lejos del mundo,
Bajo su direccion, dulce y tranquila

Existencia gozaron. Pero muerto
Por extrema vejez el cenobita,
Y el sitio aquel espuesto á los furores
De las armadas hordas beduinas;

El desierto dejar determinaron,
Y guarecerse en Jope algunos dias.
Así lo hicieron: en el puerto estaba
Una hermosa galera de Sevilla,

Que cargada de bálsamos y aromas
Para Gebhel-Tareck á partir iba;
Y esta ocasion del cordobés Egidio
La constancia tentó. Veces distintas

Habló con el arráez, y á su patria
Determinó tornar, pues de la hija
Se refrescó el amor. Recordó Nuño
Lo que afligió su pecho la partida

Del venerable anciano, cuyas prendas
Eran de amor y de respeto dignas;
Y mostrando el curioso relicario,
Que colgado en su pecho se veia,

Dijo, habérselo dado aquel amigo,
Al despedirse de él, en la marina.
Y prosiguió contando, que al hallarse
Aislado, solo, y la salud perdida,

No se atrevió á tornar á los desiertos;
Y que en un monasterio, do en la cima
Del Carmelo habitaban religiosos,
Buscó, y halló consuelo y acogida.

Al cabo de diez años un incendio
El edificio resolvió en cenizas,
Por lo que dispersándose los monjes,
Nuño con el abad á Alejandría

Se dirigió. Recuerdos de la patria,
Anhelo de saber, si ya propicia
Con Gustios era la mudable suerte,
Y cansancio y horror de aquellos climas,

Le decidieron á volver á España;
Mas no pudo encontrar armada y lista
Nave alguna en el puerto, que á poniente
Enderezase el rumbo. Largos dias

En vano la esperó, y al fin cansado,
Se hizo á la mar en una barca egipcia,
Y á la ciudad llegó de Constantino
A visitar el templo de Sofía.

Desde allí una galera veneciana,
Recorriendo las costas de Sicilia,
Y el mar tirreno, le condujo en salvo
Al puerto antiguo de Provenza rica.

Recordó pues que al punto el Pirineo
Pasando, fué á Sobrarve, y de Castilla
Pisó la tierra al fin con pié turbado,
Y con alma embargada de alegría.

Sin detenerse dirigióse á Burgos,
Y en todo una ciudad halló distinta
De aquella que dejó... ¡tántas mudanzas
Diez y ocho años producido habian!

Dijo que se encontró como extranjero
En medio de su patria... ¡Gran desdicha,
Que acontece despues de larga ausencia,
Y que al mas duro corazon lastima!

Sí; los recuerdos dulces de la patria
Lejos del propio hogar se fortifican;
Que en ella es todo eterno imaginamos,
Y la vuelta se anhela y se suspira,

Pensando hallarlo sin mudanza todo.
De tornar á la patria llega el dia;
Lo que en ella dejamos, ya no existe,
Y realidades nuevas y distintas

Se encuentran solo. Con asombro vemos
Toda nuestra ilusion desvanecida;
Y extraños somos en la propia tierra,
Que es la mayor de todas las desdichas.

Así á Nuño ocurrió; cual peregrino
Vagó por Burgos, donde todo habia
Sufrido alteracion. Solo en el pecho
Del ciego conde Sancho estaba viva

La indignacion contra el señor de Lara,
Y firme el gran favor y necia estima,
Con que dejaba en manos de Velazquez
El cetro del condado de Castilla.

Encontrándolo todo tan mudado,
Excepto los rencores y perfidias,
Dejó la córte, y hácia Lerma fuese,
Para tener de su señor noticia.

Supo que continuaba en su hondo encierro
Y privado por siempre de la vista;
Y, como en tiempo antiguo, fueron vanas
Para verle sus nuevas tentativas.

Dijo Nuño que pronto despechado
Al ver sus esperanzas destruidas,
Y de haberse alejado arrepentido
De las remotas tierras, do tenia

Ya amigos, conexiones y habitudes,
Para errar sin objeto por Castilla,
Que un vasto cementerio era á sus ojos;
Determinó pasar á Andalucía,

Para saber de Záide, y si su amigo
Y compañero en los lejanos climas,
El mozárabe Egidio, aun disfrutaba
Allá en su patria de sosiego y vida.

La guerra que entre moros y cristianos
Entonces se encendió, y una maligna
Enfermedad, contó, que se opusieron
A su resolucion. Fuese á Galicia,

Y allí despues de visitar la tumba
Del santo Apóstol, á acabar sus dias
Se encerró en un aislado monasterio,
Del mar de Atlante en la escarpada orilla.

A dos años de estar en tal retiro,
De que el conde Don Sancho muerto habia
La nueva recibió; y en el momento
Con ciertas esperanzas y á gran prisa

A Burgos vino, y ante el nuevo Conde
Pidió reparacion de la injusticia
Con que era perseguido Gustios Lara.
Consiguió que con faz grata y benigna

El gran Fernan-Gonzalez le acojiese;
Y á pesar de Velazquez, que aun tenía
El supremo poder, logró dichoso
La libertad de Lara. Conseguida,

A Lerma voló Nuño, y olvidando
Todas sus ánsias, penas y agonías,
Halló de todas ellas recompensa,
Cuando gozoso con su mano misma

Abrió la puerta á la prision de Lara,
La libertad tornándole, de guia
Sirviéndole, y cual siervo reverente,
Consagrándole el resto de su vida.—

El buen Nuño Salido, aquí indicando
Que segun la presencia, y la benigna
Condicion que mostraba el nuevo Conde,
Para Lara esperaba mayor dicha;

Y dando (era discreto) al auditorio
Gracias por su atencion, á la prolija
Historia de sus raras aventuras
Puso con labio fatigado cima.

Sonó el rumor por la espaciosa cuadra,
Que admiracion y que respeto indica;
Pues los que el patrio hogar nunca han dejado,
Semejantes afectos siempre abrigan

Por los que el ancho mundo recorriendo,
Arrostrando peligros y fatigas,
Otros pueblos han visto, otras costumbres,
Grandes sucesos, raras maravillas.

El Arcipreste demandó silencio,
Y su elocuencia demostró en seguida,
Dándole enhorabuena y aun elogios
Porque el santo sepulcro visto habia,

Mezclando como siempre, en su discurso
De las sagradas Letras doctas citas.
Los hidalgos despues, y capellanes
Mil congratulaciones y muy finas

Ofertas á los dos nobles ancianos
Dirigieron tambien; en nuevos vivas
Prorumpió el vulgo; circuló en la turba
De navarro aguardiente la botija;

Y todos se marcharon, de ambos viejos
A repetir la historia á sus familias;
Añadiendo sin duda circunstancias
Que mayor interés excitarian.

Pues muchos del concurso echaron menos
Que en una y otra historia peregrinas,
Ni encantadores, brujas, ni gigantes,
Ni dragones de fuego intervenian;

Y de propio caudal tales filetes,
Y otras alteraciones inauditas
En sus repeticiones añadieron;
Tanto, que Lara y Nuño á pocos dias,

Oyendo referir sus propios lances,
Casi reconocerlos no podian,
Y de su gravedad diz que á despecho
Ambos soltaron riendas á la risa.

Ya era entrada la noche, cuando Nuño
Dió á su relato fin: roncas crujian
Las techumbres, del viento contrastadas,
Al peso de la nieve, que caia

En gruesos copos desde media tarde;
Y de Lara y de Nuño solicita,
Que honren aquella choza el Arcipreste;
Porque desmantelado y á ruinas

Reducido el palacio, poco abrigo
A tales personajes dar podia.
Aceptó Lara tan cordial convite:
Lo que dió nuevo campo al ama activa,

De aumentar de su fama los aplausos,
Demostrando tener igual pericia
En aprestar las cámaras y lechos,
Que en fraguar de repente una comida.

NOTAS DEL PRECEDENTE ROMANCE.

(30) Habiendo dejado el seguro asilo de Inglaterra, me encaminaba hácia Roma, para lo cual habia obtenido especial pasaporte pontificio y toda suerte de seguridades de aquella córte, y desembarqué en Liorna por el mes de Julio de 1825. Concluida mi cuarentena, me presenté al cónsul romano, para que refrendára mi pasaporte, á lo que se negó absolutamente, diciéndome, tener órden para no refrendar ninguno, sin enviarlo antes á Roma, á que fuese reconocido. Remitió, pues, el mio, y fué devuelto con terminante negativa. Representé al cardenal de la Somaglia, y me contestó por medio del cónsul, que sin embargo de que mi pasaporte estaba en regla, y dado de órden de Su Santidad, me espondria á *grave dispiacenze*, si ponia los piés en los dominios apostólicos. Esta inesperada repulsa fué inmediatamente seguida de la mas encarnizada persecucion por parte del gobierno toscano, llegando la policía de Liorna á aprestar la fuerza armada para arrojarme de aquel Estado. En tanto apuro recurrí al cónsul británico Mr. Falconar, quien apoyado en un pasaporte inglés que me habia dado lord Chatham á mi paso por Gibraltar, no omitió diligencia alguna para contener la persecucion, y logrando ganar tiempo, me embarcó en un bergantin-goleta inglés, que despues de borrascosa travesía, me condujo á Malta. En aquella isla hallé grata hospitalidad y toda suerte de consideraciones, tanto en los ingleses como en los naturales; y allí concluí la *Florinda*, escribí otras obras, y empecé esta leyenda. Permanecí en aquel grato y seguro asilo hasta Marzo de 1830, en que me trasladé con mi familia á Marsella en el yate *Lady Emilie*, que puso generosamente á mi disposicion el teniente gobernador, el general Ponsonby.

(31) Se concluyó esta obra, despues de una larga interrupcion, en Tours, el año 1832.

ROMANCE SÉTIMO.

«Por el alto Dios del cielo
Y en fe que soy vueso fijo,
Que os he de facer vengado,
O me mataré á mí mismo.»
Romancero del Cid.

Tras granizos y nieves importunas
El cierzo despejó los horizontes,
Y una bóveda inmensa de zafiro
Llenó con sus hermosos resplandores

Limpio y ardiente el sol. Las altas cumbres
De plata aparecieron, y del bosque,
Carámbanos en vez de verdes hojas,
En el yerto ramaje. Esclarecióse

La ribera de Arlanza con un dia
De los que en las hispánicas regiones
Brillan en medio del invierno crudo,
Y los mas claros son que admira el orbe.

Ya estaba en su palacio Gustios Lara,
Y á su fiel Nuño pide le coloque
Do al aire abierto los ardientes rayos
Del vivífico sol tranquilo goce.

Nuño al momento fuera del postigo,
Ya escombrado de leños y cascote,
Que era la sola entrada del palacio,
Un gran sillon de tosca encina, sobre

Blancas zaleas en lugar de alfombra,
Para dar gusto á su señor, dispone;
Y allí despues del brazo lo condujo,
Y con grande respeto acomodóle.

Sentado el ciego Lara, entrambas manos
Estendió en las rodillas, y gozóse
Con el dulce calor que difundia
Sobre él el padre de la luz, que entonces

Caminaba al zenit. La espalda al muro
Y de pié quedó Nuño, y cruza y pone
Sobre el pecho los brazos. Los contornos
La sombra oscura dibujó conformes

En los toscos sillares de ambos viejos,
A quienes largo espacio se les oye
Tan solo respirar. Lara afanoso
La faz alzó, tal vez los resplandores

Para buscar del astro refulgente
Esperando, ¡infeliz! la larga noche
Moderar de sus ojos, y á lo menos
Ver tibia claridad. Desengañóle

Empero la experiencia: aunque á torrentes
Su lumbre, no ya un sol, sino mil soles
Derramáran sobre él, siempre su vista
Fuera mas insensible que los bronces.

Conocióle el anciano, y abatido
Inclinando la frente, conformóse,
Y empezó á susurrar en voz sumisa
Sus rezos y contínuas devociones.

Nuño entre tanto inmóvil espaciaba
Los ojos por los llanos y los bosques,
O por la inmensa bóveda celeste;
Y vários pensamientos voladores

En su mente cruzaban. Ya recuerdos
De su primera edad, de los veloces,
Fugaces dias, cuando aquellos campos,
Floridas selvas y lejanos montes

Donde quiera contentos le ofrecian:
Ya de aquellos, que armado los furores
Del combate arrastró: ya aquellas horas,
En que educando á los Infantes nobles,

De la paz, de la guerra y de la caza
Desvelado les dió doctas lecciones;
De que cogió tan regalados frutos,
En pos del lobo y jabalí feroces

Viéndolos recorrer aquellas cumbres,
Mostrarse en las batallas los mejores,
Y lucir en las justas y festines
De discrecion y agilidad los dotes.

De tal meditacion, en que sumido
Estuvo largo tiempo, al fin sacóle
Con abatida voz, así diciendo,
De su ciego señor el labio torpe:

«Desde que libre estoy, oh amigo Nuño,
No hay un solo momento en que se borre
Córdoba de mi mente. Ya te he dicho
Cuanto allí me ocurrió... Culpas enormes

»Contra mi Dios en la mazmorra horrenda
Es cierto cometí, que los rigores
De la justicia eterna provocaron.
Mas, ay!... era preciso no ser hombre,

»Sino un Angel de luz para librarse
En mi terrible situacion de entonces
De las insidías del astuto infierno.
Pequé, Señor, pequé!... Sí, ardí en amores

»Por una infiel beldad... Pobre Zahira!
Si como nació en Córdoba, de Tormes
O de Arlanza, en las márgenes naciera,
De cristianas virtudes fuera norte...

»Mas, soy, ay Nuño! criminal mil veces.
Aquel dominio que en su pecho noble
El cielo me acordó, fué, bien lo alcanzo,
Para su alma sacar de los errores,

»Y á la fe conquistarla; y yo, protervo,
Obrando á la razon poco conforme,
Me aproveché de aquel dominio solo
Para abusar de su inocencia... ¡Atroces

»Son los remordimientos que me acosan,
Y que mi corazon mezquino rompen!»—
Cesó el anciano en lágrimas deshecho,
Y el compasivo Nuño le responde:

»Gran yerro fué, señor, de tal manera
Del cielo santo corromper los dones;
Mas su misericordia es infinita,
Y al pecador arrepentido acoje.—

»Arrepentido está mi humilde pecho,
Lara con un sollozo interrumpióle.—
Y perdonado estás, prosiguió Nuño;
¿Quién los designios del Señor conoce?

»Tal vez la llama misma, que encendiste
Allá en el alma de la ilustre jóven,
La abrió á la fe; y es hoy apóstol santo
Que en Córdoba predica en altas voces

»El Evangelio. Si las claras prendas
De la Princesa mora son conformes
Con lo que tú relatas, ¿fuera extraño
Que el justo cielo así las galardone?

»Su ardiente caridad me referiste,
Y que de los cautivos y los pobres
Era madre comun: virtud tan grande,
La primera de todas, que á los hombres

»Iguala con los Angeles, sin premio
Nunca quedó, jamás.»—Estremecióse
De gozo Lara y prorumpió llorando:
«¿Por qué quieres con tales ilusiones

»Acallar mi tenaz remordimiento,
Y aquietar mi conciencia?... Bien conoces
Que no es posible tanto, no: á la hermana
Del potente Almanzor, de aquella córte

»En la atmósfera impura, ¿quién pudiera
De su secta mostrarle los errores,
Nuestros altos misterios explicarle,
Y el agua santa que los lazos rompe

»Del pecado esparcir sobre su frente?...
Yo, solo, yo... infeliz!... mil ocasiones
De hacerlo tuve, y las perdí... Dios mio!
¿De su condenacion quien te responde?

»¿Quién te responde, sino yo?»—Convulso
Quedó el mísero anciano: convirtióse
En gemidos su voz, y vacilando
Iba á caer; mas Nuño le socorre,

Con palabras de afecto le sosiega;
Y oportuno con sábias reflexiones
Le exhorta á que, olvidando lo pasado,
De lo presente, cual se muestra, goce.

Levanta hinchado el mar su turbio espacio
En negras olas y movibles montes,
Cuando vestidos de tonantes nubes
Braman los encontrados aquilones;

Pero si el blando céfiro aparece,
Y luz remota anuncia el horizonte,
Toman las ondas diferente aspecto,
Y bien que aun agitadas, se conoce

Que es mas blando el impulso que las mueve,
Y que á amansar su furia se disponen.
Así acontece á los humanos pechos,
Segun cambian de giro las pasiones,

Y así su agitacion el ciego Lara
Calmó, y en blando lloro desahogóse,
Cambiando de repente sus ideas;
Y continuó, sumiso y mas conforme:

«Ay, Nuño!... amigo Nuño!... Grato el cielo
Aun reparo tal vez á mis enormes
Culpas pudiera dar... Si tiene vida
La hermana de Almanzor... Era tan jóven!

»¿Por qué no ha de vivir?... Ah! si enterada
De que ya libre estoy... viniera... Entonces
El agua del bautismo, el santo nudo
Que bendice de Dios el sacerdote,

»Pudieran, sí, santificarlo todo.
De ella una santa hicieran, y la noche
En que vivo, tornáran claro dia,
Y esperára sin susto el postrer golpe.»—

Calló el anciano, y suspiró, la rienda
Soltando á sus falaces ilusiones,
Lleno de vida el venerable rostro,
Y de expresivo fuego. Bien conoce,

Observándole atento el docto Nuño,
Las regiones extrañas que recorre
De su señor la mente; y que á despecho
De todas sus desdichas y aflicciones,

Y del curso del tiempo, aun su alma oculta
Una pasion antigua, los amores
Que las delicias postrimeras fueron
De su pecho infeliz. Las reflexiones

Que este atisbo al buen Nuño sugeria,
Lara, tornando á hablar, pronto interrompe,
Pues dijo así, sus vagos pensamientos
Tomando de repente otros colores:

«Era infiel, era infiel; y mi cariño
Réprobo y criminal. Lo reconoce
Harto mi corazon; mas, ay! su fruto
Era inocente, sí... Me faltan voces

»Para expresar lo que en el alma siento
Al recordarme de él... ¿Con fiero golpe,
Le hundió la muerte en el voraz sepulcro,
Al punto de nacer?... ¿O en ciega noche

»De horror, de iniquidad, de idolatría
Vive, y blasfema de mi Dios el nombre?
Nuño!... qué horror!!! ¿Tal vez hembra infelice
En brazos de un infiel?... Mi alma se rompe.

»En tantos años, ah! nueva ninguna
Ha llegado hasta mí... Záide, aquel noble
Y valeroso Amir, y que me debe
La libertad y vida, corresponde

»Mal con su obligacion, pues no ha buscado
Modo de penetrar hasta la torre,
En donde tantos años he vivido,
Para darme las nuevas...» Atajóle

Nuño en defensa de su amigo Záide
Con gran calor diciendo: «Desconoces
Cuál fué tu situacion, si á Záide culpas,
Y olvidas la estrechez y los rigores

»Con que estabas guardado.—Es cierto, Nuño,
Prosiguió Lara, el cielo me perdone.
Mas tú, ¿por qué hácia Córdoba no fuiste,
En vez de recorrer tantas regiones?»—

Nuño le respondió: «Tú, señor, sabes
Que no pude tener ni indicio entonces
De los lazos que en Córdoba dejabas;
Y hubiera fuerza dado á las atroces

»Calumnias, con que viles enemigos
Manchar osaron tu glorioso nombre,
El que un tu servidor y confidente,
Cual yo, á Córdoba fuese.—Tus razones

»Son de gran peso, Nuño,» dijo Lara,
Y en profundo silencio sumergióse,
Inclinando el semblante sobre el pecho
Que con la barba venerable esconde.

Grande rumor en esto, repentino,
Súbita confusion y roncas voces
Resonaron en torno, á Nuño y Lara
De sobresalto, dudas y temores

Llenando á un tiempo. El ciego los oidos
Atento aplica: el otro se dispone
Las causas á inquirir, y gira y torna
Los ojos en reedor, y entrambos oyen

Moros!... *moros*! gritar, y que se aumentan
La agitacion, los llantos y clamores
En Salas toda. Por delante de ellos
Varios villanos, pálidos, veloces,

Cruzan despavoridos: quién buscando
Cercanas breñas y vecinos bosques,
En donde refugiar familia y bienes;
Quién á advertir al punto á sus pastores,

Que dejando cabañas y rediles
Huyan con los ganados á los montes;
Quién á esparcir la alarma en las aldeas,
Y á reunir lanzas y ginetes, corre.

Nuño pregunta en alta voz á algunos
La causa de la fuga, y le responden
Sin detenerse, que los moros cargan,
Con sus huestes cubriendo el horizonte:

Nueva que corrobora de la villa
El campanario, cuyos huecos bronces
A vuelo publicando el arrebato,
El viento asordan con sus recios sones.

Quedó suspenso Nuño; pero Lara
Al bélico rumor estremecióse,
Y animoso exclamó: «¿Por qué los cielos
Me tienen condenado á eterna noche?

»Si ojos tuviera yo (la edad qué importa!),
De un caballo ocupára los arzones,
Empuñára una lanza, y mis vasallos
No huyeran de los moros invasores.

»Del bárbaro Giafar puede que sean
Los satélites viles y feroces:
De Giafar, que sabiendo estoy ya libre,
Quiere que á ser esclavo suyo torne.

»¡Ah!... si tuviera vista!... —No la tienes,
Dijo al momento Nuño, á quien el nombre
De Giafar, y de Lara la ocurrencia
Heló la sangre. No la tienes... ponte,

»Ponte, señor, en salvo.—Amigo Nuño,
Tranquilo Lara continuó, y ¿en dónde
O cómo? dí... Moverme puedo apenas...
Con mi estrella infeliz estoy conforme.

»Corre á tomar noticias mas exactas.»—
Nuño á dos escuderos llama, y órden
Da de que á su señor cuiden y asistan,
Y que ni un solo instante le abandonen.

Manda poner á punto los caballos,
Y que las armas una escolta tome,
Y á adquirir por sí mismo la certeza
De lo que ocurre, por la villa entróse.

La confusion que reina en el navío,
Si al mismo tiempo que bramando rompe
El huracan sus mástiles, la quilla
Toca en las peñas ásperas que esconde

Entumecido el mar; encuentra Nuño
Por calles y plazuelas. Era entonces
Tal la inseguridad, y tan frecuentes
En plena paz rebatos é invasiones,

Que no era extraño el popular asombro.
Con algunos hidalgos y otros hombres
De cuenta Nuño habló, que apresurados
Aprestaban sus armas y trotones.

Todos le afirman que los moros vienen,
Y que las vegas inmediatas corren;
Mas de su intento y fuerza las noticias
No son ni positivas ni conformes.

Nuño y el Arcipreste, y dos personas
De autoridad resuelven á la torre
De la iglesia mayor, que dominaba
En torno las llanuras y los bosques,

Subir á cerciorarse por sus ojos
Del peligro, que tiene en tal desórden
Y terror la comarca. Lo ejecutan,
Y solo ven á gran distancia, á trote

Veinte moros venir hácia la villa;
Sin parecer en todo el horizonte
Ni mas armadas huestes, ni banderas,
Ni polvo, ni aun rumor. Los resplandores

Del sol demuestran que con armas vienen;
Mas ni furor ni hostiles intenciones
Su modo de marchar. No de milanos
Banda voraz, que hambrienta reconoce,

Y el indefenso palomar embiste,
Parecian los moros trotadores;
Sino banda pacífica y alegre
De apacibles cigüeñas, que los montes

Del Africa dejando en primavera,
Un alto pino ó solitaria torre
Buscan, para anidar en nuestro clima,
Y pasar la estacion de los calores.

Nuño y los que con él observan, luego
Lo advierten todo; su temor calmóse,
Y mandando cesar del campanario
Los alarmantes y molestos toques,

Vuelto curiosidad el miedo, bajan,
Refieren lo que han visto, y los temores
Procuran aquietar del necio vulgo;
Y treinta hidalgos se arman y disponen

A salir al encuentro de los moros,
Para inquirir mejor sus intenciones;
Mientras Nuño á informar de todo á Lara,
Y su inquietud á sosegar volvióse.

Los árabes ginetes conocieron,
Al salir á lo llano desde el monte,
El gran terror que su presencia daba;
Y la llanura atravesar á trote,

Para abreviar su marcha, dispusieron;
Y ya en la villa entraban, cuando en órden
Los treinta hidalgos vieron. Asustados
A su turno, detiénense, y á voces

Paz... amistad, repiten; blancos lienzos
Sobre los hierros de sus lanzas ponen
Y los dos que los jefes parecian,
Sin sacar los alfanjes, á galope

Avanzan á encontrar á los armados:
Los cuales al momento que conocen
Las señales pacíficas, esperan,
Y las armas mortíferas deponen.

Los dos caudillos de la gente mora
Asaz diversos eran: un jóven,
De extremada beldad y gentileza:
El otro, anciano, venerando y noble.

Armas ricas y ricas vestiduras
Ostentan ambos con ilustre porte,
Sobre sendos caballos cordobéses,
Fuertes, revueltos, ágiles, veloces.

El segundo, en lenguaje de Castilla,
Dijo á los castellanos: «Bien, señores,
En vuestras armas y apostura veo,
Que enemigas juzgais las intenciones

»Con que á Salas venimos; pero os juro,
Que son solo de paz. Fuerzas mayores
Que esta tropa no vienen con nosotros,
Y esta no es de soldados lidiadores;

»Es solo de pacíficos esclavos,
Gente, cual veis, sin disciplina y órden:
Y las armas escasas que traèmos,
Son armas de viandantes, que ágrios montes

»Y solitarias selvas han pasado.
Mas si recelo os dan, estoy conforme
En deponerlas al momento. Somos
Amigos y rendidos servidores

»De vuestro alto señor Gustios de Lara;
Y sabiendo ha salido de la torre,
Donde fué injustamente aprisionado,
A presentarle el homenaje y dones

»Venimos de amistad. A su presencia
Llegar nos permitid.»—Dijo y alzóse
Vago rumor entre los treinta hidalgos,
Que, un instante indecisos, no responden.

Uno de ellos astuto recelando
De infieles solo engaños y traiciones,
Con ronca voz le preguntó sañudo:
«¿Vienes de parte de Giafar?»—El jóven

Con el rostro alterado, antes que el viejo,
Contestó: «Acaso nos juzgais traidores?...
Ya no vive Giafar, gracias al cielo.»
—Otros al ver, que apenas de prisiones

Lara está libre, mensajeros moros
Con tal empeño hablarle se proponen,
Dan á recelos y á sospechas viles
Entrada; y casi del difunto Conde

Y del señor de Barbadillo aprueban
La gran severidad y los rigores.
Mas al fin todos el temor perdiendo,
Y cautivados del aspecto noble

Y generoso del infiel anciano,
Y del semblante y actitud del jóven;
Replican á una voz, que entren en Salas
Con su acompañamiento. Se disponen

A servirles de guia hasta el palacio,
Y por la villa entraron en buen órden,
Mezclados los cristianos con los moros
En tranquila amistad y union conformes.

Todos los habitantes de la villa,
Que tan despavoridos á los montes
Trataban de acogerse, larga rienda
Sin mas exámen dando á sus terrores;

Seguros ya de que infundados eran,
Tornado el miedo confianza, corren
Para verlos pasar, con gran bullicio
Ocupando las calles y balcones.

Muchos ancianos al mirar los rostros
Del mancebo y del viejo, reconocen
Personajes que han visto en otro tiempo,
Pero sin recordar cómo ni dónde:

Y un mendigo andrajoso, que á los Laras
Sirvió de podenquero, y que entregóse,
Cuando luego fué echado del palacio,
A la embriaguez contínua, desde entonces

Acá creciendo con la edad el vicio;
Dando traspiés, codazos, pisotones,
De borracho y mendigo con la audacia
Penetró entre la turba. Aproximóse

A los dos personajes cordobéses,
Y mirando al mancebo, en roncas voces
Mal pronunciadas exclamó: «¡Milagro!!!
Y milagro patente!!!... Este es, señores,

»Gonzalo, de mis amos el mas chico.
Vedle tan mozo y de tan sano porte,
Como aquel dia que venció en la justa
Al montañés gigante; y este noble

»Anciano que amoroso le conduce,
Es el patriarca Abran. Los reconocen
Mis ojos, y los ven sin estrellitas,
Pues no he catado el vino desde anoche.

»¡Milagro!!! sí... milagro, y gran milagro!!!»
A tan extraños gritos levantóse
Sordo rumor entre la espesa turba,
Y apiñandose todos en desórden

Sobre aquel que los daba, al conocerle,
Rompen en carcajadas. Mas el pobre,
A quien mas que los piés la frente pesa,
Entre tantos vaivenes y estrechones

No pudiendo tenerse, cayó al suelo,
Y lo regó del vino, que la noche
Anterior se bebiera, segun dijo,
Y á que debió su perspicacia entonces.

Efecto sin embargo produjeron
Su extraña idea y balbucientes voces.
El cordobés mancebo, al escucharlas,
De púrpura esmaltó su rostro noble:

El del anciano se cubrió de gozo;
Y á varios de la villa despertóles
Recuerdos de lo antiguo; pues al punto
La semejanza extraña reconocen,

Que hay en talle, semblante y apostura
Entre Gonzalo Lara y aquel jóven.
Otros que al viejo musulman observan,
Notan que su figura es muy conforme

A una estatua antiquísima de mármol,
De senador ó cónsul, que de poste
En una esquina de la iglesia estaba,
Y á quien de Abran le daba el vulgo nombre (32).

Advirtióse tambien, que por las calles
Con la certeza va de quien conoce
Perfectamente el sitio: circunstancias,
Que tomando al momento los colores,

Con que las cosas mas comunes vuelve
Prodigios la ignorancia de los hombres;
Hace de aquellos huéspedes personas
Del otro mundo. Pronto acrecentóse

Tan rara especie, y adquirió gran cuerpo
En la imaginacion y en las pasiones
Femeniles; pues viejas y muchachas,
Que es Gonzalo aseguran y suponen;

El alma de Gonzalo, que vestida
De fantásticas formas, y por órden
Del justo cielo, á consolar al padre
Viene, y á castigar calumniadores.

Ya entre la muchedumbre circulaba
Con grande asombro de *Gonzalo* el nombre;
Cuando la cabalgada del palacio
Llegó á la plaza, y al entrar, paróse.

El viejo cordobés, notando al punto
Tapiados la alta puerta y los balcones,
Y los signos de afrenta y de ignominia
(Que al momento cual tales reconoce),

Retembló, suspiró, y algo le dijo
En su arábiga lengua al tierno jóven,
Que grande agitacion tambien mostraba.
Y picando de nuevo, dirigióse,

Sin preguntar á nadie, del palacio
El postigo á buscar, cual quien conoce
Perfectamente el edificio; y muda
La turba inmensa en confusion siguióle.

En conjeturas várias divertido
Aun Lara estaba en su sillon de roble,
Disputando con Nuño, y rodeado
De escuderos y armados servidores;

Pero el vecino estruendo de herraduras,
El crujir de las armas, los rumores
De la confusa muchedumbre oyendo,
A retirarse cauto se dispone;

Y por dos escuderos sostenido
Estaba ya de pié, cuando en desórden
Ante él la mora y castellana gente,
Y la caterva popular paróse.

Lo advirtió, y levantando la cabeza,
Vistió de dignidad su aspecto noble;
Y el anciano andaluz en él los ojos
Clavando ansioso, en resonantes voces

Dijo al tierno mancebo: «Este es tu padre:
Ante sus plantas á arrojarte corre,
Y absorto el mundo al verte entre sus brazos,
La Providencia omnipotente adore.»

No habia terminado estas palabras,
Cuando el mozo, dejando los arzones,
Exclamó: ¡*padre*!!! y prosternado en tierra,
Del ciego á las rodillas abrazóse.

Al mismo tiempo conociendo Nuño
Al anciano, cual fuera de sí, rompe:
«¡Oh Záide!... oh bienhechor!... oh tierno amigo!»
Y se arroja en sus brazos. Yerto, inmoble

Lara quedó. La falta de los ojos
Le sumerge en un mar de confusiones.
De ambos moros la voz no le es extraña...
Mas cuando al docto Záide nombrar oye,

Y siente que le estrechan unos brazos,
Y repetir de *padre* el dulce nombre,
Y que en sus manos trémulas se imprimen
Unos labios de fuego; reconoce

Lith. de J. Donon

Toda su dicha, y embargada el alma,
En el sillon sin fuerzas derribóse.
Mudarra, Záide, Nuño, el Arcipreste
A darle auxilio en derredor se ponen;

Callando el pueblo, que asombrado mira
Prodigios donde quiera y confusiones.
Mas no volviendo Lara del desmayo,
Retirarle de allí Nuño dispone;

Y él y Mudarra del sillon asiendo,
Al palacio lo suben. Varios hombres
De cuenta, el Arcipreste y los hidalgos
Le siguieron en pos. Záide la órden

De entrar en el gran patio da á los suyos,
Y Nuño, de que al punto se coloquen
En el postigo aquel dos hombres de armas
Y que á la multitud el paso estorben.

De gran dicha la luz inesperada,
De gran desastre el impensado golpe,
Hacen por lo comun el mismo efecto
En el sensible corazon del hombre;

Que es, sorprenderlo y embargarlo todo,
Confundiendo su aliento y sensaciones
En tan hondo estupor, que hasta peligro
Hay de que en muerte súbita se torne.

Así el anciano Lara, en el momento
Que de su confusion pasó el desórden,
Y conoció que estaba en su presencia
El hijo aquel, de sus afanes norte;

Exánime cayó, y en largo rato
Mas insensible que el helado bronce,
Ni el labio alienta, ni los brazos mueve,
Ni á las personas que le cercan, oye.

En un salon sobre su tosca silla,
En que tiembla tan solo se conoce,
Y en el calor de sus flexibles miembros,
Que aun sangre y vida por sus venas corren.

El Arcipreste confundido apela
A salmos y á devotas oraciones;
Vinagre y agua en el marchito rostro
Esparce Nuño; viejos servidores

Desatentados giran; y en el seno
De Záide afligidísimo se esconde
Mudarra, hundido en el terror. Muy pronto
La agitacion universal calmóse,

Viendo moverse al respetable anciano,
Y que el letargo, que le oprime, rompe,
Pues lanzando un suspiro, de repente
Se incorpora, vivísimos colores

Dando á su faz, y en derredor tendiendo
Los brazos exclamó: «¿Dónde está, dónde
El hijo de mi amor?—Aquí, á tus plantas,»
En ellas arrojándose veloce,

Le respondió Mudarra. Y el anciano
A buscarle inclinándose, estrechóle
Contra su seno, alzándolo de tierra,
Y, «Ven, le dijo, oh dulce prenda!... ponte,

»Siéntate en estas débiles rodillas,
Pues les da el cielo bienhechor que gocen
El dulce peso de mi amado hijo:
Reclínate en mi pecho, y que recobre

»Con tu fuego calor... Hijo del alma!
¿Hay mas feliz que yo nadie en el orbe?...
Hijo mio!... mi bien!... hijo! Mi labio
Saber no quiere articular tu nombre:

»Diego, Martin, Fernando, Suero, Enrico,
Veremundo, Gonzalo... aquel que brote
De estos primero mi memoria, el tuyo
Será, y feliz en mis delirios logre

»En tí á los siete recobrar.» Diciendo
Así, cubria del hermoso jóven
Con lágrimas y besos el semblante;
Mas cesó de repente y anublóse

Su venerable faz, alzó los brazos,
Y con voz que partió los corazones,
«Oh cielos! exclamó; dadme la vista
Un momento, no mas, no mas... que logre

»Ver yo, solo un instante, al hijo mio,
Y vuelva á hundirme en sempiterna noche.»
Quedó en silencio, y en silencio todos
Los presentes tambien. Pero tórnose

De nuevo el padre al hijo idolatrado,
Otra vez en su seno reclinóle,
Respirando su aliento embebecido;
Y con las manos trémulas, que entonces

El oficio llenaban de la vista,
Le palpaba del rostro las facciones,
La robusta cerviz, los anchos hombros,
Y los nervudos brazos. Reconoce

El traje musulman, y, «oh Dios, prorumpe;
Nacido del pecado en los errores,
No quiero verle hasta que vuestro sea.
Al venir á mis brazos, ¿fué tu norte,

»Hijo, la santa fe de tus abuelos?...
¿Vienes para abjurar la secta torpe,
Que, infelice! profesas?»—«Padre mio,
Le responde Mudarra, que hasta entonces

Embargado de gozo y de ternura
Apenas alentó: «no reconoce
Mas voluntad mi pecho que la vuestra;
Obedeceros es mi único norte,

»Mi solo afan el ser vuestro consuelo;
Y vengándoos de pérfidos traidores,
Vuestra inocencia demostrando al mundo,
La gloria restaurar de vuestro nombre.»

Tembló el anciano al escuchar al hijo:
De gozo y de terror su faz cubrióse
Alternativamente; y en un punto
Brillaron los fulgentes arreboles

De esperanzas altísimas en ella,
Y del espanto y desaliento atroces
Las pavorosas nubes la cubrieron.
Quedóse mudo un breve espacio, inmoble.

Mas triunfando en su pecho las ideas
De religion, ó acaso los temores
De aun perder aquel hijo inesperado,
De nuevo entre sus brazos estrechóle,

Cual si esconderle en ellos pretendiera;
Y girando la faz sin vista, donde
Se pintaba el horror de quien en torno
Los puñales descubre y gritos oye

De aleves asesinos, que venganza
Escuchando anunciar, tiemblan y corren
A exterminar al vengador, ocultos
Entre las densas sombras de la noche;

«No pienses tal, mi bien; nunca, hijo mio,
Le contestó con penetrantes voces:
¡Esponer tu existencia por vengarme!
Jamás, jamás... ¿Qué importa de los hombres

»La opinion, si los cielos mi inocencia
Y mi lealtad, y mi honradez conocen?
No quiero, no, venganzas, hijo mio,
Funestas siempre á quien tras de ellas corre.

»Perdonados están mis enemigos:
Perdonados están. Dios me perdone
Como yo los perdono, hijo del alma!...
Tú esponerte? jamás!!!—Padre, responde

»El gallardo mancebo, padre mio!...
¿Y vengo á pronunciar tan dulce nombre,
Para que el hijo del traidor me llamen,
Y ser ludibrio y maldicion del orbe?

»¿Para al triunfo servir de la impostura,
Y perpetuar, en vez de sangre noble,
Una sangre afrentada, envilecida?...
¿Para heredar en fin esos borrones,

»Que de este alcázar la fachada enlutan
Gritando *infamia* con eternas voces?»
Se escandeció la faz del ciego Lara
Al escuchar al generoso jóven,

Cuyas palabras como rayos fueron
Que penetrando en el helado bosque,
Por mas que esté de nieves abrumado,
Lo incendian al momento. Estremecióse

Gustios de Lara: el fuego de su hijo
Fulminante abrasó su pecho noble;
Y la resignacion ó indiferencia,
Que el padecer, la edad, las aflicciones,

La religion, y hasta el despecho mismo
Dieron á su alma helada, disipóse,
En aquel tiempo renaciendo en ella
El amor á la gloria. De su nombre

La infamia y el baldon de su familia,
Que ya en él no concluye, y los horrores
De su afrentosa situacion de pronto
Descubre, y asombrado reconoce;

Y que ni hijos, ni bienes, ni descanso
La deshonra compensan.—Encaróse
(Cual pudiera gozando de la vista)
Con Mudarra, del seno separóle,

Poniéndole ambas manos en los hombros,
Y dijo en voz solemne: «¿Eres tú, oh jóven,
Ministro de las iras del eterno?
¿Será tu esfuerzo tal, dí, que me borre

»Esos signos de afrenta, y que restaure
De mi familia el calumniado nombre?...»
No pudo proseguir; fué harto violento
El cambio repentino de pasiones

Que su cascado corazon sintiera.
Agitacion terrible conmovióle,
Y embargada la voz, convulso todo,
En el cuello del hijo reclinóse.

Tomando la palabra en aquel punto
Záide, el prudente Záide, que hasta entonces
En ternísimas lágrimas deshecho,
Mudo, cual los demás espectadores,

De hijo y padre la escena contemplaba,
Prorumpió en firme acento: «Reconoce,
Oh Lara insigne, al que en tus brazos tienes
Cual mesajero del Autor del orbe.

»El te lo envia á demostrar al mundo
Que nunca deja impunes los atroces
Crímenes, y que siempre á la inocencia
Da su eterna justicia vengadores.

»El cielo con prodigios lo ha mostrado,
Y alto principio ha dado ya este jóven
A su santa mision. Sí, Gustios Lara,
Para que le dé cima y la corone,

»A tus plantas lo traigo. Es hijo tuyo;
Mas solo fuera un infortunio enorme
Un hijo, en tus terribles circunstancias,
Si de tu casa, de tu gloria y nombre

»Restaurador no fuera. Animo, amigo:
Hijo y vengador tienes. Lo dispone
Así el Omnipotente, y sus decretos
Se cumplen á despecho de los hombres.»

Al acento de Záide, recobrado
Tornó en sí Lara, y extendiendo, adonde
La voz oyó, los brazos, »¡Záide! grita,
Mi generoso Záide!... llega, corre

»A abrazarme... Despues de á Dios, amigo,
A tí solo deudor se reconoce
Este anciano infeliz de la alta dicha,
Que fin á todos sus desastre pone.

»Llega á mis brazos, vuela... Y tú, fiel Nuño,
Ven y estrecha en los tuyos á este jóven.
Hermano es ¡ay! de aquellos que educaste;
Reciba tambien este tus lecciones.

»Vos, oh Arcipreste, al Dios de tierra y cielo
Con sacros himnos y con santas voces
Gracias solemnes dad, y suplicadle
Que á este hijo de mi amor nunca abandone.

»Y vosotros, oh ilustres caballeros,
Mis parientes y fieles servidores,
Ved al que el brazo del Señor me envia
Para heredero de mi casa y nombre.

»Reconocedle como á tal: de Salas
Será, como lo fueron sus mayores,
El padre y defensor; y vuestros hijos
La victoria hallarán tras sus pendones.»

Dijo el anciano: enmudecido Záide
En sus trémulos brazos arrojóse:
Nuño con gran cariño de Mudarra
Besó la ardiente faz. El sacerdote

Al arteson las palmas levantando,
En un *Te Deum* prorumpió; y al jóven
Cercando los hidalgos y escuderos,
Hincada una rodilla, en altas voces

Le rinden de lealtad el homenaje,
Y futuro señor le reconocen
Del estado de Salas: ofreciendo
La antigua estancia, á media luz entonces,

Un cuadro digno de que el gran Velazquez,
Gloria de los pinceles españoles,
O el insigne Rembrant, ejercitáran
En él su ingénio y mágicos colores.

Referir del anciano y ciego Lara
Las palabras y várias sensaciones,
Al recibir el misterioso anillo,
Que el discreto mancebo presentóle,

Reconociendo al punto con el tacto
Sus combinadas piedras y labores;
Y contar el horror, pasmo y asombro
Que muestra, cuando á Záide contar oye

Del tirano Giafar la horrenda muerte,
Primera hazaña del mancebo noble;
Y su llanto pintar y desconsuelo
Al escuchar, pues fué terrible golpe

Para su corazon, que no existia
El astro de sus últimos amores;
Y repetir de Záide y de Salido
Los recuerdos, preguntas é ilusiones;

Y del docto Arcipreste las arengas;
De las dueñas y antiguos servidores
Del palacio el contento y esperanzas;
Y las patrañas necias y discordes

Que en Salas discurrieron aquel dia,
Fuera perderse en intrincados montes,
Y navegar un piélago insondable,
Sin hallar puerto, ni encontrar el norte.

—Ya el sol hácia el ocaso declinaba
A esconderse en nevados horizontes,
Cuando nuevo rumor nació en la villa,
Y nueva confusion en ella alzóse,

Llegando hasta el palacio el vago estruendo
De festivas carreras y de voces,
En que, si antes sonaba *moros*, *moros*,
Ahora solo se escucha *el Conde! el Conde!*

El nuevo soberano de Castilla,
Fernan-Gonzalez de glorioso nombre,
A gozar de aquel dia delicioso,
Tregua del crudo invierno, por los bosques

Y llanuras que Salas señorea,
Corriendo galgos y volando azores,
Con sus pajes andaba y ballesteros,
Y con lo mas granado de su córte.

Rui-Velazquez tambien le acompañaba;
Pues aunque ni el favor ni gracias goce
De su nuevo señor, aun el gobierno
Conserva del Estado; porque á un hombre,

Que con tan gran poder por tantos años
Rigió las riendas de él, en el desórden
De aquellos tiempos, peligroso fuera
Intentar arrancárselas de un golpe.

Gozaba pues del campo los placeres,
Y de abundante caza el nuevo Conde,
Por aquellos contornos; cuando el eco
Con que los huecos y agitados bronces

Tocaban á rebato resonantes
De la iglesia de Salas en la torre,
Escuchó con sorpresa. Luego al punto
Los fugitivos pálidos que al monte,

Se refugiaban, diéronle la nueva
De que los Sarracenos invasores
Atacaban la villa. Con desprecio
La recibió al principio: por entonces

Reinaba paz, y la frontera estaba
Lejos, y defendida de ágrios montes
Erizados de nieve. Pero llegan
Mas y mas fugitivos, que conformes

La noticia repiten, y la afirman
Los lejanos lamentos y clamores,
Que ensordecen la atmósfera, mezclados
De las campanas con los recios sones.

Se enardeció del gran Fernan-Gonzalez
La sangre juvenil y el pecho noble,
Al pensar que tan cerca de sí tiene
Al enemigo del cristiano nombre;

Y de su alto valor arrebatado,
Valor que en aquel siglo fué del orbe
Admiracion, y que en el nuestro aun vive,
En fama duradera mas que el bronce;

Quiere á Salas volar. A los monteros
Y á los pajes reuniendo, se dispone,
Sin mas armas que solo su venablo,
A embestir con los moros invasores.

Velazquez y los otros caballeros
De edad madura y de experiencia, acordes
Tan ciego ardor prudentes desaprueban;
A su gallarda decision se oponen,

Hasta tener noticias mas exactas;
Consiguen contenerlo, y á galope
Un escudero diligente envian,
Que llegue á Salas, y que lengua tome.

Quedó entre tanto, á su pesar, el fuego
De su alma noble conteniendo el Conde,
Como el lebrel gallardo en la trailla,
Cuando ve al jabalí cruzar el monte.

Pronto cesó el clamor de las campanas,
Y el estruendo lejano; por el bosque
No se vieron cruzar mas fugitivos,
Y todo indicio de terror calmóse.

Quién que la alarma fué falsa, presume;
Quién teme que los moros invasores
Dueños son de la villa... todos ansían
Que el escudero explorador retorne.

Al cabo de gran rato, á toda rienda
Le ven llegar, y en su reedor se ponen;
Y él refirió, que veinte Sarracenos
El rebato causaron y el desórden;

Mas que luego se supo que venian
De paz, y con amigas intenciones,
A ver á Gustios, al señor de Lara,
Y que con él y con algunos nobles

Quedaban en su alcázar encerrados.
Calló, suspenso con la nueva, el Conde,
Y de curiosidad extraña llena
Su comitiva se mostró. Cubrióse

La frente de Velazquez de una nube,
Ardió un rayo infernal en sus traidores
Ojos, y con voz ronca y fiero orgullo
Así á Fernan-Gonzalez dirigióse:

«Ya lo escuchais, señor: mirad ahora
Si eran tan infundadas las razones
Por que me opuse á la bondad incauta
Con que á Gustios sacásteis de la torre,

»Que debiera haber sido su sepulcro.
Porque conozco el corazon del hombre,
Y que el de ese infeliz es la guarida
De la loca ambicion y las traiciones;

»Que le dejáseis aherrojado quise,
Como deben estar tigres feroces.
Vos despreciásteis mi experiencia.... vedle
Apenas libre, aunque tan viejo y torpe,

»La antigua trama renovar. Miradle
Por los infieles, del cristiano nombre
Constantes enemigos, visitado;
Y ya tal vez el pérfido dispone

»Y traza de Castilla el exterminio,
Cual lo trazó ayudado de traidores,
Cuando sin esta espada y este brazo
El trono vuestro no existiera.»—El Conde,

Que con frente ceñuda le escuchára,
Con amarga sonrisa respondióle:
«Tal vez será inocente la visita
Que hacen los Sarracenos á ese pobre

»Y ciego anciano: á consolarle puede
Que ya amigos, ya viejos servidores,
Que allá en Córdoba tuvo, vengan solo:
Sospechas no son pruebas.» Asustóse

Velazquez, ya coloso á quien flaquea
Por el cimiento la cuadrada mole
En que la planta estriba, y encubriendo
Su turbacion, contesta: «Se conoce

»Que os ciega la bondad por Gustios Lara;
Que la experiencia os falta, y que sois jóven.
¿Inocente juzgais esta consulta
De los moros con él?... Exploradores,

»Satélites infames son sin duda
Del infame Almanzor.»—Escandecióse
El señor de Castilla, así escuchando
Dar de infame á Almanzor el sobrenombre.

Admiraba á aquel héroe sarraceno,
Aunque infiel y enemigo, allá en su noble
Pecho de ser rival de sus hazañas
Nutriendo la ambicion; y así responde

A Velazquez: «Si acaso son espías,
Si enemigos cubiertos y traidores
Esos moros, que á Salas han venido,
A fe de caballero y por mi nombre

»Te juro, que serán esclavos viles
De tu amigo Giafar, no servidores
Del glorioso Almanzor.»—Desconcertado
Velazquez mas y mas, su faz cubrióse

De amarillez siniestra; pero al punto
Con labio balbuciente replicóle:
«De Giafar ó Almanzor, solo paganos,
De Castilla enemigos á esos hombres

»Contemplo; y como á tales, anatema
Sobre ellos, sus parciales y fautores
Debe al punto caer. Señor, permite
Que vaya, y por mí mismo me cerciore

»De sus intentos, sorprendiendo á Lara,
Mientras con ellos conferencia acorde;
Y dejad á mis años y experiencia
El que segun las circunstancias obre,

»Como al bien de la fe, y al del Estado,
Y al de vuestra persona mas importe.»—
Dijo, y sin esperar respuesta alguna,
A partir para Salas se dispone;

Pero Fernan-Gonzalez le detiene,
Diciendo: «Iré con vos;» y da la órden
A cuantos le circundan, de seguirle,
Poniendo al punto su caballo á trote.

Todos le obedecieron silenciosos;
Cruza la cabalgada por el bosque,
Y Velazquez confuso, despechado
En pos de su señor, y mudo corre,

Cual demonio que atado á los conjuros
De un mago bienhechor, tras él veloce
Va, á su pesar, á deshacer la trama,
De que se prometió daños enormes.

Al entrar en la villa el Soberano,
Alegre el pueblo prorumpió en las voces,
Que del palacio del señor de Lara
Llenó los patios y altos corredores;

Y á poco del salon, donde el anciano
Con el hijo, el amigo y servidores,
Todos sus infortunios olvidaba,
La doble puerta con estruendo abrióse.

Tras de seis ballesteros y dos pajes
Entró gallardo de Castilla el Conde,
En su talle gentil y faz hermosa
Mostrando el temple de su pecho noble.

Un sayo carmesí de oro bordado,
Una ancha cuera recamada, y sobre
El pecho un primoroso talabarte
Con castillos de plata por botones,

Una lijera toca de velludo
Adornada de plumas de colores,
Y de piel de pantera las abarcas,
Eran el traje del augusto jóven.

Un venablo empuñaba con la diestra,
Y con su cascabel y capirote
En el puño siniestro sustentaba
Un fiero azor. Algunos Ricos-hombres

Entraron en pos de él, y Rui-Velazquez
Con aspecto feroz y altivo porte;
Pero al poner en el salon la planta,
Quedó cual asesino, que en el monte

De su víctima encuentra de repente
El vengador espectro á media noche.
—Gustios de Lara, entrambos sarracenos,
Y los hidalgos, al entrar el Conde,

Quedaron en silencio respetoso;
Y el ciego anciano del sillon alzóse,
Por Nuño y por Mudarra sostenido.
Fernan-Gonzalez calla, y reconoce

Con penetrantes ojos en un punto
Cuanto le cerca. El venerando y noble
Aspecto admira del señor de Lara,
Con honda compasion; del moro jóven

El abierto semblante y gallardía,
Con vehemente interés; el grave porte
Del moro anciano, con respeto; y halla
En los hidalgos conocidos nombres

De lealtad y valor. Con suave acento
Así el silencio que reinaba, rompe:
«¿Qué es esto, Gustios Lara?... Estos infieles
¿Con qué objeto, decid, con qué intenciones

»A Salas han venido?» El ciego ilustre,
Con gran respeto, la firmeza noble,
Que es solo propiedad de la inocencia,
Dejando ver, tranquilo respondióle:

»Que estoy en la presencia soberana
De mi señor, del castellano Conde,
Me dicen las preguntas que he escuchado:
El solo puede hacérmelas; y pone

»En su punto la santa Providencia
Hácia mí, desdichado, sus favores,
Trayéndole á este alcázar en el dia,
En que piadosa y justa me socorre.

»Esto es, señor, que el brazo del Eterno
Siempre da á la inocencia vengadores,
Y que por mas que la maldad tolere,
Al fin las tramas del inicuo rompe.

»De estos huéspedes son, pues lo preguntas,
El objeto y las altas intenciones
El pediros justicia, reclamando
La honra y la fàma de mi antiguo nombre;

»Y lanza á lanza, á todo trance, á muerte,
Con el inicuo acusador, que ose
Sustentar las calumnias que me han hecho
El mas desventurado de los hombres,

»Combatiendo con prueba irresistible,
Con la prueba de sangre, que responde
Siempre al juicio del cielo, mi inocencia
Hacer patente y mi lealtad al orbe.

»De los dos el anciano es Záide, Záide...
Basta nombrarle; España le conoce:
Y este mancebo cordobés, MI HIJO!
Sangre de Lara por sus venas corre.—

Gran conmocion, sorpresa, mudo asombro
Pintaron actitudes y facciones,
Oyendo tal, de pajes, ballesteros
Y magnates del séquito del Conde.

Este quedó cual suele el que perdido
Por intrincada selva en negra noche,
Al resplandor de inesperada lumbre
El camino anhelado reconoce;

Y Velazquez, que al punto en que la planta
Puso en la estancia aquella, yerto, inmoble
Clavó en tierra la vista, y que al momento
Que Lara empezó á hablar, estremecióse,

Todos sus miembros el temblor mostrando
Que las hojas del álamo en el monte,
Cuando le da una ráfaga de viento;
Apenas pronunciar á Gustios oye,

Este es mi hijo, levantó los ojos
(Hubiera dado su existencia entonces,
Por que del basilisco el fiero influjo
Tuvieran), enclavólos en el jóven,

Y vió una aparicion, viendo la imágen
De Gonzalo. Su sangre toda helóse,
Se le erizó el cabello, un alarido
Lanzó que hizo tronar los artesones.

Diz que la garza, que orgullosa al aire
En la region suprema cruza y rompe,
Burlando altiva con lijero vuelo
La destreza y furor de los azores,

Cuando aquel que ha de darle cruda muerte,
Del puño parte, al punto lo conoce
Por un instinto peculiar, y asorda
Las altas nubes con dolientes voces.

—Aquel momento de sorpresa y pasmo
Universal no pierde Záide, y corre
A Mudarra, á quien tiene prevenido
De antemano con sábias instrucciones;

Y le anima, y le impele por la espalda
Hácia las plantas del gallardo Conde,
Al cual de esta manera con despejo
Habló, doblando una rodilla, el jóven:

«Inclito soberano de Castilla,
A quien los cielos de ventura colmen:
Gonzalo Gustios, el señor de Lara,
Víctima de malvados y traidores,

»Es mi padre: mi madre fué Zahira,
Hermana de Almanzor. La sangre noble,
Que arde en mi pecho, restaurar me manda
De mi familia el mancillado nombre;

»Y vengo á vuestras plantas, la inocencia
Y la lealtad á demostrar al orbe
Del que me ha dado el ser, del padre mio,
Con la prueba de sangre. En vuestra córte

»Está el acusador, está el aleve,
Que con calumnias bárbaras y atroces,
De vuestro antecesor la alta justicia
Sorprendió con engaños y traiciones.

»Rui-Velazquez se llama; yo le emplazo
A combate de muerte. Egregio Conde,
No me podeis negar campo seguro
Dentro de vuestras tierras, si conforme

»A las leyes reinais, y yo os lo pido.»—
No dijo mas el agitado jóven:
Quedó en silencio la espaciosa cuadra,
De Velazquez la estrella oscurecióse.

El mas vivo interés, el entusiasmo
Mas puro en la actitud y en las facciones
Del gran Fernan-Gonzalez relucieron;
Simpatizando con el alma noble

De Mudarra la suya. Y envidiando
Casi tal ocasion de alto renombre
Conseguir, combatiendo con justicia,
Por la virtud hollada, respondióle,

Teniendo que esforzarse y contenerse,
Por no echarle los brazos: «Corresponde
A la sagrada obligacion de hijo
A su padre vengar, y á todo coste

»Aclarar su inocencia. Vuestro intento
Es heróico y es santo; pero, jóven,
Ved que aquel que se arroja temerario
A la alta empresa de mostrar al orbe

»Los juicios de Dios, si muy seguro
No está de la verdad ¡qué horror! se espone
A que el cielo confunda su osadía.
Campo seguro me pedís, conforme

»A los usos y leyes de mi estado;
Yo os le concedo en medio de mi córte,
En la plaza de Burgos. Mas primero
Diga vuestro contrario, qué responde:

»Rui-Velazquez, hablad.»—Al oir Mudarra
De su enemigo pronunciar el nombre,
Y al mirarle salir de entre la turba,
Lanza un ronco alarido, en pié se pone,

Y pálido y temblando, «Qué...! ¡Aquí estaba!
¡Y en mi presencia!... y vive?» grita, rompe
El albornoz, y al puño del alfanje
Lleva la diestra. Záide se interpone,

Y le arrebata, y le retira, y dice:
«¿Qué vas á hacer, mancebo?»—Levantóse
Rumor sordo y confuso, semejante
Al subterráneo aterrador que se oye

Antes de un terremoto; y todos clavan
Los ojos en Velazquez, que del Conde
Aparece á la voz, como el cadáver
Que obediente al conjuro, en pié se pone.

Dejóse en medio ver, y cuando advierte
Que la atencion universal absorbe,
De su altivez sacando nuevo brio,
Dominarse logró (que era al fin hombre

Endurecido en crímenes, valiente,
Y á mandar avezado), y á su porte
Dando tranquilidad, y á su semblante
De sardónica risa los colores;

Enmascarando su furor, cual vemos
Allá en Sicilia al empinado monte
Con engañosa faz de helada nieve,
Negar que en sus entrañas fuego esconde;

«Si es cosa extraña, con desprecio dijo,
El que escuches las necias pretensiones
De ese loco rapaz, aun mas extraño
Es, señor, que me llames y provoques

»Para darle respuesta. ¿Por ventura
De Castilla han de estar los Ricos-hombres
A la disposicion de advenedizos,
Y á la merced de viles impostores?

»Mira por tí, señor, y sin tardanza
Da á tus armados ballesteros órden
De que á esos dos infieles sospechosos
De los confines de Castilla arrojen.»—

Grito de indignacion sonó en la cuadra:
Quedó Velazquez como escollo inmoble,
Y Záide adelantando algunos pasos,
De esta manera con reposo hablóle:

»¿Aun de insultar al cielo no te cansas?
¡Ay, que apresta sus rayos vengadores!...
Me llamas impostor; ¿cuándo lo he sido?...
Mírame, Záide soy... Bien me conoces.

»Llamas advenedizo á este mancebo...
Y ¿por qué de mirarle, aunque lo escondes
Con mentido desprecio y falsa risa,
Tiemblas y te confundes?... ¿Sus facciones

»Las de una de tus víctimas te copian?...
Hijo es de Lara, sí: con mudas voces
El cielo te lo dice; hijo es de Lara,
De Lara, el inocente, y de la noble

»Hermana de Almanzor.—Astuto moro,
Furibundo Velazquez atajóle:
De una infiel y un traidor el hijo sea;
Mas te engañas, si piensas corresponde

»Con un bastardo vil medir su lanza
A un caballero de mi sangre y porte.»—
Nuevo rumor de indignacion resuena;
Del terremoto es ya. Los servidores

De la casa de Lara están á punto
De atropellar por todo, los estoques
Y dagas requiriendo; cuando el ciego,
Por Nuño dirigido, va del Conde

A arrojarse á las plantas, y lanzando
Gemidos, que los mármoles y bronces
Pudieran conmover, «¡Señor! exclama,
Miente quien de bastardo le da el nombre.

»Es mi hijo natural, que yo era libre,
Libre su madre.—Enternecido el Conde,
Y yo le legitimo, como puedo
Cual señor soberano, respondióle;

»Y aquel ceremonial con que en Castilla
Pueden reconocer los Ricos-hombres
Por buenos á sus hijos naturales,
Os autorizo á celebrar.» Entonces

Rui-Velazquez, espíritu maligno
A quien compele, apremia, liga y pone
En el último trance el exorcista
Con la cruz santa y santas oraciones;

De espantosos relámpagos la lumbre
Dió á sus ojos siniestros y feroces,
Y ahogado de terror, tornado en Furia,
Así gritó con voz ágria y discorde:

»Legítimo ó bastardo, ¿qué me importa?
Perezca, pues el cielo me lo pone
En las manos. Acepto el desafio:
Dentro de un mes, en medio de la corte,

»En la plaza de Burgos, con mi lanza
Te daré la respuesta, incauto jóven.»
Dijo, y despareció con sus secuaces:
Al punto de caballos el galope

Afirmó su partida: cuantos cercan
Al ciego Lara y al augusto Conde,
Quedaron en el ancho desahogo
Con que respira turba de pastores,

Si el meteoro aterrador, que acaso
Angustiada la tuvo larga noche
Con su infausta presencia, se disipa,
O al occidente rápido traspone.

NOTA DEL PRECEDENTE ROMANCE.

(32) Cualquiera que haya recorrido á España, habrá visto la abundancia de estatuas romanas que se encuentran, mas ó menos destrozadas, y que sirven de postes, sillares y cantoneras. Recuerdo que en Carmona hay á la puerta de un meson, empleado como poyo, un cónsul de mármol boca abajo; y durante la guerra de la independencia ví en un pueblo de Castilla otros tres empotrados en la pared de la iglesia, á los que llamaban *los santos patronos*. Ni hay que extrañar estas equivocaciones piadosas, cuando en la misma Roma llaman *Pasquino* á una estatua de Áyas, y *San Pedro*, en el Vaticano, á un Júpiter capitolino.

ROMANCE OCTAVO.

Meteldo por la manga, y salírseos ha por el cabezon. *Proverbio antiquísimo.*

Sobre si bebe poquito,
O sobre si sobrebebe,
. . . . . .
Hubo mientes como el puño,
Hubo puño como el mientes,
Diluvio de sombrerazos,
Granizada de cachetes.

QUEVEDO, *Musa IV.*

De la villa de Salas el palacio
Contraste singular y extraño ofrece:
De su fachada principal se elevan
Afrentadas y ciegas las paredes,

Y las macizas torres, dominando
Una desierta plaza, donde crecen
Bastarda yerba y cardos espinosos
Sobre helados fangales y entre nieves;

Mientras los toscos muros de la espalda,
Hoy adornados con guirnaldas verdes,
Señorean gozosos un espacio,
Que si un tiempo corral, hora aparece

Escombrado, regado con arena,
Y ocupado en reedor por turba alegre
De bullicioso pueblo. Y el postigo,
Aquel postigo humilde, que la suerte

Hizo la sola entrada del palacio,
Se ve guardado por armada gente;
Y en el patio interior cruzar los pajes
Y antiguos servidores, con sus vestes

De gala, aunque sin cifras ni blasones:
Todo en fin el apresto de un solemne
Ceremonial anuncia. A poco rato
Entre la multitud, que alzára al verle

Gozosos vivas, se acercó al postigo
Un mensajero que de Burgos viene.
Es heraldo del conde de Castilia,
Segun dice su traje, y le preceden

Tamboril y maceros. Danle entrada
Honrosa los armados, él desciende
De la gallarda mula allá en el patio,
Y pajes y escuderos reverentes

Le conducen al punto á la escalera,
Do veinte hidalgos su llegada atienden,
Y hácia el salon con ellos se encamina
En que se celebraban los banquetes.

Era aquel mismo en que hace pocos dias
El conde y Rui-Velazquez diferentes
Afectos desplegaron, descubriendo
De Lara al hijo vengador. Mas tiene

Hoy mayor aparato y compostura:
Hojas de pino, arena y juncias verdes
Le dan alfombra, y á sus toscos muros
Adorno ricos paños y doseles.

En medio, en un sillon, que en parte cubre
Con groseros recamos un tapete,
Aunque de luto con flamantes ropas
En torno orladas de trencilla y pieles,

Sentado el ciego Lara está: á su diestra
Ocupa otro sillon el Arcipreste,
Y otro á la izquierda Záide, y á los lados
Sendos escaños hay, do asiento tienen,

Tambien de luto y con primor vestidos,
De la casa de Lara los parientes.
Seis armados custodian la gran puerta;
Y de pié y en la mano los birretes,

Están tras el sillon de Gustios Lara
Escuderos y pajes, á su frente
Con pértiga de plata el mayordomo:
Inmobles todos sin hablar parecen

Las figuras de un cuadro. A poco oyóse
Grande rumor de pueblo, cunde, crece
Por patios y escaleras, y se escucha
Fuera gritar: *En hora buena llegue*

Mensajero del Conde soberano
De Salas al castillo; y cual si hubiese
Un mágico poder en tales voces
Cuantos están en el salon, se mueven.

Quién ajusta su barba, toca y traje,
Quién hace rechinar su taburete,
Quién habla en voz sumisa á su vecino,
Y quién los ojos á la entrada vuelve.

Lara la faz alzó, en que los afectos
De inquietud, gozo y pena se suceden;
Y por órden que dicta el mayordomo,
La puerta abren los guardias. Aparece

El heraldo del conde de Castilla,
Que entrando á paso grave, con solemne
Acento, en la mitad del ancho estrado,
Salud, paz, atencion, grita tres veces.

Desarrolla un delgado pergamino,
Del que un sello de plomo atado pende
Con un liston morado, y en voz clara,
Tras de un saludo al auditorio, lee

Un privilegio, por el cual el Conde
Permiso á Gustios Lara le concede
Para legitimar al hijo suyo,
Y como á sucesor reconocerle;

Y haciendo seña de que á leer llegaba
Las firmas, todos se alzan reverentes,
Y él se inclina, y pronuncia el alto nombre
Del señor de Castilla, y otros siete

De ilustres Ricos-homes y Prelados,
Que el privilegio afirman y sostienen.
Besa en seguida el blanco pergamino,
Lo lleva al pecho, aplícalo á la frente,

Y tras una profunda reverencia,
Lo entrega con respeto á Gustios. «Este,
Pues me autoriza mi señor, responde,
Para que al hijo natural eleve

»Al grado de legítimo, al momento
La usada ceremonia se celebre.»
El mayordomo al punto con dos pajes,
Mudo y con gran prosopopeya fuése

Hácia una puerta lateral, abrióla,
Y por ella al salon seis dueñas vienen
Que parecen fantasmas; y en seguida,
Con largas tocas como pura nieve,

Y una bordada ropa rozagante,
La viuda del señor de Benavente,
Doña Guiomar, del noble ciego hermana,
Y que hoy cumplir con las funciones debe

De señora de Salas. Por la diestra
A Mudarra conduce; y la precede
Una jóven doncella, que en las manos
Saca un gran azafate con tapete

De damasco cubierto. A entrambas partes
Las dueñas en dos filas se detienen,
Y la anciana Señora, cuyo aspecto
Ilustre y cuyo grave continente

El respeto inspiraban mas profundo,
En medio del salon luego procede
A ejecutar la usada ceremonia,
Que si hoy rara y aun necia nos parece,

Porque usos y costumbres han mudado,
Era tan importante y tan corriente,
Que aun vive en nuestros labios el proverbio
Que nació de ella, y á ella se refiere.

La ilustre dueña pues, tras las preguntas
De fórmula á su hermano y asistentes,
Tomó del azafate una camisa
De lienzo, y de grandeza tal, que hubiese

Sobrado para el cuerpo de un gigante;
Y por Nuño ayudada, que allí ejerce
La parte del padrino, por la manga
La cabeza del jóven moro mete,

Y por el ancho cuello se la saca (33),
Y hasta los piés el camison desciende.
Al ver salir como de entre una nube,
De en medio de aquel lienzo y grandes pliegues,

Al mancebo gentil, gritó la dueña,
Vuelta al señor de Lara: «Hoy te concede
Dios un hijo legítimo, heredero
De tu alto nombre, de tu sangre y bienes.

»Héle aquí; como tal lo reconozco,
Y lo presento al mundo.»—Así el solemne
Acto dió fin: el ciego venerable
Abraza al hijo y bésale mil veces;

Abrázale tambien la anciana tia,
Por el órden de grado los parientes;
Y pajes, dueñas, guardias y escuderos
Su pleitesía le presentan fieles;

Y fervorosos vivas levantaron,
Que pasando artesones y paredes,
Hallaron ecos mil en el concurso
Que cercaba el palacio. El Arcipreste

Al punto en un delgado pergamino
Un testimonio en toda forma extiende,
Donde los caballeros que allí habia
De la casa de Lara, cual presentes

Al acto, trazan una cruz, sus nombres
Escribir no sabiendo. Gustios este
Documento al heraldo entrega, manda
Que al Conde soberano se lo lleve,

Y una salva de plata y una copa
Le regaló. Despues un gran banquete
En aquel salon mismo se dispuso,
Do no tuvieron silla solamente

Los deudos, caballeros é hijosdalgo,
Sino tambien los servidores fieles
De la casa; y en patios y portales
Dejando entrar la bulliciosa plebe,

Con larga profusion se repartieron
En confuso desórden, aunque alegre,
Blanco pan, duro queso, várias frutas,
Terneras, cerdos, zaques y toneles.

—Pronto dejó el festin el ciego padre,
Por mas que ya risueña se le muestre
La inconstante Fortuna: sus recuerdos,
Sus achaques, su edad y los crueles

Sobresaltos y dudas que aun le cercan
Del porvenir, y el gran pesar que tiene
De que el hijo se niega á ser cristiano,
Hasta que en dura lid su nombre vengue;

Le privan de contento y de reposo,
Le amargan los instantes mas alegres,
Atormentan doquier su alma cascada,
Y en el bullicio estar no le consienten.

Dejó la presidencia del convite,
Muy capaz de llevarla, al Arcipreste,
Y con Nuño á su estancia retiróse,
Rogando á todos que en la mesa queden.

No por muy largo tiempo estuvo en ella
Mudarra, activo y sobrio: á diferentes
Costumbres avezado, aquellos brindis
Y extraños usos poco le divierten;

Y dejando su asiento, los portales
Atravesando y patios, do la gente
Se entregaba al desórden y alegría,
Solo á vagar por los contórnos fuese.

Desque á Salas llegó, correr los campos
Y por sus quiebras ásperas perderse,
Ora con un azor ó una ballesta,
Ora con cazadores y lebreles,

Es su contento y diversion. El cuadro
Que la naturaleza allí le ofrece,
Y que el influjo del invierno atrista,
Le interesa, le exalta y le suspende.

El gran sacudimiento que á su alma,
Buena y sensible cuanto noble y fuerte,
Diera en tan corto espacio de sucesos
Extraños y terribles la creciente,

Que á un mar desconocido le arrastraba,
Acrecentó los grados de su temple.
Los pelados peñascos y los riscos
Aridos, donde el viento se embravece;

De yertos pinos los oscuros bosques,
Que de voraces lobos son albergue;
Las gargantas y horrendos precipicios
Y valles sepultados bajo nieve,

En que algun corzo ó ganadillo pobre
En vano busca abrigo, sol y verde;
Y hasta el mismo respeto y el asombro
Con que se apartan de él y huyen al verle

Pastores y labriegos (pues la fama
De que es el alma de Gonzalo crece
En el vulgo ignorante cada dia);
Un total tan fantástico y solemne

Forman, que con los nuevos pensamientos
Del jóven cordobés sin duda tienen
Armonía mayor que tus encantos,
Claro Guadalquivir, y tus verjeles.

Se halla en una existencia tan distinta
De la que acaba de tener, y vese
En escena tan nueva, tan extraña,
Y allá en su corazon y activa mente

Ha habido en pensamientos y afecciones
Tan súbita mudanza, que se puede
Asegurar, ser otro muy diverso
Del que era allá en los campos cordobéses.

Solo en su corazon (que están grabados
Con un buril de fuego) permanecen
Dos antiguos afectos, y han crecido
Con las mudanzas mismas de la suerte.

Si apacibles nacieron en las flores
Que de Guadalquivir las auras mecen,
Son un volcan de Arlanza entre los hielos,
Do el cierzo bramador su saña ejerce;

Pues jamás en el pecho de Mudarra
Tanto poder tuvieron, como tienen
El respeto á la sombra de su madre,
Y hácia Kerima su pasion ardiente.

Aquel, con los sucesos, las fortunas
Y esperanzas, de que es blanco y juguete,
Ligado está con vínculos estrechos;
Y esta, á que tantas ilusiones debe,

Esta tierna pasion correspondida,
Tan contrariada estaba por la suerte,
Por el cielo y el mundo inexorables,
Que era imposible que domada fuese.

Cuando corre el arroyo en la llanura,
Cualquier frágil estorbo lo detiene;
Mas cuando entre los riscos y malezas
Cobrando furia, tórnase torrente,

Todo lo arrastra, y troncos y peñascos
Azota, salva, y rebramando tuerce
Sobre ellos su raudal, sin que haya cauce
Que su ímpitu feroz dome y sujete.

Pero... ¡lo que es el corazon del hombre!
¿Quién penetrar su laberinto puede?...
Esta pasion profunda, inarrancable,
Que todo el corazon cautivo tiene

Del cordobés Expósito, borrada,
Olvidada, y aun casi muerta á verse
Ha llegado á tal punto, que cualquiera
Juzgára, que tornar nunca pudiese.—

El impensado cambio de fortuna,
Del padre fiero de su bien la muerte,
La historia atroz de su infeliz familia,
La inopinada ausencia; el ver patente

A su amor tanto obstáculo invencible,
Su larga marcha, y encontrando siempre
Nuevos objetos, situaciones nuevas;
Los abrazos del padre, y finalmente

El retar al traidor, á quien le manda
El cielo exterminar; llegó á tenerle
Tan ocupadas alma y fantasía,
Que en ellas el amor creyera verse

Ahogado, y de Kerima la memoria
Ya reducida á pasajero y leve
Recuerdo, cual de sueño fugitivo,
Que á la luz de la aurora desparece.

Mas ¡ay! era un amor que concertaron
Los astros á despecho de la suerte,
Y un amor tal su presa no abandona,
Por mas que abandonarla un punto muestre.

Un súbito relámpago confunde
A medio dia, ofusca y oscurece
El claro resplandor del sol eterno;
El trueno retumbante acalla y vence

Por el momento que la nube rasga,
De la gran catarata, que desciende
Del monte, la alta voz con que los valles,
Campos y selvas turba y ensordece;

Pero pasa el relámpago, y el trueno
Calla tambien, y á su grandeza vuelve
El inmutable sol, y los bramidos
Del raudal tornan á reinar cual siempre.

Así ya que Mudarra en ocio espera
El plazo del combate, y que su mente
Torna á encontrarse en calma; de *K*erima
El amor, mas tenaz, mas vivo y fuerte

Tornó en su corazon á levantarse;
Al paso que imposible, mas ardiente
Y mas constante con la ausencia eterna,
Y en frenesí contínuo al jóven pierde.

Ya los helados troncos de los bosques
Que á Salas cercan, entallado tienen
El nombre de *K*erima en sus cortezas;
Y ha escrito y ha borrado muchas veces

La punta de una flecha dulces versos,
Con árabes extraños caractéres,
En el musgo que viste los peñascos,
Y en el papel de inmaculada nieve;

Y han sonado en las grutas, en los montes,
Y en las góticas cimbrias, del rugiente
Silbido de aquilon acompañados,
Los sabrosos cantares, que há dos meses

Sonaban en la tumba de Zahira,
Y de la Albáida en huertos y paredes,
Al blando susurrar del aura suave,
Entre jazmines, nardos y claveles.

La soledad, que el campo le presenta
Para entregarse á sus delirios, mueve
Al mancebo gentil enamorado,
A anhelar cada instante recorrerle;

Y el primero que en él tuvo por guia,
Que le indicó las sendas y vertientes,
Y los sitios do acaso se encamaban
El jabalí cerdoso, el gamo y liebre,

Fué su acompañador, el podenquero,
Aquel mendigo que del vino alegre
Bajo el influjo, descubrió en Mudarra
El alma de Gonzalo. Vasco Perez

Era su nombre; y aunque el torpe vicio
Acomodo tener no le consiente,
Lograba fama en adiestrar alcones,
En armar lazos á la caza y redes,

En adobar ballestas y venablos,
Y en amaestrar pachones y lebreles;
Y los momentos, en verdad muy pocos,
En que en sana razon llegaba á verse,

Era tan servicial y entretenido,
Cantaba tantas trobas y motetes
De la pasada edad, que recogia
Abundante limosna; y era huésped

Recibido con gusto en las tabernas.
Tras de él andaban los muchachos siempre,
O á escuchar boquiabiertos sus romances,
Cuando estaba en ayunas; ó á romperle

La cabeza con grita y con pedradas,
Rasgarle los andrajos, y en la nieve
O en el lodo mas sucio á revolcarlo,
Cuando estaba de vino hasta el gollete.

Pero, bebido ó sin beber, guardaba
Tanta lealtad, amor tan reverente
A la casa de Lara, á los Infantes
Sin ventura, y al que era de los siete

El menor, sobre todos, á Gonzalo,
De quien tambien hermano fué de leche
Y favorito, y diversion; que el pobre
Tuvo persecuciones diferentes,

Sufrió cárcel y azotes, porque osado
Insultó á Rui-Velazquez várias veces:
Hallando acaso en la embriaguez disculpa
Para el cuello librar de los cordeles.

Esta lealtad y amor le compelieron
Desque llegó Mudarra (pues no puede
Nadie, nadie en el mundo disuadirlo
De que es Gonzalo, que á la vida vuelve,

O por disposicion del justo cielo,
O por mágicas artes) á ofrecerle
Sus servicios en todo, y á seguirlo,
Como el fiel can seguir al dueño suele;

Y aún se notó empezaba á dar enmienda
A su antigua aficion. Aunque le viese
Con desprecio Mudarra en el principio,
Supo el sagaz borracho merecerse

Su atencion y su gracia en el momento,
Cantándole en romances diferentes,
Del conde de Saldaña y de Jimena
El amor infeliz, encierro y muerte;

Y de Bernardo los famosos hechos,
Y cómo exterminó de los francéses
El poder y orgullosos paladines,
Con que inflamó del cordobés la mente.

Ganado su favor y confianza,
Una tarde tambien logró traerle
A un chozo, que á una legua de la villa
Daba en el bosque abrigo y pobre albergue

A su madre infeliz. Era una vieja,
Rústica y montaraz, de extraño temple,
Que es al hijo deudora del sustento;
Mas que le riñe por sus vicios siempre.

Elvida se llamaba: en el castillo
De Salas se crió, cuando en su oriente
Brilló la casa del señor de Lara;
Y siendo muy hermosa y muy alegre,

Corrió en su juventud várias fortunas,
Hasta que se casó, ya no muy verde,
Con un anciano, jardinero, y tuvo
A Vasco de este enlace. Justamente

Nació Gonzalo entonces, postrer hijo
De Lara; y como al darle á luz, muriese
Su madre, al punto fué llamada Elvida,
Para ser del infante ama de leche.

Con gran cariño le crió, con grande
Esmero le cuidó, y un ascendiente
Sin límite ejerció con sus señores:
Y tal amor y afan por ella siempre

Tuvo y guardó Gonzalo, que la hicieron
Orgullosa además, y sus sandeces,
Impertinencias, gustos y caprichos
Hallaron proteccion y apoyo fuerte.

Pronto al hijo introdujo en el palacio,
Y si él hubiese sido de otro temple,
Mas dócil y aplicado, acaso hubiera
Llegado á un puesto en que envidiado fuese;

Pero salió tan díscolo y travieso,
Que á pesar del favor harto eminente
Que alcanzaba su madre, nunca pudo
De su esfera salir. Ora, de muerte

Con peligro cercano, á las almenas
Trepaba y á los altos chapiteles,
Para nidos buscar de gorriones;
Ora en la huerta tras la fruta verde,

O dejando sin agua los estanques,
Para coger galápagos y peces,
Se pasaba los dias. Ya en los patios,
Cuadras y corredores á cachetes

Andaba con los pajes; ya basura
En las ollas echaba, y con aceite
Escaldaba á los gatos, y con mazas
Acosaba á podencos y lebreles.

Ya con raros visajes en la iglesia
La devocion turbaba de la gente,
Arremedando el canto y el gangueo
Del necio sacristan, del viejo preste.

Y ni azotes, ni tundas consiguieron
Su condicion templar y contenerle;
Ni con los años mejoró tampoco,
Pues ya de zagalon y mozalvete,

Salió tan pendenciero y tan osado;
Inventó tantas burlas insolentes,
Se atrevió á las doncellas de la casa,
Y aun á las mismas dueñas de tal suerte,

Que por gracia especial, de podenquero
Pudo lograr la plaza solamente;
Y aun en ella inventó mil travesuras,
Que turbaron la villa várias veces.

Despues cuando el favor de las estrellas
A la casa de Lara y á sus gentes
Se oscureció, y airada la Fortuna
Las dejó abandonadas á la peste

De la calumnia y la traicion; Elvida,
Viuda ya y vieja, aunque robusta y fuerte,
Y su hijo Vasco, en el comun naufragio
Tambien se hundieron. En los campos este

Se halló, do perecieron los Infantes,
Y allí se comportó como valiente,
Logrando mal herido, por milagro,
De aquella gran matanza salvo verse.

Regresó á su lugar, y desde entonces
Diz que empezó á entregarse casi siempre
A la torpe embriaguez, bien que antes de esto
Inclinacion marcada le tuviese.

—Su madre, desdichada!... Desde el dia
De la justa de Burgos, de do vienen
Todos los infortunios de los Laras,
Le apretó el corazon nudo tan fuerte,

Que en silencio tenaz quedóse hundida
Sin comer ni dormir, hechos dos fuentes
De lágrimas sus ojos; y al momento
De ausentarse Gonzalo, á conmoverse

Llegó, y á trastornarse su juicio
A extremo tal, que físicos y prestes
De Salas la juzgaron poseida,
Y exorcizada fué dos ó tres veces.

Mas cuando vuelto el hijo, por él supo
De su Gonzalo la espantosa muerte,
Concibió tal furor, que á sofocarlo
Con ambas manos se arrojó valiente,

Y, «Vasco, le gritó, yo te maldigo.
¿Por qué, traidor, has vuelto?... ¿por qué, aleve,
Al lado de tus amos no quedaste,
Como deben quedar los siervos fieles?»—

Odio indecible le cobró, sentia
Un tormento furioso solo al verle,
Y lanzaba el ahullido que una loba,
Cuando el cachorro por los montes pierde.

Fué despues arrojada del castillo,
Como otras dueñas, pajes y sirvientes,
Así que preso el calumniado Lara,
Su estado confiscaron y sus bienes.

Llevó este golpe con firmeza heróica;
Ni lloró, ni rogó. «Pues no he de verte
Jamás, oh mi Gonzalo, oh niño hermoso,
A quien aquestos pechos dieron leche,

»Ni he de sentarte mas en mi regazo,
Do pasaste tu infancia, y para siempre
Perdí tu dulce afan por mis desvelos;
¿Qué me importa dejar estas paredes?»—

Exclamó, y al momento del palacio
Salió, ni un solo instante detenerse
Quiso, y abandonando ropa y lecho,
Huyó á los campos sin buscar albergue.

En ellos largo tiempo se mantuvo,
Vagando como fiera á la intemperie,
Despreciando los soles y las lluvias,
Las tormentas, los vientos y las nieves.

Ora trepaba á las fragosas cumbres
De dia ó de noche, y de exterminio y muerte
Entonaba, con voz que ensordecia
Al huracan, al trueno y al torrente,

Lúgubres cantos; ora sus gemidos
Sonaban espantosos, como suelen
Los de herido leon por espesuras
Y hondas cavernas. Montaraz y agreste

Se hizo su aspecto: si alguien la veia
En una helada noche de Diciembre,
De pié en un risco, y su contorno oscuro
Dibujarse en las nubes trasparentes,

Que la luna argentaba detrás de ella;
Cosa del otro mundo, que las leyes
Del orbe á turbar iba, la juzgaba,
Sobrecogido de terror solemne.

Y el que la viera en el sediento estío,
Atravesar las selvas y las mieses,
Lanzarse á los arroyos, y en las grutas
O en los bosques de pronto aparecerse;

Con aquel gesto y ademan extraños,
Desnuda brazo y pechos, y dolientes
Gemidos arrojando; la creyera
Maga, que de fortuna los reveses

Apuraba infelice, siendo nido
Su corazon de envenenadas sierpes,
Y de venganza sin poder, su pecho;
Porque otra maga mas dichosa y fuerte

O mas sábia, deshizo sus conjuros,
A su amador prendió con dulces redes,
Rompió su vara mágica, y en polvo
Tornó su alcázar, baños y verjeles.

Era pues reputada su presencia
Por de siniestro agüero; y diligentes,
Viandantes y labriegos la evitaban,
Y los pastores colocaban siempre

Algun sustento en grutas y veredas,
Para que lo tomase, y no viniese
Al aprisco á buscarlo, cual solia,
Y á hacer mal ojo á las paridas reses.

Así vivió dos años: al tercero
Tomó otro giro su enfermiza mente,
Como veleta que, si el viento muda,
Hácia otra direccion torna y revuelve.

A Salas regresó la pobre Elvida
Taciturna, espantada: luego fuese
Al castillo, que estaba ya tapiado,
Y se arrojó sobre la yerba verde,

Que á brotar empezaban los cimientos;
Y allí gimiendo estuvo, como suele
El perro fiel junto al sepulcro helado,
Do su señor el sueño eterno duerme.

Tal vez pudo lograr introducirse,
O salvando atrevida las paredes,
O por algun postigo abandonado,
En la parte interior; y sus dolientes

Lamentos en la noche, y sus pisadas
Dieron fundado orígen á la especie,
Que por entonces se extendió en Castilla,
De que habitaban el palacio duendes.

Luego despareció la miserable
Por tantos años, que llegó á perderse
De sus extravagancias la memoria,
Juzgándola en el reino de la muerte;

Mas hace poco tiempo aparecióse
En Salas otra vez, muy diferente,
Enferma, descarnada y apacible,
Y hubo pocos que así la conociesen.

Hizo entonces las paces con el hijo;
Tierna le acarició, volvió á encenderse
El maternal amor en sus entrañas,
Y mendigó con él algunos meses

Por monasterios, ventas y alquerías;
Aunque humilde y tranquila, con la mente
Confusa y soñadora, y dando indicios
De estar fuera de caja casi siempre.

Tuvo un ataque al fin de perlesía;
Quedó baldada, y resolvió acogerse
A aquella choza, de que nunca sale,
Y que antes fuera pastoril albergue.

Sus espantados ojos, que conservan
Del entusiasmo y de locura ardientes
Todo el fuego vivaz, y que contrastan
Con su semblante de ceniza y nieve,

De forma cadavérica, inmovible
Y arado de hondos sulcos, do se advierten
De pasiones tremendas los vestigios;
Sus cabellos de plata, que descienden

Por el cuello y los hombros derramados;
Sus brazos, ya compuestos solamente
De huesos y tendones; su estatura,
Su voz ronca y profunda algunas veces,

Otras aguda y ágria; el lloro escaso,
Que, cuando está en silencio hundida, vierte
Inmoble y yerta; y el extraño modo,
Singular y fantástico, que tiene

De ajustar á su cuerpo los andrajos
De colores y tiempos diferentes;
Causan tal impresion en quien la mira,
Que la lengua explicarla apenas puede:

Pero que no se borra en largo tiempo,
Que harto á menudo renovarse suele,
Y que en la soledad y en los insomnios
A la imaginacion se ocurre siempre.

Cuando aquel dia en que llegó Mudarra
Al palacio paterno, Vasco Perez
Contó en su choza con turbada lengua,
Aunque con ojos por demás alegres,

Que en carne humana el alma de Gonzalo,
O Gonzalo encantado y jóven siempre
Como el dia que partió, se hallaba en Salas
Con el patriarca Abran y veinte duendes;

Y que ya el castillo el ciego padre,
Y Nuño, y los hidalgos, y Arcipreste
Le habian reconocido y abrazado,
Pasmando á todos escucharle y verle;

Elvida oyó con espantados ojos,
Abierta boca y corazon latiente
Tan impensada nueva. Repetirla
Hizo al hijo, borracho, muchas veces;

Y cuando pudo de que estaba en seso
Por sus repeticiones convencerse,
Y persuadirse de que no soñaba
Ella misma tampoco; un punto breve

Quedó en silencio, estremecióse, á tierra
Como muerta cayó. Temblando Perez
La socorrió como le fué posible,
Y agua le echó en el pecho y en las sienes.

Volvió la vieja en sí, lanzó un suspiro,
Y gritó: «¿Es cierto?... ¡He de tornar á verle!...
¡A abrazarle!... ¡A gozar de sus caricias!!!...
Volemos, hijo, pues... ¿Qué nos detiene?»—

Arrastróse á la puerta de la choza;
Mas la desventurada ya no puede
Adelantar un paso, ni en las piernas
Baldadas y sin fuerza sostenerse.

La profunda impresion que ha recibido,
Todos sus males aumentó de suerte,
Que tuvo el hijo que llevarla á fuerza
A su mezquino lecho, do la fiebre

Delirante invadióla de tal modo,
Dió tan raros ahullidos, tan crueles
Accesos de furor y de alegría,
De esperanza y recuerdos, de su mente

Se apoderaron, que pasó infelice
Solo en dos dias en compendio breve
Todos los infortunios de su vida,
Y casi estuvo en brazos de la muerte.

Al cabo de ellos consiguió llevarle
Vasco á Mudarra. De que el pobre albergue
Era el de la nodriza de su hermano,
Y de sus aventuras y su temple

Informado ya estaba el jóven moro,
Y quiso ver y conocer á un ente
Tan raro y singular. Entró en la choza,
Acompañado del borracho Perez:

Al rumor de su entrada la cabeza,
Como la de un cadáver que se mueve
Escuchando el conjuro, alzó el vestiglo,
Los ojos espantados y lucientes

Clavó en el jóven, al semblante dandó
Color, vida, expresion, y de repente
Se alzó, con tanta actividad y brio,
Que al hijo horrorizó. Dió un grito fuerte

De sorpresa, exclamando: «¡El es, no hay duda!»
Y con los brazos extendidos fuése
Al jóven, le estrechó, de llanto y besos
Las mejillas cubriéndole y la frente.

No pareció al Expósito gustoso
Recibimiento tal, que no fué breve;
Y creyéndose en brazos de una bruja,
Empezó á trasudar y á extremecerse.

Soltóle al fin la vieja, entrambas manos
Contra el pecho le puso, atentamente
Examinóle el rostro, y á abrazarlo
Volvió: «¡No hay duda, él es!» gritando siempre.

Tornó á observarle y prosiguió: «A mis ojos
Está mas espigado... Me parece
Mas moreno de rostro... ¡Mi Gonzalo!!!
¿Por qué en el traje de los perros vienes?

»Ponte tu cuera y sayo... ¡Ay, hijo mio!
¡Niño del alma!... Muestra las crueles
Heridas que los bárbaros te han hecho,
Y deja que mis labios te las besen.

»¿No me respondes?... ¡Hijo!... Soy Elvida,
Elvida, que te dió su alma y su leche.
¿Te acuerdas, Gonzalvico, dí, te acuerdas
Cuánto te aperreabas, y las veces

»Que te canté el romance de Jimena,
Para que te acalláras y durmieses?
¿Te acuerdas que si el amo te reñia,
Eran mis faldas tu refugio siempre;

»Y que del capellan y del buen Nuño
Era solo mi afan el defenderte?
¿Te acuerdas, hijo mio, del gran golpe
Que te dió el potro aquel?... Ah!... si no hubiese

»Sido por Mendo el picador... Yo sola,
Yo sola te curé, pues que perene
Permanecí junto á tu lecho, y puse
En tus heridas el bendito aceite,

»Que me dió el peregrino.»—Así charlaba
La vieja, y sin saber qué responderle,
El cordobés atónito la mira,
Y su hablar y actitudes le suspenden.

La sorpresa y asombro del mancebo
Pronto á la pobre vieja heló; y al verle
Callar á sus preguntas, un instante
Quedó confusa, se anubló su frente,

Y se murieron sus vivaces ojos;
Y con voz sepulcral, «Ay!... cuál le tienen,
Exclamó, los maléficos encantos!
Desventurada yo!... Ni aun conocerme

»Le dejan los espíritus malignos.
¿De que me sirve recobrarlo y verle,
Si le recobro y miro en tal estado?
Jóven se ha conservado, sí; parece

»Que no pasó por él ni un solo instante;
Mas su alma envejeció: claro se advierte
En su olvido y frialdad... ¡Ama infelice!
¡Vieja infelice yo!... que no merece

»Ni una sola caricia... ¡ni un recuerdo!»—
No pudo continuar, desfalleciente,
Ahogada en llanto y de dolor rendida
Cayó en su lecho, sin poder valerse.

Darle anhela Mudarra algun consuelo,
Y alivio á su afliccion; pero no quiere
Su error alimentar, aunque conoce
Que es el sacarla de él, golpe de muerte,

Las dulces ilusiones destruyendo
Que aun momentos de dicha darle pueden.
Se acercó y abrazóla; mas palabras
Hallar le fué imposible que concierten

Con los recuerdos de la pobre Elvida.
De la choza salió con un vehemente
Interés por su anciana habitadora;
Y con socorros mejoró su suerte,

Hablando al tierno padre en favor de ella;
Y ropa, lecho y los precisos muebles
Le procuró, y á verla cada dia
Va por la tarde, y divertido suele

Pasar allí gran rato. Aquel cariño
Que le demuestra tan sincero siempre;
Aquel hablarle de la edad pasada,
Inmutable en su empeño de tenerle

Por una aparicion; las menudencias
Que á su casa y hermanos pertenecen,
Referidas cual cosas que él no ignora;
Y su dificultad de responderle;

A su conversacion con la nodriza
Dan un confuso vago, y otras veces
Tan misteriosa oscuridad, y un giro
Tan tierno y melancólico, que ejercen

Gran poder en el pecho de Mudarra,
Y en su imaginacion rica y ardiente.
Elvida por su parte solo anhela
Que de la tarde el término se acerque,

Para que venga á su apartada choza,
Pues vive solo para amarle y verle.
Siempre al llegar, lo abraza y acaricia,
Y preparado algun refresco tiene:

Ya dulces limas, peros ó naranjas
Ya requesones ó cuajada leche,
Ya bollos, blanca miel y seca fruta,
U otra cualquiera pequeñez, que suele

Vasco buscar por su mandato en Salas,
Y que Mudarra acepta y agradece;
Aunque ve con dolor que al retirarse,
Como de sus respuestas nunca quede

Satisfecha la pobre, se la deja
Atormentada y pesarosa siempre,
Y con llanto en las áridas mejillas,
Porque ya su Gonzalo no la entiende.

—La tarde pues á que llegado habemos,
Que es la del dia clásico y solemne
En que se celebró la ceremonia
De legitimacion, cuando impaciente

Dejó la mesa y los cansados brindis
Mudarra, y á vagar al campo fuese;
Pensó á la choza de la pobre Elvida,
En declinando el sol, ir como suele.

Pero á sus vários pensamientos dando
Larga rienda en los bosques, á perderse
Llegó en su laberinto, persiguiendo
A través de malezas y vertientes

Una ave extraña de gallarda pluma,
Que de una en otra rama el vuelo tiende,
Al espirar la luz, se halló enselvado,
Y tuvo que pensar en recogerse.

Dejémosle alejado de la choza,
Pues lo dispone así su buena suerte;
Y volvamos á Salas y al palacio,
Donde aun siguen las fiestas y banquetes.

El que se celebraba con gran pompa
En el alto salon de los doseles,
Duró, aunque sin el ciego y sin el moro,
A fuerza de brindar grato y alegre.

Se habló de guerra, pesca y cetrería,
De alcones, galgos, armas y corceles;
Se contaron hazañas de otro tiempos,
Se trató de navarros y leonéses;

Y tambien pronunció largos discursos,
Con general aplauso, el Arcipreste,
Citando las sagradas Escrituras,
Que, cual habemos dicho, era su fuerte.

El que se celebraba á cielo abierto
En el gran patio á do acudió la plebe,
Como gárrula banda de pardales
Al volcado costal de trigo suele;

No fué tan ordenado y tan tranquilo,
Si mas alborotado y mas alegre,
A medida que se iban agotando
Las botijas, los zaques y toneles.

En él regocijados asistian
Con todas sus familias los sirvientes
Antiguos del palacio, labradores,
Hombres de armas, sus hijos y mujeres;

Del heraldo del conde de Castilla
Los maceros y guardas, y la gente
Perdida del lugar, entre los cuales
Figuraba el primero Vasco Perez;

Gañanes y pastores del contorno,
Y tambien los esclavos cordobéses,
Que vinieron con Záide y con Mudarra,
Y que vivienda en el castillo tienen.

Estos de un gran disgusto y de discordias
Fueron la causa entonces.—Como hubiese
Cobrado en toda Salas, y aun en toda
Castilla gran valor la extraña especie

De que era el jóven cordobés Gonzalo,
Que por mágicas artes y celeste
Disposicion, para vengar al padre,
Tornaba al mundo; y como todos viesen

En Záide un sabio encantador; juzgaban
A los siervos humildes y obedientes,
Que le acompañan por doquier, demonios,
Espíritus, fantasmas, que parecen

Hombres y no lo son; y con sospecha
Eran mirados y evitados siempre,
Cual entonces se vió, pues todos, todos
Huyeron su contacto en el banquete.

Mas cuando los manjares humeando,
Y el olor del aloque y del clarete
El apetito universal abrieron,
Y los mas avisados, sin hacerles

Melindres, se arrojaron decididos
A ejercitar las garras y los dientes,
Olvidóse el temor de los fantasmas,
Y aunáronse cristianos con infieles.

De estos algunos, sin hacer memoria
Ni del Coran ni del Profeta, alegres
Se arrojaron al vino y al torrezno,
Como á pasas ó á dátiles silvestres.

Pero otros á agua pura y carne séca,
Haciendo á lo demás ascos y dengues,
Se atuvieron, y sobrios se mostraron,
Guardando sus costumbres y sus leyes.

Caleb, el mas anciano y de mas cuenta,
Favorito de Záide, cabo y jefe
De todos los demás, y cuya barba
La edad ha convertido en plata ó nieve,

Rígido observador de los preceptos
De la ley musulmana, al punto advierte
La prevaricacion de aquellos viles,
Y el buen comportamiento de estos fieles.

Elogiando á los unos, á los otros
Con palabras durísimas reprende;
Y arrastrado de ciego fanatismo,
Les manda retirarse del banquete.

Causó escándalo grande en los cristianos
La disciplina rígida del jeque;
Y salieron á plaza aquellos chistes,
De *alcuzcuz*, *zancarron*, y otras sandeces.

Caleb, en alta voz y en chapurrado,
Quiso probar á la indignada gente,
Ser los cerdos inmundos animales,
Y el vino pernicioso y vil deleite;

Pero Sancho, el porquero de la villa,
A quien asunto tal la honra le hiere,
La defensa tomó de su ganado
Con gran calor; y aun procedido hubiese

A enarbolar el puño, si Melendo,
Tabernero de Salas, hombre fuerte
Y de gran voz, entre él y su contrario,
El vino defendiendo, no se mete.

Un anciano escudero, de la fiesta
Director, encargado y presidente,
Logró aquietar los ánimos, y pudo
Ver la tranquilidad restablecerse.

Al cabo de buen rato, cuando habia
Echado algunos tragos Vasco Perez,
Dos rábanos se ató largos y gruesos,
A guisa de dos cuernos, en las sienes;

Tocó del capador el ágrio pito
Formado de cañutos diferentes,
Y haciendo contorsiones y visajes,
Llamó á sí la atencion, y al pueblo ofrece

Cantar alguna jácara ó letrilla,
Que á nadie ofenda, y que al concurso alegre,
Si es que el porquero con su ronco cuerno
Hacerle son y acompañarlo quiere.

Se aceptó la propuesta con aplauso;
El porquero prestóse, y hechos fuelle
Sus labios del remate retorcido
De su vil instrumento, hace que suene.

El bellacon de Vasco al punto entona,
Con gran silencio y gusto de la gente,
Este romance necio, inoportuno,
Pero que estaba en boga con la plebe.

El valeroso Pelayo
Cercado está en Covadonga
Por cuatrocientos mil moros,
Que en el zancarron adoran.

Solo cuarenta cristianos
Tiene, y aun veinte le sobran;
Pues la Virgen le ha ofrecido
Darle completa victoria.

Sale de la cueva un dia,
Sus pendones enarbola,
Y con espadas y chuzos
Al campo moro se arroja;

Pero resistir no puede
A los perros de Mahoma,
Y á la cueva se retira
Con pérdida, aunque con gloria.

Tornó á salir otra tarde,
Y tampoco el triunfo logra;
Y retiróse, la espada
Teñida de sangre mora.

Por tercera vez intenta
La batalla peligrosa,
Y tambien que recojerse
Tuvo, mas con fama y honra.

Entonces muy angustiado,
De la Virgen santa implora,
Que la palabra le cumpla,
Y que le dé la victoria.

Y la Virgen le responde:
Mañana de Covadonga
Saldrás, querido Pelayo,
Si es que mis consejos tomas:

En vez del rojo estandarte,
Medio marrano enarbola,
Y en vez de dardos y flechas,
Huesos de jamon arroja;

Y esgrime botas de vino,
En vez de espadas y azconas;
Verás cómo á la morisma
Vences, rindes y acogotas.

Hízolo así el buen Pelayo,
Y al ver las moriscas tropas
Que tocinos por enseñas
Saca la hueste española,

Quedáronse boquiabiertos,
Y en sus tripas se alborota
El alcuzcuz trasnochado,
Y la sangre se les corta.

Al ver llover zancarrones
De perniles, se acongojan;
Y para que no les pringuen,
Con las adargas se embozan;

Y llegando ya á los golpes,
Al sabroso olor que brotan
Empinadas por cristianos
Las cristianísimas botas:

Las ranas, que de los moros
En el vientre el agua forma,
Alzaron tal chichirreo
Que los confunde y atonta.

Entonces desenvainando
Las espadas cortadoras,
Cuatrocientas mil cabezas
De los perros de Mahoma

Los valerosos cristianos
Siegan, hienden y destrozan;
Concediendo así la Vírgen
Al gran Pelayo victoria.

Con gran grita, palmadas y contento
Se recibió el romance impertinente
Por los cristianos; mas con negro encono
Y furor por los moros cordobéses.

Caleb, ardiendo en ira y blasfemando,
Con ambos puños para Vasco fuése;
Vasco con una lonja de tocino,
Dando risadas, adargarse quiere.

A su defensa acuden el porquero
Y Melendo el jayan, dos matasietes,
De una gorda cachera aquel armado,
Y de un dornajo de madera este.

Empuñan los alarbes sus gumías;
Cuchillos y asadores diligentes
Empuñan los de Salas; de ambas partes
Vuelan jarros, botijas y zoquetes.

El sacristan trepando en una mesa,
Arroja por el aire su bonete;
«¡Anatema!» pronuncia en roncas voces;
«El antiguo milagro se renueve.»

Y arbolando un pernil ó pestorejo,
Grita: «*In hoc signo vinces.*» Cunde y crece
Súbita confusion: lloran chiquillos,
Chillan y se desmayan las mujeres;

Y los pajes solícitos retiran
A las mas asustadas y mas verdes,
A los rincones del establo oscuro,
Tras los pozos, pilares y pesebres.

Sus alas de murciélago, bramando
Por todas partes la Discordia extiende;
Y mas de mil cristianos tal vez iban
A ejecutar en musulmanes veinte,

Lo que ayudado de cuarenta amigos,
Con cuatrocientos mil hizo en allende
El glorioso Pelayo; pues las voces
Del anciano escudero nada pueden;

Cuando de los señores á la mesa
Llegó el estruendo de la airada gente,
Y la noticia de que al punto en sangre
Iba inundado el ancho patio á verse.

Nuño, que al ciego padre acompañaba,
Del retiro salió, y el Arcipreste
Dejó la presidencia del convite,
Y Záide el noble asiento que en él tiene;

Y arrójanse los tres á la escalera,
Hácia la escena trágica descienden,
Y entre la confusion y muchedumbre,
Tranquilidad pidiendo y paz, se meten.

Su presencia y su voz calmó á la turba,
Como calmarse de repente suele
Alborotada escuela de muchachos,
Cuando el dómine y férula aparecen.

En gran silencio y cabizbajos todos
Quedan, aquellas armas diferentes
Que ministró el furor, pasmados sueltan,
Y de su necio encono se arrepienten.

Záide á los suyos con airado rostro,
Trémulos labios, arrugada frente
Y palabras durísimas, recuerda
Cómo portarse en casa extraña deben

Los huéspedes honrados; y les manda
Que ó bien allá en sus cámaras se encierren,
O que de buena gracia y fe á los usos
Del pueblo donde están, todos se presten.

Nuño, menos mirado (está en su casa)
Reparte sendos palos y cachetes,
De los que por su mal no se escaparon
Ni el sacristan, ni el atrevido Perez,

Ni Melendo, ni Sancho. Furibundo
Recuerda al pueblo todo los deberes
De la hospitalidad franca y sencilla,
A que derecho el extranjero tiene;

Y amenaza á la turba consternada,
Con que, si acaso á desmandarse vuelven,
La echará á puntillones del palacio,
Y cerrará las puertas y canceles.

Cuando Záide y Salido concluyeron,
Tomó en todo la mano el Arcipreste,
Y echó á los dos partidos ya aquietados
Una florida plática no breve:

Con citas de las santas Escrituras,
De la paz demostró los dulces bienes,
Y matando dos pájaros de un golpe,
Convenció á los paganos y á los fieles.

En esto aparecieron por fortuna
La gaita, el tamboril y el panderete;
Y al ágrio tono, al golpe mesurado,
Y al repicar sonaja y cascabeles,

Renació mas lozana la alegría
En la, si antes feroz, ya humilde gente.
El pasado disgusto fué una nube
De verano, que rápida ennegrece,

Turba y confunde el cielo, truena y arde,
Centellea, graniza, silba y llueve;
Y cuando los ganados y los hombres
Ser llegada la fin del mundo temen,

Vuela, pasa, se rompe, se disipa,
Mas hermoso á brillar el aire vuelve,
Mas azul el zafir del puro cielo,
Y el sol canicular muy mas ardiente.

Al rumor de los tosços instrumentos
La turba juvenil dispone en breve
La danza prima, y en gozosa rueda
Los pajes y robustos mozalvetes

Con las mozas del pueblo hacen alarde
De sus ágiles piernas; se entretejen
En vistosas figuras, y siguiendo
El medido compás, el paso mueven.

Los hombres ya machuchos regresaron,
Seguidos de sus madres y mujeres,
A las volcadas mesas y á los restos,
Que en desórden quedaron del banquete.

Todo es ya paz, cordialidad y gozo:
Nadie guarda rencor; todos parecen
Una familia. El Sancho y el Melendo
(Aun la leccion de Nuño les escuece)

No piensan ya en reñir, y mas sesudos
En repasar los huesos y toneles
Se ocupan, y en reparo de sus iras,
Con sus contrarios mano á mano beben.

Caleb, habiendo visto que no agrada
A su señor el celo impertinente,
La austeridad depuso, y hay quien dice,
Que se le vió brindar con Vasco Perez.

Lo cierto es que ya estaban tan unidos
Los cristianos y alarbes, que el bonete
Del sacristan andaba en la cabeza
De uno de los esclavos cordobéses.

Disfrazar se dispuso al podenquero
De moro; y empezó la turba alegre
Con grandes carcajadas á vestirle,
Como en carnestolendas al pelele.

Su gordo, cascarrioso y roto sayo
Con remiendos de telas diferentes,
En una airosa juba recamada
De purpurino paño se convierte.

Las anchas bragas de listado lino
Sus toscas piernas, sin abrigo siempre,
Cubren, y datilados borceguíes
De sus piés sucios callos y juanetes.

En vez de la mugrienta caperuza,
En torno á la cabeza le revuelven,
Sobre casqueta de risueña grana,
Una pintada tela del oriente;

Le cuelgan un tajan y una gumía,
Ambos pendiendo de cordones verdes;
Y un albornoz sobre sus hombros echan,
Que baja en nobles y anchurosos pliegues.

Y como una mozuela reparase,
Que el *Cide* podenquero, *Abenju*-Perez,
Era lampiño, al punto le embadurnan
Barba y labios con tizne de sartenes.

Muy bebido está, sí, mas no borracho,
Porque ha comido mucho: está cual deben
Los buenos divertidos bebedores,
Esto es, nada pesado, sino alegre.

Se le ocurrieron tan agudos chistes,
Aunque acaso picantes y soeces,
En general tan nuevos y oportunos;
Discurrió tales burlas inocentes,

Y remedó con perfeccion tan grande
A Mudarra y á Záide, que merece
Aplauso universal, y fué el encanto
La tarde toda de la turba alegre.

Yéndose en tanto el sol á otro hemisferio
Cercano andaba ya del occidente,
Y el término llegó de aquella fiesta:
Que cuanto el mundo ve, término tiene.

Con pértiga de plata el mayordomo
Puesto en un corredor, grita á la gente
Mandando despejar, por ser la hora
De que el palacio sosegado quede.

Recogen pues los padres sus familias,
A poner todo en órden los sirvientes
Comienzan, y pasando por el patio
Los nobles, los hidalgos y Arcipreste,

A sus casas é iglesia se retiran,
Seguidos de los suyos. Los canceles
Del postigo la turba al fin traspasa,
Y á la desierta villa el pueblo vuelve.

El podenquero entonces solicita
Del dueño del vestido, que le deje
Ir á ver á su madre en aquel traje,
Y en el momento regresar ofrece.

Accedió el musulman; y el disfrazado
Del palacio salió sin detenerse,
Y la senda tomó que va á su choza,
Agil, sin tropezar ni dar traspiéses.

Engañar á la vieja á su llegada,
Y que le tenga por Gonzalo quiere;
Puesto que en contrahacer su aire y su porte,
Le han elogiado todos de eminente.

Iba ensayando el modo en que Mudarra
Con el ancho albornoz el cuerpo envuelve,
Y su andar, y el mover de la cabeza,
Y aquel aspecto soñador que tiene,

Y habiéndose encontrado en el camino
Dos hombres, forasteros le parecen,
Que le observan tal vez como turbados,
Y que se apartan con sospecha al verle;

Recuerda que hacen esto mismo todos
Cuantos hallarse con el jóven suelen,
Sabiendo que es fantástica figura,
O prodigioso encanto; y muy alegre

Se persuadió que ya lo contrahacia
Con tal primor y tan exactamente,
Que por el mismo original que copia
Aquellos dos incógnitos le tienen.

Siguió ufano con este pensamiento,
Pero aun mas se alboroza y se envanece,
Cuando en el mismo error puso á su madre,
Al punto de llegar al pobre albergue.

Pues la infeliz Elvida, que á la puerta
Viendo ser ya muy tarde y que no viene
Mudarra, ó segun ella su Gonzalo,
Estaba cuidadosa; cuando tiende

Por la senda la vista, y aquel moro
Ve por ella venir, no se detiene
En hacer mil extremos con los brazos,
Y en esforzar la voz lo mas que puede

Con tiernas expresiones de cariño.
Y al llegar Vasco, abrázale de suerte
Que completó su engaño doloroso;
Saliendo de él tan solo, cuando hieren

Su torpe oido las risadas necias
De aquel farsante, máscara ó pelele.
Al conocer la burla, y cerciorarse
De que es al hijo al que abrazado tiene,

Ardió en tal rabia la burlada Elvida,
Que ciega de furor soltó un torrente
Sobre el buen disfrazado, de improperios.
Pero viendo la vieja que no puede

Reñirle por la infame borrachera,
Porque en su seso el podenquero viene;
Ni por olvidadizo, pues el pobre
Le trae una fineza del banquete;

Para dar á su cólera desfogo
Halló en el traje asunto suficiente.
Y á la juba, alquicel, faja y turbante
Con desatada lengua echó mil pestes.

Y en lugar de gritar por el engaño,
Que fué lo que sintió, gritó por verle
Vestido como infiel, con atavíos
Que el demonio trazó para su gente:

Porque es harto comun, si por aquello
Que de veras nos pica y nos ofende,
No queremos reñir ó no es posible,
Reñir por otra cosa, sea cual fuere.

Sufrió la tempestad el pobre Vasco
Con mansedumbre grande, y no comprende
Cómo lo que en la fiesta mereciera
Del pueblo todo los aplausos, puede

Merecer en su choza tal disgusto;
Sin ocurrir á su infeliz calletre,
Que son de tiempo y de lugar las gracias;
Que el donaire de aquí ser allá suele

Insulto ó necedad, y que el chistoso
Lo es para su familia raras veces.
Calló pues, que era humilde con su madre,
Y no se atrevió nunca á responderle.

—Empezaba la noche destemplada,
Y al palacio tornar Vasco resuelve;
Mas de la airada vieja al despedirse,
Remedar se le ocurre nuevamente,

El modo de ausentarse de Mudarra
Y las palabras que le dice siempre,
Pues se lo han aplaudido y regañado,
Cosas ambas que excitan y promueven

Cualquiera propension; y tras la suya
De tal manera sin sentirlo fuese,
Que la madre, que estaba ya en silencio
(Aunque mohina porque no parece

Su encantado garzon, y es casi noche),
Otra vez en tal ira el pecho enciende,
Que está el hijo á cien pasos, y aun furiosa
Con sus voces las sombras ensordece.

A la mitad de la escabrosa senda,
Que desde Sálas á la choza viene,
Hay un desfiladero y estrechura,
Que por un lado cierran las paredes

De una incendiada quinta y los escombros,
Y por otro barrancas, donde crecen
Arboles gigantescos y zarzales,
Sitio escondido y temeroso siempre.

Llegó á aquel sitio Vasco, cuando apenas
En las lejanas cumbres de occidente
Un escaso crepúsculo quedaba,
Pronto entre negras nubes á perderse,

A la postrer mirada semejante
De un moribundo. En cuanto puso Perez
El pié en lo estrecho, los escombros salvan
Dos hombres, cuyos rostros ver no puede,

Aunque sí fulgurar sendos puñales
En sus manos. Osados le acometen
En gran silencio; mas con tanto arrojo
Que en tierra le derriban y le hieren.

Le valió al desdichado su turbante,
Y del ancho albornoz los dobles pliegues,
O acaso mas los gritos y las voces
Con que el campo atronó; pues de repente

De las barrancas, troncos y malezas
Un blanco bulto sale y aparece,
Que esgrimiendo un alfanje con gran brio
A los dos asesinos arremete.

Estos, sobrecogidos, sin aliento
Huyen al punto, abandonando á Perez;
Como tal vez dos lobos que voraces
Un tierno recental rendido tienen,

Cobardes huyen del mastin gallardo,
Que de improviso llega y los sorprende.
El vencedor los sigue; pero pronto
Entre escombros y sombras se le pierden;

Y como oyó al momento dos caballos
Alejarse á galope, envaina y vuelve
A la senda, donde halla al podenquero,
Puesto ya en pié, con dos heridas leves;

El cual turbado entre el dolor y el susto,
A su libertador, al que le debe
La vida, reconoce. Era Mudarra
Que habiéndose alejado mas que suele,

Y viendo entrada ya la noche oscura,
Atravesando eriales, diligente
Se retiraba á su palacio, y pudo
Los gritos escuchar de Vasco Perez.

Indignó á toda Salas tal suceso;
Mas á los pocos dias acontece
Otro, que consternó los corazones
De cuantos interés por Lara tienen.

Acercóse á la puerta de la choza
De Elvida á prima tarde un penitente
Devoto peregrino. Allí en voz alta
Entonó vários cánticos y preces,

Y despues pide humilde y compungido
Que calentarse en el hogar le dejen.
Compasiva la vieja le da entrada,
Y un asiento solícita le ofrece.

El tal huésped al punto con gran arte
Sobre recuerdos de los Laras mueve
La plática, y al cabo sobre el moro,
De quien tantos prodigios se refieren.

Tragó el anzuelo la infeliz nodriza:
Que era Gonzalo aseguró mil veces,
Y empezó á lamentarse (que es su tema)
De que ya la ha olvidado y no la quiere;

Y de que el raro encanto con que vive,
Tanto dominio en su memoria ejerce,
Que apenas guarda ya recuerdo alguno
De aquel tiempo feliz de sus niñeces.

Sobre lo cual la pobre insiste y llora,
Afligida diciendo, que por verle
Recordarse con ella de los dias
Pasados, diera con placer los breves

Años que le quedaban de existencia,
Y así lográra sosegada muerte.
El sagaz peregrino acalorando
A la infeliz, se porta como suele

El pescador, que al grueso pez que pica
Y se clava el anzuelo, del carrete
Suelta todo el torzal, para que nade
Y trague mas y mas el cebo aleve.

Dióle pues cuerda larga á su manía:
De su afliccion mostrando conmoverse
Y querer reparar su desventura,
Así al cabo le dice: «Tal vez puede

»Remediarse el olvido en que el encanto,
Para con vos á ese mancebo tiene.
Yo mismo... pero no... no me es posible...
Cantidad corta traje, y tantas veces

»He dado en várias partes de limosna
Grandes porciones, y con fruto siempre,
Que no puedo dar mas...»—«¡Qué!» Interrumpe
La nodriza, ¿«remedio hallarse puede?

»¿Y vos?... ¿Vos lo teneis?»—«Sí, yo lo tengo,
Y eficaz» respondióle el penitente;
«Pero no lo daré, que es gran reliquia:
Arena es del Jordan, cogida en viernes

»Del sitio en que Jesus fué bautizado.
Polvos de alta virtud, que si los bebe
Un muerto, como Lázaro, al instante,
En robustez completa á vida vuelve.

»El encantado que á probarlos llega,
Se encuentra en libertad salvo, y no pierde
El poder que el encanto le prestaba,
Pues si era con buen fin, se aumenta y crece.»—

Esto oyendo, á sus plantas arrojóse
La desdichada Elvida, y con vehementes
Expresiones le pide alguna parte
De tan santa reliquia, porque quiere

Dársela á su Gonzalo. Como bronce
El hombre se sostuvo, y muchas veces
Se la negó, logrando que otras tantas
La importuna nodriza se lo ruegue.

Mostró ablandarse al cabo, y le pregunta
Si agua, vino ó manjar alguno tiene,
De que segura esté que su Gonzalo
Solo haya de probar, no otro viviente.

Ella al punto delante le presenta
Una escudilla con migada leche,
Diciendo se la tiene preparada
Para que aquella tarde la meriende.

Incorpórase al punto el peregrino,
Dentro de su zurron la mano mete,
Y sacando una caja, en la escudilla
Gran cantidad de polvos blancos vierte;

Y encargando á la vieja que ninguno,
Sino Gonzalo, coma aquella leche,
Oyendo que alguien se acercaba al chozo,
Se inmutó, despidióse y listo fuése.

Era quien se acercaba, el podenquero,
Cantando en alta voz, y muy alegre
Entró á anunciar á su contenta madre,
Que á verla, detrás de él, Mudarra viene.

Salió Elvira á la puerta de la choza
A esperar su llegada como siempre,
Y en tanto un galgo corredor, que acaso
Ha venido siguiendo á Vasco Perez,

Saltó sobre la mesa donde estaba
La escudilla, que al punto atisba y huele,
Y de dos tragantadas deposita
El contenido en su insaciable vientre.

Al rumor que causó, tornó la vieja
La faz, y al ver deshechas de tal suerte
Sus esperanzas todas, lanza un grito,
Y va á ver si salvar aun algo puede;

Y mientras Vasco en carcajadas rompe,
Ella en el robador, que huye y se mete
Bajo del tosco lecho, furibunda,
Ya que no golpes, maldiciones llueve.

Pero quedóse helada, cuando mira,
Como si algun poder ellas tuviesen,
Salir con ambos ojos hechos brasas
De su refugio al perro de repente,

Y que lanza un ahullido doloroso;
Da tres rápidas vueltas, se estremece,
El pelo se le eriza, cae al suelo,
Revuélcase convulso, y gime, y muere,

Blanca espuma arrojando por la boca,
Con un palmo de lengua seca y verde,
Y quedándose yerto, hinchado, hirsuto,
Con muestras de empezar á corromperse.

Llegó de dos monteros escoltado
Mudarra en aquel punto; y le suspende
Hallar en tanta confusion la choza,
El perro muerto, sollozando á Perez,

Consternada á la vieja. Les pregunta
De aquel desman la causa, y várias veces
Lo torna á preguntar. Al cabo Elvida,
Con tan simple candor y tan patente

Sencillez y franqueza, todo el caso,
Sin callar circunstancia, le refiere,
Que quedó su inocencia acrisolada
Y su sana intencion; pues aun mantiene

El pensamiento mismo, y como prueba
Del poder santo que los polvos tienen,
El rebentar el animal con ellos
Por la profanacion, la tonta ofrece.

Demudóse Mudarra, penetrando
Cuál su peligro ha sido: no se mete
En sacar de su error á la nodriza,
Y á los dos ballesteros manda vuelen

Al punto en sus caballos, que recorran
Montes, valles y selvas, que se esfuercen
Por descubrir doquiera al peregrino,
Y que si hallarle por ventura pueden,

Le detengan, le amarren, y al momento
Al castillo de Salas se le lleven.
Obedecieron sin chistar: Mudarra
Abraza á Elvida; mas de lo que suele,

La acaricia y consuela, y recogiendo
La taza, que del polvo aun restos tiene,
Del podenquero acompañado parte,
Y á su palacio presuroso vuelve.

Habló al punto con Záide y con Salido,
Y aquel en los residuos de la leche
Descubrió un activísimo veneno,
Que rompe las entrañas de repente.

Los dos abrazan al garzon, y tiemblan:
Ocultar el suceso ambos resuelven
Al ciego padre, y con afan esperan
Que los monteros en la selva encuentren

Al envenenador. A media noche
Regresan estos, pero solos vienen:
No han encontrado á nadie en los contornos,
Y á unos pastores la noticia deben

De que un hombre embozado, á media tarde,
En un caballo negro, diligente
Salió del bosque donde está la choza
De la nodriza, y hácia Burgos fuése

Como una exhalacion, atravesando
Campos y selvas. Las sospechas crecen
De Záide y Nuño, y cautos determinan
Jamás de vista, ni un momento breve,

A Mudarra perder, y que una escolta
De hombres armados le acompañe siempre
Los pocos dias que tan solo faltan,
Para que el plazo del combate llegue.

NOTA DEL PRECEDENTE ROMANCE.

(33) «Prohijóle otrosí Doña Sancha, su madrasta: la adopcion se hizo de esta ma»nera, aunque grosera, pero memorable..... Metióle por la manga de una muy ancha »camisa, y sacóle la cabeza por el cabezon; diole paz en el rostro, con que le pasó á »su familia, y recibió por su hijo. De esta costumbre salió el refran vulgar: *Entra »por la manga y sale por el cabezon.* Dícese del que siendo recibido á trato familiar, »cada dia se ensancha mas.» (MARIANA, lib. VIII, cap IX). Ambrosio de Morales dice, que la camisa la tenía puesta la madrastra, y que con ella puesta hizo la ceremonia de meterle por la manga y sacarle por el cabezon; cosa que no se comprende cómo puede ser.

Yo me he descartado de Doña Sancha, por ser figura que no me hacía buen juego en el cuadro, y pongo á una hermana de Gustios Lara desempeñando la ceremonia de la adopcion.

ROMANCE NOVENO.

Catad que son diez vestiglos,
Non cosas del mundo non,
Contra quien fallescen lanzas
E no arremete el troton.

Romance antiguo.

Todo cuanto escucho y veo,
Son imágenes, son sombras
De mi desdicha.

Zamora.

De fortuna y poder en la alta cumbre
Veinte años ha que vive Rui-Velazquez:
Mas que señor, hallando esclavo humilde
En el conde don Sancho, adquirió tales

Riquezas, importancia y poderío,
Mientras rigió su cetro, que la márgen
Traspasó de vasallo. Leyes fueron
Supremas sus caprichos, sin que osase

El valor, la virtud ó la nobleza
Cortar los vuelos á poder tan grande;
O imponer á ambicion tan peligrosa,
Si no barrera, moderado cauce.

Aunque lo maldijeran en secreto
Prelados, Ricos-hombres y magnates,
De rodillas su gracia mendigando,
Le incensaban sumisos y cobardes;

Y hasta le procuró la ciega suerte
Con dos altas victorias afirmarse,
Una ganada al guerreador navarro,
Otra á los poderosos musulmanes.

¿Mas fué dichoso?—No: de su grandeza
El árbol colosal creció con sangre;
Y que lluvia de sangre lo derribe,
Teme su corazon á cada instante.

La mole donde estriba su arrogancia,
Se amasó y se asentó tambien con sangre;
Y tiembla que de sangre una avenida
La embista y vuelque, y rápida la arrastre.

Ah! no le muerden solo y le devoran,
Convertidos en vívoras voraces,
Hondos remordimientos; no tan solo
Los fantasmas le afligen formidables,

Que el sueño al poderoso turban siempre,
Que siempre le envenenan los manjares:
No, la oculta justicia de los cielos
Tambien quiso oprimirle y castigarle

Con disgustos domésticos, los goces
De esposo tierno y de amoroso padre
Robándole tenaz, sin permitirle
Dejar un sucesor de su linaje.

—Su mujer doña Lambra, instigadora,
Si es que orígen no fué de sus crueldades,
Hermosa, aunque pasado el fresco brillo
De la primera juventud, carácter

Desde luego mostró tan orgulloso,
Altivez tan feroz é intolerable,
Que de esposo y familia la opresora
No tardó mucho tiempo en declararse.

Amor, halagos, sumision, caricias
Fueron, para amansar su pecho, en balde;
Telas, joyas, poder y rico Estado
No lograron saciar sus vanidades;

Adulacion, inciensos y festines
No consiguieron dar á su semblante
El hermoso matiz de la alegría,
Ni sonrisa á sus labios de corales.

Deudos, amigos, siervos y vasallos
Huyeron su presencia formidable,
Y el alcázar quedó solo y desierto,
De discordia y tristezas hospedaje.

Si convertido en tentador demonio
Vió con asombro el triste Rui-Velazquez,
La que juzgó, de amor en los delirios,
Iris de paz y de virtudes ángel;

Aun fiel esposa hallaba en su consorte;
Y á la propia mujer da tal realce
Cumplir con esta obligacion sagrada,
Que á su sombra encontrar suele bastante

Disculpa ante los ojos del prudente
De otros deslices y defectos graves;
Como el soldado que en valor descuella,
La encuentra de sus vicios y maldades.

Fruto logró su union á los dos años
En un hermoso y delicado infante,
Que dió, naciendo en robustez lozana,
Esperanzas altísimas al padre.

En Barbadillo y en Castilla toda,
Siendo padrino el Conde al cristianarle,
Fué su venida al mundo celebrada
Con iluminacion, repique y baile.

Suelen los hijos ser vínculo estrecho
Que liga las opuestas voluntades,
Y encanto de tan alto poderío,
Que borra los enconos mas tenaces;

Porque en dos corazones que á un objeto
Consagran su ternura y sus afanes,
De la conformidad de sensaciones
Mutuo cariño, union, amores nacen.

Mas era el corazon de doña Lambra
Compuesto de venenos infernales,
Y del niño inocente la presencia,
En vez de corregirle y aplacarle,

Pareció que su fiera altanería
Y condicion terrible acrecentase.
Creyó sin duda su beldad ajada
Por haber dado fruto, su semblante

Y su seno marchitos, esta idea
Era para su orgullo insoportable.
Desde el principio con atroz despego
Vió al inocente niño, sin dignarse

De ponérsele al pecho una vez sola,
De dormirle en sus brazos y arrullarle.
Aquella dulce prenda parecia
Ser objeto que solo le inspirase

Mayor ódio y desprecio á su marido,
Aspereza mayor, nuevas maldades;
Pues la sola virtud que fué su escudo,
Dió á poco tiempo de repente al traste.

No amor, viles caprichos la asaltaron,
Tal vez probar queriendo, si aun bastante
Atractivo y belleza mantenia;
Y el lecho conyugal manchó la infame.

—Aunque ya treinta y cinco primaveras
Contado hubiese, y aunque fuera madre,
Fresca se conservaba su hermosura:
Era su boca perlas y corales,

Sus ojos dos luceros refulgentes,
Nieve y rosa su faz, y de azabache
Las luengas trenzas, que su frente orlaban
Descendiendo gallardas hasta el talle.

Alabastro bruñido parecian
Garganta y pechos, y de formas tales,
Que no hubiera buscado Praxiteles
Otras que colocar en sus deidades.

Breves el pié y cintura, de jazmines
Las delicadas manos, el donaire
Y estatura gentil un todo hacian,
Cuales los vió el ingénio y trazó el arte

Del inmortal pintor, gloria de Urbino.
¿Por qué en tal sólio una alma noble y grande
No puso el cielo, generosa y digna
De tan bello y magnífico hospedaje?

Era un sepulcro de luciente mármol,
De podredumbre y de gusanos cárcel;
Era un palacio hermoso, do brillaban
Bruñido el bronce, cincelado el jaspe,

De proporcion sublime, enriquecido
Con colunas, relieves y follajes;
Habitado por hienas furibundas,
Hambrientos lobos y arrabiados canes.

Puso los ojos pues en un mancebo,
Imberbe y lindo, de su alcázar paje,
Que apenas veinte abriles contaria,
Y no tardó sagaz en enlazarle.

¿Quién su presencia hermosa resistiera,
De su grandeza el brillo deslumbrante,
Su pompa, su magnífico atavío,
Su poder, su riqueza y sus avances?

Cayó al punto en la red el mozo incauto,
A amor con vanidad, que es muy bastante
A trastornar un gigantesco escollo,
Entregándose ciego á todo trance.

Pronto, si fué fortuna, su fortuna
Y de la dama la conducta infame
Se descubrieron (nunca en los palacios
Largo tiempo se esconden cosas tales),

Y pronto entre las dueñas y escuderos
A escándalos y hablillas dieron márgen,
Corriendo en Barbadillo la noticia,
Sin tardar por el mundo en divulgarse.

El último en saber tanto desórden
Fué, cual siempre acontece, Rui-Velazquez;
Mas ó la desvergüenza de su esposa,
O bien la inexperiencia del amante,

O de algun favorito malicioso
Inoportuno chiste, ó los mordaces
Labios de una envidiosa, ó que los cielos
Queriendo á un mismo tiempo castigarle,

Y castigar á entrambos delincuentes,
Con roedoras sospechas le avisase;
Tuvo por fin noticia del exceso,
Y pruebas luego del horrendo ultraje;

Y lo vengó. Vengólo, sí: furioso
Bañó sus manos en la torpe sangre
Del adúltero, haciéndole pedazos
El corazon, de la perjura infame

Ante los ojos; y la ardiente daga,
Enrojecida toda y humeante,
Vibró en seguida contra el pecho de ella.
Pero cuando iba el golpe á descargarle,

Viéndola dar en tierra desmayada,
Suspendió el brazo; y en su atroz semblante
Brillaron, cual relámpago en la nube,
De inspiracion horrenda las señales;

Y llamando á sus fieles servidores,
Con voces al graznido semejantes
Que lanza el cuervo, cuando hambriento encuentra
En la desierta playa algun cadáver;

Mandó arrastrar al punto del castillo
A un subterráneo al desangrado paje
Y á la perjura infiel; y allí encerrada
Dejóla con los restos de su amante.

Por aquel tiempo se encendió una guerra
Con Navarra, y al frente de las haces
De Castilla, á los límites del Ebro
Marchó de adelantado Rui-Velazquez;

Y consiguió feliz una victoria,
Que produciendo ventajosas paces,
Le dió renombre y esplendente brillo,
Y á su excelso poder mayor ensanche.

Tornó orgulloso á Burgos con la pompa,
Que siempre cerca al capitan triunfante,
Y apoyado en sus glorias y laureles,
Dió á su hinchada ambicion mas ámplia calle.

Mientras estuvo ausente, doña Lambra
Consiguió quebrantar su horrenda cárcel,
Seduciendo á sus guardas, y á Galicia,
Acompañada de un abad, fugarse.

Bramó Velazquez de furor, con muerte
Castigó fiero al sobornado alcaide;
Mas luego se templó, todo embebido
Del mando y del dominio en los afanes,

Y en el que demostraba al hijo tierno,
Objeto de esperanzas colosales.
De la cuna este ya salido habia,
Como lozano en la floresta sale

Un vástago robusto, en quien espera
Ver el agricultor cedro gigante,
Que sombra dé y amparo á las labores,
Y que rey sea del fecundo valle;

Mas ¡ay! á Gustios Lara le ha robado
Siete hijos, ya mancebos, Rui-Velazquez,
Y ver logrado al suyo, es imposible
Que quiera el justo cielo tolerarle.

Llegó una aciaga noche, y en su lecho
De un hondo sueño en el descanso suave
Estaba ya el señor de Barbadillo;
Despues de haber revuelto locos planes

De orgullo y de ambicion allá en su mente;
Y soñaba tal vez que con sus artes
Colocaba en el trono de Castilla
Al hijo; que á sus plantas los magnates,

Prelados y justicias le juraban
Humildes obediencia y vasallaje;
Y escuchaba del pueblo los aplausos,
Y alegres vivas asordar el aire;

Cuando de pronto despertó. Las voces
Oyó de turba inmensa, y asordarse
Todo el palacio con rumor confuso:
Restregóse los ojos, anhelante

Descorrió las cortinas, con asombro
Vió por las claraboyas derramarse
Un rojo resplandor que iluminaba
El aposento, y empezó á turbarle

El conocer que respiraba humo.
Un vuelco dióle el corazon cobarde;
Salta del lecho, envuélvese en su manto,
Coge una daga, de la alcoba sale,

Y halla el palacio en combustion horrible,
Presa de ardientes llamas, que voraces
Taladrando artesones y techumbres,
Por las tinieblas lóbregas se esparcen.

—Por sueño, ó por descuido, alguna dueña
Que en la antesala del pequeño infante
Se quedaba á velar, dejó una antorcha
Inmediata á un movible cortinaje,

Donde prendió la llama voladora,
Que subió por molduras y pilares,
Cebándose furiosa en las maderas
Del arteson, y en las tendidas trabes;

Y agitada del viento que soplaba,
Corrió el incendio á pasos de gigante
Por todo el edificio. No respeta
Ni de las fuertes torres los sillares;

Alza hasta el alto cielo remolinos
De humo y de espesas chispas, que combaten
A los astros y ofuscan sus fulgores,
Con luz siniestra iluminando valles,

Y selvas, y apartados caseríos,
Y en las lejanas cumbres desiguales
Reflejando del último horizonte,
Cual suelen encendidos los volcanes.

—Toda la poblacion de Barbadillo
Acudiera solícita al desastre,
Y de los dependientes del palacio
Tornan la confusion mas ciega y grande.

Todos se mezclan, corren, gritan, mandan,
Disponen, bajan, suben, entran, salen;
La muchedumbre acrece el embarazo,
Y al fuego tronador no hay quien ataje.

La confusion aumenta y el asombro
La súbita presencia de Velazquez,
Que en roncas voces, émulas del trueno,
Vuelto del edificio hácia la parte

De la ruina mayor, pregunta á todos,
¿Dónde está el hijo? y no responde nadie.
Adivinó que estaba en su aposento,
Y vuela denodado (que era padre),

Despreciando su vida en tal conflicto,
A tentar el camino de salvarle.
Dos fieles escuderos tras de él siguen:
Se lanza á los escombros humeantes,

Salta de viga en viga, que á su planta
Ceden, y sin temer precipitarse
Dentro de un mar de fuego á cada paso,
Senda por medio de las llamas abre;

Y á la cámara llega de su hijo,
Era el momento mismo en que lo grande
Del incendio voraz en ella estaba:
Ya las molduras que la adornan, arden,

Y vuelan en ceniza y humo leve.
La dorada techumbre á desplomarse
Va al momento: del suelo, quebrantado
Por las grietas, el humo empieza á alzarse,

Y acaso llamas: crujen las paredes,
Y aun está en un rincon el rico catre,
Y el niño en él. De despertar acaba,
Cuando iba ya el vapor á sofocarle,

Porque una brasa ó chispa le ha caido
En el pecho inocente. Rui-Velazquez
Lo ve al través del humo, oye su llanto,
Mira sus manecitas levantarse.

Respira el padre; es suyo: corre, vuela...
Pero en el punto mismo de salvarle,
Una viga del suelo en aquel lado
Falta, se troncha con fragor, y el catre,

Y el niño, y la bordada colgadura
Se hunden en un abismo y hondo cráter,
Por do rompe de llamas un torrente,
Que todo lo consume en el instante.

Tras del hijo inocente, despechado
Fuese á arrojar el desdichado padre;
Mas firmes lo detienen y sujetan
Entrambos escuderos, que constantes

Hasta aquel sitio horrendo lo han seguido;
Y desmayado logran retirarle,
Y atravesando por peligros nuevos,
Quemados los cabellos, barba y trajes,

Con él en hombros, como muerto, pronto
Salvos al patio del castillo salen.
La muchedumbre á su señor circunda,
Y él, en cuanto en el rostro le dió el aire

A cielo abierto, y respiró el ambiente,
Tornó en sí, y furibundo á levantarse.
Maldijo, blasfemó, con roncas voces
Aterró á los confusos circunstantes;

Llamó al hijo mil veces, anheloso
Corrió lijero de una en otra parte,
Y en tronador acento, que vencia
Del incendio el rumor, y el espantable

Estruendo que los muros y techumbres
Formaban al hundirse y desplomarse;
Gritó á sus servidores y vasallos:
«Fuera, canalla vil... fuera, cobardes:

»Dejad, dejad arder estas ruinas;
Muerte á quien una chispa sola apague.
Arda el palacio, y arda Barbadillo,
Y Castilla, y el mundo... Si abrasarse

»He visto mi esperanza, ¿qué me importa
Que el universo mísero se abrase?»—
Gritando así furioso se metia
En pórticos, salones y desvanes,

Y á los que aun se afanaban denodados
Por atajar el fuego, á retirarse
Con golpes y amenazas compelia;
Mas aunque trabajando continuasen,

Nada lograr pudieran. Del incendio,
Descuidado al principio, eran ya tales
Los rápidos progresos, que no habia
Manera de extinguirle ó de cortarle.

—Salió el sol entre cárdenos vapores,
Que dieron á su faz color de sangre,
Y pálido y sin brillo, en el espacio,
Cual si una gasa densa lo ofuscase,

Se alzó, y siguió su curso. A su presencia,
Si no furor, perdieron las voraces
Llamas su resplandor, mientras el humo
Cobró aspecto mas negro y formidable,

Cubriendo con fantásticos colosos
Del cielo azul el empañado esmalte.
Y entre ruinas y escombros se veia
Aparecer al despechado padre.

Ora al hundirse una maciza torre,
Ora al volar el humo hácia otra parte:
Ser el Genio del mal se hubiera dicho
Que presidia destruccion tan grande.

Duró el incendio en su furor tres dias,
Y por muchos despues quedó constante
Una coluna de humo, que se alzaba
Hasta los cielos recta por el aire,

Cual si fuese un puntal del firmamento;
U ondeaba en brazos del ambiente suave;
O rota por el viento, se esparcia,
En niebla leve por los hondos valles.

Cuando al conde don Sancho de Castilla
La noticia llegó de tal desastre,
Voló en persona á dar al favorito
Consuelo, y del estrago á retirarle;

Y un palacio magnífico, que estaba
Entre florestas y extendidos parques
A dos leguas de Burgos, regalóle,
Para que le sirviera de hospedaje.

De él hizo su mansion casi contínua
Desde aquella desgracia Rui-Velazquez,
O por estar mas cerca de la córte,
O porque Barbadillo y los lugares

Donde perdió el honor, y los tesoros,
Y al hijo, centro de esperanzas tales;
Contrarios á su nombre y su fortuna,
Y de siniestro agüero los juzgase.

El tiempo, á cuyo curso todo cede,
Consolador de penas y de males,
Llegó á calmar su pecho, destrozado
Con tantos contratiempos y desastres;

Mas quedó tan acedo, que por puntos
La violencia aumentó de su carácter;
Y si antes sanguinario por venganza,
Despues lo fué por ánsia de crueldades.

El afan de dejar un heredero
A su poder, á su fortuna y sangre,
Viéndolo por el cielo contrariado,
De la ciega ambicion en maridaje,

Le inspiró el atrevido pensamiento
De al punto celebrar segundo enlace
Con doña Sol, hermana de don Sancho;
Que ya no aspira á menos tal magnate.

No halló en el Conde obstáculo ninguno;
Mas lo halló, sin poder sobrepujarle,
En la tenacidad del Arzobispo,
Y de su esposa infiel en los parciales.

Aquel (aunque frecuente entonces fuera
Para príncipes y altos personajes
Del matrimonio relajar los nudos,
Y aunque desde el tumulto contra Záide,

Hácia el noble señor de Barbadillo
Complaciente en extremo se mostrase),
De celo religioso dominado,
Negóse á permitirle inexorable

Los vínculos romper del sacramento,
Y para nueva boda autorizarle.
Con este firme apoyo, los parientes
De doña Lambra osaron declararse,

Dispuestos á oponerse aun con la fuerza
A ver en su familia tal desaire;
Empezándose á alzar tan gran borrasca
Contra el omnipotente gobernante,

Que se encontró obligado por entonces
A diferir sus orgullosos planes,
Y al puerto se acogió de la prudencia,
Para salvar de su ambicion la nave.

Vióse en tan grandes sustos y zozobras,
Temió tantos venenos y puñales
En aquella ocasion, que ardió en el ánsia
De arrancar á las lumbres celestiales,

Del porvenir oscuro el gran secreto,
Apelando al poder de ocultas artes;
Pues querer penetrar en lo futuro,
Es propio de ambiciosos y cobardes.

—Por aquel tiempo se mostró en Castilla
Un extraño y famoso personáje,
Dálmata de nacion, de noble aspecto,
Astrólogo sublime y nigromante.

Europa estaba de su nombre llena,
Y corriendo sus várias capitales,
Despues de haber en Africa y en Asia
Dado fin á larguísimos viajes;

Hizo de su saber pasmosas pruebas,
Predijo con acierto acasos graves,
Y ganó cuantiosísimo tesoro,
Vendiendo raras drogas y brebajes.

Príncipes y Monarcas á porfía
Tenerle en su servicio y sujetarle
En su córte quisieron, con halagos
Y con ofertas de riquezas grandes;

Mas él, independiente, jamás quiso
Ni hacer larga mansion en una parte,
Ni á servir solamente á un soberano
Y á una sola nacion acomodarse,

Diciendo ser universal su ciencia,
Y que por todo el orbe derramarse
Debia su excelso influjo, cual derrama
La luz el sol, á quien llamaba padre.

Con grande autoridad y altanería
Trataba á los guerreros y magnates,
Sentando, que la ciencia es don del cielo,
Don mas sublime que poder y sangre.

Unas veces tenaz se desdeñaba
De hacer un vaticinio, aunque rogarle
Viera á sus piés á un Príncipe; mas otras
Vaticinaba sin pedirlo nadie.

Curaba con ensalmos las heridas,
Y como por milagro enfermedades
De inminente peligro; ya exigiendo
Sumas extraordinarias, ya de balde.

Acaso regalaba generoso
Amuletos, reliquias, talismanes,
Y armas forjadas bajo tal aspecto,
De temples encantados y metales;

Y tal vez codicioso las vendia,
Exigiendo crecidas cantidades.
Irregular en fin y caprichoso,
Y de contradicciones y contrastes

Tan lleno se mostraba, que imposible
Era el saber de fijo su carácter,
Ni el modo de lograr su amor y estima,
Ni el modo de tenerle y de obligarle.

Obraba como suele un inspirado,
Ciego instrumento de poder mas grande,
Y que de mano tal recibe impulso,
Que no está de los hombres al alcance.

—Este dálmata pues llegó de paso
A Burgos, donde el Conde y personajes
De admiracion y obsequios el tributo
Le dieron, que lograba en todas partes.

El Arzobispo solo demostróle
O desprecio ú horror, por contemplarle
Agente del demonio y hechicero,
Y sus ciencias ocultas condenables.

Quien con mayor afan y mas estima
Se empeñó en recibirle y obsequiarle,
Dándole alojamiento en su palacio
Y un asiento en su mesa, fué Velazquez.

Una lanza compróle á peso de oro,
Obra de un sabio armenio nigromante,
De tal virtud que si tocara un monte,
Lográra confundirle y derribarle;

Y le pidió de su futura suerte
Alguna clara luz. Dificultades
Encontró el sabio en complacerle: solo,
Movido de sus dádivas constantes,

Al tiempo de partir, con gran misterio
Le dijo estas palabras: «Rui-Velazquez!
No temas asesinos ni envidiosos;
De Almanzor teme el damasquino alfanje.

»En la presencia de una ilustre mora,
Jóven, doncella, hermosa, no batalles,
Si el que ella logre una corona excelsa
En el éxito estriba del combate.»—

No complació al señor de Barbadillo
Ni uno ni otro consejo, que triviales
Y vagos le parecen. Era tanta
La fama de Almanzor, eran tan grandes

Su valor, su destreza y su fortuna,
Que todos procuraban no encontrarle;
Y el combatir á vista de una mora
Para ceñirle una corona, lance

Era extraño además, y en que no habia
Personalmente él mismo de empeñarse;
Ni, si acaso, poner mas que el influjo
De su excelso poder y de su clase.

Despreció pues del sabio los avisos;
Mas como á poco tiempo declarasen
Guerra los moros, se quedó en la córte,
Hasta tener noticia y cerciorarse

De si Almanzor estaba en la frontera.
Al saber que se hallaba muy distante,
Del Africa corriendo las provincias,
Fué; y con una victoria asegurarse

Logró de nuevo en el poder, quedando
De enemigos y de émulos triunfante.
Vários años despues un reyezuelo
Moro vino favor á demandarle,

De una hija muy hermosa acompañado,
Contra un usurpador; y él sin mezclarse
En lucha alguna, le volvió su cetro
Con su influjo, poder, astucia y arte;

Y juzgando pasados de este modo,
Sin el menor peligro, los dos lances
A que pudo aludir el vaticinio,
Ni aun se volvió á acordar del nigromante.

Siguió siendo el tirano de Castilla,
Y cada dia su favor mas grande
Con el Conde don Sancho, sin que hubiese
Fuerzas que de él pudiesen derribarle.

Como entonces muriese doña Lambra,
Tornó á entablar los suspendidos planes;
Y sin temer contradiccion ninguna,
Trató con doña Sol su nuevo enlace;

Mas de don Sancho la impensada muerte
Derribó sus proyectos colosales,
Como un soplo derriba los palacios
Que hacen los niños con lijeros naipes.

Subió al excelso trono de Castilla
Y á gorbernar por sí Fernan-Gonzalez,
Y de sol tan radiante á la presencia
La estrella se apagó de Rui-Velazquez.

Pero era su poder tan gigantesco,
Tan antiguo, tan fuertes sus parciales,
Que de pronto y de un golpe derribarlo,
Daños ocasionar pudiera graves.

—En medio del jardin descuella un olmo,
Que como al dueño por capricho agrade,
Y como lo cultive, la alta pompa
Tiende creciendo en tronco y en ramaje:

De sol y jugos el terreno priva,
Con su sombra enfermando á los frutales,
Y robando al pensil el rico adorno
De flores, murtas, césped y arrayanes;

Mientra el cultivador enamorado
De su árbol predilecto, se complace
En verlo á costa de las otras plantas
Alzar la excelsa cima por los aires;

Durmiéndose á su sombra, y no cuidando
Que esteriliza cuanto en torno nace.
Pasa el verjel á manos de otro dueño,
El cual quiere al momento libertarle

De aquel tirano que lo asombra y seca;
Mas no fuera prudente, si intentase
Por el pié á golpe de segur cortarlo;
Porque los edificios y tapiales

Arruinára tal vez á su caida,
Causando en rededor estragos grandes.
Trata pues de cortar brazos y ramas,
De trozar luego el grueso tronco en partes,

Y de irle destruyendo poco á poco,
Sin que ruinas ni peligros cause,
Aprovechando su bambolla en leña,
Y sus ramas y cuerpo en maderámen.

Así con el antiguo favorito
Obligado se mira á manejarse
El nuevo Conde, y si aun el árbol vive,
De muerte tiene el sello irrevocable.

La libertad del noble Gustios Lara
El primer golpe fué: de lo restante,
Trayendo el Moro Expósito á Castilla,
El cielo vengador quiso encargarse.

Desde que allá de Salas en la villa,
Y en el palacio del anciano padre
Halló á Mudarra, y recibió su reto,
Temblando el orgulloso Rui-Velazquez;

Huyó la corte, y en su propio alcázar
A dos leguas de Burgos, sin mostrarse
Sino á sus confidentes, encerróse;
Combinando tal vez inicuos planes

Para impedir el que tuviese cima
La batalla aceptada á todo trance;
Pues que legitimado ya el mancebo,
Era de todo punto inevitable.

Mas pasó el mes de término, pasóse
La víspera tambien, y entre celajes
Bajó al ocaso el sol, que al otro dia
Iba á prestar sus luces al combate.

Empezó triste y destemplada noche,
Nubarrones cruzaban por el aire,
Y una lijera niebla coronaba
Las torres del castillo de Velazquez,

Que sobre una colina y entre selvas,
Mole oscura se alzaba, de la márgen
Del Arlanzon vecino; y al reflejo,
Pálido y débil ya, de la menguante

Luna, que media faz solo asomaba
De oriente tras las cumbres desiguales,
Divisábanse en la alta plataforma,
Al traves del altísimo almenaje,

Dos ó tres hombres de armas, vagos bultos,
Que cual fantasmas de una en otra parte
Con paso igual y lento se movian:
Y de sus altas lanzas los remates

A veces fulgurando, asemejaban
Los fuegos fatuos que movibles arden
Encima de un sepulcro. Del palacio
En lo interior se vieron un instante

Cruzar várias antorchas; pero luego
Cerrado el corredor y ventanaje,
Solo en el edificio dos lumbreras
O claraboyas altas, circulares,

Con labores de piedra compartidas,
Mostraban dentro luz, y semejantes
A los ojos de un lobo, relumbraban
Al través de las sombras impalpables.

Eran ventanas de un salon, do ardia,
Reflejando en los timbres y follajes
Del dorado arteson, rojiza tea,
Y donde estaba solo Rui-Velazquez.

—Este, delgado y alto, y que tendria
Cincuenta años lo mas, en su semblante,
Enjuto y macilento, demostraba
Temores, dudas é inquietudes grandes;

Y cruzados los brazos sobre el pecho,
Y embozado en su manto, á desiguales
Pasos la sala toda recorria,
Formando en suelo y muro una gigante

Sombra, que era mayor ó mas pequeña,
Al venir á la luz ó al retirarse.
Mas como si el rumor de sus pisadas
Pudiese sorprenderle y asustarle,

Alguna vez apresuraba el curso,
Volviendo atrás el rostro. Otras pararse
Intentaba en mitad del ancho espacio,
La faz alzando á las labradas trabes

De la techumbre. Por acaso en ella
El humo de la antorcha y los esmaltes
De las toscas labores á sus ojos
Presentaban figuras espantables;

Pues lanzaba un horrísono alarido,
Al que el réprobo lanza semejante
Al tiempo de morir, viendo cerrados
De la Misericordia los umbrales.

El pequeño rumor á poco tiempo
Se oyó de lentos pasos acercarse,
Y sonar una puerta y otra puerta.
Aunque estaba seguro el personaje

De que solo pudiera su valido
En hora tal y en sitio tal buscarle;
Se estremeció al pensar que alguien venía,
Y huyendo del salon hácia la parte

Mas remota y oscura, con presteza
Se desembarazó de su ropaje
Y la daga empuñó. Pronto tres golpes
Se oyeron en la puerta; y á embozarse

Tornando en ronco acento: «¿Eres Rodrigo?»
Gritó. Y como de afuera contestasen,
«Rodrigo soy, señor, y vengo solo;—
Harto estaba ya, dijo, de esperarte:

»Entra y cierra tras tí;» y entró Rodrigo.
—Era uno de los dos que libertarle
Lograron del incendio del palacio,
Cuando del hijo en pos quiso abrasarse;

Y su primer valido y confidente,
Lograron en el favor desde aquel lance.
La misma edad que su señor tendria;
Era de cuerpo chico y tosco empaque,

Su faz siniestra y áspera, sus ojos
En extremo mezquinos y vivaces,
Crespo y ralo el cabello, pero espesas
Las blanquecinas barbas; y su traje

Un sayo gris, con una doble cuera
Ceñida y ajustada sobre el talle
Por un cinto bordado, en que colgaban
Con una argolla diferentes llaves.

—Cerró al entrar la puerta, y en silencio
Junto al umbral quedóse. Rui-Velazquez
Se adelantó hasta en medio de la sala,
Y así hablaron los dos sin acercarse:

«¿Qué nuevas traes, Rodrigo? ¿Ha vuelto el Zurdo?
—Acaba de llegar en este instante.—
¿Y qué noticias da?—Que Gustios Lara
Y su hijo, ó lo que sea, y Nuño, y Záide,

»Con gran escolta y séquito, y á salvo
En Burgos han entrado á media tarde.—
¡Maldito el Zurdo sea!... ¡Los infiernos
Se abran, y como á suyo se lo traguen!

»¡Maldita la hora en que nací!... Y al Zurdo
¿Pudo su astucia y su valor faltarle
Solo en tal ocasion?... ¿No le siguieron
Los bandidos del monte, esos infames,

»En quienes apoyó sus esperanzas
De poderme servir á todo trance?—
Sí, señor, lo siguieron; pero dice
Que ocurrieron despues dificultades...—

»Miedo, vileza, infamia, cobardía:
Mi venganza verán los miserables...
¿Me habrá el Zurdo vendido?... ¿Descubierto
Tal vez á alguno mis ocultos planes?...

»Muera esta noche.—Muera; pero advierte
Que es reservado, fiel, y que con nadie
Ha hecho nunca mencion de aquella empresa
A que fuimos los dos.—Le ha visto alguien

»Ahora al volver? ¿Habló?...—Vários le han visto,
Mas con ninguno habló. Vino á buscarme
Al punto de llegar, y en mi aposento
Seguro le dejé bajo de llave.—

»Y por qué no ha cumplido mis mandatos?
Dí, ¿qué disculpa da?—Que él propio os hable
Permitidle, señor, y por vos mismo
Con mas exactitud...—¿Y ha de acercarse

»De noche ese ente vil á mi persona?—
Yo le traeré sin armas, y bastantes
Vos y yo, señor, somos contra un hombre
En cualquiera ocasion.—Anda á buscarle.»

Despareció Rodrigo: su amo al punto
Que vió la puerta sin rumor cerrarse,
Abrió un armero que en la sala habia;
Una cota de malla impenetrable

Sacó, se la vistió con gran presura;
Desenvainó la daga relumbrante,
Y escondió entrambas cosas con cautela
Bajo del manto, en que tornó á embozarse.

Sonaron de allí á poco las pisadas,
Y en la puerta los golpes; y cual antes
Preguntando, y oyendo por respuesta:
«Soy Rodrigo.—Entra pues,» dijo Velazquez.

Apareció otra vez el escudero,
Sin otra diferencia que notarse
El pomo de un puñal en su cintura,
Y el Zurdo entró tras de él, mudo y temblante.

Era un hombron robusto y de anchos hombros,
Cuyas toscas facciones dos señales
De horrendas cicatrices afeaban,
Y sobre un sayo de gamuza ó ante

Llevaba un peto mohoso y abollado,
Sin mas grebas, manoplas ó brazales,
Ni arma ofensiva alguna, y se mostraba
Lleno de sangre y lodo. Quien lo hallase,

Por salteador del monte le tendria,
No por fiel servidor de tal magnate.
Pálido, confundido, silencioso
Clavó en tierra los ojos. Rui-Velazquez,

Observándole atento, así le dijo,
De furor concentrado su semblante
Dando, y sus ojos encendidos muestra:
«Hola, señor valiente, ¿qué nos traes?

»A ese viejo caduco y á su gente
¿Por qué en Burgos entrar salvos dejaste?...
Los bravos de que tanto blasonabas,
¿Qué han hecho?... Habla... respóndeme, vergante.

»Habla, fruta mezquina de la horca,
Cuéntanos tu traicion, cuéntala, infame,
Antes que para hundirla en los infiernos,
Yo mismo el alma pérfida te arranque.» —

Diciendo así, acercóse algunos pasos,
Y dió un golpe tan duro sobre el jaspe
Del suelo con la planta, que al ruido
Crujió de la techumbre el maderámen.

A la luz roja de la opaca tea
Que aclaraba el salon, ya relumbrante
Ardiendo la resina, ya ofuscada
Con el humo y pavesas, personajes

Raros y de otro mundo aparecian
Los tres, que con aspectos desiguales
Ocupan la escena. Sus tres sombras,
Que la luz dibujaba en los sillares

Del muro, acaso vagas é indecisas
Al undular la llama, acaso estables
Y en gigantesca proporcion, copiando
Los duros movimientos y ademanes

De los que las causaban; parecian
Los tres réprobos entes infernales,
Que á aquellos tres malvados inspiraban
Tanto crímen, tan bárbaras crueldades.

Furia y terror en boca, ojos y frente
Mostraba el orgulloso Rui-Velazquez:
Honda inquietud Rodrigo; y se notaba
Tanto temor y confusion tan grande

En el rostro feroz y en la persona
Del Zurdo, que con su áspero semblante,
Y con su corpulencia, y apostura,
Y su todo brutal, raro contraste

Formaban; y aun mas raro lo hallaria
Quien supiese sus vicios y maldades,
Y que el asesinato y el incendio
Eran cosas para él tan familiares.

Mas suelen estos bárbaros que sirven
Al furor de un altivo personaje,
Burlándose del cielo y de la tierra,
Comiendo iniquidad, bebiendo sangre,

A un ceño del motor de sus delitos
Confundirse sumisos y cobardes.
Pálido pues como la muerte el Zurdo,
Y cual las hojas del flexible sauce

Temblando todo en actitud grotesca
Clemencia demandando á Rui-Velazquez,
Con voz ágria, aunque humilde y confundida,
Rompió por fin de esta manera á hablarle:

»Señor, señor, piedad... traidor no he sido:
Dios, y la Vírgen, y los cielos saben,
Que servidor mas fiel que yo, en el mundo
Jamás se halló, ni puede serlo nadie;

»Salvo el señor Rodrigo, que me escucha,
Y á quien pido me valga en este trance.
Mis valientes amigos me siguieron,
Y han puesto cuanto estaba de su parte;

»Mas fué imposible... El cielo ha destruido
Y la mágica negra nuestros planes.»—
Interrumpióle, dando otra patada
Su señor irritado sobre el jaspe,

Y le dijo: «Por vida de mí mismo!
Qué dices, infeliz?... qué, miserable?...
¿Piensas, necio, ocultar tu cobardía
Viniendo á referirme disparates?»—

El Zurdo continuó mas alentado:
«Os digo la verdad: Dios así os guarde.
Asesinar al Conde de Castilla,
Sentado en su dosel, señor, mandadme;

»Y os juro que lo haré, como lo hice
Con el abad Elgardo, en el instante
Que estaba con sus monjes en el coro.
Disponed, si quereis, que al punto abrase

»A toda Burgos, y esta noche misma
De sus techos vereis la llama alzarse,
Como aun no hace seis meses que se alzaba
Por cima del castillo de Alvar-Fañez.

»Mandadme acometer á hombres armados,
Redes á hombres tender, entrar lugares
Donde hombres vivan, volaré á serviros;
Mas lidiar y embestir con nigromantes,

»Engañar á fantasmas y á demonios,
Y entrar do solo encantamentos valen;
No puedo yo, señor, ni mis amigos,
Ni Rodrigo, ni vos, ni puede nadie.»—

Un grito de terror ó de despecho,
Que lanzó furibundo el personaje,
Interrumpió de nuevo á aquel valiente,
Que jamás hasta entonces explicarse

Supo con tanta copia de palabras:
Cosa que pudo la atencion llamarle
Al turbado señor de Barbadillo,
Y pensar que alto impulso le guiase;

Pues viéndole callar, tras un momento
De suspension confusa, «Sigue, infame,
Sigue, le dijo: cuenta las patrañas
Que te han vuelto tan vil... Puede que alcances,

»En lugar de castigo, mi desprecio.—
Señor, continuó el Zurdo sin turbarse,
Pues parecia que supremo influjo
Al paso que iba hablando, le animase;

»No me tengais por loco: cuanto os hablo
Es la pura verdad. Cuando mandaste
Que fuera acompañando al seor Rodrigo
(No dejará que mienta, está delante),

»Habrá unos veinte dias á dar muerte
A ese moro, ó prodigio, fuí á buscarle,
Y entre Salas y el chozo de la bruja
Le sorprendimos ambos, como sabe

»Aquí el señor Rodrigo, y muy bien puede
Decir, si anduve lerdo en aquel lance;
Y cómo le embestí y eché por tierra,
Y que le herí tambien, pues que de sangre

»Saqué lleno el puñal. Pero de pronto
Salió un demonio, cual sabeis, ó un ángel...—
Calla, menguado; le gritó su dueño:
¿Qué tiene eso que ver con hoy, cobarde?»

Y el Zurdo continuó: «Lo recordaba
Porque á pesar, señor, de aquel percance,
En cuanto me mandásteis que dar fuego
Al palacio de Salas intentase,

Y si no lo lograba, que ayudado
De la tropa del monte, en el paraje
Mas áspero y oculto del camino,
Entre Salas y Burgos, esta tarde

»A la gente de Lara acometiese;
Procurando matar á todo trance
Al ciego y á Gonzalo... al jóven, digo,
Y al moro viejo que se llama... Záide,

»Y á Nuño el peregrino; á obedeceros
Volé; y os dí, es verdad, seguridades
De que una ú otra empresa lograria
Con la gente del monte, pues se sabe

»Que son mozos de pro, que nada temen,
Que se duelen muy poco de sus carnes,
Y que á dos hombres de armas cada uno
Acomete sin miedo. Mas las artes

»Del demonio, señor, ni con espada,
Ni con lanza y esfuerzo se deshacen.
Y cuando el cielo mismo ú el infierno
Por alguna persona toma parte,

»Y en proteger se empeña á una familia,
El valor de los hombres nada vale,
Y es preciso acudir á un hechicero,
Que con otros encantos... ó entregarse

»Al demonio, y que ayude... ó á la Vírgen,
O á un poderoso santo demandarle
Auxilio y proteccion, porque las armas
Del mundo pueden poco en casos tales.

»Por cierto y en verdad yo nada valgo;
Mas si yo fuera vos... Para el combate
De mañana... Señor, ese mancebo
No es cosa de este mundo. Es... quién lo sabe?»—

Hizo una pausa el Zurdo, y aterrado,
En silencio quedóse Rui-Velazquez,
Cuyos trémulos miembros empezaban
En helado sudor á desatarse.

El bravo continuó: «Si lo que digo,
Poneis, señor, en duda, aunque verdades
Son que dijera á la hora de mi muerte,
Al Mellado y al Pocho preguntadles;

»Dirán aun mas que yo. Ya no está Salas
Conocida, señor; ni en ella hay nadie
Que nos quiera ayudar.—¿Qué? preguntóle
Atónito y confuso Rui-Velazquez;

»Isac y Alfonso Deza ¿han olvidado
Los beneficios que me deben grandes?—
Los primeros han sido, dijo el Zurdo,
Con otros de su bando, en declararme,

»Que incendiar el castillo era imposible;
Y que ellos ya no osaban arriesgarse
A ninguna otra empresa contra Lara,
Puesto que Dios se empeña en ayudarle.

»Parece que esos moros noche y dia
Guardaban el palacio, y que los tales
Son malignos espíritus, no moros;
Pues diz que cuando en torres y almenaje

»Hacen la ronda en torno del castillo,
Alzan los piés del suelo, y por el aire
Van como los cernícalos; que siempre,
Ya en los vecinos campos, ya en las calles

»De Salas, sin saber por do vinieron,
Y de repente suelen encontrarse
A todas horas; y el morazo viejo,
Amo de todos, y que llaman Záide...

»Tan Záide es como yo, Dios me perdone.
Yo le he visto de piedra, al menos hace
Veinte años, en la esquina de la iglesia,
Y ahora le he vuelto á ver... El mismo traje,

»La misma barba... Sí, pues el tal Nuño...
Diz que allá en unas tierras muy distantes,
Donde solo hay paganos, ha aprendido
Mágica negra, endemoniadas artes.

»Todito lo penetra y lo descubre...
Fué imposible, señor.—Pero, cobarde,
Su dueño le gritó; ¿cómo has perdido
Hoy el golpe tambien?... ¿Do te apostaste?—

»Cerca de Burgos, respondió; en el paso
Que cierran á una mano los tapiales
De la arruinada ermita, y á la otra
El espeso encinar. Es el paraje

»Donde puede mejor una emboscada
Contra todo un ejército ocultarse.
Allí permanecimos todo el dia,
Y en el momento de empezar la tarde,

»Se oyó rumor. Salimos, y á la bruja,
A la vieja maldita que años hace
Endemoniada estuvo, y que ahora vive
En aquella chozuela miserable

»Cerca de Salas, detuvimos. Iba,
Por estar que no puede menearse,
En unas parihuelas hácia Burgos,
Llevándola pastores y gañanes.

»Yo la quise matar, porque temia
Que con sus roncos gritos infernales,
Nos iba á descubrir; pero el Mellado,
A quien ella en Simancas de la cárcel

»Sacó tiempos atrás (yo no se cómo,
Aunque sospecho que con malas artes),
El brazo me detuvo. Muy mal hizo,
Pues al momento la hechicera infame,

»Astuta descubrió nuestros intentos,
Como si algun demonio ó algun ángel
Se los hubiese dicho; y la maldita
Nos hizo á todos amenazas tales,

»Y contó de ese moro, ó lo que sea
(Diciendo era el menor de los Infantes,
Que al mundo Dios de nuevo le enviaba),
Portentos tan extraños y tan grandes,

»Que llenó á todos de terror y asombro.
Y cantó luego coplas y romances
De venganzas del cielo, y de fantasmas
Con tan raros ahullidos y visajes,

Que se erizaba el pelo. Mientras tanto,
No sé cómo, lograron escaparse
Dos de los que con ella habian venido,
Aunque estaba borracho como un zaque

Uno de ellos. A poco nos hallamos
Embestidos, señor, por todas partes
De los malditos moros y otra gente,
Cual si fueran venidos por el aire.

»Yo de pronto conté como unos treinta;
Mas que eran mil, con raros ademanes
De contento gritó la fiera bruja,
Afirmando tenaz, que cien gigantes

»Descollar entre todos descubria.
El valiente Mellado, sin turbarse,
Mandó á los suyos embestir, y al punto
Trabóse un reñidísimo combate.

»Pero éramos, señor, veinte hombres solos,
Y ¿cómo resistir?... Impenetrables
Parecian las adargas y armaduras
De nuestros enemigos; era en balde

»El intentar herirlos, y al momento
Quedamos destrozados, con su sangre
Regando aquellos riscos, de los nuestros
Doce, los mas valientes y capaces;

»Y los demás huyeron á los montes.
El Mellado salió con dos mortales
Lanzadas; ¡plegue á Dios que con la vida,
Pues es bravo además, el pobre escape!

»Junto á mí murió Brito de un flechazo:
Al Pocho un brazo le quitó el alfanje
De ese mancebo, aparicion ó duende,
Que en destreza y valor no hay quien le iguale;

»Y á mí me echó por tierra, y el caballo
De una lanzada me mató ese Záide,
Que es Abran, cual lo dice su denuedo,
Y su fuerza mayor de la que cabe

»En el puño y el pecho de un anciano,
Y lo muestra tambien, el que mirarle
Yo, que nunca fuí mandria, no podia,
Sin que todo mi cuerpo se me helase.

»De seguro, señor, no lo contára,
Segun él se empeñaba en acabarme,
A no haberme escondido entre unas peñas,
Desde donde al momento retirarse

»Ví á nuestros vencedores, á la bruja
Llevándose consigo. Yo en su alcance
Me puse, y nunca los perdí de vista,
Arrastrando por riscos y zarzales.

»Iba, pues, en su mula el ciego Lara,
Su hijo á caballo; Nuño, el moro, pajes,
Escuderos, hidalgos de la villa,
En pos el escuadron de los alarbes,

»Y un gran repuesto de armas y caballos.
Cuando estuvieron ya poco distantes
De Burgos, como á tiro de ballesta,
El Conde de Castilla, los magnates

»De la córte, el Abad, el Arzobispo
Y una gran muchedumbre de habitantes
Salieron al encuentro de los Laras;
Y al viejo, y á sus hombres, y secuaces

»Recibieron gozosos con abrazos,
Y de amor é interés con pruebas grandes;
Mientras el pueblo como loco en vivas,
Voces y aplausos inundó los aires.»—

Trémulo, y abatido, y aterrado
Tan larga relacion sufrió el magnate;
Mas las últimas nuevas de improviso
Despertaron su furia inexorable.

Se estremeció; tornaron á encenderse
Sus ojos, y sus miembros á agrandarse:
Los dientes rechinó, crujieron todos
Sus huesos, y rasgando su ropaje,

Gritó con voz tremenda: «No, no teme
Ni al cielo, ni al infierno Rui-Velazquez.
Mañana, sí, mi brazo y mi fortuna
Van de laurel eterno á coronarme.

»Tiemble Castilla, España, el orbe entero:
¿Quién de mi saña puede libertarle?
De engañosos prodigios é imposturas
Necia se asuste la canalla infame;

»Mas búrlense los hombres de mi esfera...
Rodrigo, á ese infeliz lleva al instante
A la mas honda cava del castillo,
Sin que persona viva con él hable.

»Espere allí cargado de cadenas
El galardon debido á los cobardes.—
«¡Señor, señor!... piedad,» clamaba el Zurdo,
Echándose por tierra, tan en balde

Como clama *piedad* en la otra vida,
En presencia del juez inexorable,
El alma del malvado impenitente;
Pues el señor de Barbadillo, «Baste,»

Gritó, y le enmudeció: «Calla, ó al punto
Mancho mis propias manos con tu sangre.
¡Rodrigo! sús, sin réplica obedece;
Quítame á ese malvado de delante.

»Dispon que den dos piensos al tordillo,
Pon á punto el arnés de los engastes,
La espada de Bernardo, que en presente
Me dió el rey de Leon cuando las paces;

»Y la encantada lanza prodigiosa,
Cuya funda es la piel de una ceraste.
¿Qué puedo yo temer con tal caballo?...
¿Quién me puede vencer con armas tales?

»¡Ay de los que provocan mi alto brio!...
Conocerán mañana lo que vale.—
Hizo una larga pausa el orgulloso,
Y despues continuó: Tal vez que darte

»Mas órdenes tendré: deja en seguro
A ese vil delincuente, y torna á hablarme.»—
Desapareció sumiso el escudero,
Llevando al Zurdo trémulo delante

Con la siniestra asido, y con la diestra
Preparado el puñal. Se oyó alejarse
El rumor de los pasos de uno y otro,
Y al fin cerrar las puertas mas distantes.

Quedó un momento como mármol, mudo
Y clavado en su puesto Rui-Velazquez;
Mas pronto, cual frenético, girando
Por la sala, en acentos discordantes

Consigo continuó: «No hay otro medio:
Aventurarlo todo en el combate
Es el solo recurso que me resta:
No querrá la fortuna abandonarme.

»Ya está echada la suerte... ¿Guarda acaso
A mi brazo el placer de que derrame,
Afirmando por siempre mi dominio,
De ese Lara infeliz la última sangre?»—

Dijo, y quedó en silencio largo rato,
Y tornando su rostro á demudarse,
Se dió en la frente una palmada, y luego,
Revolviendo los ojos espantables,

Abatido exclamó: «¿Por qué la tierra
No me traga y confunde?... ¿Aventurarme
Puedo en batalla tal?... ¡Horrenda suerte!...
¿Quién es, quién este oscuro personaje,

»Que osa ponerme en tan estrecho apuro,
Que triunfa de venenos y puñales,
Y á quien dirige tan potente mano,
Que de mi gran poder burla los planes?

»¿Será un fantasma que el encanto mueve?...
¿Será una aparicion?... Sus ademanes,
Sus facciones, su voz y su osadía
Son las de aquel Gonzalo detestable.

»¿Lo ha vuelto el cielo vengador al mundo?...
¡Yo, como el vulgo vil, he de llevarme
De sueños y de vagas ilusiones?...
Es un bastardo, es un bastardo infame.

»Un hijo... ¡cielos!... hijo de la hermana
Del terrible Almanzor. ¿Traerá su alfanje
Cual prenda de victoria?... ¿El que el Destino,
Segun predijo el sabio nigromante,

»En mi daño forjó?... ¿Será que al verlo
Se me hiele de horror toda mi sangre?...
No, no entraré en la lid, de que depende
Que la verdad tremenda se declare.

»¿Puedo tal prueba resistir?... Huyamos:
Solo una pronta fuga libertarme
Puede de tal conflicto. A dónde?... A dónde?—
A Córdoba, á Navarra, y de sus haces

»Venir al frente, á ser el exterminio
De Castilla. Sí, á Córdoba: negarme
Nunca podrá Giafar... ¿Qué digo?... ay necio!
Ministro de las iras celestiales,

»Ese mancebo, aparicion ó encanto,
O de venganzas y exterminios Angel,
O demonio salido del infierno,
Le ha dado muerte, cual á mí ha de darme

»Tambien mañana... Pues Navarra sea
Mi asilo, mi refugio... ¿Quién fiarse
Puede del alevoso don García?
El verme desvalido y suplicante

»Fuera su mayor triunfo... Francia... Italia...
¡Prófugo!... desvalido!... miserable!...
No, prefiero la muerte.»—Quedó inmoble
Y otra vez en silencio Rui-Velazquez;

Mas un rayo de luz brilló en su frente,
Aunque fué pasajera; á reanimarse
Tornó, y á hablar consigo de este modo:
«Si aun la ciega Fortuna ha de ayudarme,

»Aquí mismo ha de ser; aquí en Castilla,
En donde aun cuento amigos y parciales.
¿Por qué, necio, he perdido tiempo tanto
En los medios ocultos, en infames

»Empresas de hombres viles?... Todo, todo
Debe en momento tal aventurarse.
Hay muchos descontentos en Castilla:
Aun pudiera mañana á fuego y sangre

»Entrar en Burgos... El señor de Aranda,
El abad de Cardeña, Payo Sanchez,
Fortun Rodriguez, Alvaro Meneses,
Todos ellos... ¡cuán cortos los instantes

»Son que me restan! Ah!... si cuatro dias,
Si dos... Ya no es posible: en el combate
Cual valiente morir: no hay mas remedio,
Y ser execracion de las edades.»—

Quedó en hondo silencio, y arrojóse
(Ahogado, yerto de furor, su sangre
Encendida tan pronto como helada
De pánico terror, ánsias mortales

Destrozándole el alma y miembros duros)
Sobre un escaño. ¡Sin ventura! es nave
Volcada entre arrecifes y bajíos,
Y á quien las olas con furor deshacen:

Es un cedro tronchado en la alta cumbre,
Ludibrio de los roncos huracanes:
Es un malvado en fin á quien abruman
Sus crímenes horrendos y crueldades.

¿Do el rostro volverá?... Lo eleva al cielo,
Y ve sobre su frente desplomarse
Un rayo vengador. Lo inclina á tierra,
Y ve que se abre ya para tragarle.

Lo vuelve al tiempo que pasó, y lo mira
Hondo mar de traiciones y maldades;
Al porvenir lo torna, y muerte, infamia
Y tormentos sin fin halla delante.

¡Oh Dios, lo que pasó! Pero su mente,
Aunque pocas, oscuras y fugaces,
Sin duda aun vió vislumbres de esperanza
(En los mas duros y apurados trances

Siempre las ve el mortal); y dieron tregua
En el alma infelice de Velazquez,
Tras dos ó tres hondísimos suspiros,
A todos los tormentos infernales,

Que bramando apuró, pues poco á poco
Se calmó su temblor, mas regulares
Su actitud y su gesto aparecieron;
Sentóse y ajustó la barba y traje;

Miró en torno de sí, con el embozo
Del manto se cubrió todo el semblante;
E inmóvil como un tronco, sumergióse
En tal meditacion, profunda y grande,

Que volvió á entrar en el salon Rodrigo,
Sin que de ella ni un punto le sacase
El rumor de la puerta, y de los pasos,
Que tanto susto le inspiraban antes.

En el umbral, confuso el escudero,
Sin osar del arrobo despertarle,
Quedó algunos momentos. Mas al cabo,
«Señor,» dijo en voz baja. Rui-Velazquez,

Como si un trueno oyera, sorprendido,
Pavoroso se alzó; pero al instante,
Conociendo quién era el que le hablaba,
Orgulloso encubriendo sus afanes,

Y que dormido estaba, aparentando:
«Hola, Rodrigo, prorumpió; ¿encerraste
Al Zurdo, cual mandé?... Diste la órden
De que el tordo rodado me preparen?—

Contestó el escudero en voz sumisa:
«Seguro el Zurdo está bajo tres llaves;
Pero el tordo rodado... el mas hermoso
Caballo de Castilla... está... ¿quién sabe?—

»Explícate, ¿qué dices? abatido
Su dueño se aventura á preguntarle:
¿No está el tordillo atado en su pesebre
Con los demás?—Señor, á media tarde,

Prosiguió el escudero, «sacó Lope
A beber al tordillo, rozagante,
Fogoso como nunca. A los pretiles
Todos, todos salimos á admirarle.

»Su cola y crin, movidas por el viento,
Formaban la apariencia de un plumaje;
Con el cuello enarcado relinchaba
Atronando en reedor montes y valles.

»Ya estampaba los cascos en la tierra
Con corvetas y saltos desiguales;
Ya moviendo á compas el paso lento,
El arena esparcia por el aire.

»Bebió en la fuente, y al volver, al punto
De llegar á la puerta, á recelarse
Comenzó y á temblar; perdió su garbo,
Y como si una sombra ó un cadáver

»Se le opusiese al paso, dió un bufido,
Inclinó ambas orejas adelante,
Se empinó, y se plantó. Lope, que es diestro,
Quiso á entrar por la bóveda obligarle

»Con palabras, halagos, y aun por fuerza;
Pero afligido el tordo, á rebelarse
Comenzó, se erizó, y al fin rompiendo,
Sin ser cosa posible el sujetarle,

»Cabezada y ronzal, brincó y huyóse,
Desatentado atravesando el parque,
Como si lo siguiera hambriento lobo:
El arroyo salvó de parte á parte,

»Y entró en el bosque espeso, do su curso
La maleza agitada y el ramaje
Un momento indicaron. A carrera
Seguirle quiso Lope, mas fué en balde.

»Regresó sin aliento, y el cervuno
Y una lanza tomó, partiendo á escape
A alcanzar al tordillo, y á traerle;
Pero aun no ha parecido, y es ya tarde.»—

Este acontecimiento poco extraño,
Para el pecho infeliz de aquel magnate
Fué la gota de liquido, que llena
Un vaso, y que lo obliga á rebosarse;

Pues si su orgullo y su altivez le dieron
Hasta el momento aquel fuerza bastante
Para esconder su abatimiento y susto,
De modo tal que no los viese nadie;

Logrando alucinar hasta á Rodrigo,
Astuto por demás y penetrante,
Y brazo, y consultor, y confidente
De sus crímenes todos y crueldades;

Al escuchar la fuga del caballo,
Que presagio patente de desastres
Y exterminio juzgó su fantasía,
A tal punto de sí llegó á olvidarse,

Que deshecho en temblor y en sudor frio,
Y en toda su grandeza miserable,
Demostrando el terror que le abrumaba
(No hay en el mundo alguno que se iguale

Al que al malvado abruma), desplomóse
De nuevo en el escaño, rompió en grandes
Alaridos, cerró los muertos ojos,
Y abatido exclamó: «¿Qué mas señales

»Puedo tener de mi espantosa suerte?»
Y se quedó en silencio. Aproximarse
Osó entonces Rodrigo, aunque turbado,
Sabiendo es peligroso de un magnate

Momentos presenciar, de que algun dia
Pueda, al ver el testigo, avergonzarse.
Mas como él mismo allí participaba
Del pasmo y del terror, palabras tales

En voz humilde aventuró: «No hay duda;
Desque al trono subió Fernan-Gonzalez,
Se ven raros prodigios... No soy hombre,
A quien cosas comunes acobarden,

»Ni que dé pronto asenso á maravillas;
Pero os juro, que empieza á conturbarme
Ver cuál protege á ese mancebo moro,
O bien algun demonio, ó algun ángel.

»De las manos del Zurdo y de las mias
Escapó por milagro. La otra tarde
Que disfrazado fuí de peregrino
A la choza de Elvida á envenenarle,

»Tambien salvóse por extraño modo.
Ahora el Zurdo (que al fin no es un cobarde,
Ni tampoco lo son los foragidos
Que consigo llevó) no encontró en nadie

»Amparo y proteccion, ni en el camino
Ha podido lograr mas que desastres;
Y solo se oyen referir portentos,
Que erizan el cabello, en todas partes.

»Yo á la verdad, señor, valgo bien poco,
Pero en lealtad á vos, no cedo á nadie:
Y á rogaros me atrevo... que... mañana
No os presenteis al singular combate.

»Sé que á vuestro valor y fuerte brazo
Es querer resistir, empresa grande:
Sé que á vuestra destreza y poderío
La Fortuna jamás pudo negarle

»Seguro triunfo en las batallas todas;
Y que de cuerpo á cuerpo quien os gane
No se puede encontrar, ni quien en armas,
Y caballos de lid os aventaje;

»Pero mañana!!!... ah!... no, señor... creedme,
No os presenteis al singular combate.—
¿Y queda otro remedio? consternado
Le preguntó y confuso Rui-Velazquez;

»Dí, ¿queda otro remedio?» —Engrandecióse
El astuto Rodrigo; en su semblante
Pintóse la osadía, y con acento
Seguro y decidido, sin pararse

Repuso: «Sí, señor; acaso queda:
Aun sentado no está Fernan-Gonzalez
Muy de firme en su trono, y en Castilla
Vuestro influjo y poder aun son muy grandes.

»Hay pobreza, hay envidia, hay descontento:
Teneis muchos amigos y parciales...
Y... todavía, señor... y todavía...
Si yo en vez de escudero, un personaje

»Con vasallos, guerreros y castillos
Me encontrára, partido de este lance
Sacaria tal vez... ó pereciera
Con las ruinas de Burgos.—Me acertaste,

»Amigo, el pensamiento, interrumpióle
Su amo fuera de sí. Mas á angustiarse
Tornó, y dijo: «No hay tiempo ya, no hay tiempo:
Es imposible, sí.—Tiempo hay bastante,»

Contestó el confidente. Y como al punto
El toque de las ánimas sonase
De un cercano convento en la alta torre
Prosiguió: «Ya lo veis: de Payo Sanchez

»Legua y media lo mas está el castillo.
En él estar podeis buen rato antes
De que toquen maitines: allí tiene
Cien hombres de armas de los mas audaces.

»Si se decide, al punto un mensajero,
Su propio capellan, puede avisarle
Al abad de Cardeña; á media noche
Vos aquí regresar, y en el instante,

»Sin esperar á que amanezca... á Burgos,
Y allí...—Todo su fuego Rui-Velazquez
Recobró, y abrazando al escudero;
«Sin duda, dijo, por tu boca un ángel

»Me acaba de animar. Al punto sea;
No perdamos, amigo, ni un instante.
Corre con gran silencio, y de tal modo
Que no lo advierta ni sospeche nadie;

»El alazan ensilla, y el postigo
Que está á la espalda del palacio, abre.
Allí con el caballo espera, al punto
Partiré; al punto, amigo: ve, no tardes.

»¿Pues qué, no he ir con vos?» dijo el criado;
Y el amo replicó. «No, que importante
Mas que nunca esta noche tu presencia
Es aquí, en el castillo. En cuanto marche,

»La voz de que en tranquilo, en hondo sueño
Me dejas reposando, astuto esparce.
En movimiento pon la gente toda,
Junta á los escuderos y á los pajes:

«Dispon armas, pendones y libreas,
Todo el séquito aquel que acompañarme
Debiera á la batalla. Muy alegre
Muéstrate, como cosa indubitable

»Asegura mi triunfo, y aun, que tengo
Algun aviso celestial, añade.
Desmiente y pon en burla los prodigios,
Que de Salas tal vez puedan contarse.

»Saca de la bodega el vino añejo,
Entre los hombres de armas lo reparte:
Anima en fin la gente, y tenla á punto
De que ciega se arroje á cualquier lance.»—

«Os entiendo, señor, id descuidado;»
Contestó el escudero: «los instantes
Urgen, en el postigo sin tardanza
Con el caballo me hallaréis.»—Velazquez,

Viendo desparecer al fiel Rodrigo,
Hácia el armero apresurado vase,
Pónese una armadura empavonada,
Un casco sin cimera ni plumaje,

Una daga se ciñe y un estoque;
Se echa un ropon de caza, y despues abre
Una pequeña puerta, escucha atento;
No oyendo nada, de la estancia parte;

Pasa un estrecho corredor, y torna
A escuchar otra vez: sigue adelante,
Baja una escalerilla retorcida,
Cruza un patio y oscuros soportales,

Llega al postigo, la ferrada puerta
Encontrando encajadā, al campo sale,
Halla en él á Rodrigo y al caballo,
Reconoce las cinchas y el rendaje

A tientas, y cabalga en gran silencio.
Animo, dice el confidente, al darle
El estribo; Prudencia y vigilancia,
Amigo, le responde Rui-Velazquez.

Al fogoso alazan la espuela arrima,
A trote cruza el extendido parque,
Y se mete en el bosque por la senda
Que hácia el castillo va de Payo Sanchez.

ROMANCE DÉCIMO.

RUGERIO. A la escasa luz que asoma
Entre los rotos nublados,
Veo dos senderos trillados:
¿Cuál será?...
ÁNGEL DE LA GUARDA. Rugerio, toma
El de la derecha.
EL DEMONIO. Sigue
El de la siniestra, amigo.
Versos de antigua comedia.

Suelen las gigantescas esperanzas
Que de horrendo infortunio en las congojas
Animan de repente al pecho humano,
Ser, al par de brillantes, ilusorias;

Y el que engañado de su aspecto hermoso
Sin mas reflexionar en pos se arroja,
Encuentra al primer paso una barrera,
O se pierde infeliz tras vanas sombras.

Así en la noche, por el monte espeso,
Perseguido de fieras bramadoras,
O de los salteadores asesinos,
Perdido caminante se acongoja;

Y de pronto al través de los peñascos
Una brillante luz poco remota
Advierte, y reconoce ser la lumbre
De amigo albergue y conocida choza.

Ya se figura en sálvo, hácia el señuelo
Se dirige anhelante, sus zozobras
Y temores olvida; y en su idea
El grato hogar y la abrigada alcoba,

Sabrosa cena y amigable abrazo
El abatido pecho le confortan.
Pero, ¡ay desventurado! apenas mueve,
Encarado á la luz, la planta, toca

El borde de espantosos precipicios,
La cumbre de ágrias peñas, que coronan
La dilatada márgen de ancho rio,
Cuya sesga corriente el paso corta,

Sin barca, vado ó puente á la esperanza;
Y ve el desventurado que no hay otra
Sino arrojarse en la veloz corriente,
O estrellarse cayendo de las rocas;

O ser despedazado en la espesura
Por el colmillo agudo y garra corva
Del lobo rabiador, ó ser despojo
Del bandolero y de su inicua tropa.

Aun mil pasos no está de su castillo
Alongado Velazquez, y su propia
Experiencia del mundo y de los hombres
Con amargo rigor le desconhorta;

Mostrándole cuán vano y aun funesto
Es el recurso á que se acoje, y todas
Sus ánsias y tormentos se renuevan,
Y en desesperacion á hundirlo tornan.

Ambicioso y osado es Payo Sanchez,
Sostener quiere pretensiones locas,
Y no empleará su fuerza y sus amigos
En las ajenas, quien las tiene propias.

La tumba de Velazquez puede solo
La basa ser de su grandeza, roca
Donde encuentre cimiento el poderío,
Que en Castilla ejercer ciego ambiciona.

¿Querrá, pues, sostenerle en su caida?...
Mientras subsista en pié, no es fácil cosa,
No ya sobrepujarle, sino aun verse
A su nivel; y poco ó nada importa

A ninguna ambicion, que la familia
De Lara torne á su grandeza y pompa.
Gustios, anciano, ciego, enfermo, inútil,
Con recuerdos no mas y antiguas glorias

Puede, y poco vivir; y ese Mudarra,
O es una aparicion y vana sombra,
Que se disipará, cuando las miras
Cumpla de quien le ha dado cuerpo y forma,

O es un mancebo ardiente, que nacido
Y educado en regiones muy remotas,
Con otros usos, religion y lengua,
Puede brillar, pero en esfera corta.

¿Quién ha de ser tan necio que aventure
Sus planes, esperanzas, fama y honra,
Abrazándose á aquel, que, abandonado
De la tierra y del cielo, se desploma?

¿Quién, que avanzar en el poder pretenda,
Se pondrá en lucha con Castilla toda,
Contra la inclinacion del nuevo Conde,
Contra el brazo invencible en fin, que obra

Tales portentos á favor de Lara?
Reflexiones, tan justas y tan obvias,
En el entendimiento de Velazquez,
Abrumándole el alma, se amontonan;

Sacando la juiciosa consecuencia,
Que el confundido pecho le destroza,
De que va á prosternarse ante las plantas
De un rival inferior; á hacer notoria

Su impotencia y patentes sus terrores;
A descubrir secretos de alta monta,
A proponerle peligrosos planes,
A hacerle dueño en fin de su persona;

Para lograr, ó lástima, ó desprecio,
Si es que cadenas y prision no logra;
Y muerte, no en la lid, en el cadalso,
Siendo abominacion de España toda.

Acosado el señor de Barbadillo
De tales pensamientos, abandona
La empresa de tentar á Payo Sanchez,
Y el paso y rienda á su alazan acorta.

Suspenso queda: se le ocurre acaso,
Si aun fuerza podrá hallar que le socorra
En algunos oscuros caballeros,
De él casi dependientes, pues que moran

En aquellos contornos, gente armada
Manteniendo por fausto para escolta.
A un lado y otro el alazan revuelve;
Mas pronto ve que á semejantes horas

Socorro mendigar de puerta en puerta,
No puede producir mas que deshonra;
Y que do halló obediencia poderoso,
Cercado de explendor y regia pompa;

Trémulo, fugitivo, disfrazado,
Va insolencia á encontrar ignominiosa.
Velazquez á los hombres conocia,
Y no se alucinaba en causa propia.

—Dominador de la feraz llanura
Por los aires altivo se remonta,
Y en el tronco robusto y las raices
Profundas apoyado la alta copa

Extiende en derredor árbol gigante.
Anidan aves mil entre sus hojas,
Abrigo en él ganados y pastores
Buscan de invierno, y de verano sombra;

Sin que ose sospechar que son sus tallos
Grato cebo, la cabra trepadora,
Ni el gañan, que sus ramas dar pudieran,
O lumbre, ó techo á su infelice choza.

Pero truena encendida oscura nube;
Derriba el árbol, con su ruina asombra
Un momento la selva, huyen las aves
Para nunca volver, y las personas,

Y aun los brutos tambien, viéndole en tierra,
Casi en desprecio el culto antiguo tornan;
Que es mas útil tendido reconocen,
Y aquellos pronto las segures toman,

Aprovechan en leño su ramaje,
Hasta de las cortezas lo despojan;
Y estos sin susto y con osado diente
Le arrancan los renuevos y las hojas.

—Desesperado cual jamás Velazquez,
Viendo cerradas en la tierra todas
Las puertas de socorro en tanto apuro,
Con llanto de despecho la faz moja.

En el espeso monte incierto vaga,
Y al caballo las riendas abandona.
A su alcázar tornar, terror le infunde:
En los desiertos esperar la aurora,

Le horroriza tambien. Ya es media noche,
Vuelan fugaces las lijeras horas...
A la mañana... ¡Oh Dios!... En tal conflicto
Por la primera vez al cielo torna

El pensamiento. ¡Desdichado!... ¿Cómo
Favor le pide, proteccion le implora?
¡Cómo, cómo, infeliz!—Por tal camino,
Que mas la eterna cólera provoca.

Juzgan ciegos los hombres que allá reinan
Las pasiones de acá, que es fácil cosa
Capitular con Dios, y que oraciones,
Y dádivas, y ofertas engañosas

Para el delito, la maldad, el crímen,
Ya que no amparo, tolerancia logran.
Así obcecado el mísero Velazquez
De tal modo consigo reflexiona:

«Si el cielo poderoso concediera
A mi lanza mañana la victoria,
Un santo monasterio yo fundára,
Diera mis bienes todos de limosna,

»Y las vanas grandezas renunciando
Y del mundo falaz la necia pompa,
A recibir de mi pasada vida
La absolucion, me encaminára á Roma,

»Para morir despues en un desierto.
Déme mañana, si, déme la gloria
Del triunfo, mi secreto oculto quede,
Derrame yo en la lid la postrer gota

»De la sangre de Lara, y mis pecados
En penitencias y con santas obras
De tal modo expiaré, que pueda al mundo
Servir mi austeridad de ejemplo y norma.

»Si un santo sacerdote hallar me es dado...
Un monje penitente, que interponga
En mi favor ayunos y oraciones,
Dueño será de mis riquezas todas.

»Hay en estas montañas una ermita,
Do un solitario penitente mora...
Si la pudiera hallar... Un monasterio
Cerca de mi palacio... su abad goza

»Fama de sabidor... amigo es mio...
Les abriré mi pecho. ¿Qué me importa
De confesion bajo el sigilo?... Sea,
Si logro yo mañana la victoria.—

Así el precito habla entre sí, y en tanto
A paso lento el alazan se embosca,
Sin que rienda ni espuela le dirija,
Por una áspera senda tortuosa.

Era oscura la noche; pero á veces
La escasa luna entre las nubes rotas
Derramaba su luz. El recio viento
En los desnudos árboles y toscas

Peñas silbaba ronco. Algunos ratos
Copiosa lluvia con espesas gotas
A trechos las colinas azotaba;
Otras todo era calma y densa sombra.

Embebido en sus vanos pensamientos,
Y apurando martirios y congojas
Iba sin saber dónde Rui-Velazquez,
Cuando al salir á un raso, que espaciosa

Vista lograba, y al momento justo
De pasajera claridad, le azora
Del alazan un súbito relincho,
Que por los valles y cavernas hondas

El eco repitió. Sobresaltado
Coge las riendas, se detiene, torna
Los ojos en reedor, y de repente
Mira asomar en la vecina loma,

Bien que en incierto y ciego bulto, un hombre
A caballo y con lanza, que galopa
Como á su encuentro, dando voces vagas
Que el viento silbador confunde y borra.

Aunque no era cobarde, los cabellos
Se le erizaron, y la sangre toda
En sus venas se heló. Tan llena estaba
Su mente de terrores, de espantosas

Fantasmas, y tan débiles sus miembros
Con tantos padeceres y zozobras;
Que ve en aquel jinete un enemigo,
Que de repente la montaña aborta,

O á Mudarra el fantástico, que viene
A saciar sus venganzas. Se abandona
Al pánico pavor, ambos ijares
Del fogoso alazan pica y destroza:

Huye á escape al través de las malezas,
Por ágrias cuestas y escarpadas trochas,
Y como con la fuga el miedo crece,
Sobre la crin del pisador se encorva,

La aguija mas y mas, y se figura,
Una vez que hácia atrás el rostro torna,
Que sobre siete ciervos descarnados
Siete esqueletos horridos lo acosan,

Y que los Laras son. Cierra los ojos,
Desatentado ya, ciego se arroja
Por precipicios, setos y barrancas
Con su caballo que, cual suelta corza,

Salva troncos, torrentes y peñascos,
Sacando chispas cuando encuentra y topa
So la herradura pedernales duros;
Con su ímpetu veloz y cascos forma

De tormenta lejana estruendo sordo,
Y de la noche las tinieblas corta,
Como los aires rápida saeta,
Sin dejar tras de sí rastro ni sombra.

—El ginete tal vez, de quien va huyendo,
Era Lope, que andaba á aquellas horas
Aun buscando al tordillo; ó bien sería
Uno de los malvados de la tropa,

Que al Zurdo acompañára aquella tarde,
Y que al monte se huyó, mermada y rota;
O algun perdido viajador. Quién fuese,
No siguió al fugitivo. ¿Qué persona

Que en su seso estuviera, se arrojára
En los ramblares y en las quiebras hondas,
Por do despareció? Mas cual si fueran
Alas sus piés, el alazan no acorta

El raudo curso, y síguele buen rato,
Hasta que al fin desfallecido choca
Con un troncon volcado, y al empuje
Que en una lastra resbaliza y monda

Hace para saltarlo se desliza,
Con su jinete en tierra se desploma,
El monte oscuro con el golpe atruena,
Y con su peso un matorral agobia.

En el fango tendido Rui-Velazquez
Permaneció por largo tiempo, todas
Sus facultades muertas. Pero al cabo
Un turbion recio, que las densas sombras

Hendiendo, lanza pasajera nube,
El pecho y rostro pálido le azota,
Y en sí le vuelve, cual si de hondo sueño
Tremendo despertára. Se incorpora;

En pié se pone, temeroso duda,
Si aun está en este mundo y en su propia
Carne mortal. Su pensamiento llena,
Pero en confusas y embrolladas formas,

Cuanto ha pasado aquella noche. Envuelto
Se ve en densas tinieblas, y le acosa
La fuerte lluvia. En dónde está, no sabe,
Ni cómo allí ha venido. Que ya mora

La region infernal, que ya principian
Sus tormentos, sospecha, y casi torna
A perder los sentidos, yerto, helado
Y de dolores lleno. Voladora

Pasa en tanto la nube, aclara, cesa
El aguacero, media faz asoma
Por el roto celaje clara luna,
Y vida con su luz los campos cobran.

La claridad, la calma y los objetos,
Que se muestran cual son, á las congojas
De Velazquez dan tregua, le reaniman,
Y su abatido espíritu confortan.

A coordinarse empiezan sus ideas,
Vienen la fuga y golpe á su memoria,
Y el caballo echa menos. Anhelante
Vuelve los ojos á una parte y otra,

Avanza algunos pasos, y descubre
Casi á su frente, y á distancia corta,
Un pequeño edificio, en el que indica,
Que hay luz ú hogar, una alta claraboya.

Animoso se acerca, ve un caballo
Pacer la yerba que al abrigo brota
Del tosco muro; al punto reconoce
A su corcel. Con tal hallazgo todas

Sus fuerzas se reaniman; silla y freno,
Que estaban ya en desórden, le acomoda,
Y con él de las riendas examina
El edificio todo á la redonda.

Halla pronto la puerta, aunque cerrada,
Y oye dentro una voz que armoníosa
Los salmos y las santas oraciones,
Que á maitines la Iglesia reza, entona.

Al momento conoce que es la ermita,
Do el solitario penitente mora,
Y á quien pensó buscar há poco rato
Para pedir al cielo la victoria.

No duda pues que el cielo, el mismo cielo
A que á tal santo y proteccion se acoja,
Por tan extraño modo le ha traido;
Y sin pensarlo mas, la puerta toca,

Que cediendo al impulso, ábrese lenta,
Y se halló Rui-Velazquez en la gloria.
Nada menos creyó, viéndose dentro
De una limpia capilla primorosa,

Cuyas blancas paredes relucian
Al claro resplandor de dos antorchas,
Que en un altar de piedra iluminaban
La imágen hermosísima y devota

De una Vírgen de cedro, colorido
El rostro, y de oro y de trasflor las ropas:
Escultura de aquellas que los griegos,
En aquel siglo de barbarie y sombras,

Dichosos los reflejos conservando
De otra mas culta edad y mas remota,
Industriosos labraban y esparcian
Con grande lucro en la cristiana Europa (34);

Y de las cuales, aunque raras, duran
Algunas con gran culto y luenga historia,
Del curso de la edad ennegrecidas,
Mas venerables siempre y milagrosas.

Ornaban el altar vasos diversos
De extraño esmalte y peregrina forma,
Con siemprevivas, juncias, brezo y yerbas,
Que el rigor invernal no descolora.

A un lado y otro en sendos braserillos
Humo apacible y delicioso aroma
Quemadas esparcian por el aire
Ramas de enebro y escogidas gomas.

Enfrente del altar, arrodillado
En medio de la ermita, el alma toda
Embebida en las santas oraciones
Que entonaba con voz clara y sonora,

Fijos los ojos en la sacra imágen
Con expresion sublime, y las rugosas
Manos puestas en cruz, absorto estaba
El solitario. Augusta su persona,

Y larga era su edad, noble su rostro,
Tranquilo y venerable. En blancas ondas
Su barba y sus cabellos descendian,
Y una túnica blanca y una estola

Eran su traje. Sus fervientes rezos
Ni el rumor de la puerta, ni á tal hora
La entrada de un incógnito turbaron,
Pues ni aun volvió la faz. Todo lo nota

Velazquez, y embargado de respeto,
Quédase en el umbral, y calla, y dobla
Ambas rodillas, la cabeza inclina,
Del acerado almete la despoja,

Y cruzando los brazos sobre el pecho
Con humilde actitud en él impropia,
Lucha con los terrores y esperanzas
Que en su confusa mente se amontonan.

Era Ildovaldo el nombre que se daba
El santo anacoreta; mas su historia
Desconocida casi, aunque en el vulgo
Fábulas, entre sí contradictorias

Y llenas de portentos ó milagros,
Se refiriesen de él. Eran notorias
Su alta sangre, y su cuna en Lombardía.
Por qué empero dejó su patria propia,

Y cuáles desengaños le trajeron
A aquella vida solitaria, cosas
Fueron siempre escondidas. Vino á España,
A Castilla y á Burgos desde Roma,

Cuando dejaron huérfana la Iglesia
Las sacrílegas tramas de Marozzia;
Y aunque solo llegó, consigo trajo
Grandes riquezas y soberbias joyas.

Recibióle en su casa el Arzobispo
Con altas muestras de respeto y honra,
Y ambos tuvieron conferencias largas
De gran secreto y traza misteriosa;

Y aunque de Burgos la atencion llamaron,
La de don Sancho, de la córte toda,
Y de Velazquez mismo, impenetrables
Quedaron y escondidas entre sombras.

Vivió Ildovaldo pues en el palacio
Arzobispal, y en gran retiro: á pocas
Semanas, en el monte aquella ermita
Trazó por sí y edificó á su costa;

Y establecido en ella, repartiendo
Antes grandes riquezas en limosnas,
Renunció al mundo, y consagróse todo
A ejemplar vida, penitente y sola.

No tornó mas á Burgos: en las granjas,
Altos palacios, miserables chozas,
Aldeas y alquerías del contorno
Se le vió raras veces; y las pocas

Que en tales sitios se mostró, fué siempre
A ser iris de paz en las discordias
Domésticas, auxilio en un incendio,
O consuelo de angustias y congojas.

Era grande su ciencia y su doctrina,
Sólida su virtud, conmovedora
Su elocuencia, y ardiente y extremada
Su caridad. Tal vez de la redonda

Solian concurrir los labradores,
Y en torno de él, á la apacible sombra
De algun árbol del bosque, ó en la ermita
Recibir embebidos de su boca

La palabra de Dios. Y tal respeto,
Tanta veneracion lograba en toda
La comarca, tal fama y santo nombre
En Castilla tambien; que aun hubo locas

Ambiciones, que osaron un apoyo
Buscar en su influencia poderosa;
Pero el anacoreta, sin airarse
Contra tales propuestas, desechólas,

Mostrando, que el varon que el siglo deja,
Y que renuncia á las mundanas pompas,
Profesando en la vida retirada
La penitencia y prácticas devotas;

A los hombres y á Dios engaña, rompe
Sus votos y en demonio se trasforma,
En cuanto parte en cosas de este mundo,
Y en las pasiones de la tierra toma.

Tal era el venerable penitente,
A cuyo umbral postrada la persona,
Mas soberbia y audaz que vió Castilla,
Ni respirar, ni alzar los ojos osa.

Acabó sus maitines Ildovaldo,
Quedó inmoble un momento, con la boca
Selló la tierra, santiguóse, y luego
Se alzó, y con faz tranquila y voz melosa,

«La paz de Dios en vuestro pecho sea,»
Dijo vuelto hácia el huésped. «¿A estas horas,
Hermano, qué buscais en mi retiro?»—
A su acento Velazquez se recobra,

Y en pié se pone, mas turbado calla.
El solitario continuó: «¿Las sombras
Espesas de la noche os han borrado
Las sendas, los caminos y las trochas,

»Y perdido vagais por la montaña?...
Aquí hallareis descanso hasta la aurora,
Y con la nueva luz vuestro camino
Volvereis á encontrar... Mas si tan corta

»Detencion os molesta, en el momento
Yo, que conozco las veredas todas
De esta comarca, os serviré de guia.»—
Velazquez, cuya mente estaba absorta

Imaginando cómo sus temores,
A tal varon, sus ánsias y zozobras
Referir, y empeñarle á que á los cielos
En su favor arranque la victoria

Del tremendo combate, no responde.
El ermitaño, que en su frente nota
La terrible inquietud que lo domina,
La turbacion y espanto que lo agobian,

Un instante lo observa en gran silencio,
Y así con interés á hablarle torna:
«Sí, foragidos hay en estos montes,
Fieras tambien que al caminante acosan;

»Tal vez la insana furia de los unos
Y la voraz audacia de las otras
A buscar este asilo os compelieron;
Y á él, hermano, llegásteis en buen hora.

»Seguro estais aquí, bajo el amparo
De la que de luceros se corona,
Y cuya planta la feroz cabeza
Del dragon infernal quebranta y postra.»—

Rompió entonces Velazquez el silencio,
Que han menester alivio sus congojas,
Y como á su pesar, «¡Oh padre! dice,
No de bandidos, ni de fieras torvas

»Huyendo vine aquí; sí de fantasmas,
De terribles espectros que me asombran
Y persiguen doquier... Del cielo airado...
De una suerte infeliz y desastrosa...

»Y de mí, de mí mismo.»—Aquí atajóle
Un helado temblor. Pero le toma
La mano, y se la aprieta el penitente,
Y en caridad ardiendo su alma toda,

Le anima de esta suerte: «Si infortunios,
Si de este valle de dolor agobian
Vuestro pecho infelice las desdichas,
En buen puerto os hallais. Consoladora

»La madre de Dios es del afligido,
Fuente de celestial misericordia.
Postraos, pedidle su favor, y al punto
Su favor obtendreis. Nunca lo implora

»El pecador en vano.»—Rui-Velazquez
Fuerzas y aliento de repente cobra:
Con ambas manos á su pecho aprieta
La de Ildovaldo trémula y rugosa,

Clava los ojos en la santa imágen,
Y exclama en ronca voz: «Si la victoria
Me concede mañana, yo hago voto
De tornar esta ermita, á toda costa,

»En magnífico templo, cuyas torres
Allá en las nubes su remate escondan.
Jaspe y bronce serán los ricos muros,
De cedro las techumbres: cien antorchas,

»En blandones de plata, noche y dia
Reflejarán sobre las ricas joyas
Del ara santa. Veinte capellanes,
Y á su cabeza vos, dueño de todas

»Mis riquezas, señor de mis estados,
Al culto de tan alta protectora
Consagrarán...»—«¡Callad, basta, infelice!!!»
Diciendo, el voto del malvado corta

Con firme voz el santo anacoreta:
«Basta, no blasfemeis. ¡Qué! ¿se soborna
Por ventura á la reina de los cielos,
Y su divina proteccion se compra?

»Las ofertas, los dones, de este mundo
La vanidad y fugitivas pompas,
Arrastran á los míseros mortales;
Mas de la Omnipotencia nada logran.

»Un corazon sin mancha, una alma pura
Son su altar y su templo: buenas obras,
Y caridad, y rectas intenciones
Son su culto mejor. Las voces solas

»Que desarman el brazo de sus iras,
Que abren la celestial misericordia,
Son la del pecador arrepentido
Y la de la inocencia candorosa.»—

A medida que hablaba el penitente,
Todo su aspecto, sus facciones todas
Cobraban tal grandeza y fuego santo,
Que era ya mas que humana su persona;

Un verdadero apóstol, un profeta.
Al par oscuras, infernales sombras
Ofuscaban el rostro de Velazquez,
Lívido y cadavérico, la copia

De un criminal convicto presentando,
Que su sentencia escucha. En cuanto nota
Su abatimiento el santo solitario,
El celo y voz enérgica reporta

Con caridad cristiana, y otro giro,
Otro ademan mas compasivo toma,
Prosiguiendo: «Sí, hermano; nadie, nadie
En el seno de Dios eterno logra

»Acogida mas tierna que el contrito.
Un gemido, una lágrima tan sola
De sincero dolor al juez airado
En padre amorosísimo trasforma.

»El pecador, por pecador que sea,
Seguro está de hallar misericordia;
Pero ¡ay, si se descuida! vuela el tiempo,
Frágil es nuestra vida, y harto corta.

»No hay momento seguro: hermano mio,
Acudid al Señor... Si es que os agobia
El peso de la culpa, alzad al cielo
Vuestra alma arrepentida: al punto todas

»Vuestras penas vereis dulcificadas;
Sea cual fuere el conflicto que acongoja
Vuestro pecho, pedidle á Dios ayuda,
Os la dará amoroso... ¿La victoria

»De una lid pretendeis?—Sí, padre mio,
Velazquez le responde: la victoria
De una batalla horrible, de un combate,
En que no solo va la fama y honra,

»Sino tambien condenacion eterna...
Sí, que es prueba de sangre, en que notoria
Ha de quedar del cielo...» Aquí embargóse
Su voz. Apresurada y anhelosa

La de Ildovaldo continuó: «¿Sin duda
Al aceptarlo, ni la mas remota
Sospecha, ni el escrúpulo mas leve
Os quedó de si estaban triunfadoras

»La razon y justicia á vuestro lado?—
¡Razon!!!... ¡Justicia!!!» repitió la boca
De Velazquez helada, cual repite
El eco oscuro en las cavernas hondas

Los gritos del pastor. Y el potentado,
El guerreador, el fuerte, el que de roca
Tiene su corazon, el que de hierro
Vestido y con espada cortadora

En la cinta se muestra; confundido
Tiembla, duda, anonádase, y se apoya
Sobre el anciano débil, desarmado,
Pacífico y humilde; heladas gotas

De sudor, no de lágrimas, mojando
La blanca barba y la bendita estola
Del solitario, que afligido calla,
De una torre que se abre y se desploma,

Frágil puntal. Despues de algun momento
Ildovaldo piadoso junta todas
Sus fuerzas, á su huésped en los brazos
Mueve, sobre un escaño lo acomoda.

Socórrelo solícito, lo anima,
Que al cabo cobre sus sentidos logra,
Y con tal caridad le habla y consuela,
Y con tan dulce persuasion le exhorta,

Que en un momento de expansion Velazquez
Le abre su pecho, y la infernal historia
De sus ódios y bárbaras venganzas,
Y del reto aceptado que lo ahoga,

Con terror tan horrendo le refiere,
Como al médico docto, en quien coloca
Su esperanza final, cuenta el doliente
Su aguda enfermedad hora por hora.

Si exacta fué la relacion prolija,
Si confesó las circunstancias todas
De sus tramas atroces. Dios lo sabe:
¿Pues quién de tanta ingenuidad blasona,

Que no disculpe ó palie sus delitos,
Cuando la acusacion emprende propia?
Con horror y con lástima escuchóle
El pálido ermitaño; y la espantosa

Confesion terminada, así prorumpe:
«¡Cuán grande es la eternal misericordia!
¡Ay, cuán grande es con vos, hermano mio!
Tras tan largo esperar no proporciona

»A todos tantos medios de reparo:
No los desperdicieis. Una victoria
Pedís á Dios, y Dios está dispuesto
A daros una tan cumplida y pronta,

»Tan grande, tan magnífica, que os haga
Del orbe absorto admiracion y norma,
Un astro refulgente de los cielos,
Un potentado excelso de la gloria.

»Oh cuán felice sois!... Hollad la senda;
Despreciable barrera el paso os corta.
Arrostradla, lidiad... vuestro es el triunfo,
Con él os brinda el cielo á poca costa.»—

Velazquez, confundido y enfangado
En el cieno del mundo, no remonta
Su alma precita á comprender tan altas
Magníficas ofertas, como brotan

Del inspirado labio. Solo en ellas
Halla de sus pasiones la lisonja.
Y con vehemencia, «Oh padre! le interrumpe,
Pues tan segura tengo la victoria,

»Qué debo hacer?... Decid... Mis pasos guie
De vuestra santidad la clara antorcha.—
Contestó el ermitaño: «Qué?... un cristiano
Que ha confesado ya sus culpas todas,

»Que demanda piedad al santo cielo,
Y que á la Vírgen sin mancilla toma
Por escudo y amparo; ¿lo que puede,
Lo que tan solo hacer le es dado, ignora?

»Volad, que urge ya el tiempo: de ese anciano,
De ese anciano inocente, en quien rabiosa
Se cebó vuestra furia; á quien robásteis
Hijos, felicidad, fortuna y honra,

»Arrójaos á las plantas, y pedidle
Perdon: os lo dará. Tal vez piadosa
La mano del Señor guardó su vida,
Para que os dé perdon. Id; sin demora

Luego al mundo anunciad, que es inocente
Vuestro enemigo, porque tenga pronta
Reparacion completa. Vuestros bienes
En su esplendor antiguo le repongan,

»En vuestros brazos recibid al jóven
Que os retó denodado. Su persona
Mirad cual si en sus venas circulára,
Siendo hijo vuestro, vuestra sangre propia.

»Tomad á vuestro cargo el que abjurando
Los infernales ritos de Mahoma,
Reciba el agua santa del bautismo,
Y que al Criador consagre su alma heróica.

»Hé aquí lo que el Señor de vos exige;
Hé aquí de un triunfo cierto la corona;
Hé aquí el ancho camino que va al cielo;
Hé aquí de salvacion la senda sola.»—

En tanto que así hablaba el solitario
Con celestial fervor, el alma torva
De Velazquez demonio se convierte,
Y su pecho volcan. Fiero recobra

Todo el vigor perdido: en un infierno,
A sus ojos, la ermita se trasforma.
Alzase furibundo, y dando un grito,
Que sonó como suena entre las rocas

Duro golpe de mar, «Basta, infelice:
Si no quieres morir, sella la boca;
Séllala, infame, dijo al penitente:
Sabes tú con quién hablas?... ¿á quien osas

»La infamia proponer?... ¿y tú eres dueño
(Maldita mi imprudencia ciega y loca)
De mis secretos todos?... Don de muerte
De mi confianza el don será.»—Furiosa

Llevó la diestra al pomo de la daga,
Y medio fuera de la vaina forma
Relámpago funesto la cuchilla,
Reflejando la luz de las antorchas;

Pero tornó á esconderla el iracundo,
De ella quitó la mano, y, «¿qué me importa
De tí extranjero vil? prosiguió altivo:
Solo eres digno de desprecio y mofa.

»¿Cómo pude obcecado ni un momento
Con mi presencia honrar tu humilde choza?
Abades tiene, príncipes la Iglesia,
Príncipes, que mis votos y limosnas

»Presentarán al cielo, y sus favores
Para mí lograrán. Hasta la hora
En que me has visto, olvida... ¡Desdichado,
Si aun mi nombre conservas en memoria!!!»—

Dice, aparta feroz al ermitaño,
Corre á la puerta, la celada toma,
Al campo sale, su caballo busca,
Le halla al momento, apresurado monta;

Aléjase á galope, se confunde
De la montaña en las oscuras sombras,
En la espesura, en las fragosas quiebras,
Y son de trueno su carrera forma.

Inmoble, yerto en medio de la ermita
Quedó el santo varon: que una espantosa
Vision de infierno ha sido todo, juzga.
Mas en sí pronto vuelve, se recobra,

Y su cabeza venerable cubre
Con el gran capuchon, al pié se arroja
Del altar, donde el rostro contra el suelo,
Y en lágrimas deshecho, ardiente implora

De la Vírgen santísima, que mire
Con piedad aquella alma pecadora,
Que tan perdida al precipicio corre,
Y que en tales abismos se desploma.

—En tanto Rui-Velazquez el camino
Sin detenerse despechado toma
Del monasterio aquel, que está cercano
De su castillo, y rápido galopa

En busca del Abad, del cual espera,
Que admitiendo sus votos y limosnas,
Arranque á su favor del alto cielo
Segura proteccion, cierta victoria.

Era ya enfermo indómito, que loco
Huye del docto físico, la sola
Medicina eficaz para salvarle
Rehusando, por amarga ó dolorosa;

Y al charlatan empírico se acoge,
Su confianza le da ciego, y coloca
Esperanza funesta en la dulzura
De los venenos y doradas drogas.

El cierzo helado despejado habia
La atmósfera de nubes; ya la aurora
Rayaba, y en el último horizonte
El albor del crepúsculo las sombras

Empezaba á arrollar. Lejanas cumbres,
Anchas llanuras y peladas rocas
Borradas entre niebla aparecian;
Cuerpo tomaban las vecinas lomas,

Y los cercanos bosques, aun envueltos
En vapor blanquecino, gruesas gotas
De la pasada lluvia destilaban.
Retumbaban en torno las sonoras

Campanas del vecino monasterio,
Que saludan al alba, y que convocan
A la oracion de la mañana; y vense
Que, descollando entre la selva, asoman

Dos gigantescas puntiagudas torres,
Que de cruces de fierro se coronan.
El réprobo, al mirarlas, animoso
De su alazan el ímpetu redobla:

Metióse entre los árboles desnudos,
Y al salir de ellos, á distancia corta
El soberbio vastísimo edificio
Tiene á la vista, y se la llena toda.

Vários tristes cipréses verdinegros,
Gigantes silenciosos que custodian
La plaza donde se alza la gran mole,
Adustos por el aire se remontan,

Y marcan el tranquilo cementerio,
Donde, en hileras, funerales losas,
O encierran á los monjes que han vivido,
O están llamando á los que aun vida gozan.

Ya se descubre la soberbia puerta
De la iglesia, arco osado que se apoya
En dos gruesos altísimos pilares,
Y que con gusto escaso en torno adornan

Escudos, mitras, nichos y trofeos,
Entre follajes y labores toscas;
Dejando ver el interior oscuro,
Y en perspectiva entre sus vagas sombras

Alzarse, cual fantasmas colosales,
Los enhiestos machones, que soportan
El pesado cimborio; y al fin de ellos,
Al través de una verja primorosa,

El dorado retablo se columbra,
Al trémulo fulgor de las antorchas.
—Llega Velazquez, pues, las riendas suelta,
Se ase á las crines, del arzon se arroja;

Y mientras su alazan ijadeando,
Por la nariz hinchada se desfoga,
De humo, de espuma y de sudor cubierto,
Y lánguido á rascarse cuello y cola

Va al tronco de un ciprés, y de la yerba
Pace que en torno á los lucillos brota;
El traspasa el umbral, y á paso lento
Entra en la inmensa nave, húmeda y sola,

Sus pasos resonando y sus espuelas
Del pavimento en las cuadradas losas.
A la mitad del templo al fin se pára,
So la eminente bóveda, y se apoya

Del fundador contra el sepulcro helado,
Trozo de mármol con labores toscas,
Sobre el que una armadura, un rojo manto
Y dos banderas desgarradas posan.

Las várias voces del discorde coro
Por las cimbrias altísimas rimbomban,
Y suena alguna tos de cuando en cuando
En las capillas lóbregas. Asoma

Allá en el presbiterio, semejante
A una fantasma, con sus blancas ropas
Un monje, que cruzando á lento paso,
Vigila los blandones, acomoda

Sobre el altar misal y vinajeras,
Apresta el incensario, las alfombras
Extiende, mulle del abad la silla,
Y las lámparas baja y las adoba.

De prima la oracion luego concluye,
Y la comunidad desciende toda,
Precedida de cruz y de ciriales:
Atraviesa la iglesia, en voces sordas

Y sumisas un salmo murmurando.
Marcha en dos largas filas, y las forman
Unos cincuenta monjes, presididos
Por el potente Abad, que con gran pompa

Va detrás de su grey, bien abrigadas
Frente y orejas bajo negra gorra;
Y el cuerpo en un forrado y rico manto
De nobles pliegues y de luenga cola.

Dos legos le acompañan; lleva el uno
La mitra ornada de soberbias joyas,
Otro el báculo: en pos dos escuderos;
Este una espada y estandarte arbola;

Aquel lleva un escudo y capacete:
Seis hombres de armas sírvenle de escolta;
Despues dos monacillos y dos pajes
Un gran sillon y un escabel trasportan.

Raro acompañamiento, do resaltan
Insignias entre sí contradictorias
De pastor y guerrero, de prelado
Y de rico-home. Muestra su persona

Sexagenaria edad, pero robusta,
Regular talla, obesidad notoria,
Gravedad afectada, paso tardo,
Fuerte respiracion, mas trabajosa.

Son sus ojos alegres y vivaces,
Brota salud su faz fresca y redonda,
Y sus anchas mejillas rubicundas,
Y su nariz, hácia la punta roja,

Que sabrosos manjares, suculentos
Y abundantes, su pasto son, denotan;
Y que á sus digestiones siempre ayudan
Vinos añejos de poder y aroma.

De condicion benigna y apacible,
Jamás tomaba parte en las discordias
Y manejos políticos de córte;
Obsequiar al poder tiene por norma.

Era todo su afan del monasterio
Aumentar los dominios, y su sola
Ambicion disfrutarlos en reposo;
Gozando las ventajas deliciosas

Que el derecho feudal le concedia,
A la verdad extrañas y no pocas:
Y su gusto, asistir á los banquetes,
Y tambien darlos en su celda propia.

—Al pasar el prelado y su comparsa
Junto á Velazquez, que se humilla y postra,
No dió de conocerle muestra alguna;
O tal vez por tener la vista corta,

O porque era difícil en tal porte,
En tanta lobreguez y á aquellas horas;
Pero le echó su bendicion. Velazquez
Intenta el acercarse; mas la escolta

Se lo impide; y confuso, despechado
Sigue la procesion, que desemboca
La nave principal, al presbiterio
Hace la reverencia, y se entra toda

Allá en la sacristía. Sus canceles
Va el caballero á penetrar, y estorban
El paso los armígeros. Entonces
Humillado se siente, y en voz ronca

Pronunciando su nombre, airado dice,
Que al punto hablar con el Abad le importa.
El conocerle, turba á los armados
Y le dejan entrada. No fué poca

Del Abad la sorpresa. El tiempo todo
Que del poder en la grandeza y pompa
Vivió el señor de Barbadillo, estuvo
Con él en amistad: desde la hora

En que murió don Sancho, mas remiso
Comenzóle á tratar; y cuando rotas
Las cadenas de Lara, vió por tierra
A Velazquez, y claro que no logra

La gracia y el favor del nuevo Conde,
Cortó con él sus relaciones todas.
Por lo que, ante sí viéndole, turbado,
En traje tal y en tal momento ahora,

No sabe qué pensar de su venida;
Y se le ocurren súbito dos cosas,
Ambas desagradables: ó que viene
Con la sed de venganza que le ahoga,

A tentarlo y pedirle tome parte
En algun plan osado de discordias
Y de guerra civil, con el que intenta
Recobrar el poder; ó á que lo esconda

Dentro del monasterio, y lo liberte
Del corvo alfanje y saña vengadora
Del moro ú del prodigio, que aquel dia
Emplazado le tiene. Se acongoja

El prudente varon, imaginando
Que muy bien puede de una suerte ú otra
Salir perjudicado su peculio,
O la quietud de que el convento goza.

Y la visita inoportuna acoge
Con aquel embarazo, que no logra
La prudencia evitar, porque en el rostro
Y en la actitud, á su despecho asoma.

Velazquez, solo porque está ocupado
En sus terribles inquietudes propias,
La del Abad no advierte. Se aproxima,
Una mano solícito le toma,

La besa, y le suplica que lo escuche
Por un momento en confesion á solas,
Para hacerle sumiso una consulta
Del mayor interés. Aun mas se azora

Con esta pretension el buen prelado,
Bien que hecha en tono humilde; pues la fosca
Facha de aquel demonio en carne humana
Su sangre hiela, sus palabras corta.

Falto de aliento pues para excusarse,
Y maldiciendo en su interior la hora
En que se abrió la puerta de la iglesia,
Y el caballo que trajo á tal persona,

Y que no la dejó perniquebrada
Del ágrio monte por las quiebras hondas;
Alzase, y con recato y disimulo
A fray Ambrosio, un monje, cuyas formas

Eran las de un jayan, al paso dice,
Que se quede á la mira y se disponga
A entrar con una tranca en todo evento;
Y á un oratorio ó capillita angosta,

Que estaba allí en la misma sacristía,
Fuese con Rui-Velazquez. Se coloca
En un confesonario, que pudiera
De castillo servir: una poltrona,

Que cede rechinando al peso, oprime:
Se hace un ovillo con el manto, y toma
La actitud del que escucha. El caballero
Delante de él una rodilla dobla,

Y le refiere su pasada vida,
Llena de atrocidades, que no ignora
El padre espiritual, pero á que cauto,
Severo demostrarse apenas osa.

Así, cuando hace pausa el penitente,
Un *pues* ó un *ya* entremete y acomoda;
Bien un suspiro ó tos, ó alguna frase,
Tan insignificante como corta.

Pero cuando Velazquez, dando cima
A su infernal y abominable historia,
Pasó á mostrarle que dispuesto estaba
A dar todos sus bienes de limosna,

Como compensacion de sus pecados,
Para lograr que el cielo le socorra
En el presente apuro; y que al momento
Hará cesion de sus riquezas todas

Al monasterio aquel, si se le aplican
Las penitencias y las santas obras
De la comunidad, para alcanzarle
En la lid inminente la victoria;

Volvióle el alma al cuerpo al buen prelado,
Descuajóse su sangre, se recobra
Su ahogado corazon, y se convierten
Las gualdas de su faz en frescas rosas.

Y bendiciendo en su interior el punto
En que se abrió la iglesia á tales horas,
Y al caballo que trajo tal visita,
Salva á través de tierra tan fragosa;

Ya como aquel que marcha sin cuidado
Por senda conocida y tierra propia,
Se deja arrebatar del santo celo,
Y reprendiendo al pecador, lo exhorta

A penitencia y contricion, é insiste
En que para encontrar misericordia,
Cumpla su buen propósito al momento,
Pues mueren las palabras sin las obras.

—Velazquez ánsia el verse descargado
Del voto aquel, con que presume logra
Celeste proteccion; mas aun pregunta,
«¿Y qué, será segura la victoria?»

El buen Abad desconcertóse un poco;
Pero le respondió: «Todo se logra
Con la ayuda de Dios. Grandes, enormes
Vuestras culpas han sido; mas las borra

»Vuestro arrepentimiento, y las compensa
La renuncia que haceis de vanas pompas
Y riquezas mundanas, todo, todo
Cediéndolo al Señor. Muy poderosas

»Por otra parte son las oraciones
De esta comunidad, de que la gloria
Tengo, aunque indigno, yo de ser prelado.
En ella hay almas de primera nota,

»Angeles en la tierra, santos tales,
De virtud tan eximia y portentosa,
Y de tan dura y penitente vida,
Que influjo grande con el cielo gozan.

»Todos por vos en oracion al punto
El coro ocuparán. Yo cien antorchas
Mandaré que se enciendan: imposible
Es que la Omnipotencia quede sorda

»A tantos ruegos, y que auxilio niegue
A quien, cual vos, por medio tal lo implora.
Reconciliado con el cielo, nada
Os debe ya asustar. Es bien notoria

»Vuestra destreza en justas y combates;
Vuestro claro valor al mundo asombra:
El mancebo que os reta y os emplaza,
Es un pagano, un perro de Mahoma,

»A quien falta la gracia; y aunque tenga
Mas ó menos razon, no ha de ser cosa
De que vencer consiga á un buen cristiano,
Al momento en que acaba de dar todas

»Sus riquezas á un santo monasterio;
Que es la mayor de las piadosas obras.
Animo pues, el tiempo no perdamos,
Firmadme al punto donacion en forma;

»Y confiando en el cielo y en las preces
De mis monjes, volad y sin zozobra
Entrad en lid, y fulminad la lanza,
Que aunque aprieta el Señor, jamás ahoga.»—

Dijo, y sin dejar réplica á Velazquez,
A fray Ambrosio llama en voz sonora.
Ambrosio entró al momento preparado
Con una tranca; pero así que nota

Que todo en órden va, diestro la esconde,
Y actitud santa y compungida toma.
El buen Abad su vigilancia y tacto
Con una sonrisita galardona,

Y le dice: « Al momento al secretario
Busca, y para mi celda le convoca.
Los padres receptor y despensero
Vayan tambien con él, y sin demora.»—

Despareció obediente fray Ambrosio:
El prelado dejando la poltrona,
Apóyase en el brazo de Velazquez,
Sale á la iglesia, y con la armada escolta,

Los pajes y los legos, sube al cláustro,
A su huésped contando las historias
De los grandes milagros que el convento
Ha obrado, y del poder de la limosna;

Y entró en su celda, que en verdad parece,
Mas la mansion extensa y suntuosa
De un poderoso rey, que la vivienda
De un penitente, reducida y sola.

En medio de una cuadra, cuyos muros
Ricas molduras y follaje adornan,
Cuyo arteson altísimo de cedro
Timbres ostenta de mundana pompa,

Y cuyos muebles eran los mas ricos
De aquella edad; estaba una redonda
Mesa entallada con primor y esmero,
A su frente un sillon de rara forma,

Y sobre ella un jamon, pan como nieve,
Un ánade, dos truchas y una torta,
Todo en fuentes de plata repartido;
Y al lado del cubierto una gran copa

De oro, y que media azumbre contendria,
Segun era capaz, erguida y honda;
Con un frasco de vino de Alaejos,
Y de leche de anís una redoma.

Resplandeció de júbilo la frente
Del Abad á la vista apetitosa
De su ordinario desayuno. Manda
Otro sillon poner y franco exhorta

Al huésped á que tome alguna parte
De su almuerzo frugal, diciendo: «Todas
Las penas, los cuidados mas enormes,
Así que llegan de yantar las horas,

»Deben desparecer, ponerse á un lado.
Tener el vientre lleno, es lo que importa
En cualquiera ocasion: con él vacío
El mas leve trabajo nos agobia (35).

»Animo, caballero, llegad, ea,
Una presa y un trago, y luego corra
La suerte que Dios quiera. Ambos habemos
Menester fuerzas, y en verdad no cortas;

»Yo para la oracion y penitencias,
Y vos para lidiar.» — Con frente torva
Rehusó Velazquez el convite, y mudo
Va á un lejano sitial, y en él se arroja.

El Abad embistió con el almuerzo;
Y á corto rato por la puerta asoman
Receptor, despensero y secretario,
Que á un lado con respeto se colocan.

Eran tres monjes de distinto empaque:
El padre receptor es de persona
Alta y recia, de rostro macilento,
Aguda la nariz, la barba roja,

Los ojos pensadores y sumisos,
Agiles miembros, mas presencia tosca.
El padre despensero era rechoncho,
Su panza abultadísima y redonda,

Y cuellicorto tanto, que empotrada
Iba en los hombros su cabeza gorda:
Su corte todo en fin tal, que cualquiera,
De las despensas y bodegas hondas

Mirándole salir, pensar podia
Ver un pipote, una tinaja ú orza,
Que por arte diabólica ó encanto
Lograba andar como andan las personas.

Su ancho rostro bermejo y rubicundo,
La nariz chata, respingada y roma,
Los ojazos alegres y brillantes,
Negras pobladas cejas, y la boca

Espumosa, grandísima, con dientes
Ralos y llenos de amarilla toba,
Su condicion pacífica mostraban,
Y que era hombre de chiste, risa y broma.

Que estaba, es lo seguro, tan ufano
Del alto cargo y dignidad que goza,
Que ni por las dos llaves de San Pedro
Cambiára aquellas que su cinto adornan.

El padre secretario era el mas jóven
Y de mas fina y delicada estofa:
Su faz muy avispada y expresiva,
Talle gentil y delicadas formas,

Y en su porte total y en su semblante
Alguna semejanza, aunque remota,
Tiene con el Abad, cuyo cariño
Por él era sin límite. En sus ropas,

Sin ser mas que la túnica y el manto,
Se descubre elegancia primorosa;
Y fuera su presencia sorprendente,
Y de grande atractivo, si una sombra,

Un filete no mas de suficiencia,
De presuncion impertinente y tonta
No le diera aquel aire seco y duro,
Que á la primera vista tanto choca.

Sin dejar el prelado su tarea,
Despejar manda á la comparsa toda
De tiernos pajes y robustos legos,
Y las puertas cerrar. En cuanto á solas

Queda con las tres altas dignidades,
En brevedad sucinta les informa,
De que quiere el presente caballero,
Con libre voluntad madura y propia,

Donar al monasterio sus estados,
Todos sus bienes, sus riquezas todas;
Y al Abad entregar cuanto posee
En numerario, frutos, mueble y joyas,

Para que con prudencia y con buen tino
Lo reparta en sufragios y limosnas;
Y así lograr del cielo ayuda en vida,
Y en la muerte eternal misericordia.

En virtud de lo cual al secretario
Extender manda el documento en forma,
Y al padre receptor y al despensero,
Que sirvan de testigos. Les rebosa

La sorpresa y contento á los tres monjes,
Y el primero, en silencio y sin demora,
Se acerca al escritorio, un pergamino
Prepara, y pone manos á la obra.

Despues de haber escrito aquellas frases,
Pesadas, mazorrales y devotas,
Y aun de seguridad (de que mil muestras
Se hallan en los archivos muy curiosas;

Y de las cuales se conservan muchas,
Que aun nuestras escrituras emborronan,
Porque son de provecho al escribano,
Cuyo interese es aumentar las fojas),

Ruega á los dos testigos que se acerquen,
Y con cortés desembarazo nombra
Al señor otorgante, y le convida
A que las várias fincas de que constan

Sus estados le indique, porque quede
De todo escrita competente nota.
Obedeciendo al punto Rui-Velazquez,
Deja su asiento, y va como una sombra,

Como un espectro, que á la voz se mueve
Del poderoso mago que lo evoca;
Y uno por uno sus castillos todos,
Sus feudos y lugares con voz honda

Y sepulcral pronuncia. Mientras tanto
Que el ágil secretario con pasmosa
Rapidez los apunta, el despensero,
Restregando sus manos mantecosas,

A cada posesion, pago y terruño,
Que oye nombrar y ve escribir, elogia
Y echa un dulce requiebro. Ora prorumpe:
«¡Suelo de caza y buenas truchas! Ora,

»¡Sabroso queso y potenciosos vinos!
O, bien, ¡Tierra de leña y lindas mozas!
Ya, ¡Brevas como el puño y buen carnero!
O, ¡Famosos jamones, que hay bellota!»

De tal modo risueño califica
Los diversos Estados, y se goza
En los sabrosos frutos que producen,
Y que han de dar á sus despensas honra.

Sus frases y sus gestos expresivos,
Del padre receptor contraste forman
Con la meditacion inmoble y muda,
En que puesto el pulgar dentro la boca,

Blandamente cogido con los labios,
Y la otra mano recogiendo motas
Por la túnica y manto distraida;
Calcula, cuenta y suma de memoria

La renta de las várias posesiones,
Y el nuevo capital á cuánto monta.
El que al fin de esta escena ya parece
Que ni interés ni parte en ella toma,

Es el bendito Abad, que ó bien poniendo
Su confianza (la razon le sobra)
En los tres respetables dignatarios;
O porque con desprecio ve las pompas

Y riquezas del mundo miserable;
O porque es su costumbre, y no ser cosa
De alterarla por nada; ó bien que acaso
No puede remediarlo á tales horas;

En cuanto concluyó con los manjares,
Aliviando del peso á la redonda
Mesa, donde quedaban en desórden
Solo huesos pelados, raspas mondas,

Platos vacíos, cáscaras y migas,
Y escurridas y secas las redomas;
Del sillon se extendió sobre el respaldo,
Y á pierna suelta descuidado ronca.

Quedó en fin terminada la escritura,
Leyóla el secretario en voz sonora,
Aunque un poco nasal y recalcada;
Rui-Velazquez con mano algo temblona

Y tarda, por no estar á escribir hecho,
Puso su nombre entero en letras gordas
Como marcas de fardo, mas no claras,
Si apenas descifrables por borrosas.

Firmaron en seguida ambos testigos,
Y al Abad la presentan, que en sí torna
A fuerza de llamarle y de moverle,
Y que al fin bostezando y torpe moja

La pluma, hace una cruz algo torcida,
Seguida de un borron y rayas toscas,
Que él llamaba su firma. Luego al punto
Las legaliza el secretario todas.

Acabado que fué tan gran negocio,
Velazquez del Abad licencia toma,
Su mano besa y bendicion recibe,
Y se apresta á marchar, que urgen las horas.

El prelado con él al claustro sale,
Donde con su salud cascada y corta,
Y con estar muy fresca la mañana,
Se excusa de seguir. Pero convoca

A la comunidad, que en el momento
Con ciriales, con palio y cruz se forma,
Y á tan gran bienhechor (bien lo merece)
Acompaña y despide con gran pompa

Hasta la puerta principal, do un paje
Tiene el caballo. Apresurado monta
Velazquez, y mirando el sol tendido,
A toda rienda á su palacio torna.

París, 1832.

NOTAS DEL PRECEDENTE ROMANCE.

(34) El conde de Cicognara dice en el lib. III, cap. 1.º de su *Storia della scultura*, hablando del estado en que se hallaba esta arte en Bizancio en la edad media, lo que sigue: «Presso la corte d'oriente il lusso aveva già invaso i dritti del gusto e d'ogni altro sublime magistero delle arti, e da Constantinopoli venivano tratte opere magnifiche, in cui il lavoro era sempre vinto dalla materia. Si spedivano in regalo dagl' imperatori ai pontefici e alle chiese, ed erano riguardate como oggetti preziosi.»

Si conforme nuestra accion pasa en el siglo décimo, pasára en el siguiente, hubiéramos podido hacer mencion de un escultor español llamado Aparicio, cuando apenas los habia en Italia. Lo recuerdan Cean Bermudez, en su *Diccionario de los profesores de las bellas artes*, y el mismo Cicognara en el libro IV, cap. 7.

(35) No es mi intento satirizar al estado monástico, sino pintar las costumbres del siglo décimo; y cuando introduzco en mi obra soberanos con poder escaso, ricoshombres feroces y ambiciosos, y pueblos ignorantes y miserables, me tocaba presentar á los monjes segun eran generalmente en aquellos tiempos de tinieblas y de confusion.

Su glotonería y relajacion pueden muy bien inferirse de lo que siglo y medio despues escribia San Bernardo en la *Apologia dirigida á Guillermo, abad de San Teodorico*, al cap. IX. Entre tanto (dice el Santo hablando de las comidas de los monjes de aquella época): «Sucédense manjares á manjares, y en vez de las carnes solas, de que se abstienen, se multiplican los corpulentos peces. Si cuando estás saciado de los primeros, pruebas otros, te parecerá que aun no has comido pescado, porque tal es el esmero y tal el arte con que todo se prepara en la cocina, que despues de haber devorado de los cuatro ó cinco platos que se han servido, ni impiden los primeros que se coma de los otros, ni el estar harto, embota el apetito... ¿Quién alcanzará á decir todos los modos de aderezar y batir los huevos (por no tocar otras materias), el prolijo estudio con que saben volverlos, revolverlos, liquidarlos, endurecerlos, consumirlos, en fin cómo los sirven, ya fritos, ya asados, ora rellenos, ora juntos, ora separados?... Ni olvidan el adorno en los manjares, pues no piensan menos en halagar á los ojos, que en lisonjear al paladar; y así aun cuando una tronada de regüeldos anuncia que el estómago está repleto, no por eso queda satisfecha la curiosidad... ¿Qué diré de la bebida, no ya del agua, sino del vino, que no acostumbran aguar de modo alguno?... ¡Ojalá que nos contentásemos con beberlo solo, aunque puro! Vergüenza es decirlo, pero mas vergüenza es hacerlo; y si es vergonzoso oirlo, que no lo sea enmendarse. Repara cómo en una comida desocupan tres y cuatro veces una profunda copa casi llena, y cómo entre los diferentes vinos, mas por el

olor que por el gusto, y no tanto bebiéndolos, sino oliéndolos apenas, saben con un tino y prontitud admirables escojer el de mas cuerpo. ¿Y la costumbre que, segun dicen, tienen algunos monasterios de servir en las grandes festividades vinos adobados con miel y especias, que la comunidad bebe en el refectorio?... ¿Qué se puede hacer al dejar tal mesa mas que dormir? Y si al que aun no ha hecho la digestion, le obligas á ir al coro, lo que le arrancarás, será llanto, no canto.»

Luego añade en el capítulo décimo de la misma *Apología:* «Buscan para vestirse, no lo que abriga del frio, sino lo que excita el orgullo; no en fin lo que, segun la regla, puede comprarse mas barato, sino lo que parece mas hermoso y vano.»

El mismo San Bernardo me ha sujerido la pintura del lujo y fausto, de que rodeo á mi abad, por la que él hace de los de su tiempo en el cap. XI de la citada *Apología*, cuando dice: «¿Qué muestra nos ofrecen esos abades de su humildad (por no tocar otros puntos), cuando salen acompañados de tanta pompa, de tantos caballos, y con el cortejo de tantos hombres de armas, pues el séquito de uno solo bastaria para dos obispos? Miento, si no digo haber visto abad con un acompañamiento de sesenta caballos, y tal vez muchos mas. Si los vieras caminar, dirias que no eran padres de monasterios, sino señores de castillos; no directores espirituales, sino príncipes de provincias. Disponen además que formen parte de su equipaje servilletas, vasos, calentadores, candeleros, y lios, no con jergones para dormir, sino hasta con adornos para la cama. Apenas cualquiera de ellos se aleja cuatro leguas de su convento, lleva consigo un ajuar completo, como si fuese á la guerra, ó tuviese que atravesar un desierto, donde no pudiera hallarse lo necesario... ¿A qué esa caterva de criados y de acémilas, si aun llevando solo lo necesario, no dejamos de ser unos huéspedes incómodos?»

Sin salir de las obras de este Santo, hallo en la homilia cuarta *Sobre los loores de la Virgen María*, que reprende así la soberbia y avaricia de ciertos monjes: «Lo que mas me duele, es ver á algunos que despues de haber renunciado á las pompas del siglo, aprenden á ser mas soberbios en la escuela de la humildad, mas insolentes bajo las alas del manso y humilde Maestro, y mas insufribles en el cláustro que lo habian sido en el mundo. Prueba aun mayor perversidad, que muchos que no quieren ser vilipendiados en la casa de Dios, no podian sino ser despreciables en sus casas... Hay otros (lo que no puede verse sin dolor) que despues de abrazar la milicia de Cristo, se mezclan de nuevo en los negocios terrenos, enfrescándose otra vez en las pasiones mundanas... So pretexto del bien de la comunidad lisonjean á los ricos, visitan á las matronas, y, aun contra el edicto de su emperador, desean lo ajeno, y lo reclaman en juicio, como si fuese suyo.»

En el sermon 77 *Sobre los Cánticos*, se explica de esta manera acerca de la esplendidez y rapacidad de algunos prelados, que seguirian la misma escuela que el vecino de Velazquez: «Aman los regalos, y no pueden amar al mismo tiempo á Cristo, porque dedicaron sus manos al dinero. Mira cuál se presentan de limpios y ataviados, y vestidos con esmero, como una novia que sale de su tocador. ¿No es cierto que, al ver á cualquiera de estos en público, le creerás, mas bien una esposa, que un guardian de la esposa *(de su iglesia?)* ¿De dónde, pues, te parece que saca él tanta abundancia de cosas, el esplendor de los trajes, el lujo de la mesa, y tanta vajilla de plata y oro, sino de los bienes de la esposa? Así es que ella está pobre, miserable, desnuda, macilenta, sin aseo, sin ornato, sin sangre, porque en estos tiempos no se procura adornar á la esposa, sino desnudarla; no guardarla, sino perderla; no de-

fenderla, sino exponerla á peligros; no educarla, sino prostituirla; no apacentar el rebaño, sino degollarlo y devorarlo.»

Semejantes excesos fueron sin duda á menos en los siglos posteriores; pero aun quedarian de ellos lastimosos vestigios en el decimoquinto, cuando el docto canciller de Castiila, Pero Lopez de Ayala, se lamenta del modo siguiente en el pasaje de su *Rimado del palacio*, que publicó la *Revista española* del 8 de Diciembre de 1832:

La nave de San Pedro está en gran perdicion
Por los nuestros pecados et la nuestra ocasion.

. . . . . .

Mas los nuestros prelados non lo tienen en cura:
Asaz han que facer por la nuestra ventura:
Cohechan los sus súbditos sin ninguna mesura,
E olvidan la conciencia et la Sancta Escriptura.

. . . . . .

Desque la dignidad una vez han cobrado,
De ordenar la eglesia toman poco cuidado,
Et como serán ricos mas curan (¡mal pecado!)
Et non curan como esto les será demandado.

El nombre sacramento que Cristo ordenó,
Cuando con sus discípulos en la cena cenó,
Cuales ministros tiene el que por nos murió,
Vergüenza es decirlo quien esta cosa vió.

Unos prestes lo tractan, que verlos es pavor,
Et tómanlo en las manos sin ningunt buen amor,
Sin estar confesados, et aun (que es lo peor)
Que tienen cada noche consigo otro dolor.

. . . . . .

Cuando van á ordenarse, tanto que tienen plata,
Luego pasan l'exámen sin ninguna barata,
Ca nunca el obispo por tales cosas cata;
Luego les da sus letras con su scello et data;

Non saben las palabras de la consagracion,
Nin curan de saber, nin lo han á corazon.
Si puede haber tres perros, un galgo et un furon,
Clérigo de la aldea tiene que es infanzon.

Luego los feligreses le catan casamiento
D'alguna su vecina: (¡mal pecado!) non miento;
Et nunca por tal fecho reciben escarmiento,
Ca el su señor obispo ferido es de tal viento.

Palabras del bautismo, et cuales deben ser,
Uno entre ciento dellos non las quieren saber.

. . . . . .

Si estos son ministros, sonlo de Satanás,
Ca nunca buenas obras tú facerlos verás.
Gran cabaña de fijos siempre les fallarás
Derredor de su fuego; que nunca y cabrás.

En toda la aldea non ha tan apostada,
Como la su manceba, et tan bien afeitada:
Cuando él canta misa, ella le da el oblada.
Et anda (¡mal pecado!) tal órden bellacada.

. . . . . .

Perlados sus eglesias debian gobernar:
Per cobdicia del mundo allí quieren morar,
Et ayudan revolver el regno á mas andar,
Como revuelven tordos el pobre palomar.

De estas citas puede colegirse, que nada he exajerado en ninguna de las calidades reprensibles y viciosas que atribuyo á mi abad, ni me he separado de lo que daban de sí aquellos tiempos de corrupcion. — En cuanto á los medios que puso para heredar á Velazquez en vida, han declamado contra ellos las personas timoratas de todas las edades, como lo sienta el Sr. Rodriguez Campomanes en el capítulo primero de su *Tratado de la regalía de amortizacion* por estas palabras: «Hubo durante esta segunda época (de la Iglesia) en los testamentos y herencias de viudas y pupilos abuso de parte de algunos eclesiásticos y monjes con sujestiones para captar las herencias. No me atreveria á indicar este instantáneo desórden, si las leyes civiles no hiciesen mencion de él, y del dictado de *heredípetas* ó *corredores de herencias*, con que censuraban y motejaban á los que abusaban de la piedad de las viudas y otras personas devotas: de que dimanó revocar á los eclesiásticos y monjes, y despues á las iglesias, la capacidad de adquirir. No fueron emperadores paganos é impios los que promulgaron tales leyes, sino religiosísimos y católicos.

»A los santos padres que dan noticia de esta ley, jamás se les ofreció poner en duda la potestad imperial para establecerla... Su amargura consiste en que la avaricia de algunos eclesiásticos hubiese dado causa á la ley revocatoria del privilegio de adquirir. *Nec de lege conqueror, sed doleo, quod meruerimus hanc legem*, dice San Gerónimo.»

El abuso debió en efecto haber llegado á ser tan escandoloso, que don Cárlos III lo calificó de tal en el preámbulo del auto acordado, que es ahora la ley 15 del título XX del libro décimo de la *Novísima recopilacion*, en el que se lee: «La ambicion humana ha llegado á corromper aun lo mas sagrado, pues muchos confesores, olvidados de su conciencia, con várias sugestiones inducen á los penitentes, y lo que es mas, á los que están en artículo de muerte, á que les dejen sus herencias con título de fideicomisos, ó con el de distribuirlas en obras pias, ó aplicarlas á las iglesias y conventos de su instituto, fundar capellanías y otras disposiciones pias, de donde proviene, que los legítimos herederos, la jurisdicion real y derechos de la real Hacienda quedan defraudados, las conciencias de los que esto aconsejan y ejecutan, bastantemente enredadas, y sobre todo el daño es gravísimo, y mucho mayor el escándalo... Contrayendo la duda á lo particular de algun género de mandas, comprende el Consejo, que las que hacen los fieles á sus confesores, parientes, religiones y conventos en la enfer-

medad de que mueren, por la mayor parte no son libres, ni con las calidades necesarias; antes bien muy violentas, y dispuestas con persuasiones y engaños, sin algun consuelo del enfermo que las deja en perjuicio de otros parientes suyos y obras mas pias; y así acordó, que no valgan las mandas, que fueren hechas, en la enfermedad de que uno muere, á su confesor, sea clérigo ó religioso, ni á deudo de ellos, ni á su iglesia ó religion, para excusar los fraudes referidos... De esta suerte se asegura el consuelo del donante en aquel aprieto, y se evitarán las persuasiones, sugestiones y fraudes con que le turban y truecan la voluntad contra la afeccion dictada por la naturaleza en favor de la propia familia.»

ROMANCE UNDÉCIMO.

Non vos valdrá el ardimiento
De mañero lidiador.
Romancero del Cid.

Brilla la luz del apacible cielo,
Tregua logrando breve de la cruda
Estacion invernal, y el aura mansa
Celajes rotos al oriente empuja.

Ya en las gigantes torres que de Burgos
Sobre la catedral se alzan y encumbran,
Las cóncavas campanas el arribo
Del sol inmenso á su zenit saludan;

Y los huecos sonidos que, en las nubes
Y en los montes perdiéndose, retumban,
Mézclanse al sordo estruendo que en la plaza
Inquieta forma la apiñada turba.

No solamente de Castilla toda,
Mas de Galicia, de Leon, de Asturias,
Y de Sobrarbe, y de Navarra llegan
A presenciar tan importante lucha

(Cual suelen por ganar las perdonanzas,
De Compostela á la famosa tumba
Las romerías) tropas de curiosos,
Que en la plaza afanados sitio buscan.

En tablones, andamios y barreras
La multitud se agolpa, se disputa
Escaso asiento, vase acomodando,
Y una masa compacta, en que confusas

Brillan colores diferentes, forma.
Otras masas se estrechan y se agrupan
En los balcones; otras los terrados
Y altas almenas con su peso abruman,

Hasta se ven las gentes en racimos
Por rejas, frontispicios y molduras,
Quedando aun fuera de la extensa plaza
Gran muchedumbre, que se afana y suda

En vano por entrar, y no pudiendo,
Se acomoda en las calles, y asegura
Ver al menos pasar los campeones,
Y tener prontas nuevas de la pugna.

—Ya el movimiento universal del circo
Y el alto aplauso popular anuncian,
Con el son de atabales y de trompas,
Del Conde insigne la presencia augusta.

Entra gallardo pues Fernan-Gonzalez,
Y alto sillon bajo el dosel ocupa,
A su diestra un asiento el Arzobispo
Con sus pontificales vestiduras.

Colócanse detrás los Ricos-hombres,
Los Prelados y Alcaides, y circundan
En torno el balconaje caballeros,
Cuyos arnéses fúlgidos deslumbran

Con los rayos del sol, y en cuyos cascos
El viento agita matizadas plumas.
Del frente opuesto en medio se levanta
Ancho tablado en forma de tribuna,

Con paños negros adornado, donde,
El rostro ciego, la color difunta,
Circundado de todos sus parientes,
Y vestido de luto, la profunda

Compasion llama del concurso inmenso,
Y la atencion mas reverente y muda,
Gonzalo Gustios, el señor de Lara,
Que ahogado el pecho de mortal angustia,

Aunque seguro del cercano triunfo,
Teme nuevos rigores de Fortuna.
De Salas á su lado el Arcipreste
Con Nuño le conforta; y en las puntas

Externas del balcon están dos pajes,
Que enlutados tambien, mustios empuñan
Dos astas inclinadas contra el suelo,
Para que en él se oculten y confundan

Sus insignes pendones, afrentados
Con el rigor de una sentencia injusta,
Y que no pueden tremolarse al viento,
Sin que antes en su honor se restituyan.

—Tiene la extensa liza dos entradas
Frente á frente: á la diestra está la una,
Que custodian guerreros de Velazquez,
Y en ella el viento su estandarte undula:

La otra está á la siniestra, en que la insignia
De Mudarra tremola, y do relumbran
De dos gallardos cordobéses moros
Las cimitarras bárbaras desnudas.

—Baja el maestre del campo con dos jueces;
De un lado y otro por la plaza cruzan,
Y de que no hay engaño en el terreno,
Ni celada encubierta se aseguran.

Un rey de armas despues bando publica,
En que pena de muerte se pronuncia,
Contra quien ose entrar en la estacada,
O dé á cualquiera combatiente ayuda.

Pronto el son de timbales y añafiles
En la parte exterior, la grita y bulla
Que en las calles levanta el gran gentío,
Y el estruendo de arnéses y herraduras,

Que llega, dicen, el gallardo moro,
El retador valiente. Expresion una
Y una sola actitud se advierte en todos
Cuantos el ancho circo en torno ocupan;

Y todos de la puerta que en el lado
Siniestro se abre, tornan á la oscura
Bóveda ojos y faz, el cuerpo inclinan,
Y rumor sordo por los aires zumba.

Así súbita ráfaga de viento
Resuena, mueve las lijeras puntas
De los árboles todos de una selva,
Y hácia la misma parte las empuja.

Entran de dos en dos en la estacada,
Con lento paso y grave compostura,
Sobre negros caballos, ocho pajes,
Negras la veste, la gualdrapa y plumas:

Despues cuatro escuderos enlutados,
Y cuatro ancianos caballeros, cuyas
Armas empavonadas, y rodelas
Con negras manchas que el blason ocultan,

Y cuyas picas que por tierra arrastran
Sin pendoncillo la acerada punta,
Que son, van tristemente publicando,
De la casa de Lara y de su alcurnia.

En un bayo cervuno luego asoma
Caleb, vestido con riqueza suma,
Arbolando en la diestra un estandarte
Azul, y en medio una bordada luna.

A la puerta Mudarra comparece...
Entusiasmada, al verle, alza la turba
Sonoros vivas, que hasta el cielo cunden
Y que repiten las lejanas grutas;

Y en andamios, balcones, galerías,
Los lienzos blancos que en el aire undulan,
Dan movimiento al popular aplauso
Y al valeroso retador saludan.

Sobre una yegua de color de nieve,
Joya de las riberas andaluzas,
Que alienta fuego y que salpica el aura
Con leves grumos de argentada espuma,

Entra pues el Expósito gallardo,
Y su talle gentil y su hermosura
El rumor del encanto justifican,
Y á quien portento le ha llamado, excusan.

Lleva en reedor del casco damasquino,
De una persiana tela, en que fulgura
Tejido el oro entre la lana y seda
Con tintas, que brillantes sobrepujan

A los vários matices de las flores,
A los tersos esmaltes de las frutas,
Ajustado el turbante: rica joya
Sobre la frente con primor lo anuda,

Y de ella una garzota se levanta,
Que trémula del sol el brillo emúla.
De entretejida malla el coselete,
La gola y los brazales, do vislumbran

Alternadas escamas de oro y plata,
En parte cubre primorosa juba
De purpurina tela, con recamos
De oro, seda y aljófares menudas.

Las anchas bragas de delgado lino
Y faja azul, que el talle en torno ajusta,
Las grebas y esquinelas buriladas,
Dejando fuera el acicate, ocultan;

Y cual nacido el jóven en la silla
De altos borrenes, muestra la andaluza
Gracia en el cabalgar. Morisca adarga
Lleva al siniestro brazo; con la zurda

El blando freno rige, con la diestra
Una lijera lanza de dos puntas:
Un agudo puñal y una gumía
Le sujeta la faja en la cintura,

Y al lado izquierdo muéstrase, pendiente
De un cordon verde que su pecho cruza,
La cimitarra que premió su garbo
Con tanta pompa en la primera justa;

La que le fué entregada por Kerima,
La que al fiero Giafar lanzó en la tumba,
La de Almanzor en fin, la formidable
Arbitra de la bélica fortuna.

Sobre un overo Záide le acompaña,
Padrino suyo en la inminente lucha:
Síguenle en pos diez moros á caballo;
Y á paso lento, en enlutadas mulas,

De Salas el concejo y capellanes
Cierran la comitiva. De la turba
Recogiendo las pruebas lisonjeras
Del mas vivo interés, de la mas pura

Admiracion, Mudarra con su gente
Recorre el circo en derredor, saluda
Primero á su señor, luego á su padre,
A galope la extensa plaza cruza,

Y al lado de la puerta por do entrára,
Despues que su comparsa taciturna
Detrás de las barreras se retira,
Queda solo con Záide. Se desnuda

Del diestro guante, y de la dócil yegua
El cuello halaga y la melena hirsuta;
La rienda afloja, apóyase en su lanza,
Y espera que el contrario al campo acuda.

Pásase largo rato, y no parece;
Ya el sol declina lento, aun no se escucha
Ni lejano rumor; ya es media tarde,
Y no hay de Rui-Velazquez nueva alguna.

Tanto esperar fastidia al gran gentío,
Tardanza tal al retador disgusta,
Y el Conde, el Arzobispo y Ricos-hombres
De que tenga la lid efecto dudan.

Se alza vago rumor entre la plebe
Y noticias extrañas se divulgan,
Que cada cual al darlas y al oirlas,
Segun su antojo ó su pasion abulta.

Uno cuenta haber visto muy temprano
Atravesar del monte la espesura
El famoso caballo de Velazquez,
Aquel caballo sin igual, que nunca

Monta otro que su dueño: que iba, dice,
Mordido por los lobos, sin montura,
Todo enlodado, y tan arisco y fiero
Como un venado montaraz; y funda

En tal encuentro la asercion siniestra
De que precipitado en las profundas
Quiebras de la montaña, Rui-Velazquez
Es de las fieras ya pasto sin duda.

Otro noticia tal contradiciendo,
Que ha visto á Rui-Velazquez asegura
Al despuntar la aurora, disfrazado
Salir á escape de la selva inculta,

Y entrar en el famoso monasterio
Que está junto á su alcázar. Se disputa
Por una y otra nueva, y aun algunos
Delas dos combinar pretenden una;

Diciendo, que al salir del monasterio,
Pudo tal vez con momentánea furia
Precipitarle el corredor caballo.
Mas tal combinacion vana resulta,

Pues dice el que ha encontrado á Rui-Velazquez,
Que iba en un alazan, y en la espesura
Un tordillo se vió. Que el caballero
De la noche á favor se ha puesto en fuga,

Parece ya indudable; su tardanza
Lo confirma tambien; pero son muchas
Las opiniones y diversas. Unos
Que huyó, y que yace despeñado, juzgan;

Otros que huyendo se acogió al asilo
Del monasterio, en que el Abad le oculta;
Otros que huyó, mas que se entró de paso
En la iglesia, á pedir al cielo ayuda:

Otros piensan, en fin, que arrepentido,
Y medroso tambien, ha hecho renuncia
De grandeza y poder, y que vistiendo
Sayal bendito y monacal cogulla,

Se encuentra libre de acudir al campo,
Y la venganza celestial excusa.
Reuniéndose los vários pareceres
En lamentar, que al cabo se les frustra

A todos el anhelo y la esperanza
De presenciar tan importante lucha.
Los pocos partidarios de Velazquez
Llaman á estos rumores imposturas,

Y afirman que vendrá, aunque tarde, á tiempo
De acrisolar su honor y su conducta.
Unos de Barbadillo, que han pasado
La noche toda, dicen y aseguran,

De su señor en el palacio; y cuentan
Que han visto preparar las armaduras,
La escolta, las libreas y caballos;
Que al alcaide Rodrigo, el que disfruta

De su dueño la entera confianza,
Han oido repetir, y veces muchas,
Que tranquilo en su lecho Rui-Velazquez
Gozaba dulce sueño: que en gran bulla

Los hombres de armas, pajes y escuderos
Cenaron muy alegres, sendas cubas
Apurando con brindis y canciones,
Teniendo la victoria por segura:

Y que oyeron contar cómo el tordillo
Se huyó, volviendo de beber, por culpa
Del mozo que del diestro le traia;
Y concluyen jurando que no hay duda

En que al amanecer, cuando partieron
Del castillo, ya estaban con presura
Disponiéndose pajes y caballos,
Y armándose la escolta. Estas difusas

Menudencias se acogen con aplauso
Por algunos; mas otros las recusan,
Como meras patrañas de partido,
Como invenciones de verdad desnudas.

Crece la obstinacion, y se divide
Pronto en dos bandos la imprudente turba:
Se hacen apuestas de una parte y otra,
Se argumenta, se arguye, se disputa,

Y aun hay quien su opinion ciego sostiene,
Aun mas que con razones con injurias.
En el balcon del Conde tambien anda
De encontrados dictámenes la pugna,

Y propone prudente el Arzobispo,
Que vaya un escudero por la ruta
De la mansion cercana de Velazquez,
A recoger noticias mas seguras.

—En esto, estruendo súbito que cunde
En la parte exterior, tregua oportuna
Da al enconado encuentro de opiniones,
Y la atencion universal ocupa.

No hácia la puerta diestra, por do debe
Llegar Velazquez á la lid, se escucha,
Sino hácia la siniestra que es el lado
De que los moros cordobéses curan.

Mas poco importa, pues del vulgo llama,
A quien toda atencion cansa y repugna,
La espectacion hácia distinto objeto,
Y de discordia el nubarron conjura.

—Unos cuantos cautivos rescatados,
Que desde las fronteras andaluzas
Llegan en aquel punto, y que á la plaza
Se empeñan en entrar, causan la bulla.

El gran gentío, que en las calles hierve,
El paso les estorba, y aunque es mucha
La deferencia y atencion, que el pueblo
A rescatados con razon tributa;

Se opone á su intencion. Ellos tenaces
Penetrar quieren por la inmensa turba,
Y al cabo forcejando lo consiguen;
Pues hallan conocidos por fortuna

En los moros del séquito de Záide,
Que les dan proteccion y los ayudan.
Entran, no hallan lugar en los andamios,
En la barrera escaso sitio ocupan;

Y llaman la atencion del gran gentío,
Un decrépito anciano, á quien inunda
La ondosa y cana barba hombros y pecho,
Y cuyo extraño traje con capucha,

Ser un anacoreta, un solitario
De otra region y de otra secta, anuncia;
Un tierno jovencillo, en quien esconden
Facciones femeniles y menudas

La toca ó el turbante descompuesto;
Y una tosca mujer de edad robusta,
Con otros seis ó siete miserables,
En cuyas pobres ropas la confusa

Mezcla se ve del moro y del cristiano,
Y en todos las señales de las muchas
Fatigas de un larguísimo viaje,
Hollando nieves y sufriendo lluvias.

El interés universal despiertan,
Y mas de un pecho palpitó... En la turba
Hay tantos que un hermano, un padre lloran,
Un amigo, un esposo, á quien sañuda

De Córdoba en los baños y mazmorras
Tiene la suerte en servidumbre dura!...
Tambien Záide y Mudarra el rostro vuelven,
Que algunas voces árabes escuchan.

Mudarra al reparar en los cautivos,
Se acuerda de su patria y se demuda...
Tal vez habrán servido á su *K*erima...
Noticias le traerán, ó carta suya...

El mismo puede que conozca á alguno...
De haber visto al anciano apenas duda...
Un interior impulso irresistible
A dirigirse á hablarles, le estimula.

Pero al afan y vagos pensamientos,
Y á los dulces recuerdos que le angustian,
Como al rumor que en el concurso reina,
Pone fin repentino la confusa

Grita, que se alza por el diestro lado
En la parte exterior, y al circo anuncia
Con el son de timbales y clarines,
Que llega Rui-Velazquez á la lucha.

Queda en hondo silencio la gran plaza
Por un momento, y en seguida zumba
La voz universal de *El es*, *ya sale*;
Y la gran multitud torna á ser muda,

Los ojos fijos en la entrada diestra,
Por donde asoma, y sin tardanza alguna
El séquito orgulloso de Velazquez
La extensa liza, cual torrente, inunda.

Todo el lujo, riqueza y vana pompa
De que un pueblo naciente y sin cultura,
Un estado pequeño, cual Castilla,
Tornado tantas veces en laguna

De sangre por las huestes musulmanas,
O de internas discordias por la furia,
Era capaz, y que ofrecer podia
Aquella edad tan bárbara y tan ruda;

Ostentaba el señor de Barbadillo.
Corceles de poder y de hermosura,
Gran número de pajes y escuderos,
De verde y rojo, y con pintadas plumas:

De tosco hierro y de altivez armados
Ilustres caballeros de su alcurnia,
Con espada, broquel y gruesas lanzas,
Y de seis villas populosas suyas

Los concejos, con todas sus insignias,
En enjaezadas y gallardas mulas,
Forman la escolta, séquito y comparsa,
Que en buen órden le siguen y circundan.

Rodrigo en un peceño, y adornado
Con una cota de armas, do fulguran,
Bien que en toscos recamos, los emblemas
De su señor, delante de él encumbra

Y orgulloso tremola su estandarte,
En cuyo centro brilla la figura
De un leon rampante de oro, en verde campo
Con orla de escarlata que lo ajusta.

En un castaño aragonés, brioso,
De carnosa cerviz, crin guedejuda,
Anca redonda y relevado pecho,
Que receloso y comprimido bufa,

Esparciendo la arena por el aura,
Al estampar el casco y herradura
En la tierra á compás, entra Velazquez,
Y la atencion universal subyuga.

Era gallardo, sí, diestro en las armas,
Extremado ginete, y su apostura
Imponedora y noble, aunque altanera.
Refulgente celada penachuda,

Un peto y espaldar de duro temple;
Que rebruñidos, como el sol deslumbran;
Brazales y manoplas enlazados
Sobre afolladas mangas de gamuza;

Y ajustadas las grevas y esquinelas
A las calzas de piel de ciervo cruda,
Completaban su arnés. Era su adorno
Con aforro de malla una purpúrea

Veste ó túnica abierta, guarnecida
Con franjas de oro en bordes y costuras.
Lleva en el brazo izquierdo un ancho escudo;
En un rico tahalí de obra moruna,

Pendiente al lado la famosa espada
De Bernardo del Carpio, honra de Asturias,
(La que el rey de Leon diera á Velazquez)
Y con el regaton puesto en la cuja,

Una gruesa, pesada y alta lanza,
En la que toda su esperanza funda,
Por ser aquella del famoso mago,
Y que debe al encanto temple y punta.

Así armado y vestido el personaje
Tres vueltas dió á la plaza, y la sesuda
Muchedumbre en silencio lo contempla,
Sin que suene de aplauso voz alguna.

En cuanto Rui-Velazquez, retirada
Su comitiva toda, vuelve grupa
Al sitio por do entró, queda plantado,
Solo con su padrino, y á la pugna

Dispuesto frente á frente del contrario;
La ronca voz de la trompeta anuncia,
La sangre helando del concurso inmenso,
Que llegó el punto de empezar la lucha.

Entrambos combatientes como rayos
Parten, ardiendo en vengativa furia,
Y trabando la lid mas espantosa,
De la gran plaza en la mitad se juntan.

Tremendo fué el combate: de tal modo
En los tostados campos de Getulia
Se embisten furibundos, esgrimiendo
Voraces dientes y encorvadas uñas,

Un nervudo leon y un suelto pardo,
Y este ostentando su valor y astucia,
Aquel su fuerza y su poder, pelean,
Y con rugidos el desierto asustan.

Pesado y fuerte el castellano altivo,
La lanza en ristre, horizontal columna,
Con rapidez y estruendo de peñasco,
Que por las ágrias cuestas se derrumba,

Arrollar piensa con su empuje al moro,
Que mas ágil que una águila, le burla;
Pues la yegua y el cuerpo separando,
Pasar lo deja, y como leve pluma,

Gallardo por encima del turbante
Revolviendo la lanza de dos puntas,
En el flanco ó la espalda le acomete;
Sin darle tiempo á que á escudarse acuda.

Brama Velazquez, como herido toro:
Otra vez y otra vez furioso busca
Por el frente á Mudarra, que otra y otra
El golpe esquiva de la lanza aguda.

Al cabo viendo que de tal manera
En inútil y larga escaramuza,
Sin conseguir un decidido golpe,
Interminable tornarán la lucha;

A pié firme resuelve el castellano
Un encuentro esperar; y en su bravura
Y en el veloz empuje de su yegua
Confiado el jóven cordobés, no excusa

Dar una arremetida á aquel escollo,
Y despreciar el hierro, que relumbra,
Del mágico lanzon, pues ánsia noble
De dar fin al combate lo estimula.

Se aleja, toma campo, se revuelve,
El cuerpo todo con la adarga oculta,
Tiéndese sobre el cuello de la yegua,
La lanza aprieta, y rápido, cual sulca

El aura leve flecha silbadora,
Parte derecho del contrario en busca.
Este, al verle venir, cambia de intento,
Teme esperar parado, y firme empuja

Con las espuelas al corcel castaño,
Que fiero arranca convertido en furia.
Sin respirar los mira el gran gentío,
Hundido en el silencio de las tumbas.

¡Ay!... se encontraron: la morisca adarga
Embotar pudo la cuchilla aguda
De la encantada lanza; pero el choque
De aquel monte de hierro la andaluza

Yegua no pudo resistir, y á tierra
Vino con el jinete: en la llanura
Así al laurel gallardo de repente
Imprevisto huracan abate y trunca.

Un alarido de terror horrendo
Alzó hasta el cielo la angustiada turba,
Y Mudarra enredado en los arzones
Y en los estribos, por zafarse lucha.

Del castaño triunfante enardecido
Fué tan grande el empuje por fortuna,
Que salvando de un salto yegua y moro,
Prosiguió ciego la carrera ruda,

Sacando al caballero de la silla,
Que asido del borren y crines bruscas,
Con gran trabajo firme se sostiene,
Y por pararlo y revolverlo suda.

Lógralo al fin, y furibundo torna
A completar su triunfo; mas rehusa
El corcel receloso de acercarse
A lo que en tierra vé, se espanta y bufa;

Cuando de pronto, «Ténte, ténte,» grita
Una voz resonante, ágria y aguda:
«Ténte... ¿no adviertes, mónstruo, que á su hermano
Socorro dando, en derredor se juntan

»Los Infantes de Lara?... ¿Seis espectros
No ves?... Pues tu caballo sí; y le asustan;
Por eso no se acerca.»—A tales gritos
Consternado Velazquez, se atribula,

Y él y todo el concurso á un mismo tiempo
Tornan la vista á do la voz se escucha,
Y ven alzarse en medio de un andamio
Una horrenda vision de maga ó bruja:

Una vieja espantable, cuya ropa,
Que es una roja saya que se ajusta
De fantástico modo al magro cuerpo,
Un negro manto y una toca sucia,

Todo en desórden y rasgado, añaden
De cosa de otro mundo á su figura
La apariencia siniestra; y cuyos brazos,
Secos, yertos, desnudos gesticulan

De un modo amenazante. Sí, era Elvida,
La nodriza infeliz, á quien, caduca,
De horror ó de demencia ciego acceso
Agita en aquel punto, y la conturba.

Dando pues á sus gritos la cadencia
De una cancion vulgar, cantó convulsa
Con satánica voz luego estas coplas,
Horrorizando á la azorada turba:

«Al traidor, al asesino
Un mar de sangre circunda,
En las hondas lo sumergen
Sus víctimas insepultas.

»El infierno abre la boca
Para tragarle... ¿No escuchan
De los demonios los gritos,
Con que á tal huésped saludan?»

No prosiguió la vieja, pues su canto
En carcajadas hórridas se muda,
Luego en un alarido penetrante,
Y desapareció, como difunta

Cayendo desmayada. Helado miedo
Discurre por el circo; tiembla y suda
En inaccion Velazquez. Entre tanto
De la yegua se zafa con presura

El ágil cordobés, la cimitarra
Con firme diestra decidido empuña,
Corre, y de un solo tajo desjarreta
Al castaño feroz, que se derrumba,

Y á tierra cae con su señor armado,
Como encina pomposa, á quien aguda
Segur el tronco parte: con su golpe
Rumor horrendo por las auras zumba.

Este lance imprevisto de repente
La atencion llama de la inmensa turba,
Juzgando que ha deshecho á Rui-Velazquez
Del cielo vengador llama trisulca;

Pero al ver al mancebo en pié, y gallardo
Con la cuchilla bárbara desnuda,
Ensangrentada, y rotos los jarretes
Del castaño; se olvidan de la bruja,

Y en aquel grito desahogado rompen,
Que da quien de un gran peso que le abruma,
Consigue libertarse. El caballero,
Embarazado en lanza y armadura,

Y con las convulsiones del caballo,
En tierra yace; pero á darle ayuda
El generoso moro se aproxima,
«No he menester ventaja en contra tuya,»

Con desprecio gritándole; y al punto
Que en pié le pone, aléjase, y, «Empuña,
Le dice, esa tu espada cortadora,
Y demos fin á tan pesada lucha.»—

Velazquez, recobrado de su asombro,
Aunque desalentada su bravura,
Desenvaina la espada refulgente,
Y la batalla proseguir no escusa.

¡Desdichado señor de Barbadillo!
¿Adónde, adónde vas?... ¡Ay! esa curva
Cuchilla que te espera, es la que debes
Evitar cauto, si vivir procuras.

La cimitarra es de Almanzor, aquella
Que una olvidada prediccion reputa
Funesta para tí... y ¿estás seguro
De que no encubre acaso la confusa

Muchedumbre que en tí los ojos tiene,
La morisca beldad de noble alcurnia,
Que espera una corona inapreciable
Del éxito que el cielo dé á la pugna?...

Cuando el sol en ocaso se escondia,
Embístense con rabia furibunda
Los dos contrarios, y brotando chispas
Ambos aceros con fragor se cruzan,

La espada formidable de Bernardo
Y de Almanzor la cimitarra: nunca
Hasta entonces dos hierros de mas fama
Disputaron la bélica fortuna.

A pié como á caballo Rui-Velazquez
Fuerte se ostenta y diestro, y aunque duda
De lograr la victoria, despechado
Todas sus fuerzas y su saña junta.

Mudarra, tan gallardo, tan lijero
Como sobre la yegua, con astuta
Destreza manejando la cuchilla,
Ora de filo hiere, ora de punta.

El cristiano defiéndese, y responde
Con tajos ó estocadas furibundas;
Entrambos con su sangre el suelo riegan;
Mas aun no hay de cuidado herida alguna.

De la gola y del yelmo de Velazquez
Acierta el cordobés á la juntura,
Y un espantoso corte da en el cuello,
Que hubiera puesto término á la lucha;

Pero al momento mismo el castellano
Una estocada repentina ajusta
Al pecho del garzon, y le contiene,
Una herida causándole profunda.

Alto alarido de furor Mudarra
Lanza, de sangre cálida se inunda,
Y reuniendo sus fuerzas en un punto,
La victoria ó la muerte ansioso busca.

Sin reparar en la defensa propia,
Carga á Velazquez con audacia suma,
Remolinando la cuchilla corva,
Que cual claro relámpago relumbra.

Velazquez, que juzgaba decidida
Con la estocada en su favor la lucha,
Al mirarse de nuevo amenazado
Con tan firme poder, se hiela y turba.

Por resguardar los hombros y cabeza
De un tajo horrendo, á reparar su furia
Alza el brazo y espada. En el instante
El moro asesta la delgada punta

Al sobaco, que mira descubierto
Del peto y espaldar en la juntura,
Y con veloz empuje la cuchilla
Hasta la guarnicion hunde y sepulta

En el cuerpo infeliz de Rui-Velazquez,
Que vacilante un paso ó dos recula,
Lanza el ronco gemido de la muerte,
Forma en torno de sangre una laguna,

Y cae sin vida en el rojizo lodo,
Crujiendo quebrantada la armadura.
Raudo, como se arroja hambriento buitre,
De corvo pico y de rampantes uñas,

A cebarse voraz en el cadáver
Que ve en la playa entre salobre espuma,
Arrójase Mudarra á su enemigo,
De la gola y del casco le desnuda,

Desenvaina la bárbara gumía
De filo cortador, el cuello trunca
Del cuerpo aun palpitante, le divide
La cabeza espantosa, por la hirsuta

Cabellera la coge, y la levanta,
Cual bandera de triunfo, cual segura
Prenda de la razon y la justicia,
Con que hizo el reto y provocó la lucha,

Y cual irrecusable testimonio
De la inocencia que á su padre ilustra.
Aplauso universal el aura llena,
Los dos pajes que estaban en las puntas

Del balcon enlutado de los Laras,
El pendon restaurado alzan y undulan,
El ciego cae al suelo de rodillas,
Y al cielo vengador gracias tributa.

Júbilo es todo, confusion y pasmo,
Cándidos lienzos al garzon saludan
Tremolando en andamios y balcones,
Por toda la ciudad vivas retumban.

Queriendo él mismo ante los piés del padre
Ofrecer por despojo de la pugna
La pérfida cabeza desangrada,
El vencedor Mudarra, no sin mucha

Dificultad se mueve, y tiende el paso;
Pero apuradas ¡ay! las fuerzas suyas
Con tan tremenda herida y tal pelea,
Tropieza, se resbala, se le turba

La desmayada vista, á tierra viene.
El entusiasmo universal se muda
En repentino horror y helado espanto,
En inaccion de muerte y en angustia.

Mas aquel jovencillo de facciones
Mezquinas, femeniles y menudas,
Cautivo rescatado, que en la plaza
Con el anciano de la faz caduca

Entró, y que inmoble, cual si fuera mármol,
Atento estuvo á la tremenda pugna;
Al estadio se lanza, y á do yace
El vencedor, á quien escasa ayuda

Daba ya el tardo Záide, corre; y viendo
La herida atroz, la frente moribunda,
Se derriba en el suelo de rodillas,
Rasga su miserable vestidura,

Su pecho y rostro con las manos hiere,
El ajado turbante desanuda,
En su seno y cerviz negro torrente
De rizos y de trenzas se derrumba,

Y que es, demuestra, una gallarda jóven,
A quien el peso del dolor abruma.
Estrecha entre sus brazos á Mudarra,
Y con llanto su faz helada inunda.

Reconócela Záide sorprendido,
Y al verla, su esperanza se asegura
De que aun consiga su pupilo amado
De la muerte vencer la saña cruda.

Admirado la observa el gran concurso,
Y del andamio la caterva inculta
Se precipita á presenciar la escena,
Los altos personajes se apresuran,

Y á la plaza tambien bajan ansiosos;
Mientras que Nuño al ciego padre oculta
La causa del rumor y del bullicio,
Que le cuaja la sangre y le atribula.

Del grupo interesante que componen
Záide, el herido y la doncella, turba
Desordenada en confusion creciente
Se agolpa en rededor, y lo circunda.

La jóven, espantada y afligida,
Várias palabras árabes pronuncia,
Haciendo señas de terror; y Záide,
De intérprete sirviendo, á la confusa

Muchedumbre suplica se contenga,
Y que guarde silencio la conjura,
Manifestando que el garzon peligra
Entre tanto tropel y tanta bulla.

Pásmase oyendo tal, y se consterna
La multitud, que queda inmoble, muda,
Formando un ancho círculo extendido,
En que ni un solo respirar se escucha.

Tibia luz del crepúsculo espirante
Mayor solemnidad daba á la angustia
Universal; y la gallarda mora
(A quien ya el vulgo soñador reputa

Por una poderosa y sábia maga,
Que viene á dar al encantado ayuda,
O á terminar tal vez de extraño modo
Tan oscuros portentos) se apresura

En restañar la sangre del herido.
De su turbante con la tela ajusta
Diestramente un vendaje; en sus rodillas
La cabeza reclina, que difunta

Parece; un rico pomo de oro saca,
Y con un licor fuerte, que perfuma
Y embalsama la atmósfera, le riega
Las sienes y los pulsos, y aun algunas

Gotas le hace tragar. Al punto mismo
Late el pecho del jóven, su difunta
Tez se matiza... «¡Vive!!! ¡vive!!!» exclama
La mora... «¡Vive!!!» repitió la turba.

Abre Mudarra los marchitos ojos,
En la deidad los clava que le cura,
Y palpitante le extendió los brazos,
Y, «¡*K*erima!!!» gritó con voz profunda,

Cayendo nuevamente desmayado
En el regazo de *K*erima, á cuya
Ciencia y á cuyo amor concede el cielo
Poder para librarle de la tumba.

ROMANCE DUODÉCIMO.

Llegaron á san Dionís
Con música, fiesta y galas,
A cuya puerta el obispo
De pontifical estaba,
Con su guion y gremial,
Alba, mitra, estola y capa.
. . . . . .
Hechas ya las oraciones,
Llegan á la pila santa.

EL MARQUES DE MANTUA,
comedia de Lope de Vega.

¡OH infelices mortales!... ¡cuántas veces
El suspirado objeto de sus votos
Orígen es de nuevas desventuras,
Y el remedio de un mal fuente de otro!

El castillo de Salas, restaurado
En su antiguo poder, pompa y decoro,
Es mansion de dolor, de afan, de susto,
Mas que lo fué en su mísero abandono;

Y de Lara el señor, que ver deshecho
Consigue de fortuna el ceño torvo,
Y acrisoladas su inocencia y honra,
Ahogado yace y sumergido en lloro.

El vencedor gallardo, el hijo suyo,
A quien despues de Dios lo debe todo,
El héroe triunfador, cuyo denuedo
Derribar pudo al bárbaro coloso

De calumnia y traicion que le oprimia,
Y deshacerlo en ignominia y polvo,
Y á Castilla, y á España, y á la tierra
Libres dejar de tan horrendo monstruo;

Un lecho de dolor, lecho que puede
En un sepulcro convertirse pronto,
Logra por carro de victoria, carro
En que va de la muerte al Capitolio.

Mas no, no hay que temer: el justo cielo
Con la piedad filial nunca fué corto;
Y en el momento mismo del peligro,
Le dió oportuno el salvador socorro.

*K*erima en sí de la salud y vida
Los elementos trajo portentosos,
La ciencia y el amor: sí, de los brazos
Sacará de la muerte al noble moro.

Ella á su cabecera noche y dia,
Sin apartar los penetrantes ojos
De la faz moribunda, inquiere, observa,
Y le aplica los bálsamos ignotos,

Que ó bien trajo consigo, ó que elabora,
Siguiendo experta los preceptos doctos
De Aberróes, su norte y su maestro,
Con las plantas que encuentra en los contornos.

Tal acierto logrando, y de sus mixtos
Siendo el efecto tan visible y pronto,
Que pocas horas, de peligro fuera
Pone al mancebo; y en *K*erima, absorto,

Ve el vulgo ciego una potente maga,
O del gallardo Expósito al custodio,
Que por que alcance el agua del bautismo,
Bajó á guardarle de la vida el soplo.

A Salas y á Castilla, de Mudarra
Dándolos fué el alivio poco á poco
Esperanza, consuelo y alegría,
Seguridad al fin, paz y alborozo;

Y lugar al discreto anciano Nuño,
Para entregarse sin ningun estorbo
A los recuerdos, agradables siempre,
De luengas tierras y de tiempos otros,

Con Egidio el mozárabe.—Era Egidio,
De peregrinacion en los remotos
Climas su compañero, aquel anciano
De extraño traje y arrugado rostro,

Que con Kerima de hombre disfrazada,
Llamando la atencion logró acomodo
En la barrera, en el momento mismo
De entrar Velazquez á morir al coso.—

Mutuamente se dieron larga cuenta
De sus várias fortunas y trastornos;
Y el mozárabe al noble castellano
El impensado y sorprendente modo

Le refirió, con que dispuso el cielo
Traerle á buscar el último reposo
En tierra de cristianos, do un amigo
Pueda cerrar sus apagados ojos.

Egidio en la ribera que tributa
Aguas del Nilo al egipciano ponto,
Se separó de Nuño; y esperando
Ver aplacado de la suerte el ódio,

Y mas benevolentes las estrellas,
Tornó á su patria, en que dejó el tesoro
De su hija Gala entre los torpes brazos
Del robador Giafar. Feliz y corto

Su viaje fué; pero al tocar la orilla,
Donde Guadalquivir su curso undoso
Revuelve entre olivares y jardines,
Las altas cimbrias y recuadros de oro

De la insigne mezquita cordobesa
Reverberando en sus cristales hondos;
Hirió su pecho la fatal noticia,
Cual hiere un rayo al combatido escollo,

De que la prenda de su amor paterno
Era en la tumba ya huesos y polvo,
Dejando desdichada en este mundo
El tierno fruto del infame robo.

Al recibir tal nueva el triste padre,
Convulso de terror, ahogado, loco,
Huyó de la ciudad; buscó un asilo
De la sierra en los cerros mas remotos,

Y concibiendo el pensamiento amargo
De ver, y de consigo los despojos
Conservar para siempre de su hija;
De la noche á favor turbó el reposo

Del cementerio, abrió el sepulcro helado,
Y de él robando el esqueleto mondo,
En la gruta de que hizo su morada,
Bajo de una cruz tosca sepultólo.

En aquella aspereza, entre los riscos,
Coronados de musgo y de madroños,
De horrendos precipicios circundada,
Y guarnecida de robustos troncos,

Detestando el comercio de los hombres,
Y sin ver mas vivientes que los lobos,
Terror de la montaña, ó los milanos,
Despreciadores del rugiente noto;

Largo tiempo vivió. Despues á veces
Dejóse acaso ver en los contornos,
Ora á dar á un perdido caminante
Consuelo y direccion; ora socorro

Al cazador, que en las fragosas quiebras
Se despeñaba persiguiendo corzos;
Ora alivio á los pobres leñadores
Sofocados del recio sol de Agosto;

Siempre en fin á hacer bien; y conocido
Del *solitario* con el nombre, todos
Cual númen de la sierra le encontraban
Con gran respeto siempre y con asombro.

—La noche que á Mudarra Giafar quiso,
Del Amir en la fuente, rencoroso
Asesinar, Egidio oraba acaso,
Sentado en un peñasco no remoto;

Y al escuchar los gritos del mancebo,
Y el resonar de los alfanjes corvos,
Corrió, temiendo alguna desventura,
A donde le llamaba el eco sordo.

Llegó cuando el tirano moribundo,
Nadando en sangre, despechado, solo,
Lanzaba el alma horrenda; y á la luna,
Que refulgente entre celajes rotos

Derramaba sus últimos reflejos,
Reconocerle pudo con asombro,
Del cielo vengador la alta justicia
Viendo patente, de terror absorto.

Mas olvidando que era su enemigo,
Causa de su infortunio y de su oprobio,
Trató de darle, en caridad ardiendo,
Aunque fué en vano, el postrimer socorro,

Y en sus brazos murió. Tal vez sería
La fantasma espantosa y el coloso
Que creyó ver Muley, cual moribundo
Refirió á los pastores en el chozo.

—Poco despues, la destemplada tarde,
En que, por despedida del otoño,
Fué la tormenta, que abrasando pinos
Y en torrentes tornando los arroyos,

Sorprendió de la sierra en los senderos
A *K*erima, fugada de su propio
Alcázar y jardin; Egidio estaba
Contemplando confuso aquel trastorno,

Y alzando al cielo humildes oraciones
Lejos de su mansion entre unos troncos
O peñas guarecido. Vió asombrado
A la hija de Giafar cruzar de pronto,

Como una aparicion, como la sombra
De su madre infeliz: en talle y rostro
Tanto á la triste madre asemejaba.
El solitario al verla, del angosto

Abrigo sale, y «¡Gala!!!» repitiendo,
Corre en pos de *K*erima, cuyo asombro
Fué, como dicho habemos, tal, que en tierra
Cayó: así la dejamos, bajo el toldo

Que con los secos brazos y los pliegues
Del manto que colgaba de sus hombros,
Formó el anciano atónito, queriendo
Del recio temporal darle recobro.

En cuanto Egidio se calmó un momento
Y tornó en sí de su sorpresa un poco,
Se le ocurre (y reanímase), si aquella
Será el fruto inocente de su oprobio;

Mas la medalla que en su pecho advierte,
Le dice ser una cristiana... ¿Cómo
Del musulman Giafar puede la hija
Tener al cuello semejante adorno?

Entró oscura la noche, recio el viento
Barrió las nubes, aclarando el polo,
Calmó la tempestad, y viendo Egidio
Que aun no da señas de salir del hondo

Letargo el ente aquel que lo confunde;
La alza en sus brazos de la yerba y lodo,
Y con tal carga fatigado, lento,
Hollando riscos y venciendo estorbos,

Llegar consigue á su repuesta gruta,
Y colocar sobre su lecho tosco
Aquel cuerpo infeliz, pálido, yerto,
Mas que aun late y respira. Presuroso

A la luz de una lámpara que enciende,
Toda suerte de abrigo y de socorro
Le da, y al cabo de terror ahogado,
Sus esfuerzos mirando infructuosos,

Se arroja de rodillas en la tierra,
Donde yacen de Gala los despojos,
Y encarado á la cruz de toscas ramas,
Al cielo acude con fervientes votos.

—Era ya media noche; gran silencio
Reinaba de la gruta en los contornos,
Turbado solamente con el grito
Del cárabo nocturno, ó de algun lobo

Con el siniestro ahullido; y de repente
Lanzando el pecho de Kerima un corto
Quejido, la atencion del solitario
Llama. La ve moverse, abrir los ojos,

Girarlos en reedor como asombrada,
Despues incoporarse. Cual de un hondo
Sueño en sí vuelve la infeliz doncella,
Y, «Dónde estás, Mudarra?» grita. Ansioso

Acorre Egidio, y tierno le dirige
Palabras de consuelo y de conforto;
Mas, parada Kerima, inmoble, muda,
Parece no escuchar. Registra en torno

La gruta con la vista, que al fin clava
En la cruz, mide con ardientes ojos
La sombra que esta sobre el suelo forma,
Donde su madre yace. Torna el rostro,

Contempla un rato al venerable viejo,
Y en relacion sin duda encuentra todo
Cuanto ve, con los vagos pensamientos,
De su imaginacion, enferma, aborto;

Pues tranquila y en calma demostrando
Un dulce y completísimo abandono,
Exclama de repente: «Padre mio!...
Vos lo sereis pues no me queda otro.

Sin duda estoy en tierra de Castilla...
Llevadme con Mudarra... Sí, le adoro...
Do está?... le conoceis?... No, no es malvado:
Ya no tengo en el mundo mas apoyo.»—

Estas palabras rotas, el semblante
De *K*erima, el faltarle aquel asombro
Que al verse en sitio tal darle debiera,
Su actitud rara y de su voz el tono,

El estado revelan de la jóven
Al solitario compasivo pronto,
Y aumentan su interés, pues que es su nieta
Le dice el alma. Tierno, cariñoso

La acaricia, le lleva la corriente,
Promete darle en su afliccion socorro,
Le hace nuevas preguntas, y escuchando
Al fin que es hija de Giafar, de gozo

Ahogado el corazon, la estrecha al seno:
Cae luego de rodillas, fervoroso
Al Dios omnipotente gracias dando:
Se alza, y torna á abrazar á aquel retoño

De la hija desdichada. Que es su abuelo,
Le explica una y mil veces.—El coloquio
Que pasó entre los dos, es imposible
Que mi voz lo repita.—Sin asombro

Oyó *K*erima al venerable anciano,
Aunque no sin sorpresa; pues ya el robo,
A que debió la vida, siendo muerte
De su gallarda madre, y los elogios

De ella, y su parte de cristiano orígen,
Mil veces repetir de vários modos
Oyó á sus siervas y locuaz nodriza,
Y de su abuelo hablar á unos y á otros.

Si era cristiana, preguntóle Egidio;
Y que no, oyendo disgustado, «¿Cómo
Llevaba, replicóle, puesta al cuello
La imágen santa de la Vírgen?» —Pronto

Kerima le contó su amarga historia,
Aunque en desórden y en truncados trozos,
Y con la confusion que demostraba
De su cerebro mísero el trastorno.

De Abdimelik la boda, la gran justa
Le refirió de Córdoba, y el modo
Con que dió el premio al vencedor Mudarra;
El furor de su padre; el matrimonio

Tratado con Zeir; la muerte horrenda
De Giafar, hecha sin saberse cómo
Por el mismo Mudarra, que al momento
Ponerse consiguió con Záide en cobro.

Aquí ingirió de Lara y de Velazquez
Los antiguos rencores y los ódios,
Que oyó contar á la infeliz María,
Su esclava predilecta: el espantoso

Presente que su padre á Lara hizo
De las siete cabezas, cual oyólo
Referir, de prodigios adornado;
Y pasmando al abuelo, que ya absorto

La escuchaba, contóle que Mudarra,
Su dulce amor, su idolatrado novio,
De Zahira y de Lara el castellano
Era hijo y heredero: que animoso

Marchaba hácia la córte de Castilla
A dar venganza con esfuerzo heróico
A sus hermanos, y á sacar al padre
De una torre y horrendo calabozo,

En que el traidor Velazquez lo tenía.
Y sobre sí volviendo, el abandono
Refirió la infeliz, en que se hallaba,
Su aguda enfermedad, y en fin el modo

Con que dejó su alcázar, y á la sierra
Vino á encontrar tan venerable apoyo:
Mezclando en tal relato extravagancias,
Inconexas especies, risa y lloro.

De dudas y de extrañas confusiones
Arrojó al solitario en un mar hondo
La narracion de su perdida nieta;
Parecida á un torrente impetuoso,

Que salta por los riscos, arrastrando
Flores, y pajas, y volcados troncos,
Cadáveres y trozos de cabañas,
En remolinos, entre espuma, y todo

En tal desórden, que los ciegos bultos
Apenas deslindar pueden los ojos,
Ni distinguir sus diferentes formas,
Causando su total pasmo y asombro.

La horrenda historia del señor de Lara
No le es nueva en verdad, puesto que él propio
Le conoció de embajador, y supo
De Giafar la perfidia, el gran destrozo

Que se hizo en los cristianos de órden suya,
Del castellano la prision, y cómo
De sus hijos las míseras cabezas
Le pusieron delante. Ni tampoco

Ignora, que fué preso allá en su patria,
Ni de Velazquez el tenaz encono;
Pues años há que á un noble peregrino,
En los desiertos de la Siria, oyólo.

Tambien recuerda que conoce á Záide,
Y que antes de su fuga y de su oprobio,
Oyó hablar de un expósito, encontrado
En casa de Almanzor de extraño modo;

Mas de su mente, estos antiguos datos
La confusion aumentan y el embrollo,
Y para hallar un norte que lo guie,
Resuelve al cielo demandar socorro.

—Ya la primera luz en el oriente
Iluminaba los celajes rojos,
Cuando *K*erima fatigada hundióse
Del sueño bienhechor en el reposo.

Salió de la caverna el solitario,
Al cielo alzando el fatigado rostro,
Y, puesto en cruz y de rodillas, pide
Que le sirva de antorcha y de piloto.

En demandar á Dios potente ayuda,
En planes combinar contradictorios,
Y en hacer mil preguntas á su nieta,
Con las que adelantar consiguió poco,

El mozárabe Egidio pasó el dia.
Al declinar el sol, resuelve, ansioso
De abrazar un partido, el acercarse
A Córdoba, pues ya no existe el monstruo,

Causa de su retiro y desventuras:
Coje á su nieta, hácia los llanos pronto
Desciende, y llega á la ciudad al punto
En que extiende la oscura noche el toldo.

—La ausencia de *K*erima dado habia
Grande susto en su alcázar, y alto gozo
Causó el verla venir con el anciano.
Aun la andaban buscando en los contornos

La nodriza y los fieles servidores;
Y en el palacio se encontraban solo
María y los esclavos mas humildes,
Que llenos de consuelo y de alborozo,

Mostraron gran lealtad á su señora.
De ella encargados sin temor dejólos
El solitario, haciéndoles preguntas
Que le dieron mas luz; y presuroso

Fué á ver, si aun encontraba algun amigo
De quien tomar noticias. Encontrólo,
Nada tardó en volver, y ya informado,
Trazó su plan, como discreto, pronto.

Conoce que es su obligacion primera
El sacar de los lazos del demonio
A su nieta infeliz con el bautismo;
Y que cuando lo ve perdido todo

En Córdoba, llevársela á Castilla
Es urgente, do pueda noble esposo
En Mudarra lograr, alto heredero
De un nombre y de un estado poderosos.

Dejar resuelve pues la Andalucía,
Y los escasos restos del tesoro
De Giafar recogiendo, con su nieta,
Y con la predilecta esclava, y pocos

Mas cautivos cristianos, para siempre
Dejó su patria, atropellando estorbos,
Logrando al cabo de penosa marcha
Verse en el castellano territorio.

El movimiento de tan gran viaje,
Los distintos objetos, que los ojos
Y la mente ocuparon de *K*erima,
Le dieron mas salud y mas aplomo;

Y el tierno amor al venerable abuelo,
Y un dulce meláncólico abandono
Calmaron su exaltada fantasía,
Que en nuevas esperanzas halló apoyo.

Apenas se internó la caravana
Por tierra de Castilla, hablar á todos
De Mudarra, mirado cual prodigio,
Y de su noble reto oyeron solo;

Y de Egidio y *K*erima fué el anhelo
De Salas arribar al territorio,
Antes que venza el plazo del combate,
Que da justa inquietud al uno y otro.

Apresurar la marcha dispusieron
(Que el tiempo era en verdad escaso y corto),
Y las nieves, las lluvias, los torrentes,
Y los montes helados y fragosos

Obstáculos contínuos oponian,
Y á su priesa y afan riesgos y estorbos.
En la víspera misma del combate,
Casi al anochecer, los muros toscos

Del castillo de Salas avistaron;
Mas informados por fortuna pronto
De que los Laras en el mismo dia
Salieran para Burgos, sin reposo

En la villa buscar, toda la noche
A Burgos caminaron, y tan solo
Por el retardo del traidor Velazquez,
Llegar lograron, para ser socorro

Del héroe vencedor; pues sin *K*erima
Fuera una tumba de su triunfo el trono,
Y la estirpe de Lara el exterminio
Hallára de su honor en el recobro.

Mas que las medicinas, la asistencia
De la perdida mora al noble moro
Restablecieron, y en salud robusta
Fué su pecho un volcan de amor dichoso;

Y *K*erima cual nunca de su ardiente
Pasion en el sublime y dulce arrobo,
Para adorar á su amador triunfante
Tiene alma, corazon y vida solo;

Tal que los bosques frígidos de Arlanza,
A los templados apacibles sotos
No tienen que envidiar del Bétis claro,
De amor tan dulce y tan vehemente el sólio.

Entre los pinos y peladas peñas,
Nieves esquivas y torrentes roncos,
Lo mismo arde su llama, que entre flores,
Riscos, verdura y plácidos arroyos;

Pero un carácter nuevo de Mudarra
Y de *K*erima la pasion (forzoso
Decirlo es) tiene ya. Nuestros afectos,
Y el del amor aun mucho mas que todos,

Trasplantados, muy luego degeneran:
Son de tiempo y lugar: el sello pronto
Admiten de las nuevas circunstancias,
Y de cuantos objetos ven en torno.

*K*erima y el Expósito en Castilla
Se aman, se adoran; aunque no del modo
Que se amaban en Córdoba... y ¿acaso
Son las mismas personas uno y otro?

Dónde se amaron mas, dónde sus almas
Gozaron mas instantes deliciosos,
Dónde de la pasion el alto vuelo
Descubrió mas encantos y tesoros;

No me atrevo á decir. Allá en el Betis
El cielo y tierra con sañudo rostro
Miraba su ternura: sobresaltos,
Contrariedades, despechado lloro,

Y un porvenir cerrado á la esperanza
Pábulo de su amor eran tan solo.
En Salas el comun consentimiento,
La admiracion y el interés de todos,

La gratitud y aprobacion de un padre,
Y la seguridad de ver sus votos
Con aplaudido enlace coronados,
Su amor alimentaban venturoso.

Gonzalo Gustios, el señor de Lara,
En la alta cumbre de la dicha y gozo,
Restablecido en honra y poderío,
Y con un heredero tan heróico,

Premiar resuelve la piedad y esfuerzo
Del hijo amado á quien lo debe todo
Con la mano de aquella, á quien le debe
Verlo de muerte prematura en cobro;

Y con la aprobacion del alto Conde
Y de toda Castilla el matrimonio
Y el bautismo solemnes, en un dia,
De los amantes decretó amoroso.

A prepararse á entrambos sacramentos,
Y á instruirse en la fe santa, los dos novios
Se iban á consagrar; y Gustios Lara
Quiso antes celebrar el glorioso

Triunfo de su inocencia en un convite,
En donde fué admitido el pueblo tosco,
A que asistió tambien Fernan-Gonzalez,
Y do reinó entusiasmo y alborozo,

Pura cordialidad, paz y alegría,
Sin ocurrir el sinsabor mas corto;
Aunque muchas tinajas se agotaron,
Y aunque no anduvo el podenquero sobrio.

En tal contento universal, Mudarra
Fué el que angustiado demostróse solo:
A la siguiente luz tornar debia
Su amable director, su amigo docto,

Záide el bueno, á su patria, y este golpe
Para su corazon era espantoso.
Sí, á la primera luz de la mañana,
En el gran patio del castillo, prontos

Los caballos de Záide y de su escolta
Fogosos relinchaban, y los moros
De su séquito ataban el bagaje
De fuertes mulos en los altos lomos,

Ayudándoles pajes y escuderos;
Mientras llenos de lágrimas los rostros,
El ciego Lara, Nuño, Egidio abrazan
Al querido viajero; y con sollozos

La voz ahogada, exígenle promesas
De aun á Salas volver. Mudarra, á todos
Excediendo en dolor, deshecho en llanto,
Le encargó de las flores y el adorno

Del sepulcro adorado de su madre;
Y de su gratitud en testimonio,
De luenga carta, en que á Almanzor, su tio,
Cuenta exacta y prolija da de todo.

Entre las bendiciones y los vivas
De Castilla y de Salas, tierno lloro
Derramando tambien, se puso en marcha
El venerable Záide: dos palomos

Llevándose consigo, que debian
Traer el primer aviso presurosos,
De su llegada á Córdoba, correos
De que usaban los árabes y moros.

—Quedó Mudarra, cual la frágil yedra,
Cuando fiera segur le roba el olmo,
En cuyo seno dilató sus ramas,
Y que le dió para elevarse apoyo.

Ni aun logró dulce llanto, por consuelo,
Derramar en los montes y en los sotos,
De su tierna *K*erima acompañado;
Pues en el mismo dia separólos

La obligacion precisa de aprestarse
A recibir la fé. Dentro en su propio
Palacio, en aposento retirado,
Bajo la direccion de un monje docto,

Encerróse Mudarra. Su *K*erima
A un santo monasterio del contorno,
Del cual una parienta de los Laras
Era abadesa, retiróse, solo

Acompañada de la fiel María,
La que su esclava fué, y ahora es su todo,
Y cuyo ciego fanatismo ejerce
Un dominio sobre ella poderoso.

En la iglesia de Salas por entonces
Se concluyó el sepulcro ó mauseolo,
En aquel siglo bárbaro un portento,
De rico mármol y trabajo tosco,

Mandado fabricar por Gustios Lara,
Para enterrar los míseros despojos
De sus hijos, las siete calaveras
Que trajo Záide como don precioso.

La primorosa caja de ataujía,
Donde vinieron del país remoto,
Fué al punto colocada por el padre,
Con triste pompa y señoril decoro,

En la antigua capilla del palacio
Sobre un túmulo excelso provisorio;
En tanto que el sepulcro se labraba,
Y hasta que restaurado del oprobio,

En que el traidor Velazquez le tenía,
Pudiera celebrarles un pomposo
Funeral, y esculpir sobre sus losas
Timbres limpios de infamia, y letras de oro.

Restablecido pues en su honra antigua,
Y terminado el monumento, ornólo
De los blasones de su ilustre alcurnia,
Con la nueva cimera y raro adorno

Dado á sus armas por el alto Conde,
De su restauracion en testimonio:
Que eran, un roto círculo anudando,
Dos personajes, castellano y moro.

Fué el funeral magnífico en extremo,
Quedando de él la fama en los contornos,
Y que refieren rancios pergaminos,
Hoy pasto de polilla, y casi polvo.

Escoltada de hidalgos y guerreros,
De cuatro Ricos-homes en los hombros,
Y de escuderos, pajes y alabardas
Con acompañamiento numeroso,

Fué la caja de cedro y ataujía
Conducida á la iglesia, donde el coro
De capellanes la recibe, y pone
Sobre un túmulo rico. Bullicioso

Pueblo de Salas ocupaba el templo,
Y muchos forasteros del contorno,
Que acudieron á honrar los funerales
De aquellos siete mártires gloriosos.

Al terminarse la solemne misa,
Oficio de difuntos y responsos,
El Arcipreste al púlpito subiendo,
Hizo de los Infantes el elogio

En un sermon patético, sublime,
Lleno de erudicion, y nada corto,
Con oportunas citas exornado
De la santa Escritura, en que era docto;

Y con el sacristan y Nuño luego
Se acercó á cerciorarse por sí propio,
De que en la caja estaban las cabezas,
Y dar de ello al concurso testimonio.

Abrióla pues, hallóla compartida
En siete divisiones, de acomodo
Sirviendo cada cual á una cabeza,
Ya blanca calavera y cráneo mondo,

Y al lado de ella escrito el nombre suyo,
En una tarja de delgado plomo.
Una por una el sacristan mostrólas
A la gran multitud, que con asombro

Clavó en aquellos restos venerandos
Con gran silencio los abiertos ojos,
Oyendo pronunciar al Arcipreste
Los no olvidados nombres. Del mas mozo,

Del mas gallardo de los siete Infantes
Fué la última cabeza, que al absorto
Pueblo se presentó; y al tiempo mismo
De sonar de *Gonzalo* el nombre, un hondo

Horrísono gemido por las cimbrias
Del templo resonó, con grande asombro
Del inmenso concurso, que á la parte
Donde se oyó, se agolpa presuroso;

Y ven en tierra á la baldada Elvida,
A la vieja caduca, ya despojo
Helado de la muerte. En aquel punto
Todas las ilusiones, que el apoyo

Fueran de su existir, desparecieron,
Como la llama de la luz á un soplo,
Y cayó, cual, si faltan los puntales,
El viejo muro que perdió el aplomo.

Concluye el funeral de los Infantes,
Colocando en el rico mauseolo
La caja en que sus restos aun subsisten (36);
Y al pié de él abren en la tierra un hoyo,

Do los de la nodriza de Gonzalo
Aun yacen en olvido y en reposo;
Y el que, como buen hijo, Vasco Perez,
Muchos años regó con tierno lloro.

Referir que el castillo de los Laras,
Que estuvo tanto tiempo en abandono,
De adulaciones cortesanas era
Ya y de bajeza miserable emporio;

Y que los mismos que al traidor Velazquez
Solícitos cercaban, alto encomio
A sus virtudes dando, ahora aplaudian
Y cercaban á Gustios poderoso;

Y que aun aquellos que tuvieron parte
En su justa sentencia, mas orondos
De ser sus partidarios blasonaban;
Maldiciendo al vencido con encono;

No es necesario: sin que yo lo apunte
Muy bien imaginarlo pueden todos,
Pues el décimo siglo eran los hombres
Lo que en el siglo son decimonono.

—Volvamos pues á nuestros dos amantes,
A quien el cielo por tan raros modos
Trajo á abrazar el santo cristianismo,
Y á unirse en insoluble matrimonio.

De reclusion dos meses completaron,
Y examinados por varones doctos,
Halláronlos dispuestos dignamente,
Y á recibir el agua santa idóneos.

A Burgos fueron conducidos ambos,
Do el bautismo y ansiado desposorio
En la gran catedral se dispusieron
Con régia pompa y público alborozo.

Del invierno aterido triunfadora,
Sus galas ostentando y sus adornos,
Reinaba la apacible primavera;
En llanos y montañas el favonio

Agitaba encendidas amapolas,
Dulces tomillos y gallardos olmos;
Entre verdura y matizadas flores
Se deslizaban plácidos arroyos,

Que antes fueran carámbanos inmobles,
Y fundidos despues, torrentes roncos;
Cuando de Mayo al ilustrar la aurora
Cumbres azules y celajes rojos,

De las huecas campanas el estruendo,
Que retumbando por los valles hondos,
Una bóveda inmensa de zafiro
Llenaba toda con sus ecos sordos;

En la alta torre pregonó de Burgos
Ser ya llegado el dia venturoso,
En que iban á ganarse para el cielo
Dos almas rescatadas del demonio.

Confusas tropas de curiosa gente,
A caballo, y á pié, y en carros toscos,
Se ven llegar á la ciudad, alzando
Por sendas y caminos blanco polvo;

Y no solo familias castellanas
De las villas y pueblos del contorno,
Sino de las provincias mas distantes
Y tambien de los reinos mas remotos.

De Burgos en las calles y en las plazas
Crece el bullicio popular; en torno
Del alcázar del Conde y de la iglesia;
A las plazas se agolpa; y acomodo,

O para ver pasar la comitiva,
O ver la ceremonia, buscan solo.
La carrera dispuesta de antemano,
Por las mas anchas calles, á que adorno

Dan telas de colores diferentes,
Y ramajes de fresnos y de pobos,
Y á que sirven de alfombra, sobre arena,
Verde juncia, mastranzos olorosos;

Solo está despejada, porque en ella
Desde el amanecer, con ceño torvo,
Espadas cortadoras y alabardas,
Altivez imponente y ágrio tono,

Hombres de armas del conde de Castilla
Ponen al paso de la gente estorbo.
Pero en rejas, balcones y terrados,
Y en bocacalles, con estruendo sordo

Se apiña, y forma grupos, y racimos,
Y enjambres de cabezas y de rostros
De toda clase, edad, color y sexo,
Por ver pasar á los gallardos novios.

Derramando su fúlgido torrente
El sol inmenso, engendrador del oro,
Por el desierto espacio caminaba
A ocupar del zenit el alto trono;

Cuando el rumor creciente de las turbas,
General movimiento, gritos roncos
De los que la carrera custodiaban,
Y de las trompas el clamor sonoro

La salida anunciaron del alcázar
De los á un tiempo neófitos y esposos,
Que en medio de comparsa numerosa,
Al templo van á coronar sus votos.

Seis donceles gallardos de alta alcurnia,
Con limpias armas, en caballos tordos
Abren la comitiva, tremolando
Blancos pendones y penachos rojos.

Despues los escuderos y los pajes,
Gobernados por cuatro mayordomos
Con pértiga de plata, á pié seguian.
Con grave continente y serio rostro,

De dos en dos, marchaban veinte hidalgos,
Y doce caballeros de abolorio
Y solar conocido en la montaña,
Bandas blancas pendiendo de sus hombros.

En dos filas en pos, á lento paso,
Cantando *Hosanna* con berrido ronco,
Veinte monjes, las albas desceñidas,
Gruesa la panza, el cerviguillo gordo.

Luego los capellanes y el concejo
De la villa de Salas, al sonoro
Compás del tamboril y de la gaita,
Con su estandarte, restaurado ha poco;

Y por fin los maceros de palacio,
Hombres de armas y guardias orgullosos
Circundan á los altos personajes,
Regios padrinos y gallardos novios,

Que ostentan en su porte la riqueza,
Extravagante gala y raro adorno,
Que edad tan miserable consentia
A la bárbara estirpe de los godos.

Iba Fernan-Gonzalez de padrino,
Robando el alma á sus vasallos todos,
Con el talle gentil y amable aspecto,
Nuncios felices de su nombre heróico:

La señora de Aranda por madrina,
Del Conde hermana y dueña de gran tono,
Y aunque ya no en la flor de la belleza,
De presencia gallarda y grato rostro;

Y en medio de los dos, del gran gentío
Encantando los pechos y los ojos,
Y fervorosos vivas recogiendo,
Van los dos catecúmenos y esposos.

Hace un año completo que en tal dia,
En bien distinto estado el uno y otro,
Y en medio de un bullicio semejante
De Córdoba cruzar las calles, viólos

El sol á la hora misma, festejando
De Abdimelik y Habiba el desposorio.
¡Cuántos diversos lances de fortuna
Han visto en tan brevísimo periodo!

Mudarra sobre el traje castellano,
Que le sienta mejor que el traje moro,
De neófito la blanca veste lleva,
Con modesto ademan, turbado y corto.

A Kerima la túnica de lino,
Puesta con negligencia y abandono,
La virginal corona de azucenas
Y rosas blancas de su frente en torno;

Los nítidos cabellos derramados
En negras hondas por el cuello y hombros;
Y los ojos á veces cual luceros
Reverberando, ó cual ardientes hornos

Encendidos; á veces eclipsados,
Fijos, como sin luz; otras de asombro
Llenos girando en torno, y otras turbios
Con gruesas gotas de salobre lloro,

Y la gran palidez de sus megillas,
Con la boca entreabierta, cierto modo
De andar y de mover brazos y cuello,
Y el tardo respirar cansado y hondo,

Le dan una apariencia tan extraña,
Tal indeciso y vago á sus contornos,
Que asemejaba cosa de otro mundo,
Aparicion ó sueño vaporoso.

No ha gozado salud dentro del claustro,
Y en él ha dado indicios, y no pocos,
De que aun estaba endeble su cabeza,
Y su imaginacion en desentono.

Accesos ha tenido de despecho
Y de alegría, de terror y arrojo,
Que una terrible lucha demostraban
De encontradas pasiones; pero pronto

En devocion tan honda y compungida,
En entusiasmo tal, en tal arrobo
Por las santas doctrinas terminaban,
Que de las religiosas fué el asombro,

Presagiando que á ser iba un prodigio
De santidad y de fervor devoto,
Un ejemplo sublime de los fieles,
Y de infieles tal vez norma y apóstol.

—De la novia harto cerca va María,
El podenquero va cerca del novio:
En gran silencio aquella, este en voz baja
Diciendo chistes y poniendo apodos.

El noble Gustios, remozado y firme,
De contento bañado el ciego rostro,
Y conducido por el sabio Nuño,
Va en pos del hijo, á quien lo debe todo.

Lleva á su diestra al respetable Egidio,
De solitario con el sayo tosco,
Pues de no desnudarlo hasta la muerte
Hizo á los cielos inmutable voto.

Cuatro pajes por séquito de Lara,
Y cuatro rescatados de los moros
Por séquito de Egidio, y una escolta
La procesion cerraban; numeroso

Tropel siguiendo en pos desordenado,
Que crece á cada bocacalle, como
A cada paso crece el raudo rio,
Recibiendo en su curso á los arroyos.

De la iglesia mayor la excelsa torre,
Poniendo á vuelo sus metales roncos,
Ensordece la atmósfera, y anuncia
Que ya á sus puertas tiene á los esposos.

Con sus pontificales vestiduras,
Y sacra mitra recamada de oro,
Báculo y cruz, y en derredor servido
Por prelados y abades del contorno

(Entre los cuales su lugar tenia
Nuestro buen conocido, el que el tesoro
Y villas de Velazquez ha heredado),
El Arzobispo con afable rostro

A los dos catecúmenos recibe
Del templo en el vestíbulo espacioso,
Cúbrelos con la estola, y les da entrada
En la casa de Dios; cantando el coro

De prestes y canónigos los himnos,
De aquel ceremonial entonces propios;
Y atravesando las oscuras naves,
Donde hierve concurso de curiosos,

Llegan al bautisterio. Cien antorchas
De la fuente de gracia arden en torno,
Y allí convierte el agua de la vida
Dos almas, que eran presa del demonio,

En ángeles, tan puros é inocentes
Como los que de Dios cercan el trono.
Al presbiterio luego conducidos
Los dos nuevos cristianos, bajo el sólio

Del Conde oyeron la solemne misa;
Y edificados se quedaron todos,
Al ver el interior recogimiento,
La santa compuncion y ardor devoto

Que mostraba Kerima. El Arcipreste
De Salas, ostentando el gran tesoro
De elocuencia y saber escriturario,
El sermon pronunció, que no fué corto.

Recibieron despues la Eucaristía
De la mano del preste los dos novios;
Y el Arzobispo procedió al momento
A celebrar su union y desposorio.

De pié junto al altar los contrayentes,
Padrinos, padres y testigos prontos,
Cada cual en su puesto, y preparadas
La sortija nupcial, las arras de oro,

Principia la solemne ceremonia.
Del jóven cordobés late anheloso
El encendido corazon, mirando
Llegar sus dichas al ansiado colmo.

La doncella, mas pálida que nunca,
Clavados tiene los ardientes ojos
Siempre en su amante; tiembla, sudor frio
La inunda el cuerpo, y le humedece el rostro.

La ungida diestra en alto, el Arzobispo
Va á hacer indisoluble su consorcio
Con santa bendicion, y á entrambos manda
Que las manos se den. La suya ansioso

Tiende Mudarra en fuego convertida;
La de *K*erima es crudo hielo, y solo
Se ve que no es la mano de una muerta,
Por el temblor que la sacude. Poco

Faltaba ya para enlazarse entrambas,
Cuando *K*erima con horror los ojos
En la mano, que espera asir la suya,
Pone; da un alarido, aparta el rostro,

Y exclama: «No... jamás!!!... Está manchada
Con sangre de mi padre... La voz oigo
Del cielo, que estos lazos me prohibe...
Yo me consagro á Dios... Cristo es mi esposo.»—

Dijo, resuelta del altar huyóse,
Y de María en el regazo tosco
Desmayada cayó. De mármol quedan
Los circunstantes; sin aliento el novio.

A describir su situacion no alcanza
Humana voz. Si el nombre glorïoso,
Que ganó con su hazaña, el rico Estado
Y un padre tal, hallado de tal modo,

Le compensaron el horrendo golpe;
O si la gracia celestial su apoyo
Le dió y resignacion en tal conflicto;
No he podido indagar. Que poco á poco

El tiempo volador le consolase,
Me parece seguro: ello es notorio
Que, ó por razon de Estado ó por amores,
Otro enlace contrajo. Testimonio

Dan de sus descendencia las historias,
Y viven en España entre nosotros
Los Manriques de Lara, que se precian
De hallar su orígen en tan noble tronco (37).

Tours, Mayo de 1833.

NOTAS DEL PRECEDENTE ROMANCE.

(36) Recordando que mi amigo el Excmo. Sr. duque de Frias es el actual poseedor del estado de Salas, le escribí rogándole me comunicara las noticias que se conservasen en su casa, sobre los siete infantes de Lara, y si habia algun documento que acreditase la tradicion de existir sus cabezas en aquella villa. Me hizo la fineza de contestar inmediatamente, remitiéndome los dos siguientes extractos de documentos que existen en su archivo.

1.° En un manuscrito, que se dice lo fué por el señor condestable de Castilla, don Pedro Fernandez de Velasco, duque tercero de Frias (el cual falleció en 12 de Noviembre de 1559) tratando del origen y genealogía de su gran casa de Velasco, y con relacion á la adquisicion de la villa de Salas de los Infantes, al folio 21 dice entre otras cosas: *Hernan Sanchez de Velasco, hijo de Sancho Sanchez y doña Sancha Carillo, murió en un combate en el cerco de Aljeciras, por los años de 1313 ó 14, casado con doña Mayor de Castañeda, la cual trajo en dote la villa de Palacios de la Sierra, y otros vasallos en la Hoz de Lara, y la casa que tenia en la villa de Salas* Gonzalo Gustios, padre de los siete Infantes de Lara. *Los cuales ignoro por qué se llamaron* Infantes, *si no era por ser caballeros mancebos; que ni eran hijos, ni nietos de rey, y tampoco dejaron sucesion. Los de Lara descendieron de un hijo bastardo, que Gonzalo Gustios tuvo en una mora, hermana del rey Almanzor de Córdoba, el cual se llamó Mudarra Gonzalez. Vino á Castilla, se hizo cristiano, y vengó la muerte de sus hermanos, muertos por los moros á instancias de Rui-Velazquez. Mudarra Gonzalez heredó de su padre la villa de Salas, la casa y toda la otra hacienda que Gonzalo Gustios tenia*, etc.—Mas adelante añade el condestable, autor de este manuscristo, que ignoraba si doña Mayor de Castañeda era parienta de los Laras, y cómo hubo aquella casa, *que habia sido de Gonzalo Gustios, titulada de los Infantes de Lara.*

2.° «En 12 de Diciembre de 1579 se hizo una informacion de oficio por el gobernador de la expresada villa de Salas, con asistencia de los señores don Pedro de Tovar y doña María de Recalde, su mujer, marqueses de Berlanga, ante Miguel Redondo, escribano del número de ella, de la cual resulta, que pues allí habia en la iglesia mayor de Santa María, en la pared de la capilla del lado del Evangelio *las cabezas de los siete Infantes de la Hoz de Lara, y la de Gustios, su padre, y la de Mudarra Gonzalez, su hijo bastardo*, que por haber tantos años que estaban allí, y ser los letreros antiquísimos, dudaban algunas personas, si era verdad; mándase abrir las pinturas de ellas, y armas con que estaba cubierta dicha pared, para saber lo que habia dentro y enterarse de la verdad. Y dicho gobernador, poniéndolo en ejecucion, mandó á un oficial que quitase una tabla pintada, que estaba inclusa en la dicha pared, la cual tiene *siete cabezas* de pintura antigua, al parecer de mas cien años, y encima de ellas hay siete letreros, cuyos nombres dicen: *Diego Gonzalez, Martin Gonzalez, Suero Gonza-*

lez, don Fernan Gonzalez, Rui-Gonzalez, Gustios Gonzalez, Gonzalo Gonzalez. Y al cabo de ellas, un poco mas abajo, está otra cabeza, que dice el letrero que está sobre ella *Nuño Salido.* Y de la otra parte de arriba de las cabezas está un castillo dorado, y encima pintados dos cuerpos de hombres de la cinta arriba; el letrero del uno dice *Gonzalo Gustios*, y el del otro *Mudarra Gonzalez, los cuales tienen cada uno en la mano medio anillo y le están juntando.* Y quitada la dicha tabla, pareció en la pared otra pintura muy antiquísima, con los mismos nombres que la primera, excepto que el nombre de la cabeza que está de la parte de abajo en la primera tabla, dice *Nuño Salido,* y en el mas antiguo *Nuño Sabido.* Y visto que dichas pinturas estaban sobre piedra, y que no habia ningun oficial de cantería que rompiese la pared, suspendieron la diligencia. En el dia 16 de dicho mes y año de 1579 mandó el propio gobernador á Pedro Saler, cantero, que tentase la dicha pared para saber si estaba hueca; y dando golpes con un martillo donde estaban las armas (que es un castillo dorado), sonó hueco. Y quitando la pintura que estaba sobre la dicha piedra, se halló otra piedra de cerca de media vara de largo y una tercia de alto, que se meneaba y estaba floja. Y dicho cantero, presentes muchos vecinos de la villa, la quitó, y dentro habia un hueco grande á manera de capilla, en el cual estaba un arca clavada la cubierta con dos clavos. Y sacada, la pusieron junto á las gradas del altar, donde se desclavó, y pareció dentro de ella un lienzo muy delgado y sano, sin ninguna rotura, en el cual estaban envueltas las dichas cabezas, algo deshechas, desmolidas y descoyuntadas del largo tiempo, aunque las quijadas y cascos están de manera que claramente se conoció ser cabezas antiguas, que estaban en la dicha arca. Y vistas por mucha parte de los vecinos de aquella villa y otros, el dicho gobernador mandó al oficial tornase á clavar el arca, y él lo verificó con cinco ó seis clavos en la cubierta, dejando dentro las dichas cabezas y volviendo á poner el arca en la capilla y lugar donde antes estaba.»

No dejando duda este documento acerca del lugar en que estaban (y aun subsisten hoy dia) las cabezas de los siete Infantes de Lara, la de su padre, la de Mudarra y la de Nuño Salido, solo puede ser cierto lo que pretenden los religiosos de San Pedro de Arlanza (aunque igual posesion alegan los de San Millan de la Cogulla), entendiéndose ser los cuerpos de los Infantes sin las cabezas lo que existe en uno de estos dos monasterios. A no ser que esto nazca, segun apunta Garibay, «de querer los religiosos atribuir á sus casas autoridad y antigüedad con las sepulturas de semejantes caballeros, que eran de la mayor estima y valor que habia en Castilla.»

Antes de recibir la carta del duque de Frias, tenía yo presentes los nombres que Morales y otros autores dan á los siete Infantes; pero el llamarse uno Rui-Gomez, y haber dos del nombre de Gonzalo Gonzalez, cuadraba mal con mi plan. Menos me acomoda todavía denominar á ninguno de ellos Rui-Gonzalez ó Gustios, porque se les confundiria entonces con su tio y con su padre. He dejado por lo mismo los nombres de *Enrico* y *Veremundo*, que habia sustituido á los de dos de los siete hermanos.

En otras cosas me he desviado tambien de lo que refieren los historiadores: he adoptado la ficcion de Matos Fragoso en la comedia *El traidor contra su sangre y siete Infantes de Lara*, de presentar ciego al padre por efecto de su larga prision; y porque me hubiera hecho gran falta el personaje de Nuño Salido, le supongo aun vivo al tiempo del bautismo de Mudarra y Kerima, cuando aquellos le dan muerto con los Infantes en el campo de Albácar, Almenar, Almenara ó Arabiana, pues con tanta diversidad lo señalan los antiguos escritores y romances.

(37) Ambrosio de Morales en su *Crónica general de España*, libro XVII, cap. 16,

dice: «Notoria cosa es en Castilla, y en que ninguno duda, que Mudarra Gonzalez, como heredero de la casa de Lara, así fué el tronco y principio de los caballeros Manriques, cuyo ínclito linaje está muy extendido por tantas y tan principales casas de grandes y de señores en el reino. Todos en conformidad proceden así, cuando tratan la descendencia. Mudarra Gonzalez, señor de Lara, tuvo por hijo al conde D. Ordoño de Lara: hijo de este fué el conde D. Diego Ordoñez de Lara, el que reptó á Zamora sobre la muerte del rey D. Sancho, y peleó con los hijos de Arias Gonzalo. Y fué tan principal caballero D. Diego Ordoñez, que casó con la infanta Doña Urraca, hija del rey D. García de Navarra, hermano del rey D. Fernando el *Magno*, como parece por un privilegio que desto puso Estéban Garibay en su muy diligente *Crónica de Navarra.* Don Diego Ordoñez tuvo por hijo al conde D. Pedro de Lara, muy conocido en nuestras historias y en privilegios, en tiempo del emperador D. Alonso, hijo de la reina Doña Urraca. Su hijo mayor se llamó D. Amalarico, ó Amaltrique, ó Manrique de Lara, que pobló á Molina, y tambien es muy conocido en privilegios y en nuestras historias, hasta que lo mataron en la batalla de Huete, en tiempo de la niñez del rey D. Alonso, el de las Navas. En todo esto concuerdan todos los que dello escriben.»

Garibay, Argote de Molina, Mariana, Gudiel y otros autores de gran peso aseguran lo mismo. Los obispos Sampiro y Pelayo, casi contemporáneos, y despues Don Rodrigo Sanchez y D. Alonso de Cartagena, hablan de la muerte de los Infantes, pero sin nombrar á Mudarra: Salazar de Mendoza y Fray Prudencio de Sandoval hacen á los Manriques de Lara descendientes de uno de los siete Infantes.

D. Luis de Salazar y Castro en su *Historia genealógica de la casa de Lara*, libro I, capítulos 11 y 12, combate á los autores mencionados, y en el principio del libro II le da otro orígen, aunque tomado siempre de los condes de Castilla.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

INDICE

DE LO QUE CONTIENE EL TOMO SEGUNDO.

EL MORO EXPOSITO.

	Pág.
DEDICATORIA	V
PRÓLOGO	VII
Romance primero	1
Romance segundo	37
Romance tercero	77
Romance cuarto	113
Romance quinto	143
Romance sexto	179
Romance sétimo	227
Romance octavo	265
Romance noveno	311
Romance décimo	355
Romance undécimo	397
Romance duodécimo	421

ERRATAS.

Página.	*Línea.*	*Dice.*	*Debe decir.*
7	10	prosternados.	consternados
124	20	lo	le
216	25	sabes.	sabe
217	10	blanco.	banco
264	7	Ayas	Ayax
283	17	ya el castillo	ya en el castillo
305	25	Elvira	Elvida
332	3	lograron.	creciendo.
335	3	Ocupan	Ocupaban
344	7	desapareció.	despareció
393	33	enfrescándose.	enfrascándose.